

# Los escarabajos vuelan al atardecer

María Gripe



se

Tres muchachos cuidan las plantas de una quinta deshabitada y deciden explorarla. Cada exploración termina con un enigma: en la quinta hay una planta que parece captar las palabras y los sentimientos, un teléfono por el que una voz juega al ajedrez con los muchachos, un extraño escarabajo y un paquete de cartas. Las cartas, del siglo XVIII, narran la historia de amor entre Emilie y Andreas, que termina trágicamente por el maleficio de una estatua egipcia. Una apasionante novela de intriga y misterio que atrapa al lector desde la primera página.



María Gripe

# Los escarabajos vuelan al atardecer

ePub r1.1  
Titivillus 30.12.14

Título original: *Tordyveln flyger i skymningen*

María Gripe, 1978

Traducción: Marta Ruiz Corbella

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



# 1. EL SUEÑO

Cuando Jonás Berglund cumplió 13 años, el 27 de junio, recibió, por fin, el anhelado magnetofón. De inmediato comenzó sus investigaciones.

Quería proceder metódicamente y por eso empezó grabando los ruidos que surgen en la naturaleza cuando los animales se comunican entre sí.

También quería grabar todos los ruidos mecánicos que se producen en las diversas actividades humanas.

Aquella noche el 27 de junio, Jonás, con su hermana Annika, que tenía 15 años, y un amigo de ambos, David Stenfäldt, que era un año mayor que Annika, caminaban despacio por el campo, junto a la vía por la que el tren nocturno de Estocolmo debía de pasar en breve. Jonás quería grabar el traqueteo de las ruedas.

Era una noche preciosa, todo lo serena y hermosa que pueden ser las de verano. Empezaba a asomar la luna, que en un par de días sería luna llena. No se movía ni un soplo de viento; en la hierba cantaban los grillos; el agua murmuraba, lamiendo suavemente las piedras del riachuelo que nacía en el bosque, al otro lado del campo, y atravesaba el pueblo de Ringaryd.

Jonás acababa de grabar el canto de los grillos y había desconectado el magnetofón.

—¿Lo sabías, Annika? —preguntó de repente David.

Jonás conectó de nuevo el aparato.

—¿Qué? —contestó Annika.

—Que cuando uno se hace viejo, ya no es capaz de oír cantar a los grillos.

—¡Pero si cantan altísimo! —contestó Annika.

—¡Precisamente por eso! Esos tonos tan altos no se perciben cuando uno se hace viejo —explicó David. Jonás desconectó de nuevo el aparato.

—¿Alguien quiere regaliz? —preguntó, sacando una caja de regaliz que llevaba siempre en el bolsillo. Pero no quisieron. En realidad, lo sabía. Jonás creía que Annika y David eran unos anticuados, pues decían que su regaliz era demasiado fuerte y que el regaliz corriente era mucho mejor.

Jonás no lo tomaba por su sabor, sino por sus efectos. Quería conservar siempre ágil el pensamiento, y decía que el regaliz le hacía más inteligente; pero ninguno de sus dos amigos lo comprendía así.

Entre tanto llegaron las 21 horas 36 minutos, es decir, la hora en que pasaba el exprés por Ringaryd.

—¡La hemos hecho bueno, se nos ha escapado el tren! —murmuró Jonás.

—Me extraña —contestó David—. Tendríamos que haberlo oído.

—Voy corriendo un momento al río —y Jonás desapareció cuesta abajo. Todavía no había grabado en su magnetofón el murmullo del río de Ringaryd. Los otros dos lo siguieron. Mientras esperaban el tren, grabó el ruido del agua. Quería tenerlo, como contraste de la naturaleza frente a los trepidantes ruidos de los adelantos humanos.

De repente, Annika susurró:

—¡Silencio, por ahí hay alguien remando!

Se oía un ruido ligero, cauteloso. Jonás puso el magnetofón en marcha:

—Aquí, Jonás Berglund. Estoy grabando junto a la orilla del río. Estamos oyendo el chapoteo de unos remos. Parece que hay alguien remando. ¿Quién podrá ser?

—Seguro que es un hombre mayor —susurró Annika.

Jonás comentó en voz baja:

—Si, debe de ser un hombre de edad indefinida.

Justo en ese momento se oyó toser al desconocido. Era una tos fuerte, que Jonás grabó en su cinta. Al mismo tiempo se oyó el grito de un pájaro, lo que resultó una combinación de sonidos muy interesante.

Aparte de eso, todo estaba en calma. Se oyó al bote deslizarse entre los juntos y atracar en algún sitio cercano.

Jonás siguió informando:

—Debido a la espesa vegetación de juncos, no puedo dar noticias exactas sobre el lugar en que ha atracado el bote.

De pronto sonó un ruido lejano a través del silencio, y Annika exclamó:

—¡Jonás, corre si quieres grabar el tren!

Los tres subieron apresuradamente hasta las vías y llegaron justo en el momento en que el tren pasaba atronadoramente.

—¡No te acerques tanto, Jonás! —le gritó Annika; pero su voz se perdió en el estrépito del tren.

Jonás registró, jadeante, en la cinta:

—Estoy grabando el ruido del exprés de Estocolmo, que pasa en este momento, con gran peligro de mi vida. Ahora son exactamente las veintiuna horas treinta y seis minutos. La distancia que me separa de las vías es, más o menos, un metro treinta.

El tren pasó de largo y Jonás desconectó el magnetofón.

—¡Eres un imprudente, Jonás! —gritó Annika—. ¡Acercarte de esa manera al tren!

—En este trabajo es inevitable correr ciertos riesgos —contestó Jonás tranquilamente, mientras el tren desaparecía a lo lejos, dejando un silencio indescriptible.

—Me gustaría saber adónde va —dijo de repente Jonás.

—¿A quién te refieres? —le preguntó David.

—¡Hombre, al que estaba remando! Anda, vamos deprisa y lo averiguaremos.

—Lo que debemos hacer es volver a casa —murmuró Annika.

Sin embargo, David opinó que aún podían dar un paseo por la orilla. Todo estaba oscuro y lleno de vegetación. Ninguno conocía el camino.

—¡Mirad ahí! —Jonás se quedó parado, señalando un bote escondido en un lugar adonde era difícil llegar desde tierra—. Tiene que ser alguien que no quiere ser visto; esto es muy sospechoso

—dijo, grabando la noticia.

—¡Deja de jugar a periodista! —le riñó Annika.

De pronto, la orilla se hizo accesible. Había numerosos sauces llorones que hundían sus ramas en el agua. Los chicos caminaban sobre un césped blando como el de un parque. La luna los iluminaba. Entonces vieron un pequeño atracadero y, amarrado en él, un bote blanco que se balanceaba bajo la luz de la luna.

—Por aquí tiene que haber un camino que suba hasta arriba —dijo David.

—¿Has estado alguna vez aquí? —le preguntó Annika.

—No —contestó.

—Entonces, ¿cómo lo sabes...?

No respondió. Se comportaba de una manera muy extraña, andaba dando vueltas como un sonámbulo, con los ojos muy abiertos.

—¡Aquí está el sendero! —gritó, señalando una senda que subía la pendiente—. Lleva al jardín que hay detrás de la casa —dijo, y empezó a subir la cuesta.

—¿De qué casa hablas? Acabas de decirnos que no has estado nunca aquí —dijo Annika. Tenía que caminar deprisa para poder seguir su paso.

—David, nos ha dicho que no has estado nunca aquí...

—¡Claro que no he estado! Pero tengo la impresión de que conozco todo esto.

—Tiene que ser el jardín de la quinta Selanderschen —indicó Jonás.

—Es posible —admitió Annika—. Esa casa se puede ver desde la carretera.

David se quedó mirando a Annika como si no la entendiera.

—¡Deja ya de hacer teatro, David! —le dijo Jonás—. ¡Claro que ya has estado aquí! Lo que ocurre es que lo has olvidado.

David no contestó. Siguió subiendo la pendiente. El sendero se abría paso entre los árboles. David subía con rapidez. Annika y Jonás lo seguían.

—¡Caray, cuantos mosquitos!

Annika agitaba los brazos, pero a Jonás se le ocurrió algo mejor: puso en marcha el magnetofón, pues todavía no había grabado el zumbido de los mosquitos.

—No vale la pena, Jonás —le dijo Annika—. Es perder el tiempo. —Y se rascó también a correr.

—¡Qué prisas tienes! ¡Espérame un poco, David!

Se detuvo y esperó hasta que ella lo alcanzó.

—¿Qué pasa, David? Pareces totalmente...

—Sí —la interrumpió—. Conozco este sitio con todo detalle, ¡y no he estado aquí nunca!

Annika no sabía qué responder. David parecía tan distinto, que le daba miedo.

—Oye, ¿por qué no damos la vuelta y regresamos? —le pidió.

No, él quería seguir. Ya era tarde para dar la vuelta. Estaba nervioso y su cara resplandecía a la luz de la luna.

Annika se volvió hacia Jonás, que aún estaba abajo, grabando el zumbido de los mosquitos. Estaba intranquila.

—David, se hace tarde para Jonás. Tenemos que regresar.

Pero David no la oía. Señaló el sendero, que ascendía.

—Allí, detrás de aquel recodo y de aquellos arbustos, termina el sendero. Hay luego una

empinada y vieja escalera de piedra, bastante desmoronada. Al subir hay una pradera; luego un muro de piedra con una cancela blanca entre dos pilares de piedra. Detrás hay un césped, con una lila a la izquierda. Un par de metros más lejos hay un estanque. Junto a él, un banco blanco, despintado. Detrás del arbusto crece un jazmín en flor. Desde el estanque arranca un camino enlosado, a lo largo del cual hay unos rosales cuajados de pequeñas y redondas rosas amarillas...

David hablaba como en sueños. Mientras tanto, Jonás había llegado hasta ellos y había grabado todo. David se quedó callado y vio que los otros dos tenían cara de sueño.

—¡Sigue hablando, David! —le pidió Jonás—. No te pares. ¡Sigue!

David se frotó los ojos.

—¡No! —contestó—. Con esto es suficiente.

Les volvió la espalda y siguió caminando, aunque no tan deprisa como antes. Annika le cogió la mano.

—¿Tienes miedo a la oscuridad? —le preguntó Jonás.

Ella negó con la cabeza. No estaba oscuro, la luz de la luna lo inundaba. Cuando rodearon el arbusto, se toparon con una empinada escalera de piedra, tal como la había descrito David. Era muy vieja, ofrecía un aspecto ruinoso y los escalones estaban llenos de grietas entre las cuales crecía la hierba. Annika sintió un ligero escalofrío. El viento de la noche susurraba entre las hojas.

Veían sus propias sombras negras delante de ellos, mientras que el aire estaba lleno de claridad. David subió la escalera, se agachó y cortó un tallo en flor. Se lo dio a Annika y le susurró:

—Es una «estrellada gramínea» unas *estellaris gramínea*.

Jonás y Annika lo siguieron escaleras arriba. Atravesaron la pradera, llena de flores silvestres adormiladas bajo la luz de la luna, después la blanca cancela del jardín, el césped, y pasaron también junto a la lila en dirección al banco despintado junto al estanque. Allí se sentaron. Ante ellos pasaba el camino enlosado, flanqueado por rosales amarillos. Todo era tal como David lo acababa de describir.

—¡Es como un sueño! —murmuró Annika.

—Sí —suspiró David—. Debería ser simplemente un sueño; pero existe en la realidad.

—¿A qué te refieres?

—Anoche soñé con este jardín. Llegué a él de la misma forma que hoy, por el mismo camino. Por eso lo conocía ya. Anduve en sueños por él.

Se calló un momento. Los otros dos no decían nada. Entonces prosiguió:

—También estuve en la casa... En sueños, no en la realidad —señaló la casa que se destacaba blanca entre los árboles.

Hablaba muy bajo, casi susurrando. Jonás había conectado el magnetofón y grababa todo lo que David decía.

Al fin, David se levantó y fue andando lentamente hacia la casa, que estaba rodeada de altos tilos. Jonás lo seguía de cerca, para no perder ni una sola de sus palabras. Hablaba bajo, como en sueños. No parecía su voz.

—Llegué a un vestíbulo con una escalera, pasé por muchas habitaciones, pero yo no conocía nada. Sin embargo, sabía dónde estaban las puertas, las abría, entraba, pero nunca había cruzado por ellas. Sabía dónde estaba cada cosa, cada mueble, cada objeto; lo sabía todo. Pasé delante de

unas ventanas con plantas y sabía que plantas eran. Sin embargo, nunca las había visto. Había muchas plantas. Pasé delante de ellas. Alguien cantaba. Era un canto muy bonito y, a la vez, extraño. En la repisa de la ventana vi una planta; sus flores eran azules. Y el reloj empezó a sonar muchas veces. Entonces vi como se movían las hojas de la flor, se elevaban y se alargaban como manos, muy lentamente, hacia mí. Y alguien seguía cantando; una niña, creo, aunque no la podía ver. No sabía dónde estaba ni quién era. Sólo oía su voz, que cantaba sin cesar...

David enmudeció. Seguía con las manos levantadas, como las hojas de la planta que acababa de describir.

—Entonces me desperté —dijo.

—Yo jamás he tenido sueños como ése —comentó Annika, pensativa—. ¿Qué puede significar un sueño así?

David se encogió de hombros.

—Probablemente, nada... No sé...

De pronto vieron a Jonás correr hacia la casa. Annika salió corriendo tras él.

Encontraron a Jonás en la parte delantera de la casa, detrás de un arbusto. La casa estaba a oscuras. Dos ventanas estaban abiertas, una a la altura del suelo, la otra en el piso de arriba. Desde allí se oían pasos.

Antes de que se lo pudieran impedir, Jonás estaba trepando por un viejo manzano que crecía junto a la casa. Annika le cogió un pie para hacerle bajar, pero se quedó con el zapato en la mano, mientras Jonás subía y subía.

Entonces alguien encendió una lámpara en la habitación de arriba. Un tenue rayo de luz cayó sobre el jardín. Jonás había conseguido llegar a lo más alto del árbol y se ocultaba detrás de una rama muy frondosa.

David y Annika se escondieron detrás de un arbusto. No se atrevían a hacer ningún movimiento. Oyeron como Jonás conectaba el magnetofón y empezaba a grabar en voz baja:

—Aquí, Jonás Berglund. Me encuentro en el jardín de la quinta Selanderschen. Las condiciones del lugar no son buenas y ruego disculpas por la mala calidad del sonido. He instalado un puesto de observación en la copa de un manzano, justo enfrente de la ventana abierta, en la parte delantera de la casa. La ventana de abajo está igualmente abierta. En la de arriba acaban de encender una lámpara, que esparce una débil luz. Me parece como si oyera... ¡un momento, por favor! Hago una pequeña pausa para grabar los ruidos de la habitación. ¡Evidentemente, aquí pasa algo! ¡Un momento, por favor!

David y Annika vieron horrorizados como Jonás seguía trepando por el árbol. Avanzó un poco por una rama, se inclinó y se tumbó sobre el vientre. Era muy peligroso. La rama se balanceaba tanto que Annika clavó sus uñas en la mano de David. Era horrible estar allí sin poder hacer nada, mientras Jonás avanzaba por la rama para acercarse lo más posible a la ventana con el micrófono. De pronto, la rama crujió; pero afortunadamente aguantó.

Por lo visto, Jonás ya había grabado lo que quería, pues volvía sobre sus pasos. Abajo, en el suelo, sus dos amigos contenían la respiración. La rama se movía y crujió. Por fin lo consiguió. Jonás ya estaba a salvo; sobre la rama aún, pero apoyado en el tronco.

—Grabando de nuevo. Los pasos que acabamos de registrar pertenecen a una vieja; perdón, a una señora, a una dama... que creo conocer... ¡Un momento, por favor! —Jonás desconectó el magnetofón y se inclinó hacia David y Annika.

—¿Cómo se llama la dueña de la pensión? —susurró.

—¡Baja ahora mismo, Jonás!

—Sí; pero ¿cómo se llama?

—Señora Göransson. Tengo mala memoria para los nombres.

Carraspeó, parecía como si hubiera perdido el hilo. Pero lo cogió de nuevo, se metió una pastilla de regaliz en la boca y continuó:

—Me encuentro a unos quince o veinte metros de distancia de la vieja..., perdón, de la señora, que camina como una sombra oscura por la habitación. Apenas puedo ver lo que hay dentro; pero veo que la señora Göransson viene con algo que parece papeles de periódicos. Con ellos empieza a envolver un paquete largo y bastante estrecho que está junto a la pared. Parece estar pensando que ese embalaje no es suficiente. Sus movimientos son rápidos y nerviosos. El paquete tiene como metro y medio de largo y contiene..., bueno ¿qué contendrá? ¿Quizá una alfombra? Pero ¿qué es lo que estoy viendo?

Exponiéndose bastante, Jonás volvió a agacharse y se tumbó, apoyando el vientre contra la rama. Ésta cedió; se balanceaba y temblaba peligrosamente, mientras Jonás susurraba en el micrófono:

—¡Sí! Veo una sombra sobre la pared, una sombra grande, oscura, que se mueve lejos de la señora Göransson. No se trata de la sombra de la señora Göransson; eso prueba que hay otra persona en la habitación y... ¡un momento, por favor!

Jonás orientó el micrófono hacia la ventana; dentro se oía toser. La señora Göransson empezó a hablar tan claramente, que hasta David y Annika la pudieron oír:

—De todas maneras, quiero comprobar si está todo en orden.

Jonás susurró al micrófono:

—Si, hay otra persona en la habitación, alguien que por algún motivo no se muestra abiertamente; que calla, pero que tose. ¿Quién podrá ser? Ahora veo a la señora Göransson ir hacia la puerta. La sombra desconocida camina muy cerca de ella, se inclina y desaparece. Veo como quita el paquete de la pared y lo deja en el suelo. Se apaga la luz y la habitación queda a oscuras. Pero, en cambio, veo que...

Hizo una pausa y comenzó a bajar. Annika suspiró aliviada. Pero su alegría duró poco. Se acababa de encender la luz de la habitación de abajo. Jonás volvió a acomodarse en el árbol, unas cuantas ramas más abajo, pero aún bastante arriba. La casa tenía un alto zócalo de piedra, de manera que David y Annika no podían ver bien lo que ocurría dentro. Oían a Jonás murmurar al micrófono:

—¡Atención! La señora Göransson acaba de entrar en la habitación de la planta baja. Va hacia el teléfono, que está sobre una mesa al lado de la ventana. Se encuentra ahora más cerca de mí que antes, y tengo que obrar con mayor prudencia. Sin embargo, la sombra del hombre de la tos no puedo verla. Ahora la señora Göransson está hojeando un cuadernillo. Lo más probable es que esté buscando un número de teléfono. ¡Exacto! Lo ha encontrado y empieza a marcar...

Jonás orientó rápidamente el micrófono hacia la ventana para grabar el ruido al marcar.

Al mismo tiempo sonó el pitido de un tren que pasó atronadoramente. Por suerte era un tren corto. Cuando volvió el silencio, se podía oír la voz de la señora Göransson:

—Si, por supuesto, ya sé que corro ese riesgo. ¿A qué se refiere? No, no se ve, nadie se dará cuenta. Claro, aquí estuvo un viejo de esta localidad... No, naturalmente que no he cogido a uno

cualquiera. En caso de que este viejo se fuera de la lengua, nadie le creería. ¡Sé bien lo que hago! Nadie lo toma en serio... Si, gracias, acabo de recibir la mitad del dinero. Pero ¿cuándo lo va a mandar? De acuerdo, saldrá bien. No olviden mis nuevas señas. Muchas gracias. Hasta pronto.

La señora Göransson colgó el teléfono, y Jonás retiró con cuidado el micrófono. Todo quedó en silencio. Ella permaneció un momento junto a la ventana, mirando fijamente la oscuridad de la noche. Durante todo la conversación había permanecido allí, de pie. Parecía como si mirara directamente a Jonás.

David y Annika contuvieron la respiración. ¿Lo habría descubierto?

Se acercó a la ventana y se asomó afuera. Había tal silencio que casi se podía oír su respiración. Los segundos parecían eternos. ¿Escuchaba algo? ¿Había oído algún ruido?

Finalmente se asomó más aún y desenganchó la contraventana. Justo cuando la cerraba, oyeron cómo decía en voz alta:

—¿Cuándo piensas salir?

La ventana se cerró con un golpe, y Jonás murmuró en el micrófono:

—Bien, amigos oyentes, ruego disculpen las molestias, ocasionadas por un ruidoso tren que iba hacia el sur. Ustedes mismos pueden comprobar las difíciles condiciones en que he realizado este reportaje. La ventana, abierta hasta ahora, está cerrada, y rápidamente se extiende la oscuridad y el silencio sobre la quina Selanderschen. Antes de finalizar mi reportaje quiero haceros algunas preguntas: ¿Sabremos algún día qué ha sucedido esta noche tras estas paredes? ¿A quién pertenece esa misteriosa sombra? ¿Pertenece al hombre que antes vimos remando en el río? ¿Quién es el hombre de la tos?

Jonás apagó el magnetofón y bajó del árbol. Annika le devolvió el zapato en silencio. De repente se dio cuenta de que tenía frío, pero ella estaba tiritando.

—¡Qué frío hace! —dijo—. Ha habido como una ráfaga de viento frío.

Los otros dos no dijeron nada. Jonás estaba ocupado otra vez con su magnetofón, y David parecía ensimismado. Tenía una expresión extraña en los ojos.

—¿Qué te pasa, David? ¿Se puede saber?

David se encogió de hombros y contestó que no era nada. Pronto volvió a tener el aspecto de siempre. Annika se sintió aliviada y dijo a Jonás:

—¡Ahora sí que tenemos que volver a casa!

## 2. LA MALDICIÓN

David no tenía prisa por volver a casa. Quería estar solo. Cuando se separó de Jonás y Annika, se fue en dirección opuesta, a través del bosque.

Todo le iba mal cuando no se paraba a pensar de vez en cuando. No sobre algo concreto, sino para poner un poco de orden en su cabeza. No podía entender como había personas que se arreglaran de otra manera.

David se reía para sí. ¡Jonás era un tipo curioso! Podía hacer de un mosquito un elefante. ¡Qué historias inventaba! Sin ir más lejos, transformaba al pobre hombre del bote en el hombre más sospechoso del mundo, en el misterioso hombre de la sombra y la tos.

¡Qué noche más maravillosa! Templada, silenciosa y llena de luz de luna. David empezó a pensar de nuevo en su sueño. Lo había olvidado completamente. Ni por la mañana, cuando se despertó, había pensado en él. Lo recordó al llegar allá abajo, junto al río. Nunca había vivido algo parecido. Era, en realidad, una especie de sueño real. ¿Podría tener algún significado?

Le parecía como si fuese cómplice de algo prohibido. Como si hubiera estado, en sueños, en algún sitio donde no debería haber estado. Le parecía estar merodeando por un terreno donde uno sabe que hay un cartel que dice: «¡Prohibida la entrada a toda persona ajena!».

David paseó al azar por el bosque. Papá estaría todavía en la iglesia. Siempre se le hacía tarde cuando hablaba con Probst Lindroth. Estarían hablando de la canción que papá estaba componiendo para el coro parroquial.

Rara vez había alguien en casa cuando David regresaba. La mayor parte de las veces estaba silenciosa. Nadie le esperaba. Cuando aún era pequeño, encontraba eso un poco triste; sin embargo, ahora le gustaba. Se había acostumbrado a ello. Había pasado ya tanto tiempo desde que se fue mamá... Ya no preguntaba por ella, y papá no la mencionaba nunca. No quería estar triste... Poco a poco creció en él el sentimiento de que ella nunca había existido.

¡Qué silencio había en el bosque! Andaba con cuidado para no asustar a ningún animal. De pronto crujieron unas ramas delante de él. Se quedó parado, asustado. ¿Habría despertado a un alce? Pero no...: lo que venía hacia él, por el bosque, en medio de la oscuridad era un hombre. No pudo evitar que su corazón diera un salto.

Al principio no reconoció al que venía, pero luego vio que era el viejo Natte, borracho como de costumbre. Así que no tenía nada que temer; aun así, intentó esquivarlo. Cuando estaba bebido, ¡se volvía tan agresivo...!

Pero, al final, no pudo esquivarlo. Fue descubierto. Natte vino tambaleándose hacia él y gritó furioso:

—¿Quién anda ahí fisgando por el bosque? ¡Sal, que te pueda ver!

—¡Buenas! Soy yo, David.

Natte se quedó parado. Agitaba la botella que llevaba, escuchando atentamente si tenía todavía algo dentro.

—Soy David, ya me conoces —dijo, y se adelantó.

—¡No, no te conozco!

—David Stenfäldt, del pueblo...

—¡Cierra la boca! —lo interrumpió Natte—. No puedo oír si hay alguien más por ahí.

David no tenía ganas de continuar y dio un paso adelante.

—Bueno, entonces adiós, Natte. Me voy a casa, que ya es hora de que me meta a la cama.

—¡Al demonio con la cama! ¡Quiero hablar contigo! ¡Quiero saber que estás haciendo aquí!

—Sencillamente, estoy dando una vuelta por el bosque.

Estaban de pie, uno frente al otro. Natte quitó el tapón de la botella y se la metió en la boca. Receloso, miraba fijamente a David, mientras tragaba. Le temblaban peligrosamente las piernas, y tuvo que sentarse sobre el tocón de un árbol.

—¡Ni en el «Monte de la Horca» puede uno tener tranquilidad! —dijo.

—Yo no quiero molestar...

—¡Ya has molestado! ¡Y ahora quiero hablar contigo!

David miró a su alrededor. ¿Por qué estaría Natte tan fuera de sí?

—¿De verdad era éste, hace tiempo, el lugar donde ahorcaba a los condenados? —preguntó por decir algo.

Natte lo miró con la boca abierta.

—¿Nos conocemos? —preguntó desconfiado—. ¿Has dicho que nos conocemos?

—Sí, nos vemos de vez en cuando allá abajo, en el pueblo.

—¡No puedo acordarme!

David sentía como Natte se iba poniendo por momentos más furioso. Por supuesto, Natte era digno de lástima; pero ¿acaso tenía él la culpa?

—¡Al infierno contigo! —gritó el borracho—. ¡Ahora escúchame, pues quiero hablar contigo!

—¿Es algo importante?

—¿Ahora también te vuelves impertinente? ¡Cuando yo digo que quiero hablar, es que es algo importante! ¿Entendido?

—Por supuesto, está claro.

—¿Por dónde has estado andando esta noche?

—Hemos estado dando una vuelta por el pueblo.

—¿Qué significa «hemos»?

Aquello resultaba ya un interrogatorio. David no sabía cómo ponerle fin. No tenía nada que pudiera interesarle a Natte. Sin embargo, lo mejor sería contestarle.

—Jonás, Annika y yo. ¿Por qué Natte?

—¡No deberías ir por ahí de noche!

—Pero ¿por qué, Natte? Sólo hemos estado paseando, viendo cosas.

—¡Viendo cosas! ¡Exactamente eso! Pero ¿dónde?

—Por ejemplo, estuvimos allá abajo, en el río, y llegamos hasta la quinta Selanderschen.

Natte se levantó del tocón del árbol. Temblaba violentamente. Tiró contra una piedra la

botella, que se rompió en mil pedazos.

Después se dominó y atravesó a David con la mirada.

—¿He entendido bien? ¿La quinta Selanderschen? ¿Qué demonios se os ha perdido allí?

—Nada. Llegamos casualmente.

—¡Ah, sí, casualmente! ¿Y piensas que me lo voy a creer?

—¡Pues claro que fue casualmente!

Natte se quedó callado por un momento. David retrocedió con cuidado un paso. Tal vez fuera el momento oportuno para... Natte lo miró otra vez con atención. La expresión de su rostro había cambiado. Miraba a David con ojos llorosos y empezó a sollozar.

—No, no..., no vuelvo a ir allí otra vez. ¡Lo juro, no vuelvo a poner los pies en esa casa! Nadie me llevará más allí. ¡Nunca jamás!

—Claro que no —David creyó que lo mejor sería seguirle la corriente.

—¡Esa maldita quinta Selanderschen! —Natte miraba fijamente hacia adelante, sollozaba y gemía, mientras rebuscaba en sus bolsillos, hasta que finalmente encontró la colilla de un puro, que encendió con la ayuda de David. El tono de su voz había cambiado completamente, y de repente rebosaba afecto.

—¡Prométeme que te mantendrás alejado de la quinta Selanderschen!

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué? ¿Por qué? —Natte fumaba a grandes bocanadas y suspiraba—. No puedo recordar por qué..., ¡pero prométemelo!

David calló. Natte echaba humo e inclinaba la cabeza observándolo. Dio un paso tambaleante y se agarró a David. Empezó otra vez a gemir:

—Cuando, hace ya mucho tiempo, yo era pequeño... Tan pequeño era yo entonces, que jugaba en la quinta Selanderschen, pues mi padre tenía que hacer allí. Era ebanista, y yo tenía que ir con él... Y esto, te lo digo a ti, lo he lamentado toda mi vida...

—Comprendo...

—Comprendo... Comprendo... ¡Ahora dices eso, pero no lo hubieras dicho si hubieras estado entonces allí! Aquel hombre del demonio exigió a mi padre que serrara una muñeca..., una preciosa muñeca grande y delicada..., así, ¿sabes?, por la mitad.

—¿Por qué lo hizo?

—Fue algo horrible, una atrocidad que me afectó muchísimo. ¡Fue un asesinato!

—¿Era tu muñeca, Natte?

—¿Qué es lo que dices? ¡Yo no he jugado nunca con muñecas! ¿Crees que mi padre tenía dinero para comprármelas? Pero mi madre era muy lista, ella lo sabía, y siempre decía que sobre aquella casa pesaba una maldición. Eso es lo que decía mi madre. Por eso sé yo todo lo que sé, y lo que sé... lo sé —dijo solemnemente.

—Entiendo —le dijo David.

Entonces Natte lo miró atentamente, con desconfianza.

—¿Lo entiendes? —preguntó—. ¡No! ¡Eso no lo entiende nadie! ¡Vete ya!

Hizo un movimiento como si quisiera alejar a David. Parecía encolerizarse de nuevo.

—Bueno, entonces, adiós, Natte.

David lo dejó allí, de pie. Luego dio un par de pasos, pero Natte le gritó otra vez, amenazadoramente:

—¡Mantente lejos de la quinta Selanderschen, todo lo lejos que puedas! ¿Me oyes?

—¡Si, te oigo! —le respondió David dando un grito. Y se alejó apresuradamente.

### 3. LAS PLANTAS

—Ha sido una buena cliente. ¡Es una pena que cierre! —dijo mamá, mirando a los demás pensativamente.

—¿A quién te refieres?

—A la señora Göransson, que cierra su pensión.

—Ah, ya, te refieres a esa señora. Es muy rara —dijo Jonás.

Estaban desayunando junto mamá, papá, Jonás y Annika. La tienda de sus padres, «El bazar de los Berglund», iba a abrir enseguida. Por eso tenían algo de prisa.

La señora Göransson había telefonado a mamá por la mañana temprano, y le había preguntado si conocía a alguien que pudiera regarle las plantas de la quinta Selanderschen durante el verano. Estaba obligada a cerrar por un tiempo la pensión, pues se sentía mal y tenía que ir a una clínica para alérgicos.

—Deseo que se cure pronto —comentó mamá.

—Sí, sería una pérdida para nuestro negocio que la pensión cerrase para siempre —añadió papá—. Pero si sólo quiere descansar, entonces, está claro que tenemos que ayudarla de algún modo en lo de cuidar las flores.

—Me ha preguntado si puedo recomendarle alguna persona de confianza. ¿Sabes de alguien? —dijo mamá—. A lo mejor pensaba que yo..., pero... imposible, yo tengo bastante quehacer con la tienda.

—A lo mejor podríamos encargarnos nosotros, Jonás y yo —propuso Annika.

—¡Ni hablar! —protestó Jonás furioso—. ¡No pienso regar sus viejos tiestos!

—Entonces lo haré yo sola —y Annika le clavó una mirada...

Mamá encontró buena la propuesta. Fue inmediatamente al teléfono y llamó a la señora Göransson. Ésta accedió gustosa a que Jonás y Annika fuesen aquel mismo día a su casa, alrededor de las once. Papá y mamá tenían que bajar a la tienda. Jonás y Annika se quedaron solos.

—¿Cómo quieres comprometerte a eso? —le preguntó Jonás.

—Bueno, me acordé del extraño sueño de David. A lo mejor es divertido entrar en la casa y comprobar si coincide todo lo demás. Seguro que a David le encantará la idea.

—¡Sólo piensas en David!

—No, qué va, no es eso. Sólo que ¿no te gustaría a ti echarle una mirada a la vivienda por dentro?

Bueno..., eso sí... Si ello no le supusiera demasiado trabajo... entonces Jonás no tendría nada

en contra...

Así fue cómo David, Jonás y Annika emprendieron por segunda vez en menos de veinticuatro horas el camino hacia la quinta Selanderschen.

—¿No es curioso —decía David— que todos estos años hemos andado por aquí y nunca hemos pensado ni una sola vez en la quinta Selanderschen, y ahora estamos como obsesionados con la dichosa quinta? Primero, soñé con ella. Después, ayer, fuimos a parar allí por casualidad. Más tarde me tropecé con Natte, que enseguida sacó el tema de la quinta Selanderschen. ¡Y hoy decidimos encargarnos de cuidar las plantas de la finca!

—Ocurre a menudo que, de pronto, se amontonan por pura casualidad las cosas —le comentó Annika. No quería aceptar que hubiera algo fuera de lo normal en aquel asunto. En cambio, David lo daba por cierto, Annika se resistía ante lo inexplicable, quería encontrar una explicación natural.

—Ha sido una pura casualidad —dijo.

—Casualidad..., casualidad, ¿qué es eso de casualidad? —preguntó David.

Annika no lo sabía con exactitud. Una casualidad era..., pues eso..., una casualidad. En cuanto a Natte, borracho como estaba, no era nada raro que desbarrara un montón de disparates.

—¿Y el sueño? —preguntó David—. ¿Qué dices a eso?

—Sí, eso sí que es más raro, sin duda... No lo pudo negar... Debes de tener un sexto sentido —dijo ella.

—¿Un sexto sentido? ¿Y qué es eso? —insistió David; pero Annika ya no supo qué contestarle.

La quinta Selanderschen se hallaba en las afueras del pueblo. Era un enorme edificio blanco con una parque frondosísimo. Estaba situada cerca del río, rodeada por un bosque y por praderas. Alrededor de la casa había bonitos senderos para pasear, y por ello había sido acondicionada para pensión. Pero la quinta estaba algo ruinoso. Nunca había tenido muchos huéspedes. La mayoría de ellos eran conocidos de la señora Göransson, personas jubiladas que necesitaban respirar de vez en cuando el aire del campo. La señora Göransson había alquilado la quinta para su negocio; no era propiedad suya.

El alto portón de hierro estaba entreabierto. Recorrieron todo el paseo hasta la casa. Jonás iba delante con el magnetofón encendido:

—¡Atención, atención! ¡Aquí, Jonás Berglund! Son casi las once de la mañana. Mis colaboradores y yo vamos hacia la quinta Selanderschen. Queremos hacer una visita a la señora Göransson, la misteriosa anciana que ayer observamos...

—¡Cállate de una vez, Jonás; se simpático y deja de decir tonterías en el magnetofón! No hemos venido aquí para jugar a detectives —dijo Annika.

Una ventana se abrió en el piso alto de la casa y la señora Göransson sacó la cabeza.

—¡Hola, niños! ¿Queréis entrar por la puerta de la cocina? Acabo de limpiar la escalera principal de la casa.

—¡Vaya recibimiento! —susurró Jonás—. ¿Qué os había dicho?

Rodearon la casa. Aunque Jonás y Annika se habían encontrado muchas veces con la señora Göransson en la tienda, les parecían como si fuera la primera vez que la veían. Hasta ahora la habían tenido por una anciana de lo más normal, sin nada extraordinario, que siempre encargaba un montón de cosas y que siempre tenía prisas.

Pero no era tan despistada como ellos la habían creído. Parecía estar siempre vigilante. Sus ojos marrones, como los de las ardillas, lo veían todo. Tenía un cuerpo ancho y muy fuerte; no gordo, pero fuerte. Sus piernas eran más delgadas de lo normal, los pies pequeños, y tenía unas manos diminutas con unos dedos como bobinas de hilo.

—Venían tres por lo que veo —fue lo primero que dijo.

—Si, éste es David Stenfåldt, un amigo nuestro. Entiende mucho de plantas —dijo Annika.

—¡Ah, ya! ¿De veras...?

Parecía como si la señora Göransson dudase de ello. Sin embargo, les dejó entrar.

—Muy amable por vuestra parte —dijo mirando a cada uno de ellos—. ¡Pero entrad, para que os pueda enseñar todo!

Pasó ella delante de los chicos, por el vestíbulo, hacia la cocina.

—No le ha gustado que haya venido yo con vosotros —susurró David.

—No tenemos que decidirnos ahora mismo por el trabajo —cuchicheó Annika—. No prometeremos nada, sólo oiremos lo que nos ofrece.

—He puesto los tiestos aquí en la cocina, por lo menos los que cabían. Así no necesitaréis ir tanto de un lado para otro —les dijo la señora Göransson—. Pero será mejor que empecemos por la sala de estar.

Pasaron por el *office*. Ella iba delante.

—Está nerviosa —siseó Jonás, y tocó suavemente con los dedos el magnetofón.

—Deja eso quieto, ¿me oyes? —le dijo Annika.

—¡Hay tal cantidad de plantas! —comentó la señora Göransson.

—¿Recuerdas esto en el sueño? —susurró Annika a David. David asintió.

—Si, las plantas son realmente el gran problema de esta casa —prosiguió la señora Göransson.

—Es una casa antigua, ¿no? —preguntó Jonás.

—Pues sí, desde luego, no es lo que se dice una casa moderna. Es del siglo diecisiete o dieciocho. ¡Y las plantas deben de ser igual de antiguas! ¡Seguro que llevan generaciones en la familia! Una de ellas es especialmente antigua; aunque no sé cuál es. Pero bueno, las flores no me pertenecen, pertenecen a la casa y no pueden ser sacadas de aquí.

Y dejó escapar una risa seca y algo burlona. Se notaba que no le gustaban las plantas.

También había bajado los tiestos del piso superior, y los había puesto en la cocina y en el cuarto de estar.

—Para que no tengáis que ocuparos de nada allá arriba.

Se notaba perfectamente que no quería que anduviesen por la casa.

De pronto, una puerta o una ventana dio un portazo en el piso superior. En algún sitio había una corriente de aire, y la señora Göransson subió a ver. Mientras, los chicos se quedaron solos.

—¿Coincide con tu sueño, David? —preguntó Annika en voz baja.

David no le contestó enseguida. Estaba de pie y miraba fijamente una planta solitaria que había sobre el poyete de la ventana. En la esquina, junto a ella, se encontraba un viejo reloj de pie. Annika y Jonás siguieron su mirada. ¡Lo comprendieron! ¡La planta! ¡El reloj! David no necesitaba explicarlo...

Annika fue hacia la planta.

—Parece algo marchita. Las hojas cuelgan lacias...

—¡Déjala en paz! ¡No la toques! —murmuró David.

La señora Göransson volvía ya, se oían sus pasos.

—¿Qué hacemos? —susurró Annika deprisa—. ¿Aceptamos el trabajo o...?

Jonás se aproximó y les ofreció regaliz.

—En primer lugar, tenemos que pensarlo bien —les dijo—. Tomad; el regaliz agudiza el pensamiento.

—¡Sí, sí! Debemos aceptar el trabajo —dijo David impacientemente. Cuando la señora Göransson entró en la habitación, Jonás estaba de pie junto al reloj, examinándolo.

—¿Qué haces ahí? —preguntó inmediatamente.

—¡Vaya un reloj antiguo tan curioso! ¿Funciona?

—No, no funciona. ¡Lo mejor es dejarlo en paz! —la voz de la señora Göransson se hizo más dura—: ¡Es inútil, no anda! Desde que alquilé la casa está sin funcionar.

Jonás se apartó del reloj y la señora Göransson siguió hablando sobre las plantas:

—Bueno, esto es todo lo que hay sobre las plantas —dijo con ironía—. No ha sido idea mía, a mí me importan un pito lo que les pase. Pero soy la responsable ante el dueño.

—¿Por qué, entonces, no se las llevó él consigo, si las quiere tanto? —preguntó Annika.

—¡Oh, no! ¡No deben sacarse de aquí bajo ningún pretexto! Está escrito así en un viejo testamento o algo parecido...

La señora Göransson se empezó a reír y dijo que las plantas eran realmente los inquilinos de la casa, cosa que no costaba demasiado creer.

—Hay, incluso, gente que asegura que las plantas se vengan si se les hace algo. Por eso, lo mejor es, si se ocupa uno de ellas, hacerlo con esmero —les aconsejó. Y se reía sin parar. No obstante, la expresión de su cara era severa.

—¿Y esas conchas? —preguntó Jonás—. ¿Se oye dentro el ruido del mar?

—¡No lo sé! ¡Y déjalas donde estaban! —dijo con voz enfadada; pero Jonás no se inmutó.

—¡Sí, es verdad, se oye el mar! —exclamó con las conchas en los oídos.

—¡Estas conchas no se tocan! ¡Déjalas! —dijo la señora Göransson yendo hacia él y quitándoselas. Luego, se volvió hacia Annika—: No sé si hago bien en confiaros este trabajo. Tal vez sería mejor buscar alguna persona mayor.

—¡No, señora Göransson, claro que podemos hacerlo nosotros! —la interrumpió Annika.

—Naturalmente, ¡si es muy fácil! —añadió David con entusiasmo—. Nos gustan mucho las plantas. No tiene usted por qué preocuparse.

Se adelantó y sonrió, intentando despertar confianza y procurando que la señora Göransson apartara su atención de Jonás, que no podía dejar en paz las conchas e intentaba grabar en la cinta el ruido del mar.

Annika le lanzaba disimuladamente miradas asesinas, pero él no se daba cuenta de nada. Así que Annika acabó yendo hasta él:

—¿Quieres fastidiarlo todo? ¡No tienes remedio!

—Entonces vamos a ponernos de acuerdo —dijo la señora Göransson por fin.

No parecía demasiado convencida, se la veía un poco indecisa cuando trajo la llave de la puerta trasera de la quinta Selanderschen. Miró alternativamente a David y Annika antes de decidirse a entregarles la llave.

—Hay otra cosa —les dijo—. No os preocupéis si suena el teléfono. Son antiguos huéspedes,

que creen que la pensión está abierta durante todo el verano; así que no cojáis el teléfono. No contestéis ninguna llamada, dejadlo que suene.

Bien, de acuerdo, lo dejarían sonar. Tampoco tenían que abrir la puerta en caso de que alguien viniera y llamara. También esto tuvieron que prometerlo.

La Señora Göransson parecía algo más tranquila.

—Bueno, entonces —les dijo riendo—, entonces ya sólo me queda desearos más suerte con las plantas de la que he tenido yo.

—Lo haremos lo mejor que podamos —contestó David.

—Si, por supuesto —añadió Jonás, con cara de inocencia—. Lo haremos con mucho esmero. Lo prometemos.

Esta promesa, con todo, no contribuyó a tranquilizar a la señora Göransson; se notaba. No se la veía muy contenta cuando miró a Jonás.

—No es necesario que vengáis aquí los tres, ¿no es cierto? —les dijo, y miró a Annika.

—No, por supuesto que no —contestó Annika—. Normalmente vendré yo... y David, que quiere mucho a las plantas.

Jonás hizo como si quisiera protestar, pero Annika le lanzó una mirada... La señora Göransson pareció más satisfecha. Los acompañó hasta el vestíbulo. Ahora parecía tener prisa. Quería deshacerse de ellos, pues casi los empujó hasta afuera.

—Quiero irme en el próximo tren —dijo—, y los trenes no esperan. —Pero justo cuando iba a cerrar la puerta, se le ocurrió aún otra cosa—: ¿Alguno de vosotros ha estado ya alguna vez aquí? ¿Es la primera vez que habéis estado en esta casa? —repitió.

—Sí, es la primera vez.

Ella se despidió con un «hasta pronto» y pareció quedarse tranquila.

—Bueno, adiós, hasta la vista —repitió, y cerró la puerta.

Jonás se llevó el micrófono a la boca:

—Amigos oyentes, con esta rápida despedida de la señora Göransson cierro por hoy mi reportaje en la quinta Selanderschen.

Annika lo miró furiosa.

—¡Espero que no habrás estado grabando todo el tiempo!

—¡Claro que lo he hecho! —le contestó Jonás, sacando la cinta—. Y he hecho muy bien; la señora Göransson ha quedado al descubierto en algunos momentos. ¡Es una persona sospechosa!

David caminaba callado junto a ellos, pensando en la planta, en su sueño. En realidad no estaba sorprendido. Lo había estado esperando. Sabía de antemano que se la iba a encontrar.

## 4. UNA MELODÍA

David estaba en la cocina de su casa, esperando que su padre viniera a comer. Hoy había hecho la compra y preparado la comida él solo. Lo hacían por turno, él y su padre; sin embargo, durante las vacaciones, la mayoría de las veces le tocaba a David. Su padre estaba muy ocupado con la canción para el coro, que debía tener terminada para agosto. Era un encargo, y siempre tenía dificultades para entregarlos a su debido tiempo. Acababa poniéndose muy nervioso, pues siempre esperaba hasta el último momento.

David había preparado unas albóndigas con cebollas. Olían muy bien, y abrió la puerta de par en par para que el olor llegara hasta su padre y lo arrancara del piano. No se atrevía a insistirle, porque podía enfadarse y estropear la hora de la comida, diciendo que nadie podía comprender lo ingrato que era su trabajo, y que debía tenerlo terminado para una fecha concreta.

Por fin dejó el piano y exclamó:

—¡Huele muy bien! —el olor había llegado hasta él. Entró a grandes zancadas en la cocina y se sentó a la mesa.

No hablaron mucho durante la comida. Tenían mucho que pensar, cada uno a su modo; a pesar de todo, se entendían.

De pronto, el padre se quedó mirando fijamente a David y le dijo:

—¿Qué haces durante todo el día? ¿No te sientes terriblemente solo?

Pero David tenía a Jonás y a Annika, y nunca había tendido dificultades para encontrar entretenimientos.

—No tengo ningún problema para llenar mi tiempo libre, si es a eso a lo que te refieres —le contestó.

—No, pero se me ha ocurrido de repente que nunca te pregunto cómo te va. Ya sé que lees muchísimo, pero, aparte de eso...

—Aparte de eso, todo va bien —dijo David, y sonrió—. No te preocupes.

Terminaron y David empezó a fregar.

—¿Te ayudo...? —su padre hizo ademán de ir hacia el fregadero.

—No, déjalo, ve a trabajar.

Al poco rato se oyó de nuevo el piano. Papá había empezado con una nueva melodía. David nunca se inmiscuía en su trabajo. Pero de repente dejó de fregar. La melodía le parecía conocida.

Fue al cuarto de donde salía la música y escuchó.

—¿Qué melodía es ésta?

—¿Te gusta?

—Si, es bonita. Pero ¿de dónde la has sacado?

—¿Cómo que de dónde la he sacado? —su padre lo miró sin comprender—. ¡La he inventado yo, naturalmente!

—¿Es para la composición coral?

—Por supuesto que sí. ¿Por qué lo preguntas? ¿Crees que no iría bien?

—Claro, claro, sólo quería saber... ¿cuándo pensaste en ella?

—Hoy temprano, justo cuando me levanté de la cama, me vino a la cabeza. Pero todavía no la he trabajado.

—¿Estás completamente seguro?

—¿Seguro? ¿De qué? ¿A qué te refieres?

—Quiero decir, si de verdad nunca la has tocado antes.

Papá lo miró atónito y movió la cabeza de un lado a otro.

—¿Otra vez? ¡Ya oíste lo que he dicho! ¡No comprendo qué quieres decir!

—Me parecía como si la hubiese oído antes alguna vez; pero no, no puede ser.

David volvió a la cocina y su padre siguió trabajando.

Entonces sonó el teléfono, al mismo tiempo que papá golpeaba con impaciencia, con ambas manos, sobre el teclado. David se dio prisa en coger el auricular.

—¡Di que estoy trabajando! ¡Ya llamaré yo más tarde! —gritó su padre.

—De acuerdo.

—¡No puedo ponerme ahora al teléfono! —siguió su padre.

—De acuerdo, ya lo soluciono yo.

Pero no era para su padre. Era Jonás, que había descubierto algo misterioso en la cinta grabada y que quería venir a verle.

—¿Y Annika? ¿Qué está haciendo?

—Está trabajando en la tienda y no puede ir.

—¡Que estoy trabajando! ¡Deja de charlar! ¡Termina de una vez! —bufó el padre desde el piano. No, no era conveniente que Jonás viniera con su magnetofón.

—Oye, en lugar de venir tú, prefiero ir yo a tu casa. Papá está trabajando.

—Está bien —dijo Jonás—. Seguro que nos estaría interrumpiendo continuamente. Necesitamos tranquilidad si queremos escuchar bien la cinta. ¡Date prisa!

David colgó el auricular y fue hacia su padre, que permanecía sentado y parecía como si fuera a desplomarse.

—¡Deja descolgado el teléfono! ¡Ese aparato no me deja concentrarme! —se quejó.

David descolgó el teléfono, y su padre se lanzó de nuevo sobre el piano.

—Voy un momento a ver a Jonás —dijo David.

Su padre levantó la vista del piano y lo miró distraído.

—Si, no me molestes.

«¡No me molestes!». Eso era tan corriente en él que David casi no pudo contener la risa. Se imaginaba lo que podría pasar si Jonás entraba haciendo ruido con los tacones.

—Bien, entonces me marcho. ¿Tienes que ir esta noche a ver a Lindroth?

—¿A ese negrero? No, trabajaré en casa. Tengo que quedarme toda la noche trabajando —y su padre suspiró hondamente. Le gustaba que se compadecieran de él.

—¡Pobre! —dijo David.

—¡Ya lo creo que sí! En fin, tú diviértete —parecía como si David fuera a la fiesta más divertida del mundo, mientras que él tenía que quedarse allí, encerrado, trabajando solo, con el recuerdo amenazador de Lindroth.

David le lanzó una mirada compasiva, pero interiormente sonrió. Sabía perfectamente que nada le gustaba más a su padre que estar completamente solo, encerrado y trabajando. Y, en realidad, Lindroth no se parecía en nada a un negrero explotador.

Pero no debía dárselo a entender, porque entonces su padre creería que no tomaba en serio su trabajo.

## 5. EL SUSURRO

—¡Por supuesto que está fingiendo esa señora! ¿Por qué se metió conmigo con motivo del reloj y las conchas? No me irás a decir lo contrario.

Jonás había puesto a David la cinta que había grabado secretamente en la casa Selanderschen.

—Y ahora, espera, tienes que oír la otra cinta —le dijo—. Ésta es la primera, la de ayer por la noche grabé delante de la ventana, durante la conversación telefónica. La tos también está grabada y, por cierto, ¡es la misma que la del bote de remos! Tuvo que ser aquella sombra la que tosió. Escucha.

Jonás puso la cinta desde el principio. David tuvo que escuchar primero todos los grillos, abejorros, escarabajos y demás animales que Jonás había grabado.

—¡Qué calidad de sonido! —comentó Jonás orgulloso.

Annika llegó justo al final, y se oyó a sí misma decir: «¡Qué fresco hace ahora! ¡Se ha levantado una ráfaga de viento frío!».

La cinta quedó en silencio, pero se podía percibir algo, tan débil como un susurro; no se entendía ni una palabra. Suponiendo que se tratara de palabras. Jonás y Annika lo habían interpretado únicamente como interferencias y no se preocuparon por ello. Sin embargo, para David aquello era el susurro de una voz humana.

Después Annika hablaba de nuevo en la cinta: «¿Qué te pasa David? ¿Se puede saber?». Y David contestaba «Nada, pero tienes razón, ha refrescado».

—Bueno, ya lo has oído —dijo Jonás—. Hay algo sospechoso en esa conversación telefónica.

—¿Conversación telefónica? —David no la había escuchado. Había estado con sus pensamientos en cosas totalmente diferentes.

—¿Quieres poner otra vez el final? —dijo—. Desde que bajaste del árbol y Annika decía que hacía frío.

Jonás no comprendía qué podía haber allí de interesante, pero hizo lo que David quería.

—Pero ¿qué pasa ahora, David? —preguntó Jonás.

—¿No nos puedes decir qué es? —preguntó Annika.

—¿No lo habéis oído vosotros mismos? ¿No habéis oído un susurro? ¡En la cinta se oye una voz extraña que no es la nuestra!

Jonás pasó otra vez la cinta y, por supuesto, oyó el susurro: en realidad lo había estado oyendo todo el tiempo.

Pero Annika se enfadó con ellos. No daba importancia a todo eso y no oía ningún susurro.

—¡Sólo crujidos y chirridos! —dijo ella.

Sin embargo, David estaba cada vez más seguro. Empezó a diferenciar palabras, y también Jonás. Oía perfectamente que eran palabras, y también Jonás. Oía perfectamente que eran palabras que pertenecían a una conversación, pero no las entendía.

—Tiene que ser alguien que estaba afuera, abajo, en el jardín.

—¡Qué miedo! —dijo Jonás estremeciéndose.

—¡Eso es una tontería, Jonás! —le contestó Annika—. Estábamos allí solos. Si hubiera estado alguien y hubiera susurrando algo, seguro que lo habríamos notado.

—Y si allí no había nadie... ¿cómo se ha grabado esa voz?

Jonás la miraba con los ojos muy abiertos.

—¡Qué miedo! —repitió—. Lo pongo de nuevo —y escucharon otra vez la cinta.

—Es la voz de una mujer —dijo David intrigado.

—¿De verdad te parece que eso es una voz? —preguntó Annika dudosa.

—Sí, la oigo —dijo David. Ahora estaba segurísimo, y Jonás también.

—¡Bah! —exclamó Annika—, eso no es una voz, sólo chirridos y crujidos.

Jonás la miró con rabia:

—¡No lo vuelvas a decir otra vez! —le advirtió.

Pusieron la cinta y la escucharon de nuevo. Por fin lo oyeron claramente. Incluso Annika empezó a dudar. Sin embargo, encontró enseguida una explicación:

—No es nada extraño que se hayan grabado algunas voces, ya que Jonás va correteando de un lado para otro con el aparato.

Pero David no la escuchaba.

—¡Creo que ahora entiendo las palabras! —dijo emocionado.

—Sí, yo también —afirmó Jonás—. ¡Es increíble!

—Jonás no hace más que repetir todo lo que tú dices. ¡Él oye exactamente lo que tú dices, David! —dijo Annika irónicamente. La chica se resistía a creerlo. No quería colaborar, nunca lo hacía en cosas que no entendía. Por eso se oponía.

A David no le molestaba la actitud de la chica, pero Jonás estaba enfadado. ¡Él no seguía borreguilmente a nadie! ¡Tenía sus propias ideas!

—¡Entonces, di tú primero lo que dice la cinta, antes de que David diga lo que él ha oído! —le dijo Annika provocadora.

—¡Pues claro que sí! —dijo Jonás—. Dice: «Me levanto temprano..., yo...». Hay luego un silencio, y después dice muy bajito: «Mil».

Annika sonrió irónicamente, pero David afirmó que la interpretación de Jonás no era absurda. Aunque él había entendido otra cosa.

—¡No sois muy inteligentes! Me voy —dijo Annika. Se levantó para irse, pero David la retuvo. Puso otra vez la cinta.

—Por mi parte —dijo al final—, creo que dice lo siguiente: «En el cuarto de vera..., yo..., Emilie...».

A Jonás le pareció aceptable la interpretación. Él coincidía en parte con David. Según su opinión, a la primera parte del susurro David se daba una interpretación equivocada. Sin embargo, estaba de acuerdo en que se podía cambiar «mil» por «Emilie». Esto sonaba mucho mejor. Y tenía más sentido.

Annika se rió. No comprendía que esa interpretación le pareciese mejor a Jonás, pues si a

alguien le gustaba dormir, ese alguien era Jonás.

—¡Déjate de tonterías! —dijo Jonás amenazadoramente, yendo hacia ella.

—¡Dejad ya de discutir! —cortó David—. ¡Esto es fantástico!

Jonás lo miró con admiración. Sí, era mucho más de lo que él podría haber soñado, y el mérito era de David. Él no habría descubierto nunca el susurro; lo sabía y tenía que admitirlo si quería ser sincero. Él se había fijado en la señora Göransson; sin embargo, esto era mucho más emocionante.

Escuchó de nuevo la cinta.

—¿Aún no oyes nada, Annika?

La miraba ansiosamente. Ahora se oía increíblemente claro. La voz decía: «Me levanto temprano..., yo..., Emilie», como Jonás había entendido; o: «En el cuarto de verano..., yo..., Emilie», como había escuchado David.

—Bueno, Annika. ¿Qué dices a esto? ¿No oyes nada?

—Por supuesto, que sí...; un montón de crujidos y chirridos —Annika se rió y salió apresuradamente del cuarto.

No tenía tiempo para este tipo de juegos infantiles. Prefería continuar haciendo paquetes en la tienda.

## 6. LA COMPOSICIÓN MUSICAL

Cuando David entró, su padre continuaba sentado al piano, trabajando en la misma melodía. Estaba tan absorto en el trabajo que apenas lo oyó entrar. David fue directamente a su cuarto y se tumbó en la cama. Se encontraba extrañamente cansado, a pesar de que no era tarde, y se quedó adormilado.

Pero de pronto se levantó, completamente despejado ya, y fue hacia donde estaba su padre. Le parecía que estaba tocando mal la melodía. La había modificado y esto le irritó.

Normalmente no le interrumpía durante su trabajo. Sin embargo, hoy era la segunda vez que lo hacía.

—Escucha, Svante —le dijo, y se detuvo. Generalmente nunca llamaba «Svante» a su padre; pero éste no reaccionó por ello.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Has modificado la melodía —dijo David—. ¿Por qué lo has hecho?

Svante levantó la vista del piano.

—Tengo que probar distintas formas. En algo tan breve hay muchas horas de trabajo. Quizás parezca sencillo, pero en realidad no lo es.

—De todas formas creo que la estás tocando mal —insistió David. Estaba sorprendido él mismo por lo diferente que le sonaba.

Su padre no tomó a mal el reproche.

—¿Cómo voy a tocarla mal si aún no sé cómo va a quedar? —le respondió, y continuó tocando.

—Escúchame, Svante —le dijo, David. Su padre le atendió, dejando caer las manos.

—Tú empiezas así —le dijo David empezando a tararear—: Dang, dadáng, dádala, dang..., y no suena bien.

—¡Vaya! Entonces, según tu opinión, ¿cómo tiene que ser?

David pensó un momento. Lo tenía en la cabeza, pero no sabía expresarlo.

—Bueno, así —le dijo, y empezó a tararear de nuevo—: Dádadang, ding, dá, ding, ding. Así está bien, creo.

Papá empezó inmediatamente a tocar la melodía, pero no le salió bien del todo. ¿Cómo era?

David la tarareó otra vez.

—¡Si, fantástico! ¡Así tiene que ser! ¡Gracias, David!

—No tiene importancia. Pero ¿cómo has pensado que será el estribillo?

—¿Sugieres que también haya un estribillo?

—Sí, creo que sí.

—¿Seguro? ¿Y cómo debería sonar?

—Así —dijo David, y tarareó un extraño y grave tema.

Svante lo tocó y miró asombrado a David.

—¡Es formidable! ¿Cómo lo conseguiste? Lo mejor será que lo escriba inmediatamente para que no me olvide...

—En tal caso te lo recordaría —dijo David.

—Por casualidad, ¿te dedicas tú también a componer? —le dijo en broma pero entusiasmado.

—No, jamás en mi vida lo he hecho —le dijo, como si fuera algo totalmente impensable.

—Entonces, ¿cómo se te ha ocurrido esta melodía?

—No se me ha ocurrido a mí...

Papá le dirigió una mirada expectante. No lo entendía.

—No sé..., sencillamente, estaba dentro de mí.

La cara de David adquirió una expresión ensimismada. Eso le sucedía a menudo cuando no quería hablar más. Deseaba poder contar a su padre de dónde procedía aquella melodía, pero era todo tan extraño que no sólo no sabía cómo explicárselo, sino que ni siquiera se atrevía a pensar en lo que había sucedido.

Era la melodía que la muchacha había cantado en el sueño. Lo más sorprendente era que su padre la hubiese tocado por la mañana. De lo contrario, David no se hubiera acordado nunca más. En aquel momento fue cuando la reconoció. Era imposible no hacerlo. Su padre estaba allí, sentado, y de repente había tocado la melodía de su sueño. ¿Habría tenido su padre el mismo sueño? No se atrevió a preguntárselo.

David contempló cómo su padre escribía inclinado sobre el papel pautado. No, todo esto era demasiado inverosímil. Dejó de pensar en ello y se marchó otra vez a su cuarto.

Entonces sonó el teléfono y su padre se puso fuera de sí:

—¿Quién ha colgado el teléfono? ¡Me voy a volver loco con ese timbre! ¡Ve, David, y cógelo! ¡Di que no estoy en casa! ¡Di lo que quieras! ¡Ahora tengo que trabajar!

La llamada era otra vez para David: esta vez era Annika.

Ahora no podían hablar. David oía cómo, detrás de él, protestaba su padre. Para colmo, parecía que Annika tenía muchas cosas que decirle. Temía que David se hubiera enfadado porque no se tomó en serio el susurro de la cinta.

—¡Que no, que no estoy enfadado!

—¿Seguro que no?

—Seguro que no.

Svante se quejaba cada vez más alto y David empezó a sudar.

Annika le contaba que acababan de llegar, Jonás y ella, de la quinta. La señora Göransson se había marchado ya. Habían dado una vuelta para ver las plantas y estaban algo preocupados.

—¿Por qué? —David hablaba lo menos posible. Dejaba hablar a Annika.

—Por la planta con la que soñaste —dijo ella—. Debe de pasarle algo. Da la sensación de que está marchita, tememos que se muera.

David se olvidó de su padre.

—¡Eso no puede ser! —gritó impetuoso.

—¡Termina ya la conversación! —se oyó detrás de él.

—Oye, Annika, iré a tu casa, cogeré la llave e iré a la quinta inmediatamente. No es necesario que vengáis conmigo.

Pero Annika insistió en acompañarle. Y, seguramente, también Jonás querrá ir, dijo ella. ¿Iba a dejar escapar semejante reportaje?

## 7. LA QUINTA SELANDERSCHEN

—¡Aquí, Jonás Berglund! Nos encontramos por fin en el sancta sanctorum de la quinta Selanderschen, en el gran cuarto de estar. Es una habitación muy elegante. Por ejemplo, del techo cuelga una araña, modelo antiguo. También veo algunos asientos, una cómoda con la superficie de mármol. Mis colegas, David y Annika, examinan en este momento una maceta que está sobre la repisa de una ventana. No sé a qué especie pertenece la planta; parece algo mustia, y mis colegas están precisamente ahora discutiendo... ¡Un momento, por favor!

Jonás hizo una pausa y fue hacia David y Annika. David estaba examinando la tierra del tiesto. Parecía demasiado húmeda.

—¿La habéis regado? —preguntó.

No, no lo habían hecho. La tierra estaba húmeda, y eso indicaba, tal vez, que la planta no podía absorber más agua. Se la veía realmente enferma. Las grandes hojas en forma de corazón colgaban lánguidas.

Jonás llegó junto a ellos con el magnetofón:

—Bueno, ¿cómo está la planta? —preguntó ante el micrófono—. ¿Se recuperará? —colocó el micrófono delante de David.

—¡Basta ya, Jonás! —le gritó Annika—. No sabemos qué hacer con ella.

—No, no es nada fácil —dijo David preocupado.

—A lo mejor tiene pulgones en las hojas —comentó Jonás, prosiguiendo con la entrevista.

—No parece. Tiene que ser otra cosa —afirmó David. Jonás, prosiguió su reportaje:

—Si, amigos oyentes, como han oído, el diagnóstico de la planta no está claro. Todas las macetas que hay en la quinta Selanderschen parecen muy antiguas, y sus plantas no pueden, por supuesto, vivir eternamente. Yo propondría que se plantara, lo más pronto posible, un esqueje de esta planta, antes de que sea demasiado tarde. No obstante, voy a seguir con la descripción de la habitación. Junto a la cómoda se encuentra una estantería, grande y alta, llena de antiguos volúmenes descoloridos de cuero, y aquí a la derecha tenemos una escalera que nos conduce al piso superior. Es una escalera antigua con una bonita barandilla tallada —en ese instante Jonás se inclinó hacia adelante y olió—. Sí, he olido a pintura y acabo de comprobar que el poste de la escalera, es decir, el pilar, ha sido pintado con un color verde, que aún no está del todo seco; al parecer, ha sido pintado hace muy poco tiempo.

Algo tintineaba, y Jonás dejó de hablar. De pronto empezó a oírse una serie de ruidos. Los cristales de las ventanas empezaron a vibrar, así como la puerta de la estufa de cerámica; los cristales de la araña temblaron y, encima del mármol de la cómoda, un par de tazas empezaron a

bailar en sus platos. Era como si hubiera un temblor invisible en toda la habitación, y parecía como si cada objeto hiciese un ruido distinto.

—¿Qué es esto? —preguntó Annika asustada.

Jonás estaba feliz. Corría de un lado para otro grabando todas las vibraciones y sonidos. Después comentó el fenómeno con voz excitada:

—Atención, atención..., los ruidos que acabamos de oír parecen inexplicables. ¿Se trata de un pequeño terremoto? Bueno, todavía no lo sabemos. Sin embargo, toda la casa se mueve, el suelo tiembla bajo nuestros pies. Voy a seguir describiendo mis observaciones, pienso quedarme aquí hasta el final...

Entonces sonó muy cerca el penetrante silbido del tren.

—¡El tren! ¡Es el tren! —dijo David, riéndose aliviado.

Jonás grabó:

—Si, este fenómeno tiene una sencilla explicación natural. Ha sido el rápido tren del Sur el que ha motivado estos temblores. Pasa muy cerca de aquí...

Las últimas palabras las dijo gritando, para superar el ruido del tren, que pasaba entonces atronadoramente. Los objetos de la habitación aún temblaban y tintineaban; pero, poco a poco, todo volvió a la más absoluta calma.

De repente sonó un ruido aislado. Venía del rincón, al lado de la ventana. Todos miraron hacia allí. El viejo reloj de pie había empezado a hacer tictac. ¡Funcionaba! ¡Podían oír perfectamente el tictac del reloj, a pesar de que la señora Göransson había asegurado que no andaría más!

—Tiene que haber sido el tren el que lo ha puesto en movimiento —dijo Annika.

—Si, eso es lo que ha pasado —asintió David.

Jonás los miró con compasión.

—¡Es extraño que no haya funcionado antes, con todos los trenes que pasan por aquí! No, aquí hay algo más. ¡Ya lo descubriremos!

Rápidamente fue hacia la cocina. Al llegar a la puerta se dio la vuelta y dijo a David:

—¿Te acuerdas de lo que te dijo Natte? Te previno sobre esta casa, ¿no?

—Si..., dijo que sobre la quinta Selanderschen pesaba una maldición. Fue su madre, quien...

—¡Natte estaba borracho! —le interrumpió Annika.

Pero Jonás opinaba que Natte no eran tan tonto como la gente creía. Sabía discurrir bien cuando quería.

—¡A lo mejor, Natte sabe más de lo que nosotros creemos! —exclamó y desapareció en la cocina. Allí volvió a poner en marcha el magnetofón—. De nuevo, al habla, Jonás Berglund. Hoy es veintinueve de junio. Son las veintiuna horas treinta y siete minutos. Este reportaje tiene lugar en la cocina de la quinta Selanderschen, una enorme cocina de estilo anticuado. Sin embargo, hay algunas cosas modernas, como el frigorífico. Ahora llevaré a cabo una detenida investigación para descubrir posibles pistas. Para ello abro la puerta de la nevera; está vacía. Allí tenemos una segunda puerta, que da a un espacio pequeño. En el suelo hay botellas de vino...; una, dos, tres cuadro, ocho, en total, todas vacías. Marca Castello. No se puede decir que hay un exceso de consumo si se tiene en cuenta que esto es una pensión. También hay un armario de cocina, que contiene alimentos básicos: harina, azúcar, arroz, etc. Nada sospechoso, ningún olor anormal. Y aquí, debajo del fregadero, se encuentra un armarito. ¡Pero si se han olvidado de la bolsa de la basura! Un momento, por favor, seguiré después.

Jonás desconectó el magnetofón y curioseó la bolsa de la basura por todos los lados; finalmente la volcó sobre el hule de la mesa de la cocina. Empezó a revolver entre todos los desperdicios mientras informaba:

—Atención, prosigue el informe sobre la cocina de Selanderschen. Entre los desperdicios descubro lo siguiente: gran cantidad de cáscaras de huevo, hojas de té, posos de café, latas de sardinas, latas de guisantes, papel de lija, serrín, una botella vacía de aguardiente marca Renat. El olor del aguardiente se nota todavía. En la parte exterior de la botella se puede ver la huella de una mano, huellas dactilares de color verde. Más allá, una caja de pinturas con restos de color verde. ¡Ah!, sí, aquí hay una lata de pintura. Así que han estado pintando y alguien ha bebido aguardiente. Aparte de eso, aquí tenemos una maceta rota. Es curioso comprobar el trato tan especial que reciben las plantas en esta casa. Bueno, eso es todo. ¡No!, aquí hay también un gran escarabajo muerto, manchado de verde en la parte inferior. ¡Interesante! ¡Conectaré de nuevo más tarde!

Jonás desconectó el magnetofón y llevó el escarabajo muerto al cuarto de estar.

—¿Puedes decirme qué clase de insecto es éste, David?

David estaba de pie delante de la estantería mirando los libros.

—Un escarabajo pelotero. ¿Dónde lo has encontrado?

—En el cubo de la basura de la cocina —Jonás le dio la vuelta—. Tiene pegada pintura verde, probablemente del pilar de la escalera —le dijo, y se marchó para realizar de cerca un examen de la columna; no fue difícil encontrar la mancha en el lugar en donde se había pegado el escarabajo pelotero. Había intentado despegarse y perdió una pata, que todavía estaba pegada en la pintura. Había dejado una clara huella, y Jonás pudo informar sobre su hallazgo. De repente, Annika lo llamó desde la cocina:

—Por favor, Jonás. ¿Qué demonios has estado haciendo? Ven inmediatamente a recoger los desperdicios, ¿me oyes? ¡Yo no pienso hacerlo!

—¡No lo toques! —Jonás, temeroso, fue deprisa a la cocina, preocupado con su hallazgo. Sonó un timbre.

—¿Has oído? —preguntó Annika.

Jonás se precipitó hacia dentro.

—¡Suena el timbre! —gritó—. ¡Voy corriendo a coger el teléfono! —Annika lo detuvo.

—La señora Göransson dijo que no respondiéramos las llamadas. Ve y ocúpate, en cambio de recoger la basura.

El teléfono se encontraba en el cuarto anterior a la sala de estar. La puerta que los separaba estaba cerrada. Jonás volvió a la cocina. El teléfono seguía sonando interrumidamente.

—Voy a contestar —dijo David—. Puede ser para alguno de nosotros. Papá sabe que estoy aquí.

Fue al cuarto del teléfono. Annika lo siguió.

David descolgó el auricular. Al otro lado sonó una frágil voz.

—¿Oiga? ¿Con quién hablo?

—Con David.

Entonces la voz se volvió de repente más clara, casi como si le reconociera.

—¿De verdad eres David? Buenos días.

Era una voz totalmente desconocida, pero sonaba como si no lo fuera.

—Buenos días —dijo—. Perdón, pero ¿quién es usted?

—¡Oh, soy yo! Naturalmente, tú no puedes saber quién soy.

En ese momento apareció Jonás.

—¿Quién es? ¿Quién es? —preguntó en voz baja a David.

En el auricular, una corta y frágil risa.

—Me parece que ahí hay alguien que pregunta quién soy... Dile que soy Julia Jasón Andelius.

—Sí, se lo diré —respondió David. Pero Jonás ya lo había oído.

—¿Y quién es ella? —preguntó.

Otra vez se oyó una breve risa.

—Di que soy la dueña de la casa.

—Sí —le contestó David.

—Sé que os estáis ocupando de las plantas —dijo la voz—. ¿Cómo están?

—A mí me parece que bien.

—¡Me alegro! ¿Y la selandria? ¿Cómo está?

—¿Selandria?

—Es esa planta grande, de hojas en forma de corazón.

—¡Ah, ya! No sabía cómo se llamaba. Bueno, es la única que no parece estar tan bien. Tiene las hojas mustias.

—¿Está en su sitio? ¿En la ventana que da al patio? ¿Junto al reloj de pie?

—Sí, por supuesto.

—¡No movedla! Con un poco de atención se recuperará de nuevo.

—Bueno, ya me he ocupado algo de ella —le dijo David.

—Cuidala bien, David; ocúpate tú de ella. Es una planta que sólo tiene amistad con una única persona, ¿sabes...?

—¿Ah, sí?

—Sí —se produjo un silencio en el auricular y luego se oyó un suspiro—. Desgraciadamente yo ya no puedo ir ahí. Estoy en la capital y ya no iré más.

—¿No? —preguntó David—. Pues no se preocupe, nosotros lo haremos muy bien.

—Estupendo, David. Bueno, adiós. Llamaré de nuevo.

—¿Qué quería en realidad? —indagó Annika.

David tenía todavía el auricular en la mano, lo colgó despacio y se fue hacia la puerta. Los otros lo siguieron.

—¿Por qué no contestas, David?

Tenía la mirada clavada en un punto fijo. Entonces vieron que la planta de la ventana ya no estaba mustia. Las hojas se habían enderezado, elevándose poco a poco hacia arriba, y se extendían y se abrían como unas manos levantadas. ¡Como en el sueño de David!

Pero lo más extraño era que todas las hojas apuntaban hacia el interior de la habitación, hacia un punto determinado.

—¿Por qué no se dirigen hacia la luz de la ventana? —preguntó Annika—. Es lo que hacen normalmente las plantas.

—Ésta, vemos claramente que no —repuso Jonás.

—Está señalando la escalera —advirtió David. Y, antes de que nadie pudiera impedirselo, Jonás subió corriendo las escaleras y chocó con una recipiente de cobre que rodó con estrépito

escaleras abajo.

—¡No debemos subir, Jonás! —le gritó Annika. Parecía enojada. Corrió hacia el recipiente de cobre y lo levantó—. ¡Ojalá no esté abollado!

Aparentemente había resistido bien el golpe. Sin embargo, algo había sonado dentro. Levantó la tapadera y descubrió una llave que tenía un letrero amarillento. En él estaba escrito el nombre del cuarto al que pertenecía la llave. Annika lo leyó y palideció.

—Déjame verlo —le dijo David.

—Sí, ¿qué pone? —preguntó Jonás.

Sin ningún comentario les pasó la llave y vio que también ellos palidecieron cuando leyeron lo que estaba escrito con grandes letras góticas: «cuarto de verano».

## 8. EL CUARTO DE VERANO

David paseaba inquieto por su habitación, con un libro abierto entre las manos. Leía: «Algunos dicen que han encontrado pruebas que apoyen la opinión, poética y filosófica, de que las plantas, como seres vivos que son, están dotados no sólo de conocimientos y espíritu sino también de la capacidad de comunicarse con otros seres vivos».

El libro se llamaba *La vida secreta de las plantas* y lo había cogido de la biblioteca. La planta de la quinta Selanderschen, con la que había soñado antes de verla, no lo dejaba tranquilo.

«Esta planta sólo tiene amistad con una única persona», le había dicho la señora del teléfono, la dueña de la casa, Julia Jasón Andelius.

¿Por qué, precisamente, con él?

Otro hecho que le preocupaba era la llave que habían encontrado en el recipiente de cobre, la llave del cuarto de verano.

Sentía no haber podido convencer a Annika para que investigaran a dónde los llevaba la llave. Jonás se hubiera apuntado sin dudarlo, pero Annika no cedió. Y quizás tuvo razón, porque no sabían dónde iban a meterse...

Sin embargo, había una cosa clara: él ya no creía que las voces del magnetofón de Jonás fueran unas palabras huecas, carentes de sentido. Aunque la voz de la cinta no existiera, no podía ser casualidad que David hubiera entendido precisamente «cuarto de verano». La llave lo confirmaba. Y ahora sabía dónde se encontraba la llave.

¿Cómo pudo prometer a Annika que no iría...?

Arriba, en su cuarto, Jonás iba impaciente de un lado para otro, masticando regaliz. De vez en cuando conectaba el magnetofón y escuchaba atentamente la voz. No había duda. David tenía razón: «En el cuarto de verano», era lo que la voz decía.

¡Y, para colmo, había tenido la llave del cuarto en su mano! Por supuesto que no había sido una simple casualidad el que tropezara con el recipiente de cobre. ¡No había ninguna duda de que la llave tenía que aparecer!

¿Cómo puedo ser tan tonto como para prometer a Annika que no haría por encontrar aquel cuarto? Era imperdonable. Aunque, bien mirado..., ¿hay que cumplir siempre lo que se promete? ¿Aunque se haya prometido algo absurdo? ¿Debería intentar convencer a Annika?

No, eso no tenía ningún sentido. Ella se había llevado un susto espantoso con lo que había pasado, y no quería saber más del asunto. Inútil hablar con ella. Hasta se negaba a admitir que existía la voz.

Entonces, ¿por qué tenía miedo del cuarto de verano? Verdaderamente, su actitud no era

lógica.

Y allá, dentro del recipiente de cobre, estaba la llave. Le esperaba... Seguir pensando en ello se hacía insoportable.

Abajo, en el almacén, detrás de la tienda, Annika estaba sentada, colocando los precios en los tarros de conservas que habían llegado aquel mismo día. Estaba acostumbrada a ese trabajo, y normalmente no le suponía ningún problema. Pero hoy estaba distraída y cometía errores continuamente. No cogía el ritmo del trabajo. Estaba marcando por segunda vez un montón de latas.

¿Por qué habría prometido ayudar durante las vacaciones en la tienda? ¿Por qué había prometido regar las plantas de la quinta Selanderschen? ¡Esto último era aún más estúpido! Lo había hecho por David, como siempre. Para que él pudiera entrar en la quinta Selanderschen; por ser un poco complaciente.

Siempre obraba así. Con casi todos. Pero, en realidad, ¿quién sacaba provecho? David no pensaba en absoluto que gracias a ella podía ver la cerca la planta con que había soñado. ¡Pero ya estaba bien! ¡No pensaba ceder en lo referente a la llave!

Pero, por otra parte, ¿tenía ella derecho a obligar a los otros a prometer nada? ¿Era justo frenar el entusiasmo de Jonás? ¿No sería ella una aguafiestas? ¿Era razonable impedir que David prosiguiera la búsqueda del cuarto de verano? Al fin y al cabo, él fue el primero en oír la voz en la cinta y el que descifró el susurro. ¿Y si fuera algo importante? ¿Y si, de hecho, estuviera pasando algo en la quinta Selanderschen?

De nuevo comprobó que estaba marcando los precios por segunda vez. ¡Eso ya era demasiado! Furiosa, dio un empujón a unas latas, que rodaron por la mesa.

Se marchó y telefoneó a David.

Lo primero que les llamó la atención cuando llegaron a la quinta Selanderschen, fue la planta. Aquel día tenía buen aspecto. Sin embargo, a pesar de que era mediodía y lucía el sol a través de la ventana, y aunque, normalmente, todas las plantas dirigen sus hojas hacia la luz, aquélla dirigía sus hojas persistentemente hacia el interior de la habitación, hacia la escalera.

—Esto es muy extraño —dijo David—. Tanto más cuanto que lo último que hice ayer, antes de salir, fue girar la maceta y orientar las hojas hacia la ventana.

—Puede haber estado alguien aquí y... —Annika se calló. Lo que iba a decir era totalmente absurdo.

Pero Jonás ya había pensado en esa posibilidad. Para él, la idea de que alguien pudiese introducirse en la casa no era descabellada. En previsión, y para poder comprobar, había colocado en todos los picaportes de la casa unas hojas de pino, con lo que era sencillísimo comprobar si alguien había abierto alguna puerta durante su ausencia. Si seguían todavía en los picaportes, sería prueba de que nadie había estado la casa. Pero si no estaban, sería evidente que alguien había entrado.

—¡Qué ingenioso! —dijo David, admirado.

—¿Y has comprobado ya los picaportes? —le preguntó Annika sonriendo.

—Sí, y las agujas de pino siguen en su sitio. Así que nadie ha podido mover la maceta. La planta ha girado ella sola sus hojas. ¡Nos está diciendo que subamos la escalera!

—Así parece —exclamó Annika algo asustada.

—Sí, cojamos de una vez la llave y busquemos el cuarto de verano —propuso David.

—Será lo mejor —admitió Annika.

Subieron las escaleras y David sacó la llave del recipiente de cobre. Desde el último escalón miró a su alrededor. ¿Adónde los llevaría aquella llave? Había varias puertas, pero solamente una estaba cerrada con llave: la que conducía arriba, al desván. En un gancho, junto a la puerta, colgaba la llave del desván.

Una habitación que sólo se utilizaba en verano podía muy bien estar en el desván. Abrieron la puerta del desván y, frente a ellos, vieron una empinada escalera de madera, que subía.

Jonás conectó el magnetofón.

—¡Qué desván más viejo y feo! —dijo Annika.

—Es poco acogedor —admitió David, que llevaba una linterna.

Jonás empezó a grabar:

—Si, amigos oyentes, me encuentro en el desván de la quinta Selanderschen. Es, como acaba de decir uno de mis colegas, un lugar poco acogedor. La luz del día penetra escasamente por un par de tragaluces, cubiertos de telarañas. Entre el polvo y la oscuridad que me rodea, distingo un montón de trastos. Un olor enrarecido me llega de frente. Apenas puedo moverme sin tropezar con las telarañas que cuelgan de las vigas del techo y se me pegan por la cara. Millones de murciélagos revolotean por todas partes y...

—¡Jonás, no exageres de esa manera! ¿No crees que ya es bastante desagradable la realidad?

Jonás, furioso, apagó el magnetofón.

—¿Quieres estropear me el reportaje, o qué? ¡Justo cuando me había venido la inspiración...!

—Perdóname, no era mi intención... —Annika pareció lamentarlo.

David se había adelantado con la linterna. Lo vieron parado delante de una puerta pintada de azul. Metió la llave en la cerradura y la giró. La cerradura rechinó. Jonás, conectando su magnetofón, continuó:

—Estamos ante una puerta azul, que no sabemos a dónde conduce. La puerta tiene huellas de manos humanas. La cerradura funciona mal. La oímos chirriar. No quiere ceder, es vieja, está oxidada. No cede. Y ante esta puerta azul cerrada, nos asaltan inevitablemente estas preguntas: ¿Quién fue el último que la cruzó? ¿Quién el último que la cerró? ¿Qué se oculta detrás de ella? Esta última pregunta será la única que obtendrá una respuesta. ¡Ya cede la cerradura! ¡Por fin hemos encontrado el cuarto de verano!

Jonás había hablado en voz baja y en tono misterioso. Desconectó el magnetofón. Estaba en la puerta de la habitación. Dentro se oía un fuerte zumbido.

—¡Qué enorme cantidad de moscas! —dijo Annika, y atravesó el cuarto directamente hacia la ventana, con la intención de abrirla para que se fueran. Pero la ventana estaba encajada. David la tuvo que ayudar, hasta que lograron abrirla.

—¡Qué bonito paisaje! ¡Se puede ver hasta la iglesia!

Echaron las moscas fuera de la habitación y miraron a su alrededor. La habitación estaba inundada por la bella luz del sol, que entraba atravesando las verdes copas de los altos y viejos tilos.

El cuarto era frío y tenía un aire muy severo. Junto a una pared había un viejo banco. Enfrente, junto a la ventana, una vieja cama, una mesita y una silla.

—Me gustaría saber quién se sentó aquí el último y miró por la ventana —dijo David sentándose en la silla. Annika había descubierto un pequeño espejo en la pared. Su cristal,

empañado, tenía un tono verdoso.

—A mí me gustaría saber quién se miró por última vez en este espejo.

—Y quién fue el último que leyó este extraño texto.

Jonás estaba al lado de Annika. Junto al espejo colgaba un texto enmarcado. En un papel amarillento estaba delicadamente escrito:

*¿Qué tiene de extraño  
que yo no vea a Dios,  
si no puedo ver siquiera  
al Yo que vive en mí mismo?*

CARLOS LINNEO

Jonás se disponía a grabar el texto, cuando Annika empezó, de repente a dar manotazos en el aire.

—¿Qué te pasa? —le preguntó David.

—Que ha entrado un insecto enorme por la ventana y me ha dado un golpe en la frente. ¡Me ha hecho daño!

Vieron como el insecto iba inseguro de una pared a otra. Voló entonces hacia David, chocó también contra su frente y cayó al suelo. Allí quedó agitándose patas arriba. David se inclinó y lo levantó.

—¡No lo toques! —le gritó Annika.

—¡Si es un escarabajo pelotero! Hay que ayudar siempre a estos animales cuando se quedan así, pues ellos solos no pueden darse la vuelta.

David enseñó a Annika el escarabajo, que correteaba con la palma de su mano, y luego quiso echarlo por la ventana. Jonás llegó con un trozo de madera, para que el escarabajo correteara sobre ella. Pero fue tan torpe, que el escarabajo cayó de nuevo al suelo y desapareció por una grieta que había entre las tablas del suelo.

—¿Cómo vamos a sacarlo? Ten mucho cuidado —aconsejó David. Porque una vieja superstición decía que traía mala suerte hacerle daño a un escarabajo pelotero.

Hurgaron por la grieta, pero el insecto seguía sin aparecer. Entonces Jonás descubrió que la tabla bajo la cual había desaparecido el escarabajo se podía mover. Estaba suelta. Agarraron por ambos extremos, pues la tabla era larga. También era pesada, pero no fue difícil levantarla.

En aquel momento sonó el teléfono abajo. Ahora no tenía tiempo para atender la llamada. David.

Mientras, seguía sonando el teléfono.

Jonás se tumbó en el suelo y miró debajo de las tablas. Había mucho polvo y porquería, pero el hueco estaba vacío. Lo alumbró, lo tanteó con la mano.

Abajo, el teléfono seguía sonando.

—¡Me va a volver loca ese ruido! —dijo Annika.

Jonás seguía mirando. David estaba tumbado junto a él, observando la maniobra.

—¿No lo ves? —David estaba muy nervioso. ¡El escarabajo pelotero tenía que aparecer!

—Ya aparecerá.

Jonás movía la linterna de un lado a otro. ¿No había algo allá al fondo, en el polvo? Alargó el brazo todo lo que podía, pero no notó nada. Escuchó atentamente y miró hacia el fondo. Sí, allí se movía algo, pero fuera de su alcance.

—David, tú que tienes los brazos más largos que yo, busca; yo te alumbró.

David metió el brazo y tanteó. Una expresión de asombro apareció en su cara.

—¿Qué pasa? —preguntó Jonás.

David retiró rápidamente la mano. No había encontrado el escarabajo, pero su mano había chocado con algo.

—¡Alumbra, Jonás! ¡Más lejos! ¡Hacia la derecha!

Jonás alumbró, y por fin ambos la vieron. Allá al fondo brillaba algo. Parecía una caja.

—¿La alcanzas?

Sí, claro. David llegaba. Estiró el brazo lo más que pudo y consiguió agarrar la caja y sacarla. Jonás cogió su pañuelo y sacudió el polvo de la tapa. Era un viejo estuche de madera, con un cierre de latón que brillaba cuando le daba la luz. Lo dejó en el suelo.

—Mira, ¡el escarabajo pelotero! —susurró Annika señalando la llave que había en la cerradura.

El escarabajo estaba tranquilamente posado en ella, y no intentó huir cuando David lo cogió para soltarlo por la ventana.

—¿Qué habrá en el estuche? Podemos mirar —propuso Jonás con entusiasmo.

—No es nuestro —advirtió Annika.

No les pertenecía, era verdad; pero si no lo hubiesen descubierto ellos, quizá nadie lo habría hecho, opinaba Jonás. David no decía nada.

—¿Será, acaso, de Julia? —se preguntó Annika—. No creo; en ese caso no estaría aquí el estuche. No, Julia no sabrá nada de esto. Pero la casa le pertenece.

—¡No se puede poseer lo que no se conoce! —argumentaba Jonás.

—Podemos abrirlo. ¿Verdad, David?

David abandonó sus pensamientos. Se veía que era un estuche muy antiguo. Seguro que llevaba allí muchísimo tiempo.

—Difícilmente podrá pertenecer a alguien que viva actualmente —dijo.

—¿Lo ves? Lo que yo decía —exclamó Jonás, victorioso. Tenía a David de su parte—. ¿A qué estamos esperando entonces?

En ese momento, el teléfono empezó a sonar de nuevo.

—Espera, Jonás —le dijo David—. ¡Déjame pensar un momento!

—¡Si no hay nada que pensar!

—¡Ya lo creo que sí!

—¿No va nadie a coger el teléfono? —preguntó Annika. Aquel ruido la ponía nerviosa.

—¡Ve tú misma! —bufó Jonás—. ¡Nosotros tenemos cosas más importantes que hacer!

David miraba fijamente el estuche. Sin prestar atención al teléfono, se frotó la barbilla ensimismado.

—Si el escarabajo pelotero no hubiera entrado por la rendija, no habríamos descubierto el estuche —exclamó—. Nos ha indicado el lugar debajo del suelo. ¡Qué extraño!

—Lo mismo pienso yo —Jonás pateaba de impaciencia—. ¡Tenía que suceder así! ¡Teníamos que encontrarlo! ¡No comprendo a qué estamos esperando!

—Si, todo esto tiene, seguramente, un significado —afirmó David—. Por eso no debemos precipitarnos. Tenemos que pensar lo que hay que hacer, y no cometer ningún error. Como tenemos que volver a la tarde para regar las plantas, podemos esperar hasta entonces.

Jonás saltaba de impaciencia, pero Annika coincidía con David. Colocaron el estuche otra vez bajo el hueco y pusieron la tabla en su lugar.

El teléfono sonaba aún insistentemente. David bajó corriendo para atender la llamada. Pero llegó demasiado tarde. Ya habían colgado.

Daban las doce del mediodía cuando abandonaron la quinta Selanderschen.

Jonás estaba profundamente decepcionado de los otros dos. Había tenido que ceder ante la «prepotencia», como él decía.

## 9. LA CARTA

Metieron la llave en la cerradura de la puerta azul. Ninguno tenía ganas de hablar, ni siquiera Jonás. Una extraña inquietud flotaba en el ambiente.

Entraron en el cuarto, que entonces se hallaba sumergido en la luz silenciosa y verde del atardecer.

«Es un cuarto aislado —pensó Annika—. Un cuarto para gente solitaria. Yo estaría muy a gusto sentada aquí, sola, delante de la ventana, si estuviese realmente enamorada de alguien, respirando el olor de la flor de los tilos, contemplando el panorama y pensando en él». Pero fue un pensamiento fugaz, que se alejó inmediatamente de su cabeza: ¡No estaba enamorada de nadie!

—¿En qué piensas, Annika? —preguntó David.

—¡Bah, en nada de particular...!

—Sí, estabas pensando en algo; me he dado cuenta.

En ese momento sonó el teléfono.

—¿Otra vez ese condenado ruido? —Annika estaba fuera de sí.

—Voy a cogerlo, así nos dejará tranquilos —dijo David, y bajó deprisa las escaleras.

Al descolgar, oyó una voz débil:

—Buenas noches, ¿eres David? Soy yo... Julia Jasón Andelius.

—Buenas noches.

—Dime, David, ¿tienes prisa?

—¡Oh, no!

—Entonces, ¿podemos conversar un poco?

—Sí, por supuesto.

—Bueno, David, seguro que te preguntarás por qué telefoneo tanto. Ha pasado ya mucho tiempo desde que estuve la última vez en la quinta Selanderschen. A veces pienso en ella, y a menudo me pregunto cómo estará en la actualidad... Si ha cambiado mucho... y cómo estarán las plantas.

—Van bien, las acabamos de regar.

—¡Qué bien! ¿Y la selandria?

—¡Ah, sí, ya se ha repuesto! Ya no corre ningún peligro.

—Me alegra oír eso...

Se produjo un silencio. David no sabía qué debía decir, ni si ella quería terminar ya la conversación; esperó. Por fin sonó de nuevo la voz:

—Dime, David..., ¿sabes jugar el ajedrez?

—Si.

—¿Qué bien! ¿Jugarías una partida conmigo?

—Si, por supuesto, pero...

—Si miras a la izquierda, verás una mesita pegada al sillón... ¿La ves?

—Si, hay una butaca al otro lado.

—Exacto, tapizada de cuero verde, ¿no?

—Así es.

—Si quitas la lámpara y levantas el tablero de la mesa, encontrarás un viejo juego de ajedrez...

—Un momento.

David hizo lo que ella le había dicho. No necesitó alejarse del teléfono. La mesa de juego estaba justo al lado. Exacto, debajo del tablero había un juego de ajedrez. Las figuras, grandes y bien talladas, estaban colocadas de pie. Parecían pequeñas esculturas.

—¿Lo has encontrado, David?

—Si, aquí está.

—¿Qué bien...! Son unas figuras bonitas..., delicadamente talladas, ¿no es cierto?

—Si, realmente son bonitas.

—¿Podemos empezar?

—De acuerdo.

—Si no tienes nada en contra, yo elijo las blancas, David.

—No, absolutamente nada.

—Empiezo..., si..., déjame ver... Empiezo con el alfil G-uno y lo coloco en F-tres.

—Vale, G-uno en F-tres... ¡Es un comienzo emocionante!

Una ligera risa sonó en el auricular.

—Bueno..., ¿quieres jugar o prefieres pensar primero?

—Quisiera, primero, pensar un poco.

—Es una medida muy inteligente. Te volveré a llamar. Adiós, hasta luego, David.

—Adiós.

David oyó como Julia colgaba el teléfono. Esta conversación podía parecer intrascendente, pero podría ser muy importante. Con cuidado, colgó el auricular.

Se encontró con Jonás y Annika, que bajaban.

—¿Cómo has tardado tanto? —Jonás masticaba unas pastillas de regaliz y se le veía obsesionado. De tanta impaciencia estaba a punto de estallar.

—Era Julia —les aclaró David.

—¿Qué quería ahora?

—Jugar al ajedrez.

—¿Qué dices?

David repitió que Julia quería jugar al ajedrez.

—¿Al ajedrez? ¿Contigo? ¿Por teléfono?

—Si. ¿Qué tiene de extraño? ¿Crees que no sé jugar al ajedrez?

—Si, pero eso suena tan absurdo... ¡Lo verdaderamente interesante es lo del piso de arriba!  
—gritó Jonás corriendo hacia la escalera.

En ese momento, el reloj de abajo, el viejo reloj de pie, empezó de repente a dar las

campanadas. Había empezado a andar cuando el paso del tren lo puso en marcha, pero hasta ahora no había dado las campanadas. Al menos, ellos aún no las habían oído. Eran débiles, casi temerosas.

—¡Qué raro! —Dijo David—. ¿Qué puede significar todo esto?

—¡Subid de una vez! —gritó impaciente Jonás desde el desván.

—¡Qué bien suena! —exclamó Annika—. Casi humano...

Empezó a sentirse como en su casa. El miedo a lo desconocido ya había desaparecido. No podía haber sido una simple casualidad el haber encontrado el estuche. Tenía que haber alguna explicación a todo aquello.

Cuando llegaron al cuarto de verano, levantaron enseguida la tabla y sacaron el estuche. Lo pusieron en la mesa, frente a la ventana. Bajo los tilos, ya empezaba a anochecer. Los tres estaban en tensión, mirando la llave colocada en la cerradura. David la giró y funcionó de inmediato.

Se miraron unos a otros con ojos ansiosos: ¿quién de ellos debía levantar la tapa?

—Ya lo hago yo —se adelantó Annika poniendo la mano encima.

—¿Te atreves? —preguntó Jonás con aspecto de quien teme una desgracia—. Nadie sabe que puede haber escondido dentro de esta caja...

Pero Annika ya la había abierto.

—¡Bah, un simple montón de cartas! —Jonás estaba decepcionado. Esperaba un tesoro: oro, plata, piedras preciosas...

—Pero eso no es todo —advirtió David.

—¡Mira, un espejo! —los ojos de Annika se encontraron con los de David en el cristal casi sin brillo que había en la parte interior de la tapa. Jonás recobró las esperanzas. Pensaba que debajo de las cartas podía haber mapas, documentos secretos, pistas acerca del escondite de un tesoro.

Encima de todo había un papel enrollado. Cuando lo desenrollaron, vieron que estaba escrito con una caligrafía difícil de descifrar. Sin embargo, Annika fijó que podía entenderlo.

—Léenoslo —le pidió David.

Y ella empezó:

*Hoy es 30 de junio de 1763. Acabo de oír al reloj de abajo dar las ocho.*

Annika enmudeció y miró a David. También hoy era 30, y acababan de oír, igualmente, dar las ocho en el reloj de abajo...

Jonás abrió unos ojos como platos. ¡Eso sí que era sorprendente! Conectó el magnetofón. ¡Había que leer el escrito en voz alta para grabarlo! El papel temblaba en las manos de Annika. Lo agarró fuertemente y prosiguió leyendo:

*Estoy sentada frente a la ventana. Es el tiempo en que florecen los tilos, y quisiera abrir la ventana y sentir el olor de las flores... Pero ya no me quedan fuerzas. Sé que no viviré mucho tiempo. Aunque eso no me preocupa.*

*Delante de mí, encima de la mesa, tengo el estuche que hizo para mí Andreas cuando cumplí catorce años. Cuando contemplo mis ojos y veo mi cara en el espejo que hay en*

*la parte interior de la tapa, pienso y deseo que se queden ahí y que se encuentren con los ojos de aquel que un día encontrará este estuche y lo abrirá. ¡Cómo me gustaría mirar esos ojos, y conocer el corazón de esa persona y sus sentimientos!*

*En las cartas que se encuentran en el estuche, Andreas dejó escritos sus pensamientos. Pero nuestra época no está madura para eso. Por ello deseo que, quien encuentre estas cartas, viva en un mundo tal que pueda entender los pensamientos de Andreas. Si no fuera así, si estas cartas salieran a la luz en un tiempo tan loco y tan vacío como el mío, entonces pido al que encuentre el estuche que lo vuelva a dejar en su sitio.*

*No todas las cartas son de Andreas; algunas son de su hermana, mi muy querida amiga, Magdalena Ullstadius.*

*Para acabar, quiero escribir un pensamiento que nunca he olvidado, que siempre he conservado en mi memoria, y que tantas veces me repitió Andreas: «Todos los seres vivos están íntimamente relacionados entre sí». Me lo repetía con frecuencia. Él sabía que también los muertos viven. Mis horas están contadas. Sin embargo, la planta de Andreas y mía vivirá, aunque pronto estaremos muertos los dos.*

*Las últimas palabras que escribirán mis manos y que mi boca pronunciará serán éstas: «Yo siempre amé a Andreas. ¡Siempre!».*

Annika dejó de leer. Se produjo un silencio en el pequeño cuarto. Había tenido que hacer un gran esfuerzo para acabar de leer las últimas líneas, pues estaba muy emocionada.

—Toma una pastilla de regaliz, Annika —le ofreció Jonás, tratando de consolarla. Esta vez Annika cogió una y se la metió en la boca.

—¿No está firmada la carta, Annika? —preguntó David—. ¿No pone quién la ha escrito?

—Sí, aquí lo pone, se llama... Emilie —susurró tan bajito que casi no se oyó.

Hasta el mismo Jonás parecía impresionado.

—¡No puede ser verdad! ¡Esto es un misterio! ¡Pero si es el nombre que David oyó en la cinta!

—Ahora ya es demasiado tarde para retroceder. El único camino que nos queda es continuar —comentó Annika.

—Sí, el único camino que nos queda es continuar —repitió despacio David.

—Vamos a echar una ojeada a las otras cartas —propuso Jonás. Colocaron el estuche en el suelo, encendieron una vela y se sentaron alrededor.

—Así que nosotros tres, tú, Annika y yo, somos los que debemos decidir si nuestro tiempo es capaz de comprender las ideas de Andreas.

—¡Pero no podemos hacerlo! —dijo seriamente Annika.

—¡Bueno, empecemos ya de una vez! —propuso Jonás, y alargó la mano hacia el estuche. Sacó otra carta y se la pasó a Annika.

Ésta la cogió, pero no la leyó enseguida. Echó una mirada por todo el cuarto y los otros dos siguieron su mirada.

Todos pensaban lo mismo: pensaban en Emilie que, una noche, hace ya más de doscientos años, había estado sentado junto a la mesita, frente a la ventana, y había escrito su última carta. Una noche como ésta, una noche de junio. Debió de sentirse muy sola, pues había dirigido su carta a un desconocido del futuro.

Ahora había llegado el momento. A ellos, David, Jonás y Annika, les había escrito ella su última carta. A ellos les confiaba los pensamientos de Andreas.

Annika abrió la carta que Jonás le había dado y leyó:

*Liared, 16 de junio de 1763*

*Mi muy querida Emilie:*

*Te escribo a vuelta de correo, pues tu última carta me ha preocupado profundamente. Queridísima Emilie, no pienses que tu enfermedad es mortal. Tu salud se ha debilitado, lo cual no es extraño después de todo lo que has pasado. ¡Pero no debes dejarte vencer por la tuberculosis! Sabes que diariamente rezamos por ti Ullstadius, mi querido esposo, y yo; y con la ayuda de Dios te recuperarás pronto.*

*Mi querida Emilie, estoy segura de que Malkolm Braxe, tu querido esposo, se ocupará de tus plantas, en el caso de que Dios tenga previsto que no recuperes la salud.*

*La planta de Andreas y tuya nos sobrevivirá a todos nosotros; estoy convencida de ello.*

*En tu carta te preocupas por la estatuilla funeraria de hace tres mil años que Andreas trajo consigo, para desgracia suya y de otros, de su viaje por Egipto. Yo te pido que no tomes ninguna decisión precipitada.*

*Que la estatua se queda arriba, en el cuarto del desván, dentro del banco.*

*Ullstadius opina que la maldición que, supuestamente, pesa sobre la estatuilla de madera no puede tener ningún poder después de tres mil años. Pero si el destino hubiera querido que esa desconocida deidad se vengara de Andreas y le causara la muerte, entonces sería más importante aún que la estatua se quede ahí, para que la maldición no alcance a otros.*

*Mi querida Emilie, tienes que escuchar a esta amiga tuya que tanto te quiere. Lo que más me horroriza es tu deseo de ser enterrada junto a Andreas en la tierra sin bendecir donde él descansa.*

*Querida Emilie, debes ser sepultada, cuando Dios te llame, en el panteón de los Selander, en tierra bendita.*

*Sin embargo, me escribes que estás segura de conseguir autorización para ser enterrada en donde desees. Quién te ha hecho tal promesa, no me lo dices. Mi sentido común me dice que tiene que ser alguien en quien tú puedes confiar, alguien que te quiere mucho. Como tú misma dices que tu esposo no sabe nada de este deseo tuyo, yo no conozco ningún otro que pueda ser, salvo mi querido padre, Petrus Wiik.*

*Yo, que conozco tu preocupación, mi querida Emilie, entiendo muy bien que te hayas sentido impulsada a manifestar tal deseo. ¡Pero te pido encarecidamente que liberes a ese pobre hombre de la promesa que te hizo!*

*No obstante, mi mayor esperanza y mi más fuerte convicción es que te veré muy pronto, ya restablecida, y que entonces todos estos pensamientos habrán sido olvidados de una vez para siempre.*

*¡Qué Dios te proteja, mi querida Emilie! Muchos besos.*

*Tu amiga, MAGDALENA ULLSTADIUS.*

Cuando Annika terminó de leer, hubo un momento de silencio. Después surgieron un sinnúmero de preguntas, sobre todo de Jonás, a quien le costaba entender el lenguaje antiguo. Annika tuvo que leer otra vez algunos fragmentos de la carta. El pasaje relativo a la vieja estatua funeraria egipcia de hace tres mil años era lo que más le interesaba.

Al escucharlo otra vez, le vino una idea y se levantó.

—¿El banco del cuarto del desván? ¿Podrá ser este viejo banco? —dijo señalando el banco que se encontraba en la otra pared, frente a la cama.

Si, eso mismo pensaba David y Annika.

—¿Así que a lo mejor hay dentro de él una estatua egipcia de hace tres mil años...! —exclamó Jonás con admiración.

Se dirigió al banco e intentó levantar la tapa del asiento. Pero era demasiado pesada. David fue a ayudarlo, no porque creyera que fuesen a descubrir ninguna estatua, sino porque sabía que Jonás no se quedaría contento hasta asegurarse de ello.

No había ninguna estatua dentro del banco, sólo dos viejas y descoloridas alfombras.

—Lo mejor será olvidar por completo este asunto —dijo Annika tranquilamente.

Jonás la miraba sin entenderla.

—¿Olvidarlo? ¿Crees tú que podemos olvidarnos de una estatua de hace tres mil años? ¡Al contrario, lo que tenemos que hacer es encontrarla! ¡Quizá hemos sido designados para ello por el destino! ¿Qué crees tú, David?

Pero David no contestó. Tenía una expresión distraída. La estatua no le preocupaba demasiado. También se hablaba en la carta de otras cosas.

La planta, por ejemplo. La planta que sobreviviría a Emilie y Andreas. ¿Podría ser la que estaba abajo, la planta con la que él había soñado, la selandria, por la que había preguntado Julia?

De repente, Annika dio un grito de sorpresa, había descubierto un broche en el estuche, un broche de plata bastante pesado, en forma de flor. En la parte posterior estaba grabado: «A Emilie, de Andreas; 29-8-1759».

Se lo pasó a Jonás, a quien le encantaría hablar en la cinta sobre el hallazgo. Estaba precisamente grabando algo sobre estatuas egipcias y sus horribles maldiciones.

¡Aquella carta planteaba tantos interrogantes...!

Emilie quería ser enterrada en tierra sin bendecir, junto a Andreas...

¿Por qué descansaba Andreas en tierra no sagrada?

¿No enterraban de esa forma a los criminales?

¿Y también a los suicidas?

¿Podría Andreas haberse quitado la vida?

Si así fue, ¿por qué lo hizo?

Emilie lo amaba, pero ¿sería posible que él no la amara?

¿Y por qué nadie entendía entonces sus pensamientos?

¿Serían mejor comprendidos en la actualidad?

## 10. SELANDRIA EGYPTICA

Como no querían sacar el estuche de la quinta, los tres amigos se reunían, por lo menos una vez al día, en el cuarto de verano, para ir leyendo juntos las cartas. Cada vez colocaban con cuidado el estuche en su lugar y ponían la tabla del suelo encima.

Como eran muchas cartas, tardaron bastante en leerlas todas. Querían proceder metódicamente. Era como si hubieran encontrado un puzzle con miles de piezas. Cuando se empieza a colocarlas surge el temor de que falte alguna pieza importante.

Cada uno buscaba sus piezas: Jonás, las que hacían referencia a la estatua; David, las concernientes a los pensamientos de Andreas; Annika, las relativas a las personas.

Annika tomó la dirección y organizó el trabajo. Estaba feliz. Pero algunas veces se preguntaba adónde los llevaría todo aquello.

—No es que esté preocupada —les dijo—, pero a veces tengo la sensación de que ya no somos nosotros mismos los que decidimos, sino que alguien nos dirige.

—Como si estuviéramos dirigidos por un poder invisible —confirmó David.

—Exacto —dijo Jonás con voz misteriosa—. ¡Paso a paso, conducidos hasta este estuche! ¡Sometidos al destino!

El estuche guardaba dos paquetes de cartas: uno contenía las de Andreas; el otro, las de Magdalena a Emilie.

Distribuyeron el trabajo de manera que David leía en voz alta una carta de Andreas, y luego, Annika, otra de Magdalena. Mientras, Jonás grababa todo. Cuando Annika volvía a casa, pasaba a máquina el texto grabado.

Al mismo tiempo se ocupaba de las plantas, y David echaba su partida de ajedrez con Julia Jasón Andelius, que telefoneaba con regularidad.

En general, las plantas eran fáciles de cuidar. Pero la selandria, la planta de David, como ellos la llamaban, se comportaba casi como un niño mimado. En cuanto intentaba atenderla alguien que no fuera David, empezaba a ponerse mustia y parecía triste. Un día, por fin, habían conseguido enterarse de dónde procedía la planta. Una carta de Andreas lo explicaba:

*Mi queridísima Emilie:*

*Encontrarás dentro de este sobre unas cuantas semillas que me traje de Egipto. Siémbrales en una maceta del jardín.*

*El resto de las semillas se las he enviado a Carlos Linneo, mi admirado profesor y*

*maestro.*

*Al ser desconocida esta planta en nuestras tierras, él quería llamarla, como tantas veces lo ha hecho, con el nombre del que la trajo hasta aquí. En este caso llevaría mi nombre: Andreas. Pero le rogué que en vez de mi nombre le pusiera el tuyo, lo que aceptó de inmediato y con entusiasmo.*

*La planta que, con la ayuda de Dios, verás crecer de esta semilla, echará unas grandes hojas en forma de corazón, tendrá unas flores de un azul intenso, y se llamará *selandria egyptica*.*

*Tuyo siempre, ANDREAS*

Cuando David terminó de leer la carta, Annika miraba a lo lejos, con ojos soñadores.

—¡Qué detalle! —exclamó—. Pedirle a Linneo<sup>[1]</sup> que la planta, en vez de su nombre, llevara el de Emilie<sup>[2]</sup>...

—Si queréis saber lo que pienso, os diré que todo eso me parece una tontería —intervino Jonás—. Sin embargo, es curioso que ambas cosas, la planta y la estatua, hayan venido de Egipto. ¡No debemos olvidarlo!

—¡Muy ingenioso, Jonás! —exclamó Annika, irónica—. ¡Anda, tómate otra pastilla de regaliz! Eso despeja la mente, ¿no?

El interés de Jonás por las cartas era nulo, como no tuvieran alguna relación con la estatua. En su fantasía todo estaba lleno de misteriosas relaciones. Estaba convencido de que la estatua se hallaba escondida en alguna parte de la quinta. Posiblemente en el desván, mezclada con las demás cosas viejas. Aquél sí que era un escondite ideal. Estaba enfadado con David y Annika porque no le dejaban buscar en el desván, y porque no comprendían que si la estatua, al morir Emilie, estaba en el banco, habría sido llevada, como era natural, al desván y allí debía estar, olvidada.

Annika y David le contestaban que tan natural y tan posible era el que la estatua hubiera sido sacada de la casa. De todas maneras no quería hacer nada hasta haber leído todas las cartas.

Y eso, ¡aunque las hojas de pino no estuvieran en los manillares de las puertas! ¡Hoy habían desaparecido las del manillar de la puerta de la casa, y de dos picaportes más, dentro de la casa! Pero David y Annika se reían de ello. ¡Creían que las agujas se habrían caído! ¡No entendían nada! ¡Estaban perdiendo el tiempo, y otro se les adelantaría y les arrebataría la estatua delante de sus mismas narices! ¡No sabían lo que era responsabilidad! ¡Sólo hablan de cosas sin importancia!

—¿No te parece un detalle muy noble, David? —preguntó Annika.

—¿El qué...?

—El haber pedido a Linneo que pusiese a la planta el nombre de Emilie.

Annika podía pasarse horas enteras hablando sobre semejantes temas. Por eso la desilusionó el que David no le contestara, y que se limitase a hablar sobre Linneo.

—¡Así que Andreas Wiik fue alumno de Linneo! —exclamó, como si eso fuera algo extraño.

—Y, para colmo, hay una estatua egipcia de hace tres mil años esperando arriba, en el desván. ¿No os dais cuenta de que hemos sido elegidos para encontrarla?

—Sí, sí, pero en primer lugar ocupémonos de Andreas Wiik —le contestó David—. Otra cosa,

Jonás, ¿por qué le colgaste esta mañana el teléfono a Julia cuando te llamó? ¿Podrías haberla saludado por lo menos!

—¿Qué? ¡Yo no he contestado a ninguna llamada de Julia! ¿De qué estás hablando?

—Lo digo porque, cuando Julia me llamó antes, me preguntó que quién había cogido esta mañana el teléfono. Le colgó enseguida, sin decir nada. Pensó que habrías sido tú.

Jonás estaba extrañadísimo. Ni él ni Annika habían estado por la mañana en la quinta Selanderschen. Así que no podían haber cogido el teléfono. ¡Tenía que haber sido otro! Eso explicaba por qué las hojas de pino desaparecían de las manillas de las puertas.

Pero David y Annika no lo veían así.

—Será que Julia ha marcado mal el número —era todo lo que David decía. Y Annika lo apoyaba.

Jonás estaba furioso con ellos. ¿Por qué no le harían caso? Annika le decía que no había nadie, aparte de ellos, que supiera lo de las cartas, lo de la estatua. Pero ¿qué sabría ella de eso? ¿Y qué diría si se les adelantaban otros y encontraban la estatua? ¡Seguro que serían invitados a Egipto, a visitar las pirámides y la tumba de Tutankamón!

Pero ellos se reían cuando Jonás hablaba de todo esto. ¿Por qué lo tomarían a broma? ¡Se trataba de una estatua procedente de una vieja tumba! ¡Quizás, de una pirámide! Y era muy temerario eso de robar estatuas de las tumbas...

Además, pesaba una maldición sobre aquella estatua; así lo ponía en las cartas. ¡Y otra maldición sobre la quinta Selanderschen, según había dicho Natte! ¿No eran Annika y David capaces de reconocer la evidencia de los hechos? Si los tres habían sido predestinados para salvar la estatua y, por negligencia, dejaban que la estatua fuese a parar a manos extrañas, a lo mejor también les alcanzaba a ellos la desgracia. ¡Pero era inútil, Annika y David no se hacían cargo de la situación!

Annika decidió volverse a casa para pasar a máquina las cartas grabadas en la cinta, y David tenía prisa también por llegar a la suya, para consultar unos libros y reflexionar un poco.

## 11. EL PEUGEOT AZUL

David rebuscó por la biblioteca y, al final, descubrió en un libro de botánica una descripción detallada de la selandria. Esta planta fue traída de Egipto hacia mediados del siglo XVIII por un discípulo de Linneo. Eso ya lo sabía él. Después seguía una descripción del aspecto exterior de la planta. Las flores, naturalmente, él no las había visto nunca. Pero eran descritas de la siguiente manera: «Las hojas del cáliz, de un suave azul claro, ofrecen un bello contraste con los oscuros estambres de fuertes colores».

Más abajo decía que era una planta extraña: «A menudo crece desmesuradamente y, sin embargo, otras veces muere de manera inexplicable».

Que era extraordinariamente sensible, ya lo había notado. Parecía reaccionar de diferente forma ante las distintas personas. Pero ¿de qué dependía eso?

David también encontró un libro sobre insectos, en el que el escarabajo pelotero era descrito de forma tal que le dio mucho que pensar.

«El escarabajo pelotero pertenece a la misma familia que el escarabajo egipcio: la familia de los escarabeidos. En el antiguo Egipto se consideraba al escarabajo como animal sagrado. Linneo recogió ese detalle al darle su nombre latino: scarabeus sacer: escarabajo sagrado.

»Ningún animal ha desempeñado un papel tan importante en la cultura humana como el escarabajo sagrado entre los antiguos egipcios. Se le encuentra con frecuencia momificado en las antiguas tumbas, e incluso en las mismas momias, colocado sobre el corazón. Los antiguos egipcios creían que el escarabajo ayudaba a los hombres a llegar al dios Sol, pues decían que el escarabajo estaba formado por la misma sustancia que el dios Sol, principio de toda vida. ¡Y nuestro vulgar pelotero es pariente del escarabajo sagrado!».

Realmente parecía como si todo se concentrara en Egipto. Primero, la selandria egypcia, que había señalado con sus hojas la habitación de verano. Después, el escarabajo pelotero que desapareció por la rendija del suelo. Al buscarlo encontraron el estuche con las cartas. En la primera carta se mencionaba una estatuilla funerario egipcia... ¡Muy extraño tanta coincidencia!

Todo ello entusiasmaba a Jonás. ¿Debía David contarle esto? ¿O no se dedicaría entonces nada más a buscar la estatua egipcia? David tenía el presentimiento de que la estatua no era lo más importante. Antes estaban, por supuesto, los pensamientos de Andreas, confiados por Emilie a la posteridad y, por tanto, también de ellos.

La responsabilidad que tenían los tres muchachos era demasiado grande. ¿Cómo iban ellos a decidir si el mundo estaba lo suficientemente maduro para recibir el mensaje de Andreas? David no sabía ni si él mismo lo entendería. Y se preguntaba hasta qué punto habría entendido Emilie los

pensamientos de Andreas.

Por aquel entonces, Andreas le había escrito una serie de cartas sobre la vida, desarrollando su teoría de que entre todo lo viviente existe una profunda interdependencia. ¿Qué había contestado Emilie a todo eso? Desgraciadamente, no lo sabremos jamás. Seguramente no se conservaron las cartas de Emilie. Lo único que se podía saber sobre Emilie era lo que dejaban traslucir las cartas que le escribían; aparte, naturalmente, la carta que ella misma dirigió a la posteridad.

Llamaría a Annika y le preguntaría como iba su trabajo.

*Mi queridísima Emilie.*

Annika estaba sentada junto al magnetofón y copiaba las cartas. Escuchaba atentamente la voz de David en la cinta. Parecía como si el mismo David hubiera escrito esas cartas; y Annika deseaba que... No, no sabía lo que deseaba... Desconectó el magnetofón y escribió a máquina lo que acababa de oír:

*Ya que ahora terminaré mis estudios en Växjö, quisiera pasar la mitad del verano próximo junto a ti, en Ringaryd, antes de irme en otro a Upsala, a la Universidad. Espero poder asistir a las conferencias del gran Carlos Linneo sobre botánica...*

En ese momento llamó David.

—¿Cómo va tu trabajo de copiar las cartas? —le preguntó.

—Estupendo. ¡Son fantásticas estas cartas!

—¿Hasta dónde has llegado?

—Estoy terminando las cartas de juventud, las que Andreas escribió desde el colegio en Växjö. ¡Fíjate, él sólo tenía dieciséis años y ella catorce, y sin embargo, ya estaban muy enamorados el uno del otro! Parece como si ya entonces se hubieran comprometido para toda la vida. Todas las cartas terminan con «Tuyo por siempre, Andreas».

Annika se quedó callada, un poco azorada; el aparato permaneció en silencio. Hasta que David dijo:

—Bueno, ésa era la manera de expresarse entonces. Por las cartas de Andreas no se sabe nada de Emilie.

—Sin embargo, yo creo que si se pueden conocer muchas cosas de ella. Cuando se leen las cartas de Andreas, se puede adivinar lo que Emilie escribía, admiraba y preguntaba. Por lo menos hasta ahora, pues Andreas no teorizaba tanto al principio. La mayor parte de las cartas hablan de los dos, de sus esperanzas e ilusiones...

—Sí, ya lo sé; es después cuando se hace más interesante.

Annika enmudeció de nuevo. ¡Pues sí que era fino David!

—No sé —replicó ella—. Esta parte también es muy interesante. Se ve que Andreas no era la persona adecuada para Emilie. El padre de la chica era muy rico, y el de Andreas era el campanero y sacristán de la iglesia.

—El padre de Andreas fue Petrus Wiik. ¡Él era quien tenía que enterrar a Emilie en tierra sin

bendecir, junto a Andreas! Me gustaría saber cómo acaba todo eso. ¿Has hablado con Lindroth?

—Si —contestó Annika—. Estuvo muy amable y me prometió buscar los datos que queremos saber; por ejemplo, quién vivía en aquel tiempo en la quinta Selanderschen. Eso no será problema, pues hay registros muy antiguos en el archivo de la iglesia.

—¡No le habrás contado nada de las cartas...!

—Claro que no. Le he hecho creer que estoy interesada en la historia de la quinta Selanderschen por ser la casa más antigua de la iglesia.

No, Lindroth no había sospechado nada... Le había contado a Annika que la familia Selander tenía su panteón familiar en la iglesia, en una cripta subterránea, pero que nadie sabía dónde estaba enterrado Andreas Wiik.

—Espera un momento, David, viene alguien.

Annika retiró el teléfono del oído y escuchó atentamente. Se oía cerca de la voz de Jonás. Sonaba extraña. Se notaba que intentaba reproducir la voz que usaba en sus reportajes.

—¡Atención! ¡Atención! Aquí Jonás Berglund, el hombre de las dos caras. ¡Uáaaa...!

Intentaba meter miedo. Pero ¿de dónde venía la voz? ¿Dónde se escondía? La voz venía de abajo.

—Perdona un momento —le dijo Annika—. Jonás está en el pasillo. Voy a abrirle.

Pero David le contestó que Jonás estaba fuera, delante de la ventana, no en el pasillo.

Annika dejó el auricular y fue hacia la ventana para asegurarse. Oía la voz de Jonás, pero no lo veía por ningún sitio.

—¡Jonás deja ya de hacer tonterías, haz el favor de venir!

Lo llamó con la ventana abierta. De repente descubrió la presencia de un objeto raro que estaba fuertemente atado a un clavo de la ventana.

—¡Estoy aquí! ¡Uáaaaa! —la voz de Jonás salía de aquel objeto.

—¡Ah, granuja!

Annika fue al teléfono y cogió otra vez el auricular. También en él sonaba la voz de Jonás. Y sonaba estremecedora, igual que la de un fantasma. Finalmente oyó también a David, riéndose en el teléfono.

—David, ¿qué pasa? ¿Qué estáis tramando? —y le contó lo del extraño objeto que había fuera, en la ventana, y del que salía la voz de Jonás.

—Sí, lo sé —le dijo David—. Jonás está aquí conmigo y tiene un walkie-talkie.

—¿De dónde lo ha sacado?

—Uno, que tiene amigos... —dijo Jonás, ya con su voz normal—. Me lo prestó Elg Jane. Lo necesitamos para tener mayor movilidad y permanecer en contacto con el cuartel general, en el cuarto de verano.

Jonás estaba entusiasmado. Quería enseñarles inmediatamente cómo funcionaba y hacer una demostración. David y Annika se trasladaron a la quinta Selanderschen, subieron al cuarto de verano y esperaron. Mientras Jonás andaba de un lado a otro, por las cercanías, Annika se colocó con el walkie-talkie en la ventana, a la espera.

De repente sonó la voz de Jonás:

—Jonás Berglund llamando a Annika Berglund. Corto.

—Si, aquí Annika Berglund.

—¿Has terminado de hablar? Corto.

—¿Qué quieres decir?

—¡Que si quieres decir algo más! Corto.

—¿Qué quieres que diga? ¿Por qué dices siempre, al final, que cortas?

—Digo «corto» para que sepas que he terminado de hablar. Lo tienes que hacer tú también, cuando hayas terminado.

—¡Ah, bueno! Entonces, ¡corto!

—Me encuentro a unos doscientos metros de la quinta Selanderschen y la calidad del sonido es buena ¿Me oyes bien? Corto.

—Se te oye bien. Corto.

—¿Sin novedad en el cuartel central? Corto.

—Sí, todo va bien. Corto.

—De acuerdo, me pondré en comunicación desde otro lado, para una nueva prueba. ¡Final de Jonás Berglund!

La voz de Jonás desapareció y Annika apretó el botón de reproducir.

—Demasiado bromista este Jonás. De todas maneras llegará a ser un buen reportero —dijo a David.

—¿Jonás? Sí, es un verdadero talento —dijo David, riéndose.

Annika tenía delante, sobre la mesa, el estuche y empezó a ojear las cartas.

—Empiezo a sentirme muy cerca de estas personas —dijo—. Casi tengo la sensación de conocerlas. No puedo creer que nos separen más de doscientos años. Esta mañana lo pensaba cuando copiaba la carta de David.

—Querrás decir la carta de Andreas...

—Sí, claro —respondió Annika algo azorada.

—Pero has dicho de David —David la miró, pero esquivó rápidamente la mirada.

«Se había confundido —explicó—, porque había sido David el que había leído en la cinta la carta de Andreas».

—Me identifico con Andreas cuando las leo —dijo David.

—Y yo tengo la sensación de ser Emilie...

—¡Querrás decir, Magdalena! Son las cartas de Magdalena las que lees, no las de Emilie.

Pero Annika negaba con la cabeza. ¡Esta vez no se había confundido!

Por un momento reinó silencio en el cuarto de verano. Después explicó David que a él, lo que más le conmovían eran los pensamientos de Andreas.

—Ya me he dado cuenta —dijo Annika suspirando imperceptiblemente—. Créeme que lo he notado.

Miró al estuche. Suspiros que no se oyen se sienten a veces en el ambiente, pero David no notaba nada; o, en todo caso, lo disimulaba. Prosiguió:

—Andreas Wiik afirma en alguna parte que todas las plantas están en relación con un alma universal que todos los seres tienen en común.

—¿Se refiere a eso cuando dice que todos los seres vivos están muy relacionados entre sí?

—Sí. Y también opina que todos los vivientes pueden comunicarse a través de esa alma común que todos poseemos. Podrían entenderse entre sí las plantas y los hombres si fuéramos suficientemente sensibles. Tenemos que aprender a ver y oír con todos los sentidos. Seguramente tenemos más sentidos de los que conocemos. Sentidos que anteriormente estuvieron desarrollados,

pero que con el paso del tiempo se han atrofiado, e incluso han desaparecido al no ser utilizados.

—¿Te refieres a un sexto sentido? —le preguntó Annika.

—Sí, o a un séptimo, o como quieras llamarlo. Sentido del alma lo llama Andreas.

—Hermosos pensamientos —dijo Annika.

—Sí, hermosos pensamientos —repitió David—. Me gustaría saber si los tiempos que vivimos serán capaces de comprender tales pensamientos.

Annika creía que no, pero David le explicó que en algunos libros actuales había encontrado reflexiones parecidas.

—Pero, que los pensamientos estén en los libros y sean leídos no significa que el tiempo esté maduro ya para ellos —le dijo Annika. Y David estuvo de acuerdo.

En ese momento sonó de nuevo la entusiasta voz de Jonás a través del walkie-talkie:

—Aquí, Jonás Berglund llamando al cuartel general. Corto.

—¿Qué pasa? Corto —le contestó Annika.

—Permaneced a la escucha. ¿Funciona bien la conexión? Corto.

—Se te oye bien. Corto.

—Jonás Berglund, hablando desde su nuevo puesto de observación, al fondo de la quinta Selanderschen, junto a la carretera. ¡Escuchad atentamente! Venía yo tan tranquilo, a pie, por el fondo de la finca, cuando, de pronto, he visto un coche aparcado en el jardín. Es un Peugeot azul metalizado, diésel, modelo antiguo, matrícula CSL-trescientos veintinueve. El coche está con el motor en marcha. Corto.

Se quedaron callados y Annika oyó el ruido del motor en la lejanía.

—Sí, oigo el motor. Corto.

—Yo, Jonás Berglund, estoy escondido dentro de un espeso arbusto, a unos diez metros del coche, y lo vigilo. Un hombre de aspecto misterioso está sentado dentro.guardo instrucciones. Corto.

—Espera un momento, Jonás —Annika se volvió hacia David—. Este Jonás ve en cada arbusto algo sospechoso. ¿Qué podemos hacer?

—Decirle que se venga, en vez de estar dando vueltas por ahí —le susurró.

—De acuerdo. Jonás, deja de vigilar a ese tío y ven ya. Corto.

Oyeron un bufido de protesta y después la voz del reportero:

—¡Me quedo a pesar de las instrucciones! Mantened la escucha. Corto.

—¡Entonces no digas que esperas instrucciones si después vas a hacer lo contrario! —le gritó Annika—. ¡Corto!

Pero Jonás ya no la escuchaba. Algo estaba sucediendo, e informaba con voz excitada:

—¡Atención! El tipo del coche ha cogido unos prismáticos y está mirando hacia la quinta Selanderschen. Tenéis que esconderos. ¡Si tenéis la luz encendida, apagalda inmediatamente! Repito: ¡César, Susana, Luis, tres, dos, nueve! ¡Fin!

Annika no sabía lo que debía contestar. Se quedó de pie. Se oyó un crujido. Seguramente, Jonás tomándose una pastilla de regaliz.

Por fin, Jonás se puso en comunicación otra vez e informó que el hombre llevaba sombrero. Después de esto se oyó un ruido de motor; luego, Jonás informó:

—Atención, ahora se va. Corto.

—¡De acuerdo! ¡Sube ahora mismo Jonás! ¡Corto!

—Jonás Berglund regresa al cuartel general tras las correspondientes instrucciones. Corto y cierro.

No pasó mucho tiempo antes de que oyeran a Jonás subir a gran velocidad las escaleras. Apenas respiraba, de lo excitado que venía.

—¡Supersospechoso! ¡Tenías que haberlo visto!

—¿Qué aspecto tenía?

—No sé. Bueno, sí, llevaba un sombrero.

—¿Y sólo con eso puedes asegurar que...?

Annika parecía indignada, pero Jonás no le hacía caso.

—¡Ese tipo..., el coche..., los prismáticos..., todo era sospechoso! ¿O acaso es normal y corriente que alguien mire por todas partes con unos prismáticos desde un coche? En fin..., bueno, ¿dónde tenéis el número de la matrícula del coche?

Annika y David se quedaron cortados: ¡no lo habían apuntado! Jonás les lanzó una mirada llena de indignación y gritó furioso:

—¿Así que ni lo habéis escrito? ¡Es increíble! ¡Yo, tirado por el suelo, con gran peligro de mi vida, y vosotros aquí, sentados, perdiendo el tiempo! ¿Acaso creéis que os di la matrícula del coche para divertirlos? ¡Sois unos inútiles! ¡Yo tengo que hacerlo todo!

Jonás estaba abatido. ¡Qué ayudantes tenía...!

David y Annika no sabían qué decir. De repente, David se acordó:

—Oye, aparte de esto, Jonás, he hablado con Julia. Llamó y le pregunté si no sería posible que se hubiera confundido de número al marcar, cuando alguien le colgó el aparato. Pero dijo que estaba segura de que no. Fue una voz de hombre la que le contestó desde aquí, y en cuanto la oyó colgó el teléfono. Y cuando, a continuación, ella llamó otra vez, nadie le contestó.

Jonás se indignó de nuevo. ¡Era el colmo! ¡Una novedad tan importante, una novedad que tenían que habérsela comunicado inmediatamente, y no la habían mencionado hasta ahora! Aquello confirmaba las suposiciones de Jonás: a pesar de las apariencias, sus dos compañeros no entendían nada. ¡Perteneían a ese tipo de débiles mentales que no saben ni apuntar una matrícula! ¡A pesar de haberla repetido él varias veces!

Lo peor era que no merecía la pena discutir con ellos. Sólo le quedaba tragarse su rabia. Sacó una pastilla de regaliz y se puso a masticarla encolerizado, lo que daba a entender claramente que las pequeñas células grises del cerebro de Jonás Berglund estaban trabajando activamente.

## 12. UN ROSTRO EN LA VENTANA

En aquellos días, quien pasara por delante de la quinta Selanderschen podría ver una casa tranquila, desocupada, bastante abandonada, con el viejo jardín casi cubierto de maleza. Aparte del zumbido de los abejorros en los rosales y de las abejas en los tilos, nada hacía pensar en la más mínima actividad.

Día tras día lucía el sol, y por la noche la luna. El cielo siempre se presentaba claro sobre Ringaryd, y el rocío caía cada mañana sobre el césped. Todo respiraba silencio y tranquilidad.

Sin embargo, en contraste con aquella tranquilidad externa, dentro de los muros de la blanca casa la actividad era desenfrenada. Jonás Berglund se podía atribuir el mérito. ¡Por fin había logrado acelerar algo el ritmo de trabajo de sus dos amigos!

Por ejemplo, había conseguido que Annika telefonease a la sección egipcia del Museo de Estocolmo, para informarse si allí sabían algo acerca de una estatua funeraria de madera, del antiguo Egipto, traída en el siglo XVIII a Ringaryd por un alumno de Linneo, un tal Andreas Wiik.

Pero nadie había oído hablar de la estatua. Jonás se contentó con esa información. En realidad no esperaba otra cosa. Pero había querido una respuesta exacta a su pregunta, para poder rebatir todo los razonamientos negativos y excusas infantiles de sus dos amigos. Sobre todo de Annika, que no tenía ningún interés por la estatua. Sólo parecía interesarle la vieja y aburrida historia de amor entre Emilie y Andreas.

Tampoco David tenía mucho más interés, pero al menos se mostraba activo en otro terreno: había encontrado datos sorprendentes sobre la vida afectiva de las plantas. Reaccionaban igual que otros seres vivos, con temor y dolor cuando algo en su alrededor las amenazaba. Incluso había indicios de que las plantas reaccionaban ante los pensamientos humanos. En cierta manera, poseían también memoria. Todo ello había sido comprobado midiendo los ligeros cambios eléctricos que se producían en las células de las plantas.

Aunque sumamente interesante, lo que David iba descubriendo no era nada práctico por el momento; por tanto, se contentaba con ir tomando datos. Tenía buenas ideas, pero no sabía cómo llevarlas a la práctica.

Jonás, por el contrario, si era práctico. Enseguida sugirió a David que visitara al vendedor de radios de Ringaryd, para que le dejara prestado un medidor de pequeñas corrientes, con sus accesorios. Conectaron entonces los electrodos del medidor a la selandria, y el resultado no se hizo esperar. Al momento, la planta puso en movimiento la aguja del medidor y se pudo comprobar cómo se sentía y ante qué estímulos reaccionaba. Ya había realizado una serie de interesantes experimentos, y Jonás cavilaba cómo se podría seguir la pista de la estatua con ayuda

de la planta. Estaba convencido de que existía una oculta relación entre ambas, pero prefirió no comunicar nada a los otros para no inquietarlos innecesariamente. Tergiversaban las cosas y no siempre comprendían sus explicaciones.

Para controlar si alguien se detenía delante de la quinta o merodeaba por allí, tuvo la idea de tender una red de alambre por el jardín, en todas las direcciones. Conectó los alambres con un disparador; así, cada vez que alguien tropezara con alguno de ellos se produciría una detonación. El disparo tendría un doble efecto: indicaría que alguien andaba por fuera y, al mismo tiempo, lo asustaría.

Era una instalación ingeniosa y práctica. La había probado con Annika. Había colocado en la puerta del jardín un cable de prueba y, al tropezar con él la chica, se produjo la detonación. Annika se pegó un susto tremendo. Se puso furiosa y lo sometió a un interrogatorio desagradable: quería saber de quién era la instalación y si el muchacho había pedido permiso. Jonás no se creyó obligado a entrar en detalles, pero las preguntas de Annika eran atinadas, y la chica siguió formulando otras:

—¿Has estado otras veces enredando en la instalación de alarma de papá? ¿Lo sabe él? ¿Le has pedido permiso?

Jonás respondió que sí a la primera pregunta y que no a la segunda y a la tercera. Como es natural, Annika se enfadó e inició una discusión que el muchacho no quiso continuar.

A ella siempre le había resultado difícil comprender que, en ocasiones, fuese preciso tomar iniciativas sin pedir permiso a los demás. De lo contrario, no se conseguiría nada en la vida. No se puede correr el riesgo de exponerse a prohibiciones miopes, sobre todo cuando se trata de personas que no comprenden lo que está en juego.

Por eso debería tener cierta precaución con Annika cuando se tratara de acciones arriesgadas. Annika era muy inteligente, él era el primero en reconocer sus méritos, pero le faltaba visión para las grandes empresas.

David, en cambio, la tenía cuando quería. Pero, como queda dicho, era poco práctico, perezoso y soñador. En una palabra: vivía fuera de la realidad. No tenía espíritu de iniciativa. Y tampoco era tan hábil como Jonás para sacar conclusiones: para sumar dos y dos. Por lo demás, Annika y David eran extraordinariamente buenos, y él no los cambiaría por nada del mundo.

Annika había terminado de copiar las cartas, y Jonás se dirigía a la quinta Selanderschen para recoger un informe sobre su contenido. Los datos sobre la estatua eran realmente escasos, a decir de Annika. Pero cabía que Annika no hubiera caído en la cuenta de algunos detalles. Jonás sabía que, a veces, él descubría algo que otros no veían...

Annika estaba en el cuarto de baño de la quinta, lavando las plantas. El cuarto de baño se encontraba junto al vestíbulo. La muchacha había dejado la puerta abierta y podía hablar con David, que se hallaba en el cuarto de estar.

Ella comenzaba a sentirse en la quinta como en su casa, y hablaba un poco con las plantas mientras las regaba. David le había dicho que eso era bueno y que convenía hacerlo. Las plantas se sienten mejor cuando se les habla con cariño.

Annika recordaba que su abuela siempre había tenido unas plantas preciosas y había asegurado que se criaban tan bien porque les hablaba. Annika se había reído, pensando que se trataba de una vieja superstición. Pero, ahora, David decía que los últimos estudios daban por seguro que tal práctica era excelente. Andreas Wiik venía a decir lo mismo cuando hablaba en sus

cartas de un alma común universal, gracias a la cual podían entenderse todos los seres vivos.

Annika les hablaba sin parar:

—Hola, plantita, ¿quieres que te eche agua debajo de las hojas?

—¿Qué dices? —gritó David desde el cuarto de estar.

—Nada. Charlaba con la planta.

Cogió otra planta y la lavó. Tenía muchas flores. Había crecido tanto y estaba tan tupida que apenas se sostenía en la maceta. Mientras pensaba que debía hacer con ella, oyó que David la llamaba:

—¿Qué haces, Annika?

La voz del muchacho reflejaba preocupación. Annika dejó la planta y se dirigió hacia él. Llevaba una tijera en la mano. David le señaló el medidor de la selandria.

—Mira cómo se comporta la planta. Tiene que haberla asustado algo, de repente. ¿Has cortado alguna flor o algún tallo?

No. Annika no había hecho nada a ninguna planta; pero también ella pudo ver cómo la aguja del medidor se movía medrosamente de un lado a otro.

—¿Qué ibas a hacer con las tijeras? —preguntó David.

—Podar una planta que apenas cabe en el tiesto.

—No lo hagas —contestó David—. En mitad de la floración no sería bueno. La sujetaremos clavando un palo en el tiesto.

Annika guardó las tijeras.

David controló el medidor. Ahora, la aguja estaba otra vez quieta. La planta se había tranquilizado; por tanto, bastaba que Annika se propusiera podar aquella planta, para que la selandria se intranquilizara.

Annika le observó con cierto respeto. Vivía en el mismo sitio desde el siglo XVII. Había nacido de unas semillas sembradas, sin duda con gran cariño, por Emilie Selander. En el curso de los años se habría renovado por medio de sus brotes, pero procedía de la planta original. Tenía tras sí una larga vida vegetal, con muchas experiencias y recuerdos, que expresaba de esa forma misteriosa. Lo mismo que los hombres, tenía su lenguaje corporal. ¿Acaso entendían las plantas los pensamientos de los hombres y éstos eran incapaces de comprender el de las plantas? Porque los seres humanos sólo respetan su propia inteligencia.

Sonó el teléfono. Annika estaba tan sumida en sus pensamientos que se sobresaltó. Volvió al cuarto de baño mientras David se apresuraba a responder a la llamada.

—Buenas tardes, David. Soy Julia Jasón Andelius.

—Sí, la he reconocido. ¿Cómo está?

En el auricular resonó una risa breve, una sonrisa divertida.

—Esta vez sí que me has hecho pensar, David. Primero decidí poner el alfil en E-tres, pero como tuviste la ingeniosa ocurrencia de colocar un peón en E-cinco, creí que sería mejor mover mi...

Julia se calló de repente y preguntó si pasaba algo. Tenía la impresión de que David se había asustado.

—Hay alguien fuera. He visto un rostro tras el cristal de la ventana.

—¡Ah! ¿Lo conoces?

—No sé... Creo que sí, pero... Si hace el favor de darme su número, la llamaré más tarde.

—No, ya llamaré yo. Hasta luego, David.

Julia colgó, y David fue en busca de Annika.

—Alguien ha estado mirando por la ventana —murmuró—. Creo que era Natte.

Annika había terminado con las plantas. Sugirió que no había que preocuparse de Natte. Estaría borracho otra vez.

—A lo mejor no es tan absurdo el artilugio de los alambres que ha montado Jonás —comentó David.

En ese momento entró Jonás. Era hora de empezar a estudiar las cartas.

## 13. EMILIE Y ANDREAS

Estaban sentados los tres en el suelo del cuarto de verano. Era de noche. Los tilos estaban inmóviles delante de la ventana. David había encendido una vela y la había puesto en el suelo. Jonás conectó el magnetofón y comenzó su reportaje, como de costumbre.

—Aquí, Jonás Berglund desde la quinta Selanderschen. Mis colegas y yo acabamos de reunirnos en el cuarto de verano, para analizar el contenido de esta singular colección de cartas. Las cartas aluden a la historia que en el siglo dieciocho se desarrolló entre estas paredes. Nos hablarán de ella. Annika Berglund y David Stenfåldt. Los dos las han estudiado a fondo y poseen mucha información ¿Quién de vosotros quiere empezar? ¿Tal vez David? Bien, David, la cinta está en marcha.

David clavó los ojos en el micrófono que Jonás le ponía debajo de la nariz y carraspeó.

—No es posible ofrecer aún su informe definitivo, pues todavía quedan muchos enigmas por resolver. Pero esperamos poder resolverlos uno tras otro.

David se calló y tomó la palabra Annika. Señaló que, para entender el contenido de las cartas, era preciso ponerse en el lugar de Emilie y Andreas, personas que habían vivido en el siglo XVIII. Añadió que era un problema de sensibilidad. Naturalmente, había que intentar entender cómo pensaban y sentían y por qué se comportaron como lo hicieron.

—Vivieron en un tiempo que en muchos aspectos tenía una escala de valores distinta a la nuestra. Pero lo más importante es procurar entablar con ellos una relación amistosa, como si siguieran vivos —concluyó.

—Esto es lo que han hecho mis colegas —intercaló Jonás—. Queridos oyentes, vamos a trasladarnos con ellos al pueblo de Ringaryd en el siglo dieciocho. Comencemos por el principio. Aquí, en la quinta Selanderschen corretean Emilie y Andreas... juegan...

—¡No, no! —le interrumpió Annika—. Eso no lo hicieron nunca. Emilie y Andreas se conocieron de niños y jugaron juntos. Así lo reflejan las cartas. Andreas habla a menudo de las cosas que hacían juntos cuando eran pequeños. Pero no jugaban aquí, en la quinta Selanderschen, sino en la casa del campanero, donde vivía Andreas. Su padre se llamaba Petrus Wiik, era el campanero y se ocupaba de la iglesia. Tocaba el órgano y las campanas. Al parecer, era un hombre simpático y delicado. Andreas y su hermana Magdalena hablan de él con mucho cariño en las cartas. También dicen que apreciaban mucho a Emilie. Petrus Wiik era un hombre importante en su entorno.

»Ocurrió que Emilie y Andreas perdieron muy pronto a sus respectivas madres. Esto pudo contribuir a que los dos se entendieran tan bien desde el principio. El padre de Andreas no volvió

a casarse. El de Emilie, sí. Se llamaba Jacob Selander y era un rico terrateniente del pueblo. Emilie no tuvo hermanos.

»Pocos meses después de la muerte de su esposa, Jacob Selander se casó de nuevo con una prima adinerada.

»Así, Emilie comenzó a vivir con una madrastra. Se llamaba Ebba. Las cartas no dicen como era. Apenas la mencionan. Al parecer, Emilie y ella estaban distanciadas. Cuando se alude a ella, es siempre en relación con Andreas. A Ebba no le gustaba que Emilie frecuentara el trato de Andreas.

»Tampoco le gustaba a su padre, es decir, a Jacob. No querían que Emilie se casara con él. Deseaban casarla con un hombre rico y distinguido. En aquella época eran los padres quienes casaban a las muchachas. No elegían ellas su pareja. Al parecer, ni siquiera podían opinar sobre la decisión de sus padres.

En este punto le interrumpió David. Dijo que, a pesar de todo, no habría sido fácil prohibirles que se vieran; Emilie tenía que ir a la escuela. La escuela se encontraba en la casa del campanero, y el maestro era Petrus Wiik, el padre de Andreas. Mientras Emilie fue a la escuela, nadie pudo impedirle entrar en aquella casa. Además, Jacob Selander quería estar en buenas relaciones con el campanero del pueblo y no enemistarse con el párroco. Andreas poseía un talento poco común y era muy aplicado en la escuela por eso, el párroco se interesó por sus estudios, lo tomó bajo su protección, le enseñó latín y se ocupó de que continuara sus estudios en el instituto de Växjö. Andreas llegó a Växjö en 1752. Tenía catorce años y Emilie doce. Magdalena, la hermana de Andreas, había cumplido diecisiete. Ella y Emilie fueron muy buenas amigas, y mientras Emilie vivió, se mantuvieron siempre unidas y se ayudaron mutuamente.

—¿Puedo añadir otra cosa? —preguntó Annika con entusiasmo—. Las cartas de Magdalena nos han proporcionado la mayoría de los datos, en particular sobre los últimos años de Emilie. Ésta se confió en todo momento a Magdalena, que contestaba a sus cartas enseguida y le daba consejos. Así hemos podido averiguar lo que ocurrió.

»De vez en cuando nos hemos visto obligados a aventurar hipótesis personales; pero los puntos más importantes no ofrecen ninguna duda, porque Magdalena escribe con gran meticulosidad y da muchos detalles. Cita con frecuencia las cartas de Emilie, menciona los problemas a que responde, y es muy clara. Magdalena es una persona muy singular: casi nunca habla de sí misma; se centra en Emilie y Andreas y en los problemas de ambos. Por eso, las cartas de Magdalena no permiten averiguar mucho de ella, salvo que tuvo que ser una persona increíblemente generosa y desinteresada.

»Eso es todo. Puedes continuar, David.

—Bueno, Andreas estudió dos años en Växjö; Emilie y él se escribieron cartas durante todo el tiempo. Al principio, esas cartas son infantiles; pero se nota que, al final de esa época, la relación entre los dos ha madurado y sus sentimientos son más profundos. Andreas y Emilie se prometieron en secreto el año mil setecientos cincuenta y cuatro, durante una estancia de Andreas en Ringaryd. Él estaba de profesor en una granja de las cercanías, y podían verse con regularidad. Y lo hicieron de hecho, pese a que los padres de ella intentaron por todos los medios ponerles obstáculos.

»Entrado el otoño, Andreas fue a Upsala, para estudiar en la Universidad y asistir a las clases de Linneo. Las cartas que escribió a Emilie desde allí reflejan con claridad que se consideraban verdaderos prometidos. Sin embargo, los padres de ella siguieron siendo motivo de preocupación,

y la correspondencia tuvo que efectuarse en secreto a través de Magdalena. En Navidad, Andreas pasó en su casa un par de semanas; no pudieron verse con frecuencia. Emilie estuvo todo el tiempo vigilada y tuvo que ir a pasar la Nochebuena en casa de unos parientes.

—Sí —intervino Annika—. Y es triste ver la sumisión con que lo aceptó. Apenas opuso resistencia. Lloró en secreto porque no le permitían encontrarse con Andreas. Pero no luchó. Al parecer, eso era imposible en aquella época. No se atreve ni una sola vez a rebelarse contra su padre y contra Ebba. Se limita a obedecer y llorar en secreto. Y tiene que escabullirse para encontrarse con Andreas, sin permiso. Magdalena vuelve a hacer otra vez todo lo que puede, y las cartas están ahora llenas de encuentros previamente concertados, que a veces se frustran. Las cartas de Andreas y de su hermana hablan de que él deberá «perfeccionarse», como se decía entonces, para ganar el favor del padre y llegar a ser digno de Emilie...

Aquí, Jonás, la interrumpió sonriendo, como suele hacer todo entrevistador experto.

—Como han oído ustedes, queridos oyentes, nuestros investigadores han profundizado en la suerte de los protagonistas y lo han hecho de una forma muy personal. Esto es muy interesante; pero quizá lo sea mucho más trasladarnos rápidamente al futuro lejano y hablar un poco del apasionante descubrimiento que Andreas hace en el extranjero, por decirlo de alguna manera. ¿Podríamos hablar un poco sobre eso? ¿Qué te parece, David?

—Sí, por supuesto, llegaremos a ello dentro de poco. Pero tenemos que contar las cosas por orden para que sea posible entender el conjunto.

»Así pues, Andreas estudió con Linneo, o Linnaeus, como se llamaba antes de que lo ennoblecieron. Se nota que Andreas lo admiraba sobremanera. Las cartas contienen tantas anécdotas sobre Linneo que casi parecen un diario. Se ve que Andreas está pendiente de sus labios y absorbe sus pensamientos sobre la naturaleza y todo lo viviente. Pero también se ve estimulado a pensar por su cuenta. Se podría decir que él desarrolló algunas ideas de Linneo y elaboró una filosofía propia, basada en la de su maestro. Al final de la época de Upsala, las cartas de Andreas tratan más de sus propios pensamientos sobre la naturaleza, la vida y el alma —el alma total, como él dice— que de Linneo.

»Las cartas que Emilie recibe ahora son fantásticas, y se explica que a ella le inquietara la idea de que pudiera ocurrirles algo, sobre todo porque la correspondencia estaba vigilada. Consideraba como una tarea suya guardar las cartas de Andreas para la posteridad, como una especie de testamento. De hecho, es lo único que ha quedado de él. No nos ha guardado ningún otro escrito, no ha dejado nada... Por tanto, Emilie debió tener un elevado sentido de responsabilidad, que no disminuyó por el hecho de que el entorno de Andreas no entendiera lo que ella sabía. Andreas afirma a menudo en sus cartas que su pensamiento ha sido interpretado erróneamente en distintos círculos. Tal incompreensión le afectaba mucho. Es explicable que Emilie tuviera que consolarlo y animarlo...

Aquí volvió a intervenir Annika. Estaba excitada.

—Es normal —dijo—. A mí también me han impresionado las ideas de Andreas, y le he compadecido, y he esperado que Emilie lograra darle ánimos. Pero luego he empezado a sorprenderme... e incluso me he indignado. ¡En realidad, esto no es tan bonito como parece! Las cartas tratan solamente de Andreas, de sus intereses y sus estudios, de sus pensamientos, sus alegrías y sus tristezas. Le pide a Emilie que se ocupe de las semillas que él manda y que las plante para él; por eso hay tantas plantas en esta casa. Son plantas de Andreas, y Emilie las cuidó

para él.

»También le pide otras cosas; son siempre pequeñas tareas que es preciso realizar y cuyo resultado se le debe comunicar enseguida, a ser posible a vuelta de correo. Nunca pregunta cómo le va en casa, sin un trabajo propio, sola, vigilada por su padre y su madrastra. No hay más pregunta personal que la relativa a su salud y a la de su familia, y tal pregunta se hace siempre con la misma fórmula.

»Como es natural, también hay frases amorosas, en las que él asegura sus sentimientos de fidelidad; al principio conmueven, pero después se nota que siempre son las mismas fórmulas, pura rutina: yo creo que las cartas no evocan a Emilie con verdadero cariño. En las de Växjö no sucede lo mismo; allí se advierte que se preocupa por ella y quiere saber lo que hace y lo que piensa. Pero esto va desvaneciéndose progresivamente. Ahora ya están prometidos. Andreas ya ha conseguido lo que quería y no hace más que exigir cosas. Al parecer, Emilie no advirtió el cambio.

Annika enmudeció y miró al suelo. Mordisqueó un pellejo de una uña que al final consiguió cortar.

Jonás cogió otra vez el magnetofón:

—Bien, nuestra dinámica colaboradora ha tenido una nueva intervención, como todos han podido oír. Ahora, prosigamos. Por favor, David...

David, sumido sin duda en sus pensamientos, se estremeció.

—Sí, sí... No sé... Es posible que Annika tenga razón. Pero yo no he interpretado las cartas así. Para mí lo más importante es la trayectoria de los pensamientos de Andreas. He intentado profundizar en ellos y quiero exponer las conclusiones a que he llegado... Si he comprendido bien todo, claro. Lo mismo que Linneo, Andreas ve un plan y una interrelación en todo lo que sucede, incluso en lo que parece casual. Pero Linneo ve en la naturaleza la mano de Dios.

»Andreas no está tan seguro en lo que concierne al papel de Dios en la creación. En vez de eso habla de un alma universal. Sin embargo, cita muchas veces a Linneo, quien en algún pasaje dice más o menos lo siguiente: «¿Qué tiene de extraño que yo no vea a Dios, si no puedo ver siquiera al Yo que vive en mi mismo?». Estas palabras aparecen con frecuencia en sus cartas... Además, son las mismas palabras que Emilie copió cuidadosamente, les puso un marco y las colocó en la pared de este cuarto. Es claro que Andreas meditó mucho sobre ellas. No tenía clara su relación con Dios.

—No —le interrumpió Annika, que tenía otra vez las mejillas rojas—. Tampoco tiene clara su relación con lo que vive en él mismo. Sobre esto debió de meditar mucho. ¡Y tendría que haber reflexionado alguna vez sobre lo que sentía Emilie! Pero, al parecer, no tenía tiempo para eso...

Jonás se movió intranquilo e intervino en la conversación.

—Creo que debemos cortar este intercambio de ideas. Es muy interesante, pero interrumpe la marcha del relato. Propongo dejar para más adelante los aspectos humanos de la relación entre Emilie y Andreas. Creo que debemos continuar con la historia. Hemos dejado a Andreas en Upsala. ¿Qué pasó entonces? Por favor, David.

—Bien, pasó lo siguiente: Linneo, en vez de viajar por todo el mundo, para lo que no parecía tener salud suficiente, enviaba a sus alumnos a distintas partes de la tierra, para que estudiaran la botánica local y regresaran con semillas, plantas y otras cosas que él necesitaba para sus investigaciones. Cuando llevaba un par de años en Upsala, Andreas recibió esa misión y fue

enviado a Egipto. Esto ocurrió a comienzos del año mil setecientos cincuenta y siete; Andreas permaneció dos años fuera. Poco tiempo antes de su viaje, volvió otra vez a casa, por Navidad, y se despidió cariñosamente de Emilie.

»Se marcha. Llegan cartas de su viaje por Egipto; son pocas, pero ricas en contenido. En una de esas cartas...

Aquí Jonás no se pudo contener e interrumpió con voz misteriosa el relato de David:

—Si, queridos oyentes, escuchen atentamente. Por fin llegamos al meollo de la cuestión. Presten atención. Por favor, David.

—Bueno, en una de esas cartas cuenta que él y un colega inglés descubrieron una estatua funeraria egipcia, que describe como fabulosa. Se trata de una figura de mujer en madera policromada, casi de tamaño natural. Pero pesaba sobre ella un encantamiento mágico, según escribe. El tono de la carta, sin embargo, oculta algo serio. Se pregunta qué dirá la gente del pueblo cuando él regrese con una diosa pagana. También le preocupa el juicio de su padre, Petrus Wiik. Se pregunta, en broma, si por ese motivo lo despedirán de su trabajo de campanero. Andreas no cree lo más mínimo en encantamientos ni maldiciones, pero sabe que los habitantes de Ringaryd son muy supersticiosos.

»Y, como veremos, tenía motivos para preocuparse. Cuando llegó al pueblo con la estatua, se produjo un alboroto. ¡Un ídolo de una tumba real pagana de Egipto! ¡Qué conmoción! Todos tenían miedo. ¡No sé debe hacer una cosa así! ¡No es lícito profanar las tumbas!

»Al poco tiempo de llegar a casa, Andreas tuvo que volver a Upsala para comunicar a Linneo sus hallazgos. Pero Emilie y él habían estado mucho tiempo separados; se querían y Emilie quedó encinta aquella primavera, durante los escasos días que Andreas pasó en Ringaryd.

Aquí le interrumpió Jonás. Quería plantear algunas cuestiones importantes.

—Todavía no tenemos suficiente información sobre la estatua y creo que todos estarán tan interesados en ella como yo. ¿Dónde desembarcaron la estatua? ¿Quién se hizo cargo de ella? ¿Hay noticias de ello? Y, si es así, ¿cómo se ha obtenido la información?

—Si, por supuesto —afirmó David—. Al marcharse a Upsala, Andreas dejó la estatua en Ringaryd. Se encontraba escondida en la casa del campanero, para que nadie la viera; pero todo el pueblo sabía que estaba allí. La gente iba por allí y espiaba; para la familia, esto era algo desagradable, como se lee en una carta de Magdalena a Emilie. Petrus Wiik estaba muy enojado por el asunto de la estatua; desde que tenía el ídolo en casa, se le había «nublado» la inteligencia, como dice una carta, y Magdalena no era feliz por ese motivo.

»La correspondencia sobre este tema es muy abundante. Magdalena escribe a Emilie y le informa que ella y su padre habían escrito a Andreas, porque quería deshacerse del ídolo. Todo terminó cuando Emilie decidió hacerse cargo de la estatua. La llevó a su casa y la puso en el banco, arriba, en su cuarto de verano. Tuvo que hacerlo en secreto, a espaldas de su padre y de Ebba. Ninguno de los dos debía saber que ella había escondido una vieja estatua funeraria egipcia. Emilie no temía la maldición y le agradaba poder complacer a su querido Andreas.

—¡Cómo de costumbre! —intervino Annika mordaz.

—Si, como de costumbre —repitió David—. Pero... bueno, Andreas no pasó mucho tiempo en Upsala, Linneo, muy satisfecho de sus hallazgos en Egipto, quiso mandarlo a otro lugar.

»Esta vez a Suramérica, donde debía permanecer tres años. Para Andreas era un viaje importante, pues luego podría ser profesor de Universidad. Y eso significaba mucho, entre otras

razones, por Emilie. Su padre y Ebba seguro que lo aceptarían cuando fuera profesor.

»Sin embargo, el problema era que Emilie estaba encinta... No lo sabía nadie, excepto Magdalena. Emilie no quiso comunicárselo a Andreas. Si lo hubiera sabido, tal vez no habría emprendido aquel viaje tan importante para el futuro de ambos. Ella pensó que tal vez debía acompañarle a Suramérica. Pero Magdalena le quitó la idea. En su estado, habría sido un esfuerzo excesivo. Emilie lo comprendió, y la carta de Magdalena da a entender que temía ser un estorbo para Andreas, cosa que no quería en modo alguno.

Annika le arrancó a David el micrófono de las manos y dijo con rebeldía:

—¡Si, todo fue muy noble! Magdalena alabó a Emilie por su noble intención. Y, aunque Emilie estaba encinta, tan sólo se habla de Andreas, de su viaje, de su trabajo, de su licenciatura... El niño parece ser una desgracia de la que es mejor no hablar. ¡Sobre todo, que no se inquiete el pobre padre de la criatura! ¡Menos mal que no viví en aquellos tiempos!

—Si, señores acabamos de oír un comentario emotivo de nuestra colaboradora. Prosigamos... Por favor, David.

—Andreas tenía que partir hacia finales del verano y pasó la mayor parte de éste en su casa, en Ringaryd. Naturalmente, Emilie y él se vieron; pero ella no le dijo todavía nada del niño. También tenía otras preocupaciones.

»Cuando Jacob Selander, padre de Emilie, supo que Andreas había vuelto a casa y se veía con su hija, pasó a la acción. Desde hacía tiempo, tenía planeado casar a Emilie con un amigo rico, mucho mayor que ella. Se llamaba Malkolm Braxe; estaba enamorado de ella, y lo estuvo siempre, según escribe Magdalena. Estaba perdidamente enamorado, pero Emilie no se interesaba por él.

»En todo caso, llegó la última noche antes de la partida de Andreas. Se vieron para despedirse.

»Y ahora surge, de repente, una gran confusión. Ninguno entiende bien al otro. Por otra parte, Emilie recibe en ese momento el broche con la flor de plata que hemos encontrado en el estuche. Ella llora, está desesperada, se separan..., cada uno se va por su camino.

»Lo que pasó después en aquella noche, lo hemos averiguado uniendo trozos de distintas cartas de Magdalenas. Creemos que Emilie, tras el encuentro con Andreas, subió al cuarto de verano y se encerró. Sabemos con seguridad que se sentó y escribió a Magdalena, porque tenemos la contestación a esta carta. En ella hablaba de la triste despedida de Andreas, y decía que su padre había notado que estaba pasando algo. Subió e intentó forzar la puerta, mientras ella escribía. Emilie tenía el propósito de empaquetar sus cosas y marcharse con Andreas. Está confusa y por primera vez no se preocupa por su padre. Le deja que golpee la puerta cerrada y ni siquiera le contesta. Más tarde siente remordimientos y piensa que todo lo que ha pasado es culpa suya, castigo por haberse portado mal con su padre.

»El padre, al no poder hablar con Emilie, quiere hablar razonablemente con Andreas. Como es natural, sabe que Andreas se va a marchar y estará tres años fuera. Pero no quiere que Emilie siga esperándole. Prefiere que quede libre y se case con Malkolm. Espera poder convencer a Andreas de que rompan su compromiso y pongan fin a sus relaciones. O, tal vez, tiene otro plan. En todo caso, decide ir en busca de Andreas, que durante el verano vive solo, en una pequeña casita en el bosque, para estar tranquilo. La casita está solitaria; la noche es lluviosa, hace viento y fuera está oscuro. El padre carga una pistola y la lleva consigo, como se solía hacer entonces para protegerse de los atracadores. Sale precipitadamente. Está enfadado con Andreas que, en su

opinión, se ha interpuesto en la felicidad de Emilie y le ha llenado la cabeza de grillos. ¡No quiere a Andreas! Cuando llega a la casa del joven, está, sin duda, bastante excitado.

»Lo que pasa después es tan increíble como horroroso, pero los acontecimientos son así, como aparecen en las cartas. Emilie habla de ello repetidas veces. Magdalena le contesta, le explica, la consuela. Por eso, creemos que hemos logrado reconstruir ordenadamente los hechos.

»El padre llega a la casita. Llama a la puerta; nadie le contesta ni le abre. Dentro está oscuro. Pero la puerta no está cerrada. Piensa que Andreas está fuera. Entra para esperarle. Pero en la oscuridad ve cómo una sombra oscura se levanta y se dirige hacia él amenazadoramente. Se asusta, pierde el control, saca la pistola y dispara al azar un tiro en la oscuridad. Así lo cuenta él mismo en su confesión. No puede ver con claridad. Pero alcanza al hombre, que se desploma. Es presa del pánico. Intenta preparar las cosas para que parezca un suicidio, incendia la casa y desaparece. A la mañana siguiente...

—¡Espera un momento! —le interrumpió Annika. Escuchaba atentamente y pidió a los otros dos se mantuvieran en silencio—. He creído oír a alguien abajo —dijo después.

—Es imposible —saltó Jonás—. Aquí no ha entrado nadie.

Había tendido cables por todos los sitios, y si alguien hubiera intentado entrar, se habría oído en cien metros a la redonda. ¡No había ningún peligro! David podía continuar.

—Bueno, a la mañana siguiente, Emilie quiso ver por última vez a Andreas para decirle adiós. Pero, en el camino, se encontró con hombres que le anunciaron que Andreas había muerto. Su casita había ardido durante la noche y habían encontrado su cuerpo totalmente carbonizado. Se había suicidado, decían.

»Así termina la relación entre Emilie y Andreas. Él fue enterrado en el Monte de la Horca, en tierra sin bendecir. Así se procedía entonces con los delincuentes y los «destructores de sí mismos», como se llamaba a los suicidas. Como se consideraba un «delito» quitarse la vida, el único castigo que se podía imponer a los suicidas era enterrarlo en tierra sin bendecir.

»Emilie quedó totalmente hundida. Por suerte, no sabía que había sido su propio padre quien había quitado la vida a Andreas. Aun así, era todo muy penoso. Ella estaba convencida de que Andreas se había suicidado. Se creía culpable y pensaba que él había tomado esa decisión porque ella había actuado inconvenientemente aquella noche. No encontraba otra explicación. Hablaba a menudo con Magdalena de su sentimiento de culpabilidad. Ésta la intentaba consolar diciéndole que Andreas no sabía lo que hacía, y que debió actuar en un momento de enajenación mental.

»Pero Emilie estaba desesperada. Se encerró cada vez más en sí misma. Todos advirtieron que se estaba volviendo rara. Iba de un lado a otro, hablaba con sus plantas, sobre todo con la selandria egyptica, la planta que Andreas había traído de Egipto y que había recibido el nombre en honor de Emilie Selander: selandria. Estaba siempre pendiente de ella y a veces decía que Andreas vivía. No podía estar muerto, pues la planta vivía. En las cartas se nota también que a Magdalena le preocupa la salud mental de Emilie. La exhorta a que se domine y se recobre, pues Andreas está muerto y no puede volver. Nadie, excepto ellas, sabe todavía que Emilie está embarazada. Finalmente, Magdalena la convence de que debe marcharse para que su hijo nazca en otro lugar, y promete acompañarla. Entre tanto, Magdalena se ha casado con un clérigo, el pastor Jesper Ullstadius. Viven en la casa parroquial de Liared y se ofrecen para cuidar el niño de Emilie y Andreas. Nadie se enterará de que no es hijo suyo.

»Así pues, todo sucedió como Magdalena quería. Emilie tuvo el hijo y lo entregó a

Magdalena. Luego, regresó a la quinta Selanderschen, para quedarse con su padre, que ahora estaba solo. Ebba lo había abandonado, cansada de su mal humor. Jacob Selander se volvió sombrío y melancólico. No es extraño, dado el crimen que pesaba sobre su conciencia. Había matado a Andreas, y allí estaba Emilie, sin sospechar nada, tan enamorada de él como siempre.

»Malkolm Bracee, que seguía queriendo a Emilie, no había perdido la esperanza. Empezó a hacerle la corte, y Emilie pensó que quizá podría devolver la alegría a su padre casándose con Malkolm. Cuando Magdalena le aseguró que se trataba de un buen hombre, Emilie comenzó a pensarlo en serio. Finalmente, Magdalena la acabó de convencer. Lo hizo con la mejor intención. Así pues, Emilie se casó; sobre todo para complacer a su padre, que cada vez estaba más triste y decaído. Pero puso como condición seguir viviendo con él en la quinta Selanderschen, junto a sus queridas plantas. Y aquí vivieron los tres: Emilie, Malkolm Braxe y Jacob Selander. Poco a poco, fue pasando el tiempo...

Annika lo interrumpió de nuevo. Aseguró que había oído ruidos extraños en la casa. Pero David y Jonás no había notado nada.

David prosiguió:

—Emilie y Malkolm Braxe tuvieron un hijo. Fue una niña, y tal vez todo hubiera ido bien y Emilie se hubiera consolado, si no hubiera pasado algo horrible. Lo que pasó es lo más cruel y absurdo que se puede imaginar.

»Una noche de julio, Jacob Selander enferma gravemente. Ocurre de improviso. Comprende que va a morir y, estando en el lecho de la muerte, decide descargar su conciencia. Tendría que haber sido más prudente y haberse llevado el secreto a la tumba. Pero no tuvo la fortaleza necesaria y confesó a Emilie que había sido él, su propio padre, quien había matado a Andreas. Por tanto, Andreas no se había suicidado. Lo había matado de un tiro el padre de Emilie. ¡Y había dejado que le enterraran en el Monte de la Horca! No es difícil imaginar lo que debió de sentir Emilie.

»En todo caso..., el padre falleció..., y entonces..., entonces sí, parece que Emilie se desesperó. Es comprensible. Su padre, al que tanto quería y por el que tanto se había sacrificado, no sólo se había opuesto a su matrimonio con Andreas, sino que había matado a su prometido y había hecho creer a todos que Andreas se había suicidado. Por supuesto, Emilie no dijo nada a nadie, excepto a Magdalena.

»A la vez sufría terribles remordimientos de conciencia por Andreas. Con su silencio contribuía a que Andreas siguiera en el Monte de la Horca. ¡Pero así preservaba de la ignominia la memoria de su padre! Si Emilie hubiera dicho la verdad, habría sido posible trasladar al cementerio sagrado el cadáver de Andreas. Tenía la sensación de que lo estaba traicionando y engañando. Tal vez por eso decidió que la enterraran junto a él en el Monte de la Horca. Pero lo que sucedió después es algo que no sabemos. Y, probablemente, no lo sabremos nunca...

—¡Eso habrá que verlo! ¡No debemos considerar nada imposible! —le interrumpió Jonás, que había olvidado por una vez su papel de periodista, masticaba regaliz y estaba excitado.

—De acuerdo —contestó David—. Para finalizar esta triste historia, diré que Emilie se consume poco a poco. No le hace ninguna ilusión seguir viviendo. Escribe a Magdalena una carta tras otra. Son cartas desesperadas y confusas, a las que Magdalena contesta lo mejor que puede. Parece que su vida se ha quedado sin soporte. De repente, empieza a creer en la maldición, en que es la estatua —el ídolo— la que le ha traído todas las desgracias. Está convencida de que va a

morir pronto, y comienza a poner todo en orden, pensando en Carl Andreas, hijo suyo y de Andreas. Le nombra heredero de la quinta Selanderschen. Finalmente, piensa en la estatua y en lo que debe hacer con ella. Teme que siga acarreado desgracias que recaerán sobre Carl Andreas, si no hace algo para remediarlo. Quiere que la estatua desaparezca con ella. Busca el modo de llevársela consigo a la tumba. Pero las cartas no dicen si lo consiguió ni cómo.

»Emilie murió el uno de julio de mil setecientos sesenta y tres, es decir, el día en que escribió su última carta, dirigida a la posteridad.

»Bueno, en realidad ya no me queda mucho que contar. En todo caso, esto es lo que Annika y yo hemos sacado hasta ahora.

Jonás tomó el micrófono.

—Si, y no ha estado mal. Y habrá más ¡Os lo prometo, amigos oyentes! De momento, doy las gracias a mis colaboradores, aquí presentes, Annika Berglund y David Stenfäldt. ¡Muchísimas gracias a los dos! Ha hablado Jonás Berglund, desde la quinta Selanderschen. Les deseo buenas noches.

Jonás apagó el magnetofón. Estaba satisfecho. Habían realizado un buen trabajo. Parecía verdaderamente un trabajo de profesionales.

¡Ahora sólo quedaba seguir la pista de la estatua!

## 14. HUÉSPEDES NO INVITADOS

—¡Silencio, viene alguien! ¿No oís?

Otra vez fue Annika la que llamó la atención. Por tercera vez oía ruidos extraños. Y ahora también los percibieron los otros dos. Oyeron cómo se abría silenciosamente la puerta de abajo, la que conducía al desván, y cómo se deslizaban escaleras arriba, unos pasos lentos. Annika sintió escalofríos y miró aterrada a los otros.

David apagó la vela. Hasta Jonás parecía excitado. ¿Por qué no habría funcionado el disparador? Cogió de la caja un par de pastillas de regaliz y se las metió a la boca.

—¿Qué hacemos? —susurró Annika.

David se encogió de hombros.

—Si, ¿qué podemos hacer? ¿Abrir la puerta y saludar?

—¡No hagas chistes!

Oían las pisadas sobre el suelo. Cada vez se escuchaban más cerca. Estaban seguros de que se dirigían a la puerta, y ellos no podían cerrarla porque la llave estaba en la cerradura, por fuera.

Jonás tuvo una idea genial: debían ponerse los tres detrás de la puerta. En el momento en que se abriera, se lanzarían contra el intruso con todas sus fuerzas. Los tres juntos. Eso era lo mejor que podían hacer, lo único.

David y Annika estaban tan desconcertados, que no podían pensar. Ninguno de los dos era capaz de afrontar situaciones como aquélla. Dejaron que decidiera Jonás e hicieron lo que él había dicho. Se colocaron detrás de la puerta en actitud de alerta.

Siguió un silencio horrible. Fuera, alguien escuchaba sin moverse. Ellos no movían ningún miembro, apenas respiraban. Oyeron una tos apagada. Se hizo de nuevo el silencio. Luego, vieron cómo el picaporte se movía lentamente..., se prepararon. Alguien bajó el picaporte... y la puerta giró.

Y los tres se lanzaron al instante con toda su fuerza.

El hombre perdió el equilibrio y cayó hacia atrás; se levantó con toda rapidez y salió disparado hacia la escalera.

Jonás corrió tras él.

—¡No lo sigas, Jonás! ¡Jonás!

David y Annika salieron corriendo del desván, pero Jonás no tenía intención de quedarse parado. Había iniciado la persecución. Ellos lo siguieron, pero sin prisa. ¿Qué podían hacer?

En ese momento se oyó un fuerte estallido en el jardín, y corrieron hacia afuera.

Allí estaba Jonás. Parecía estar avergonzado y sentirse culpable. No dijo nada, pero había

cometido un montón de errores. Para empezar, se había dejado abierto el portón del jardín. Ése había sido su primer fallo. Pero había otro, igual de grave: todo el jardín estaba alambrado, excepto la entrada de la cocina. ¡Se le había olvidado! Y, finalmente, cuando salió de la casa corriendo, tropezó con uno de sus propios alambres. Por eso se había producido el estallido.

¡Al menos había podido ver fugazmente al Peugeot azul!

¿Cómo había podido ser tan descuidado con los alambres? Jonás se recriminaba a sí mismo. A los otros les dijo que sólo había sido una falta de acoplamiento, pero la verdad era que se le había olvidado proteger la entrada de la cocina. Allí no había ninguna protección, y el hombre había podido entrar y salir sin ninguna dificultad. Pero había algo peor: quizá no era aquella la primera vez. Jonás había dejado de colocar las agujas de pino sobre los picaportes y, desde entonces, ya no había sido posible controlar las entradas. ¡Había cometido una insensatez! Pero reparó enseguida el daño, de tal modo que ya no podría repetirse.

Al día siguiente se oyó otra detonación.

Fue al atardecer. Aún había luz fuera. Estaban tranquilos en la casa regando las plantas. David se ocupaba de la selandria. De repente se oyó la detonación. Fue como un trueno. Luego, se escucharon maldiciones y quejidos.

David y Annika se miraron asustados. Jonás salió de un salto y gritó a los otros dos que lo siguieran ¡Esta vez no podían escapárseles el tipo aquél!

Antes de salir, David echó una mirada al aparato medidor de la selandria. La aguja se movía. La planta estaba inquieta. ¿Reaccionaba a las detonaciones?

—¡Quédate vigilando la selandria! —gritó a Annika, y salió corriendo.

Jonás venía hacia él. Parecía indeciso. Se oían quejidos, pero no había visto a nadie. David los oyó también.

—¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!, ¡han disparado contra mí! —resonó una voz entre los matorrales que había a sus espaldas.

—¡Es Natte! —exclamó David.

Buscaron entre los arbustos y allí estaba sentado Natte, mirándolos asustado. Aterrorizado por la detonación, había salido corriendo y se había escondido en el arbusto más cercano. Les clavó sus ojos azul pálido y les dijo en tono acusador:

—¡Han disparado contra mí!

David se acercó y le ayudó a levantarse. Intentaron explicarle que nadie había disparado. Eran sólo unos petardos que Jonás había colocado para divertirse. David indicó a Jonás con un gesto que sólo decía aquello para tranquilizar a Natte. No obstante, a Jonás le pareció que se pasaba de la raya. Daba la impresión de que todo era un simple juego, cuando en realidad se trataba de un ingenioso e insólito sistema de seguridad; ¿quién sabe si...? Podía estar actuando por allí una banda internacional de ladrones, una de esas que se dedican a robar antigüedades. No, a Jonás no le gustó la forma en que David se había expresado.

Annika apareció en las escaleras que daban a la puerta de servicio.

—Entra y siéntate un momento, Natte —dijo en voz alta.

Pero Natte parecía recelar.

—No, tengo que volver a casa.

—Sólo un momento —dijo David.

—¿En casa de los Selander? ¡No, gracias! —respondió Natte.

David se decidió a coger el toro por los cuernos. Dijo sinceramente que ya lo había visto otras veces en el jardín y que había observado cómo examinaba el interior de la casa por la ventana de la cocina. ¿Por qué no podía entrar, entonces? Era evidente que quería saber algo y sentía curiosidad. ¿De qué se trataba?

—¡No, no! —insistió Natte. Dijo que no sentía ninguna curiosidad, y que sólo quería saber que se traían entre manos David y los otros dos.

—Entonces, es que quieres saber algo —dijo riéndose David.

Annika le echó una mirada de reproche: así no conseguirían hacerle hablar. ¡Qué falta de psicología!

—Ah, bueno, simplemente estamos encargados de regar las plantas —dijo ella tranquilamente.

—¿Las plantas...? —Natte parecía dudar—. ¿Necesitan realmente tanta agua?

—Ya lo creo, en verano necesitan muchísima agua —explicó Annika y le dirigió una mirada misteriosa. Ella misma estaba sorprendida de la gran cantidad de agua que absorbían las plantas.

Natte estaba de pie y se balanceaba sobre sus rodillas. Aunque no había bebido, le temblaban ligeramente las piernas.

—¿Te has hecho daño, Natte? —le preguntó David.

—¡Sí, me han disparado! —le dijo en tono de acusación.

—Entonces entra y siéntate, al menos un momento —le propuso de nuevo Annika.

Ella fue hacia la casa, y Natte la siguió gruñendo entre dientes:

—¿Qué pinto yo ahí dentro...? —dijo, y miró a su alrededor con ojos recelosos.

Annika señaló con la mano al jardín y dijo riéndose:

—Estarás mejor dentro; afuera hay que tener cuidado con los petardos.

Natte se detuvo; parecía inseguro.

Entonces intervino Jonás inesperadamente:

—¿Quieres una pastilla de regaliz? —le preguntó acercándole la caja.

—Gracias..., gracias... —Natte rebuscó en la caja con sus grandes dedos. Cogió una pastilla. Pero la escupió enseguida.

—¿También queréis envenenarme? ¡Puaff, que cosa más asquerosa! —dijo, volviendo a escupir con un gesto de asco.

Entraron en la cocina. Natte seguía haciendo muecas.

David le señaló una silla:

—Siéntate.

Natte miró a su alrededor y se sentó con cuidado. Parecía como si esperara en cualquier momento un nuevo atentado.

Annika fue al fregadero y llenó un vaso de agua.

—Bueno, Natte, por fin están en la quinta Selanderschen. ¿Cómo te sientes? —le preguntó David.

Natte no contestó. David prosiguió:

—¿Cuándo estuviste por última vez aquí? Quiero decir, dentro de la casa.

Natte le lanzó una mirada nada amistosa, sino hostil e insegura.

—Hace mucho. ¿Por qué lo preguntas?

—Bah, pensaba que...

Natte se levantó decidido.

—No puedo estar más tiempo aquí. Adiós, me voy ahora mismo.

—¿Qué hago con el agua, Natte? —Jonás le ofreció el vaso.

—¿Podéis guardárosela y regar con ellas las plantas, ya que necesitan tanta agua! —respondió, mirando de reojo a Annika—. ¡Adiós!

Salió. Jonás le acompañó. Era mejor guiarlo por el jardín para que no pisara más disparadores. Caminaban en silencio; pero cruzada ya la puerta del jardín, Natte, cuando estaba ya en la carretera, se volvió y le dijo a Jonás:

—Di a los otros que no he vuelto a estar en esta casa desde que tenía tres años, y ahora tengo más de setenta. Cuéntales eso. Así no tendrán que seguir cavilando.

Cuando Jonás regresó, David y Annika estaban con la selandria. La aguja del medidor había estado saltando como una loca mientras Natte estuvo allí. David lo comprobó cuando entró, y la controló. Annika había notado que la planta había empezado a reaccionar ya cuando el hombre estaba aún en el jardín. Por eso le había pedido que entrara. No había duda, la selandria había reaccionado violentamente antes la presencia de Natte. Ahora estaba otra vez tranquila.

—¿Estáis seguros de que no ha sido la detonación? —preguntó Jonás.

No, no lo creían. Sin embargo, para mayor seguridad, salió al jardín y provocó una detonación impresionante. David observó la aguja. No se movió. Así pues, era algo relacionado con Natte lo que intranquilizaba a la selandria. Pero ¿qué?

## 15. EL MUNDO GRANDE Y EL PEQUEÑO

«Deja que siga como va; sin duda va como Dios quiere».

Estas palabras de Linneo se hallaban en las cartas de Andreas. Linneo creía en Dios. Andreas dudaba. Pero ni uno ni otro creían en el puro azar, en unas líneas que despertaron su interés.

Sin embargo, el azar —o algo que se le asemejaba— parecía desempeñar un papel importante en esta historia. Ciertos hechos insignificantes habían tenido grandes consecuencias.

Por ejemplo, si un escarabajo pelotero no se hubiera caído por la rendija de las tablas, en el cuarto de verano de la quinta Selanderschen, no habrían descubierto el estuche de Emilie y sus cartas. Nadie habría sospechado que, una vez, hacía mucho tiempo, había llegado a Ringaryd una antigua estatua funeraria de Egipto. Una estatua que era la causa de que ahora estuviese rodeada de alambres y disparadores automáticos la quinta Selanderschen.

Pero ¿qué sucedía durante aquellos días fuera de aquel pequeño mundo? ¿Fue puro azar que, aquel verano, un investigador llamado Willian Paddington estuviera por los salones de la «Sociedad Linneo» de Londres y encontrara una carta antigua escrita por uno de los alumnos ingleses de Linneo, un tal Patrick Ramsfield? El investigador leyó la carta y se fijó en unas líneas que despertaron su interés. En ellas se comunicaba el regreso de Patrick a Inglaterra, tras un viaje a Egipto hecho en el siglo XVIII. Patrick Ramsfield informaba que había hecho el viaje en el mismo barco que Andreas Wiik, alumno sueco de Linneo. Se habían hecho amigos y se encontraban, por fin, de vuelta a casa. Cada uno de ellos llevó en su equipaje, así lo narraba Ramsfield, una de las estatuas gemelas de madera que habían adquirido en Egipto. Los dos querían llevarlas a su tierra. Ramsfield a Inglaterra, Andreas Wiik a Suecia.

Paddington se interesó por el asunto. Fue al Museo Británico y allí encontró, efectivamente, la estatua egipcia. Estaba bien custodiada en una vitrina de cristal.

Todo habría caído en el olvido si no hubiera pasado casualmente por allí un señor de la administración del Museo y se hubiera puesto a charlar con Paddington. Éste le informó que, según la carta descubierta, tenía que haber en Suecia una estatua gemela a aquélla.

El Museo Británico de Londres escribió entonces una carta al Museo Mediterráneo de Estocolmo.

La carta llegó al Museo Mediterráneo. Se hizo cargo de ella el conservador del museo, señor Lager, pero luego decidió encomendar el asunto a Gäsar Hald, profesor de historia antigua.

Hald se entusiasmó. Pudo comprobar enseguida que se trataba de una estatua de la XVIII dinastía, de la época del faraón Amenhotep IV, 1370-1352 a. C. ¡Era sorprendente que hubiera en Suecia una estatua de esa época y él no lo supiera!

El señor Lager recordó entonces vagamente que unos días antes le habían telefoneado desde Ringaryd una estudiante. No dejó su nombre; le había preguntado por una estatua egipcia de madera traída a Suecia por Andreas Wiik, alumno de Linneo. Tenía que tratarse de la misma estatua.

¡Qué interesante! En dos lugares tan diferentes como Ringaryd y el Museo Británico había personas que pedían, casi al mismo tiempo, informes sobre la misma estatua. ¡Muy curioso! ¿Cómo podía explicarse eso? ¿Había alguna relación?

Lager dijo que no había tomado muy en serio las dos preguntas y que iba a ocuparse de ellas. Le pidió a Lager que llamara enseguida al Museo Linneo, de Upsala, y preguntara si tenían algún escrito de Andreas Wiik que hablara de una figura egipcia de madera. Lager lo hizo; pero lo único que allí conservaban del viaje de Andreas Wiik era cierto número de plantones de higuera, algunos ejemplares del boticario sagrado, y un ejemplar, muy grande, del grillo egipcio de los templos, todo ello metido en alcohol. Había también un montón de hierbas bien conservadas, sobre todo de la familia de las ciperáceas, junto a algunas semillas de diferentes especies. Pero nada de eso tenía especial interés para el caso.

Lager comunicó a Hald el resultado de sus averiguaciones y éste, después de pensarlo mucho, llamó por teléfono a Herbert Olsson, conservador del Museo Provincial de Jönköping.

—Buenos días, Olsson, soy Hald. ¿Cómo os va en la sombría Smaland? ¿Has oído últimamente algo sobre unas estatuas egipcias gemelas?

—¡Déjate de bromas! —Olsson creyó que Gäsar Hald le estaba tomando el pelo. Pero pronto cambió de parecer. Hald le habló de la carta del Museo Británico, escrita por el alumno de Linneo, y de la niña que había telefoneado desde Ringaryd.

—Ringaryd pertenece a tu provincia. ¿No?

—Sí, claro.

—¿Y no se ha puesto en contacto con vosotros una chica de Ringaryd?

—No, que yo sepa. Os habrá llamado directamente a vosotros, al Museo Mediterráneo, puesto que se trataba de una estatua egipcia. Eso era lo correcto.

—Efectivamente. ¿Serías tan amable de localizarme a esa chica? Tengo que contestar lo antes posible al Museo Británico.

Herbert Olsson prometió que haría lo que pudiera. Telefonó a la parroquia de Ringaryd. Se puso al aparato el párroco Lindroth. Estaba componiendo la letra de una canción que su coro debía cantar pronto en la vieja iglesia de Ringaryd. Era una melodía muy bonita compuesta por Svante Stenfäldt, un compositor local.

Sonó el teléfono y el párroco descolgó el auricular. Al aparato estaba el conservador del Museo Provincial de Jönköping.

—Ahí vive una chica con la que me gustaría hablar. Usted la conocerá, pues el pueblo es muy pequeño —dijo Herbert Olsson.

—Bueno, si... Así es... La comunidad de Ringaryd consta de mil veintiséis almas —le contestó Lindroth con cierto orgullo.

Olsson le contó la historia que él mismo acababa de oír de Hald. Le habló de que una chica de Ringaryd había telefoneado al Museo Mediterráneo de Estocolmo para informarse sobre la estatua y sobre Andreas Wiik. Lindroth escuchó con atención.

—Aquí vive una chica que se interesa mucho por la historia local. Se llama Annika y hablo a

menudo con ella. Y por lo que concierne a Andreas Wiik, es una curiosa coincidencia que usted me hable de él en este momento. Tengo sobre la mesa unos papeles procedentes de Vadstena que hablan de él; y fue, precisamente, Annika quien me pidió esa información. Por otra parte, es extraño que no hayamos podido encontrar su tumba aquí en Ringaryd... Quiero decir que, tratándose de un alumno del gran Linneo, debería...

—Todo eso es muy interesante —lo interrumpió Herbert Olsson, que tenía prisa—. ¿Podría darme el teléfono de esa chica?

Obtuvo el número y telefoneó inmediatamente a la tienda de los Berglund. Annika no estaba en casa. Estaría con David Stenfäldt. Fue la señora Berglund, la madre de Annika, quien cogió la llamada y le dio el número de David.

David fue al teléfono y descolgó el auricular.

—Es para ti, Annika. El señor Olsson, el conservador del Museo Provincial de Jönköping.

—¿Qué quiere de mí?

Annika se quedó boquiabierta, pero Jonás presintió que sucedía algo extraño.

—¡Annika, por lo que más quieras, ten cuidado con lo que dices! ¡Puede ser una trampa! Comprenderás que no va a llamar aquí el conservador del Museo Provincial...

—¿Qué debo decir entonces? —Annika estaba fuera de sí—. ¿No podría contestar otro?

—No, pregunta por ti —David sacudió la cabeza.

Annika se dirigió hacia el aparato; mientras, Jonás seguía haciéndole advertencias en voz baja.

—Es alguien que te quiere sonsacar y finge que es el conservador. ¡Una trampa muy hábil! Contesta, pero ten cuidado.

Annika cogió el auricular. Le temblaba la mano.

—¿Es Annika Berglund? —oyó que le preguntaban.

No supo si debía arriesgarse a afirmarlo. Así que murmuró algo ininteligible.

—¡Hola, buenos días! Soy Olsson, el conservador del Museo Provincial de Jönköping. Me he enterado de que te interesas por la historia, lo cual me parece muy bien, me gustaría hacerte una pregunta. Bueno, he oído que telefoneaste al Museo Mediterráneo de Estocolmo y pediste información sobre una estatua egipcia. ¿Es cierto?

Annika estaba confusa. No sabía que contestar y empezó a tartamudear.

—¿Eso hice? —fue todo lo que pudo decir.

—¡Domínate! —le dijo Jonás con un bufido.

—Sí, ¿no fuiste tú? —le preguntó Olsson.

—No, que yo sepa —respondió Annika, con la voz un poco más segura.

—Es extraño...

—¿Sí?

—¿No estuviste en la parroquia de Ringaryd pidiendo informes sobre Andreas Wiik y sobre el viaje que hizo a Egipto en el siglo dieciocho?

—¿Egipto?

—¡Cuelga ya, por todos los faraones! —gritó desesperadamente Jonás.

—No, no sé nada de eso —contestó Annika, y colgó—. ¡Qué barbaridad! —dijo a los otros dos—. ¡Parecía saberlo todo!

—¡Ahí lo tenéis! ¡Ahora empiezan a tirar del hilo! Es lo que os he estado diciendo todo el tiempo: hay también otros que andan buscando la estatua.

Sonó de nuevo el teléfono. Pero no lo cogieron. Sonó, sonó.

Naturalmente era Herbert Olsson, que volvía a intentarlo. Estaba desconcertado con el auricular en la mano. ¡Qué extraño! ¿Qué podía hacer ahora?

¡Claro! Telefonar a Hjärpe, del periódico de Smaland. ¡Harold Hjärpe era el hombre adecuado! ¡Era capaz de conseguir lo que quisiera en menos que canta un gallo! Pero había que convencerle. Olsson marcó el número del periódico. Como siempre, Hjärpe tenía muchas cosas en la cabeza. Descolgó el auricular y pidió a Olsson que esperara. Gritó a pleno pulmón a alguien:

—¡Linkan! ¡Pon en la primera página al ministro de Estado! Título: ¡«El ministro de Estado dice que no»! ¡Tiene que salir fenomenal! ¿Qué dices? ¿El premio de cultura...? En la última página, ¡claro!

Por fin cogió de nuevo el auricular, y Olsson pudo exponerle su petición.

—Quiero saber si podrías ayudarme en un pequeño asunto —empezó con cautela.

—¿De qué se trata...? ¡No, no! Eso debe ir en la tercera.

Olsson empezó a sudar. No era fácil hablar con Hjärpe. Siempre mantenía varias conversaciones al mismo tiempo. Resultaba difícil atraer su atención. Había que hablar concisamente, y no era ése el estilo de Herbert Olsson.

—Bueno, me gustaría que incluyeras una noticia en una de las últimas páginas —dijo con discreción.

—No sé como andamos de espacio. Pero no será tan urgente que no puede esperar un par de días. ¿De qué se trata?

—Ah, sí, se trata... Verás..., en el Museo estamos muy interesados en una cosa que quizá parezca un poco rara a quien no esté metido en el asunto...

Hjärpe resopló:

—¡Abrevia! —le pidió—. ¡Explicáte en pocas palabras! ¡Estamos ajustando!

A Olsson se le quedaron las palabras en la garganta y tuvo que gritar para poder expresar lo que quería decir.

—El Museo Británico nos ha llamado interesándose por una antigua estatua egipcia que, al parecer, tendría que encontrarse en Ringaryd... —resumió.

Hjärpe se entusiasmó. Echó a todos los que acudían a preguntarle y pidió silencio a gritos.

—¿Qué dices? ¿Una estatua egipcia? ¿En Ringaryd? ¿Original? ¿Antigua? ¿Única? ¿Valiosa?

—Sí, se trata de una estatua auténtica, de la dieciocho dinastía, faraón Eknatón, del tiempo de Amenhotep, como sabes.

—No, no lo sé, pero no importa. Sigue contándome. ¿Quién te lo ha dicho? ¿Cómo lo han descubierto los del Museo Británico?

Herbert Olsson había conseguido luz verde. Respiró hondamente y repitió otra vez toda la historia. Hjärpe tomó notas en una cuartilla.

—¿Quién tiene ahora la estatua? —preguntó.

—Eso es precisamente lo que no se sabe. Por eso he pensado que convenía publicar una breve noticia en el periódico. Los campesinos son a veces los mejores detectives...

—Así que la estatua ha desaparecido, ¿no? ¿Se trata de una búsqueda? Oye, nos encargamos de ello. Sin duda podré ayudarte.

—Gracias de todo corazón. Tal vez alguien recuerde algo...

—Exacto. Oye, ¿cómo dices que se llamaba ese faraón? ¡Deletrámelo!

»Bien, de acuerdo. Así que tenemos alumnos de Linneo en Smaland... ¡No lo sabía! Pero esto encaja perfectamente con las fiestas que estamos celebrando. Bueno, lo anoto... ¿Cómo se llamaba? ¿Cuándo vivió?

Fue una conversación detallada y extensa que agradó a Herbert Olsson.

También Harold Hjärpe estaba satisfecho. En cuanto colgó el auricular llamó a Linkan con grandes aspavientos.

—¡Linkan!

—Si...

—¿Qué tenemos en la última página?

—Debía ir el premio de cultura...

—¡Quítalo y pon al ministro en la última página! Y reserva la primera. Ya puedes componer el título. ¡Con tipos grandes! Espera un poco... Si, así: «SE BUSCA UNA ESTATUA EGIPCIA EN SMALAND». ¿Cuántas letras son?

—Se busca... Espera un poco...; treinta y tres.

—¿Cabrían con los tipos más grandes?

—Si cabrían.

—Bien. Después viene el subtítulo: Singular colaboración entre el Museo Británico y el Museo Provincial de Jönköping. ¡Después dejas libre la página! ¡Toda la página! Me sientopletórico de energía; así que pronto estará preparado todo. Ve al archivo y busca fotografías del antiguo Egipto, algunas estatuas y cosas por el estilo. ¡Lo que encuentres! ¡Coge también una pirámide y saca una prueba, para que esté todo listo!

—Si... Pero ¿qué hacemos con el ministro?

—¡A la última página! ¡Y el premio de cultura lo eliminamos! Nada más, Linkan, y no te olvides de informar a la radio. ¡Por fin venderemos números extra!

Aquel mismo día, cuando el sol de la tarde caía con más fuerza sobre Ringaryd, se podía oír por todas partes, a través de las ventanas abiertas, el noticiario radiofónico de Smaland:

«¡Bienvenidos al noticiario de Smaland! En primer lugar las noticias.

»El ministro de Estado ha comunicado hoy, en el encuentro anual con la asociación industrial de Smaland, que no podía tomar una decisión sobre las peticiones formuladas durante la conferencia de los representantes de industria smalándica. En su discurso de clausura, pronunciado ante el numeroso público que abarrotaba la sala de congresos, el ministro dijo que era preciso expresar.

»En los últimos días se ha iniciado una singular colaboración entre el Museo Provincial de Jönköping y el Museo Británico de Londres. También participa el Departamento egipcio del Museo Mediterráneo de Estocolmo. La colaboración se refiere a unos objetos hallados en una antigua tumba egipcia, de los que se han encontrado pistas en nuestra provincia. Según fuentes fidedignas, habría valiosos tesoros funerarios en el pueblo de Ringaryd.

»El alce que produjo esta tarde un caos en el tráfico de Tarnas ha podido ser conducido a un bosque cercano, gracias a un gran número de voluntarios, bajo la dirección de la policía».

Aquella misma tarde, a las nueve, se pusieron en movimiento las rotativas del periódico de Smaland. ¡La noticia estaba ya en la calle!

## 16. LA CONFESIÓN

Si, la noticia estaba ya en la calle. ¿Qué pasaría a partir de ahora?

Jonás agitó las manos.

—De hecho, algo...

—Aún es demasiado pronto para opinar —dijo David pensativo.

—Esto puede provocar una terrible inquietud en el pueblo —dijo Annika.

Los tres contemplaban inclinado un periódico que había sobre la mesa del cuarto de Jonás. Lo acababa de traer David, que se estaba frotando la cabeza con una toalla. Le había sorprendido un aguacero cuando se dirigía a casa de los Berglund.

—Eso dependerá del interés que haya en el pueblo por las estatuas egipcias —apuntó Annika.

David no creía que tal interés fuera demasiado grande. Pero el nombre de Ringaryd había aparecido en el periódico de Smaland, y aparecer en el periódico, por el motivo que sea, despierta siempre interés en un pueblo.

—Por la noticia, parece como si todos los pueblos de Smaland estuvieran llenos de estatuas —dijo Annika indignada—. Y eso no es posible.

No, no era posible, pero ¿cómo se habría enterado el Museo Británico de la existencia de la estatua?

—Pásame un momento ese periodicucho —dijo Jonás. Lo agarró y comenzó a leer.

Pero el periódico sólo decía que había llegado una solicitud del Museo Británico y que se había iniciado un trabajo conjunto con el Museo Provincial. Todo lo demás eran afirmaciones vagas.

¿Habría alguna otra persona, aparte de David, Annika y Jonás, que conociera el estuche y hubiera leído las cartas?

No, Jonás aseguró que no era posible. Él había metido una pastilla de regaliz en la rendija de las tablas siempre la había encontrado en el mismo sitio. No podía garantizar que no había entrado nadie en la casa; pero sí podía apostar su cabeza a que nadie había tocado el estuche. Annika cogió el periódico.

—¡Qué palabrería! ¡No consigo sacar nada en limpio!

Jonás le echó una mirada compasiva.

—Tampoco es eso lo que se pretende. ¡Eso es el periodismo! Lo ha escrito un gran periodista, Harold Hjärpe.

—¡Ese tipo no sabe de qué habla! —Annika estaba indignada y tiró el periódico.

—¡Oh, claro que sí, Harold Hjärpe sabe muy bien lo que hace! —replicó Jonás con énfasis—.

Hjärpe escribe así para despistar, en el caso de que se compruebe que ha intervenido una banda de ladrones internacionales. Acordaos del que anduvo por el desván.

Sonó el teléfono. Jonás corrió hacia él y descolgó el auricular. Era el pastor Lindroth; había recibido un montón de interesantes papeles del archivo provincial en Vadstena, y quería que Annika fuese a verlo lo antes posible. Estaba muy nervioso.

—¿No le habrás dicho algo sobre las cartas? —preguntó Jonás.

—No.

Annika no le había dicho nada. Pero muchas veces había pensado que tal vez sería mejor no cargar ellos solos con un secreto tan grave. Y, de compartirlo con alguien, no cabía pensar en nadie mejor que Lindroth.

—Es párroco y tiene que guardar el secreto profesional —dijo ella.

—Esto es muy peligroso —replicó Jonás.

Pero David no estaba de acuerdo con él. Quizá podría ser una ventaja hablar con Lindroth a través de su padre, pues trabajaban juntos en el coro.

—El viejo tiene ideas —exclamó David—, y podemos confiar en él.

—¡Hemos prometido mantener las cartas en secreto! —Jonás parecía impresionado.

—Por supuesto —confirmó David—. Pero ahora, al intervenir la prensa, ha cambiado la situación. Va a ocurrir algo, y nosotros cargamos con una gran responsabilidad si seguimos trabajando por nuestra cuenta. Creo que deberíamos dejar a Annika las manos libres para que haga lo que crea conveniente.

Se produjo un silencio, Jonás y Annika reflexionaban sobre lo que David acababa de decir.

—¿Es de confianza? —preguntó Jonás.

—Sí, totalmente —contestó David.

—Entonces, se lo puedes contar. Pero sólo en caso de absoluta necesidad. ¿Me oyes, Annika?

Annika afirmó con la cabeza y se marchó a la parroquia, donde le esperaba el pastor Lindroth. Iba a gusto, pues siempre había sentido afecto por él. Le agradaba su presencia.

Lindroth era un hombre de unos sesenta años. Grande, muy grande y fuerte. Tenía el pelo espeso, gris y un poco rizado; frente alta y grandes ojos, casi cuadrados, de un color azul poco corriente. Era «guapo», como solía decir Annika de pequeña.

Lindroth invitó a Annika a sentarse frente a él, en el escritorio. Durante la conversación, removió los papeles de un lado a otro, como hacía siempre. En su escritorio no había precisamente mucho orden.

—A ver por aquí... ¿Dónde podrá estar...? ¿Dónde los habré colocado...? Pero si estaba aquí..., si lo he tenido en mis manos.

Mientras decía eso, Annika se recostó en su silla y advirtió que su sensación de bienestar cruzaba por encima de la mesa. Sin darse cuenta, estaba sonriendo.

Por fin Lindroth encontró lo que buscaba. Miró a Annika y le devolvió la sonrisa.

—Escucha, Annika —dijo Lindroth, y cogió un papel del montón—. Prepárate a oír algo muy interesante. Tengo que contarte cosas de gran importancia. En primer lugar, he recibido un acta de defunción de Andreas Wiik, fechada el treinta de agosto de mil setecientos cincuenta y nueve. Del documento se deduce que ese día se pegó un tiro y después ardió con la casa en que vivía.

—Si, ya lo sé —dijo Annika.

Lindroth le clavó sus ojos azules.

—¿Cómo te has enterado?

Annika enrojeció. Se había ido de la lengua.

—Bueno, quizá podamos hablar de eso más tarde —dijo tímidamente.

Lindroth asintió con un movimiento de cabeza. Cogió la hoja siguiente y la agitó como si fuera un abanico.

—¿Conoces también esto? Es sorprendente cómo pudo pasar algo así. Aquí, con fecha de dos de junio de mil setecientos sesenta y cuatro se anula la partida de defunción de Andreas Wiik. Así que no estaba muerto. Se encontraba vivo todavía y vivió hasta mil setecientos ochenta y cinco. Incomprensible, ¿no es cierto?

—¿Es eso verdad? —Annika estaba totalmente desconcertada.

—¿No lo sabías? —Lindroth la miró satisfecho—. Y todavía tengo más. Ésta es una carta de Petrus Wiik, es decir, del anciano padre de Andreas, que le sobrevivió. Contiene un relato muy singular escrito por él. ¿Entiendes, Annika? Su lectura es apasionante. Poco a poco se ve y se entiende como unas cosas están relacionadas con otras... Y cuando uno piensa que esta carta ha estado mucho tiempo en el archivo de Vadstena, tan lejos de aquí (tiene que haberse traspapelado), y que aparece precisamente en estos días..., es realmente sorprendente, y uno se pregunta si todo esto es una casualidad o... Bueno, escúchame bien, Annika, aquí está la carta.

Lindroth volvió a clavar sus ojos en Annika. Luego, comprobó que estaba abierta la ventana que daba al jardín. Se levantó y la cerró.

—Cerraremos las ventanas para poder hablar sin que nadie nos moleste —dijo y se sentó de nuevo. Le brillaban los ojos y tenía un aspecto misterioso.

—¿Una carta de Petrus Wiik? —preguntó Annika asombrada—. ¿Cuándo la escribió?

—Está fechada el diecinueve de septiembre de mil setecientos ochenta y cinco, un día después del entierro de Andreas. Empieza diciendo que la carta no se debe abrir hasta que todos los miembros de las familias Wiik, Selander y Braxe hayan dejado esta vida, y hayan transcurrido, al menos, cincuenta años. Esto lo dice aquí, ¿ves? Está escrito con una pluma de ganso, de las que se usaban en aquel tiempo. Después viene su confesión, pues se trata de una verdadera confesión, Annika. Dice así:

*Lo que ahora voy a escribir aquí, en este papel, prometí en otro tiempo no confiárselo nunca a nadie.*

—Así, pues, va a contar cosas muy importantes, como ves. Después continúa:

*El Todopoderoso tenga misericordia de mi alma. Los días de mi vida están contados, por eso mi conciencia me exige que haga esta confesión.*

Lindroth suspiró y sacudió la cabeza.

—Si, presentía que ya no iba a vivir mucho, y tenía en la conciencia algo que le oprimía... ¡Pobre hombre!

*El 16 de junio del año 1763, hacia las seis menos cuarto de la tarde, fui llamado a la*

*quinta Selanderschen. Emilie Selander, la señora de Braxe, me recibió en su cuarto de verano, situado en el desván. No había nadie más. Emilie me contó que sabía que iba a morir pronto.*

Lindroth hizo de nuevo una pausa y suspiró.

—Ahora viene lo que debes escuchar atentamente, Annika.

*Fue una promesa extraña y horrible la que Emilie me obligó a hacerle aquella tarde. Me pidió que, cuando ella muriese enterrara en secreto su cadáver junto al de Andreas, en la tumba del Monte de la Horca, en la que creíamos que descansaban los resto de mi desafortunado hijo. Emilie me hizo jurar que lo haría.*

Lindroth se pasó un dedo por las cejas y murmuró:

—A mi entender, entre Emilie Selander y el joven Andreas Wiik tuvo que existir algo; algo, según parece, muy serio. Pero ella estaba casada y..., bueno, si, ése era asunto suyo, pero... aquí hay muchas cosas oscuras... Y prepárate a oír lo que dice a continuación. Creo que es una coincidencia muy extraña, si se piensa en lo que decía el periódico esta mañana. Escucha:

*Emilie deseaba también que aquella funesta estatua de madera que ella misma guardaba en el banco de su cuarto fuera enterrada con ella...*

—¿En el Monte de la Horca? —exclamó Annika asombrada—. ¿Podría estar la estatua en el Monte de la Horca? ¡Eso tendría que haberlo pensado Jonás!

Lindroth continuó leyendo:

*Pero yo me negué con todas mis fuerzas a enterrar la estatua de madera junto a Andreas y Emilie. Porque estoy convencido de que la estatua que Andreas trajo de una tumba en Egipto fue la raíz de todas sus desgracias posteriores. No se profana impunemente algo que ha sido destinado al reposo sepulcral.*

Lindroth hizo de nuevo una pausa y reflexionó.

—Bueno, ahora entra en acción Petrus Wiik —comenzó, y continuó leyendo con voz profunda:

*El 1 de julio del año del Señor de 1763, Emilie dejó esta vida terrena, y yo cumplí mi promesa, lo reconozco aquí humildemente. Con la colaboración del ayudante del verdugo, Knut Mattson, la noche siguiente al día del entierro fui a la iglesia de Ringaryd, abrí la tumba de los Selander, saqué del ataúd el cuerpo de Emilie, puse en su lugar un objeto pesado, coloqué el cadáver en una sencilla caja de pino y lo enterré en el Monte de la Horca. Con la imagen, procedí de forma diferente.*

—¿Has oído, Annika? —Lindroth la miró con los ojos muy abiertos.

—Si, es horrible —susurró ella.

—Y eso no es todo. Todavía vas a oír más. Realmente, la vida no fue fácil para ese pobre hombre. Después, escribe... Bueno, a lo mejor es demasiado largo para leerlo... Te lo resumiré. Viene a decir que Andreas no estaba en el Monte de la Horca. No había muerto; fue otro el que se suicidó y ardió en la casita de Andreas y fue enterrado después en ese monte. Pero eso no lo sabía nadie, pues Andreas no estaba en Suecia, sino que se encontraba en Suramérica haciendo un viaje por encargo de Linneo. Y no se enteró de nada hasta que regresó. Para entonces, Emilie ya había muerto.

Lindroth hizo una pausa y se sumergió en sus pensamientos. Annika esperó en silencio.

—Puedo imaginarme lo que debió de sentir el anciano Petrus Wiik al verse obligado a guardar su horrible secreto mientras contemplaba como Andreas visitaba afligido la tumba de Emilie en la iglesia, donde ella no estaba. Esto tuvo que..., bueno, al fin ya no pudo aguantar más y le contó a Andreas lo que le había pasado a Emilie. Le contó que, convencida de que él se había suicidado y estaba enterrado en el Monte de la Horca, había querido ser enterrada junto a él y... ahora estaba junto a un hombre desconocido... y no en la iglesia. Fuera de sí, Andreas pidió a su pobre padre que, cuando le llegara la hora, se encargara de sepultarlo junto a Emilie. Él sabía que ya no le quedaba mucho tiempo de vida, pues había contraído en las lejanas tierras tropicales una enfermedad que en aquellos tiempos era casi incurable. De hecho vivió hasta 1785; pero, cuando regresó tan enfermo y desdichado, no creía que iba a vivir tanto tiempo..., pensaba que pronto se reuniría otra vez con Emilie. Si, realmente Petrus Wiik tuvo un destino cruel. Así lo escribe en su confesión: «Por tanto, hice otra vez la horrible promesa».

Lindroth se frotó la nuca y dijo con énfasis:

—Sin duda enloquecieron los dos, el uno después del otro. No me explico cómo Petrus logró resolver la situación. Primero, Emilie quiso que la enterraran en el Monte de la Horca porque creía que Andreas estaba sepultado allí; después, Andreas quiso descansar allí porque ella yacía en aquel lugar. Tuvo que ser muy penoso para el pobre Petrus satisfacer semejantes deseos. La carta termina de la forma siguiente:

*En el día de hoy, 19 de septiembre de 1785, he cumplido también esta promesa y, con el ayudante del verdugo, Knut Mattson, he prestado a mi hijo Andreas el mismo servicio que en otro tiempo presté a la pequeña Emilie.*

Lindroth enmudeció y se secó una lágrima sin tratar de disimularlo.

—Si, este anciano es conmovedor. A fin de cuentas no era ya un muchacho cuando solucionó esas difíciles situaciones... Pero tenía corazón..., era un hombre bondadoso. Entiendo su proceder. A veces, las personas tienen un último deseo en su lecho de muerte... y es muy difícil decir que no al... que va a partir enseguida, ¿sabes, Annika? La letra refleja cómo le temblaba la mano. Sin duda estaba muy impresionado. Su letra es temblorosa, y resulta difícil leer las últimas líneas. Más adelante dice:

*¡Pido a dios que se apiade de mi pobre alma en la eternidad! Amén.*

—¡Pobre Petrus Wiik!

Ambos meditaron un rato en silencio.

Annika pensó que Lindroth debía leer las cartas.

—Bueno —dijo ella—. Hay una cosa que...

—Si, Annika...

Lindroth se inclinó hacia ella por encima del escritorio para oír mejor, y Annika le habló de las cartas del estuche y le explicó su contenido en pocas palabras.

—Si quiere, las puede leer usted mismo —le ofreció con entusiasmo—. Puedo traérselas ahora mismo.

—Si, por favor. Me gustaría leerlas...

Lindroth la miró con ojos expectantes. Annika se levantó. El pastor la acompañó por el jardín hasta la puerta.

—Bien, Annika, estas cosas son apasionantes. Ahora sabemos dónde se encuentra su tumba, cosa que siempre había deseado saber. Pero imagínate: tenemos a un discípulo de Lineo en el Monte de la Horca... Debemos resolver todavía varias cosas en relación con este asunto y colocar allá arriba algo que recuerde su memoria. Pondremos una lápida... Imagínate el valor de Petrus Wiik al atreverse a hacer una cosa así. Eso le honra, creo yo; fue un gesto valeroso y demuestra que tenía buen corazón.

Estaba junto a la puerta del jardín. Annika se encontraba ya en la calle:

—Adiós, volveré enseguida con las cartas.

Lindroth asintió con la cabeza. Mientras tanto, él prepararía todo para fotocopiar las cartas, le explicó. Después... Bajó el tono y susurró:

—Y luego, ¿no podríamos bajar tú y yo a la vieja cripta de la iglesia y examinar las sepulturas de los Selander? Podríamos bajar y orientarnos un poco, digo yo. Tengo la llave.

Annika se dio prisa y pedaleó con todas sus fuerzas. No vio a Jonás ni a David. En cierto sentido, eso era una ventaja. Pero, al llegar a la quinta Selanderschen, se encontró allí con los dos. Ella creía que Jonás se opondría a que le llevara el estuche a Lindroth, pero resultó que no fue difícil convencer a David y Jonás de que el pastor debía compartir el secreto de las cartas.

No dijo, en cambio, que Lindroth y ella pensaban bajar al panteón de los Selander. Sabía que Jonás no podría dominarse, por lo que no era conveniente que la acompañara.

Lindroth la esperaba delante de la iglesia. Primero, dejaron el estuche en la sacristía. Luego, bajaron la escalera de la cripta. En la iglesia, el padre de David tocaba al órgano una triste melodía que los acompañó mientras se dirigieron al panteón.

Lindroth sentía curiosidad y estaba nervioso.

—Te confieso, Annika —observó—, que no me dan miedo los muertos. Son más impresionantes las leyendas, creo yo.

Metió la llave en la cerradura de una vieja puerta de hierro, que se abrió. Abajo no había luz eléctrica, y tuvieron que contentarse con un viejo farol que Lindroth guardaba en un armario de la sacristía. Seguía hablando entre dientes mientras bajaban las estrechas escaleras. Los escalones eran altos y de piedra. Hacía frío y había humedad; una brisca corriente de aire les dio de frente, y la luz osciló. Annika no se atrevía a mirar a los lados. Veía confusamente los contornos de las oscuras sepulturas, que se dibujaban entre las columnas, bajo la bóveda.

—¿No es escalofriante, Annika? —preguntó Lindroth sonriendo.

—Si, un poco...

—Por fin hemos llegado... Ahí al lado tenemos el panteón de los Selander. Creo que yo...

Lindroth tenía que caminar muy encorvado. Se detuvo y alumbró con la linterna. Alargó la mano y golpeó la tapa de una sepultura. El eco resonó.

—Éste es el ataúd de Emilie —dijo—. Aquí es donde debería yacer... Pero aquí no está..., al menos, según la confesión que acabamos de leer. A no ser que volvieran a traerla más tarde. Pero sobre esto no hay ningún documento... De modo que... ¿Cómo decía la confesión? Sí, que el padre de Andreas sacó el cadáver del ataúd y puso en su lugar un... un objeto pesado...

Los ojos de Lindroth brillaban. El resplandor del farol le daba un aspecto extraño y misterioso.

—¿En qué piensa?

—¿Sabes, Annika? —la voz de Lindroth sonó un poco soñadora—. Creo que comprendo lo que Petrus Wiik hizo —fijó sus grandes ojos claros en Annika—. No me sorprendería que ese objeto pesado...

De repente se interrumpió, como si se hubiera mordido la lengua; levantó el farol y dio medio vuelta precipitadamente.

—No, no era nada —dijo—. Vamos, Annika. Tenemos que volver. Ya hemos visto el panteón de los Selander.

Annika suspiró aliviada cuando se encontraron de nuevo en la iglesia. El sol brillaba a través de las cristaleras policromadas, y el padre de David seguía tocando en el órgano la misma triste melodía.

Annika regresó a casa en bicicleta. Unas horas después, Lindroth la llamaba por teléfono. Había leído las cartas y no pudo evitar llamarla. Estaba muy impresionado.

—Sí, no he podido interrumpir la lectura, y no me avergüenza admitir que se me han saltado las lágrimas varias veces.

Sin duda, la suerte de Emilie había conmovido a Lindroth.

—Una mujer encantadora, tan fuerte y a la vez tan débil, tan llena de amor. Pero ahí está el secreto, ¿sabes? Los verdaderamente fuertes son los que en esta vida saben ser dulces y están llenos de amor... ¿No lo has observado, Annika?

—Sí, bueno, ahora que usted me lo dice, comprendo que el débil está siempre tan ocupado consigo mismo que no presta atención a los demás. Pero ¿qué opina de Andreas?

Lindroth tosió ligeramente.

—Bueno, es, por así decirlo, un espíritu grande, eso se nota. Sus pensamientos son muy profundos y originales, aunque no acabo de entenderle. Andreas Wiik es una persona interesante, pero yo, personalmente, he comprendido mejor a Emilie.

—Yo también. Creo que, de alguna manera, es la más buena —añadió Annika.

—Quizá... De todas formas te agradezco muchísimo que me hayas permitido conocer los extraños destinos de estas personas, Annika. Tengo que admitir que me han dado mucho que pensar...

## 17. «UN OBJETO PESADO»

Ringaryd estuvo toda la tarde azotada por una tormenta. Los aguaceros llegaban uno tras otro, con breves intervalos en que lucía el sol.

Por fin llegó la noche. El temporal se había desplazado hacia las montañas y había comenzado a soplar el viento.

Aquella noche, Jonás estaba solo en la quinta Selanderschen. David y Annika habían ido juntos a una fiesta a la que no iban chicos ni chicas de la edad de Jonás. Pero a Jonás no le importó, tenía preocupaciones más importantes que una fiesta. Estaba sentado junto a las plantas, en el cuarto donde el viejo reloj seguía golpeando los oídos con su tictac, y marcando las horas con sus asmáticas campanadas. Estaba al lado de una vela casi consumida y tenía en la mano la fotocopia de la confesión de Petrus Wiik. La leía una y otra vez. Casi se la sabía de memoria. ¿No se ocultaba algo tras ella?

Jonás respiró profundamente y se concentró ¡Estaba a punto de descubrir algo! ¿No era una pista misteriosa lo que acababa de entrever?

¡Claro que lo era! ¡Ahora lo sabía con seguridad! ¡Petrus Wiik se había delatado en un punto!

Jonás no pudo seguir sentado. Se levantó y paseó nervioso por el cuarto. Masticaba regaliz mientras pensaba.

¿Cómo podía asegurarse? ¿Cómo debía actuar? En aquel momento empezaron a temblar los cristales de las ventanas. Pasó el tren de la noche, y todos los objetos del cuarto empezaron a tintinear, a temblar y balancearse, como siempre. La llama de la vela osciló.

Cuando el tren pasó, Jonás sabía ya lo que tenía que hacer. Se dirigió al teléfono y llamó al pastor Lindroth.

—Aquí, Jonás Berglund —dijo—. ¿Puedo hablar un momento con usted?

Lindroth no puso inconvenientes. Si quería, podía ir enseguida.

En el mismo instante en que Jonás colgaba el auricular, la llama osciló de nuevo y se apagó. Se había consumido, y el muchacho tuvo que ir a tientas hasta la puerta.

Al salir, notó que el viento soplaba con más fuerza que antes. Las nubes volaban por el cielo. Las copas de los árboles se balanceaban, y alargaban sus sombras, que parecían arrastrarse por el suelo. En la naturaleza latían una fuerza y una tensión que coincidían perfectamente con el ánimo de Jonás.

Por fin llegó a la casa parroquial. En el momento en que se bajaba de la bicicleta, Lindroth abrió la puerta.

—¡Date prisa! Si no, te llevará el viento —le gritó Lindroth.

Jonás entró rápidamente.

—¿Podemos hablar aquí sin que nadie nos moleste? —preguntó el chico mirando detenidamente a su alrededor.

En el piso superior se oían pasos.

—Para mayor seguridad, iremos a mi despacho —contestó Lindroth.

Era un cuarto grande, con las paredes cubiertas de estanterías. Había una chimenea en la que chisporroteaban un par de troncos. Lindroth se acercó a ella y atizó el fuego.

—¿Quieres beber algo, Jonás? —preguntó.

—No, gracias —contestó—. Acabo de leer la confesión de Petrus. Annika me ha dejado la copia que le dio usted.

Lindroth se volvió hacia él. Parecía muy interesado. Los dos estaban de pie, uno frente a otro, y se miraban a los ojos tratando de adivinar lo que pensaba el otro. Lindroth asintió con entusiasmo.

—Bueno, tú dirás.

—¡Creo que he descubierto algo! —Jonás notó que la emoción le secaba la garganta, y tuvo que tragar saliva.

—¿No quieres beber algo? —le preguntó otra vez el pastor. Jonás volvió a negar con la cabeza. ¡Ahora no tenía tiempo!

—Se trata de la estatua —le explicó Jonás en voz baja—. Ahí pone que substituyó el cadáver...

—¡Por un objeto pesado, claro! —Lindroth cayó en la cuenta, y sus ojos se agrandaron.

—¡Exacto! —confirmó Jonás—. Un objeto pesado...

Notó que, de la emoción, no le salían las palabras de la garganta. Sacó su caja de regaliz. Tomó una pastilla; luego, se dio cuenta y ofreció también a Lindroth.

—¿Le apetece una pastilla de regaliz?

Lindroth miró la caja con curiosidad.

—¿Qué es eso? ¿Algo dulce?

—No, es más amargo. Agudiza la capacidad de pensar.

—¿Ah sí? Entonces, te lo agradezco, Jonás. Cogeré una.

Lindroth se metió una pastilla en la boca y probó su sabor.

—Muy buena —exclamó—. Yo la encuentro muy sabrosa.

—Yo también —asintió Jonás—. Pero el regaliz no gusta a todos; tiene un sabor especial...

—Exacto, pero yo creo que ahí está su gracia —respondió Lindroth.

—Claro, pero esto no lo entiende la gente —añadió Jonás—. ¿Dónde habíamos quedado?

—Si, en un... objeto pesado —Lindroth arrastró las palabras con cierta solemnidad.

Jonás lo miró con ojos expectantes.

—¿Le dice algo eso? —preguntó.

Lindroth no contestó. Desvió la mirada hacia el fuego.

—¿Te dice algo a ti, Jonás? —preguntó, a su vez, en voz baja.

—Creo que sí. Y es una pena que no estuviera con ustedes cuando bajaron a la cripta.

Lindroth le lanzó una mirada iluminada.

—¿Qué quieres decir?

Se miraron mutuamente. Lindroth parecía de buen humor.

—Bueno, yo hubiera levantado un poco la tapa del ataúd —dijo Jonás con precaución.

—¿Quieres decir...? ¿Sabes?, puedes creerme, estuve a punto de hacerlo —le contestó Lindroth.

—¿Sería demasiado tarde... ahora? —preguntó Jonás con toda intención.

Lindroth miró al reloj, pero no dijo nada.

—¿No podríamos ahora...? —preguntó vacilante Jonás.

—¿A estas horas? —Lindroth seguía mirando fijamente el reloj—. Son casi las diez...

Pero acabó cogiendo la llave de la iglesia.

Apenas los separaban de la iglesia unos minutos. El camino estaba oscuro y hacía viento. Pero Lindroth había cogido el farol.

—Puedo llevarlo yo —se ofreció Jonás.

—Cuando bajemos a la cripta podrás usarlo. Allí no hay luz eléctrica.

—¡Mire, hay luz en la iglesia! —exclamó Jonás.

—Si, es Svante Stenfäldt, está trabajando. Se queda hasta muy tarde preparando la melodía para el coro.

—¿Y si nos ve? —Jonás puso cara de preocupado.

—¡Oh, no! ¡No ve ni oye nada! —le aseguró Lindroth, y abrió la puerta de la sacristía.

La música los envolvió en sus ondas. Lindroth se detuvo y escuchó.

—Éste es el largo —le explicó—. También ha compuesto otra pequeña melodía. Es extraordinaria. Yo tengo que escribir la letra, pero no me sale.

—¡Ya le saldrá! —lo animó Jonás. Lindroth suspiró. Movi6 la cabeza preocupado. Abrió el armario de la sacristía, cogió otro farol y lo encendió.

—Ahora, cada uno tiene el suyo. Puede ser necesario, pues abajo es noche oscura. ¡Estos señores de la parroquia son tan tacaños que no nos dejan poner la luz! —le pasó uno de los faroles.

—¿Preparado, Jonás? ¿Bajamos?

Jonás asintió con un movimiento de cabeza.

Lindroth abrió la puerta de hierro.

—Ten cuidado. De lo contrario, rodarás por las escaleras.

—No se preocupe —exclamó Jonás.

Lindroth iba delante; pero, a mitad de la escalera, dio media vuelta.

—¿Tienes más de esas pastillas amargas? La otra me ha refrescado mucho.

Jonás sacó la caja de regaliz.

—Puede coger dos.

—Gracias. Muchas gracias.

Penetraron en la oscuridad. Jonás mantenía su farol en alto y alumbraba a su alrededor.

—¡Cuantos ataúdes! —exclamó.

—Claro, es una iglesia muy vieja —dijo Lindroth—. Ahora tienes que agacharte un poco. El techo no es muy alto. Jonás por fin vamos a comprobar nuestra teoría.

Jonás vio cómo pasaba entre sus pies una rata. No se asustó pero experimentó una sensación desagradable. Además, aquí y allá se oían tímidos y apagados arañazos. Era una pena no tener el magnetofón. ¡Qué reportaje se podía haber hecho!

—Aquí lo tenemos —sonó la voz de Lindroth—. Éste es el ataúd de Emilie.

—Al parecer, está muy bien conservado —opinó Jonás en tono profesional. Se acercó y puso

la mano sobre él.

—¡Excelente madera, mira! —Lindroth dio unos golpecitos sobre ella—. ¿Lo intentamos? Jonás asintió con la cabeza. Dejaron las linternas.

Lindroth se frotó las manos.

—Tendremos que agarrarlo con fuerza. Suelen pesar mucho. Pero podemos probar.

Lindroth agarró el ataúd por la cabecera, al tiempo que Jonás lo cogía por los pies, Pero fue imposible. No pudieron moverlo. Pesaba como el plomo.

Lindroth se rascó la cabeza y contempló el ataúd.

—Es muy pesado.

—Intentémoslo de nuevo —respondió Jonás.

—¿Y si agarramos los dos por el mismo sitio e intentamos moverlo? —propuso Lindroth—.

Así uniremos mejor nuestras fuerzas, digo yo.

Ambos agarraron la cabecera y resultó más fácil.

—Ahora vamos a agitarlo un poco —dijo Lindroth—. ¡Una, dos y... tres!

Volvieron a empujar con fuerza, jadeando.

De pronto se oyó un ruido seco. Se miraron fascinados. Los ojos de Lindroth brillaban como estrellas.

—¿Lo ves, Jonás? ¡Teníamos razón! Ese ruido no puede ser de..., ¿cómo decirlo...?, de restos humanos: después de tanto tiempo, los restos de Emilie sonarían de forma muy distinta. Por eso podemos concluir que...

Tartamudeaba de emoción, y Jonás prosiguió:

—¡... que la estatua está en este ataúd! Eso es lo que pensaba yo.

—Sí, no entiendo que pueda ser otra cosa. ¡Es para volverse loco, Jonás!

—¿Cómo podemos abrirlo? —preguntó Jonás. Estaba dispuesto a comenzar inmediatamente.

Pero Lindroth opinó que era preciso esperar. Parecía preocupado.

—Sí, realmente es una pena —dijo—. Pero, antes de actuar, tenemos que decidir cómo vamos a encauzar el asunto. Lo antes posible. No debemos esperar demasiado... ni meternos en trámites burocráticos. ¡De ninguna manera!

—¿Cómo sospechaste que estaba aquí, Jonás? —preguntó Lindroth—. Me gustaría saberlo.

—Bueno, fue una intuición —empezó Jonás—. Pensé que Petrus Wiik se delataba cuando hablaba de un «objeto pesado». Si se hubiera tratado de una piedra, por ejemplo, lo habría dicho. Pero disimula. Primero afirma que con la estatua había procedido «de otra manera», pero no dice cómo. Petrus Wiik actuó misteriosamente, y eso es lo que me hizo sospechar.

—¡Has sido muy listo! —le elogió Lindroth.

—¿Y cómo lo ha deducido usted?

Lindroth se había puesto en el lugar de Petrus Wiik y había intentado rastrear sus pensamientos y sentimientos. «No se puede violar impunemente algo que ha estado consagrado al reposo eterno de la tumba», había escrito Petrus. La estatua había estado consagrada a ese descanso, luego ¿qué era lo más lógico, entonces?

—Lo que ha salido de la tumba debe volver a ella. Así razoné yo —dijo Lindroth—. Y así debió de pensar también Petrus Wiik, aquel hombre tan duramente probado; por eso colocó la vieja y funesta estatua en el sarcófago de Emilie, para que descansara de nuevo en paz. Ése fue mi razonamiento.

—Genial —alabó Jonás.

Se dirigieron el uno al otro una mirada de alegría y admiración. Jonás volvió a mirar de reojo la caja.

—¿La movemos otra vez? —dijo. Y movieron de nuevo el ataúd.

No había ninguna duda: un objeto pesado se movía dentro.

—¡Si, señor! Y ahora, lo que hay que hacer en Ringaryd son los preparativos para abrir la tumba —exclamó Lindroth entusiasmado—. Jonás, ¿te queda alguna pastilla de regaliz? Son muy estimulantes.

## 18. EN EL CENTRO DE LOS SUCESOS

—En todo caso, creo que deberíamos mantener cierta reserva —dijo David—. De hecho, no sabemos todavía nada seguro.

—¡Tú no estuviste allí! —replicó Jonás impaciente—. ¡Tendrías que haberlo oído! Lindroth y yo coincidimos plenamente. Aquel ruido no era el de un esqueleto viejo. ¡Era un objeto pesado! ¡Te lo aseguro!

—Si, yo me fío mucho de lo que dice Lindroth —intervino Annika—, pero...

Se interrumpió y guardó silencio. Los tres se hallaban en el autobús de Jönköping y se dirigían a la emisora de radio de Smaland para ser entrevistados. En los medios de comunicación había una enorme efervescencia. Los diarios de la mañana publicaban en primera página y con grandes titulares la noticia de la estatua egipcia de Ringaryd. Annika tenía delante un periódico; sacudió la cabeza y lo dobló. La prensa convertía sus investigaciones en una epopeya de gigantes, sobre todo en lo concerniente a Jonás, al que calificaba de «agudo», «despierto», «extraordinariamente audaz». Eso era cierto y Annika lo reconocía. Sin embargo...

Había algo que no le agradaba. Todo se limitaba a esa vieja estatua, una cosa material. Pero ¿y las personas que había detrás? ¡Ni una palabra sobre su suerte! Y esas personas habían vivido, reído, llorado... La estatua, no. ¿Por qué dar a ésta más importancia? ¡Naturalmente, porque era muy «valiosa»! «De valor incalculable», se podía leer por todas partes.

Como es natural, se había hablado de Andreas Wiik. Era él quien había llevado aquel tesoro. Además, había sido discípulo de Linneo. Pero nadie se acordaba de Emilie, que tanto había tenido que sufrir.

—No entiendo a Andreas —dijo Annika de repente—. No comprendo cómo pudo actuar de esa forma, permaneciendo en silencio durante tres años, el tiempo de su larga ausencia.

—Quizá creyó que sería mejor para ella acceder a los deseos de su padre y casarse con Braxe, y no quiso ser un obstáculo... No lo sé —respondió David.

—¡Sólo un hombre puede hablar así! —exclamó enfadada Annika—. Tenía que saber que Emilie no quería casarse con Braxe. Pero no, él sólo pensó en su carrera. ¡Fue un egoísta!

—Eso no lo podemos saber, Annika —dijo David—. Además, tenía que hacer carrera si quería conseguir a Emilie. Era la condición que ponía su padre.

—¡Bah!, callaos de una vez. No discutáis más sobre esa vieja historia de amor. Pensad, más bien, en la estatua. De eso se trata ahora. ¿Quién de nosotros será el portavoz, para que no hablemos todos a la vez?

—David —opinó Annika enseguida—. Yo no pienso abrir la boca.

—Entonces, ¿por qué has venido? —le preguntó Jonás.

—Yo mantendré cierta reserva, como he dicho —afirmó David.

—Pues hablaré yo —a Jonás no pareció disgustarle esta solución—. Estará presente nuestro viejo maestro. Me gustará ver qué dice.

—Me parece bien que venga —dijo David—. Está acostumbrado a mantener viva una conversación.

—No estoy de acuerdo —exclamó Jonás—. Es una pena que no venga Lindroth en su lugar. Nos compenetramos muy bien, cosa que no ocurre con el profesor Laub.

Cuando llegó el momento, Jonás tuvo la alegría de verse libre de Laub. Antón Laub, el maestro de Ringaryd, no estaba en el estudio. Habló por teléfono desde Falkenberg, donde pasaba sus vacaciones.

Mientras la emisora de Smaland transmitía el boletín de noticias, la aldea parecía muerta. Las calles estaban desiertas.

—Maestro Laub, tiene que significar una enorme satisfacción tener alumnos tan aventajados como los aquí presentes —dijo la presentadora.

El maestro Laub estaba totalmente de acuerdo. Dijo que era «fantástico», y añadió que una cosa así no se veía todos los días. Destacó que el acontecimiento era especialmente honroso para Ringaryd.

—Sí, sí, yo he dado clase a esos tres jovencitos en diferentes asignaturas. Por eso los conozco bien. Los tres han destacado, cada uno a su manera. David se ha interesado siempre por la historia. Annika es una chica emprendedora y bien dotada. Se puede decir que es magnífica en todos los aspectos. Jonás es un muchacho muy vivo, que nunca se está quieto allí donde lo coloques. Se podía prever que llegaría muy lejos en la vida, de modo que en realidad no me sorprende todo esto.

Antón Laub hablaba sin parar y aún le quedaban muchas cosas por decir. Pero la presentadora lo cortó y se dirigió a los muchachos. Les preguntó cómo habían ocurrido los acontecimientos. Jonás respondió:

—Nosotros intervinimos en esta historia desde el principio, mucho antes que el Museo Británico. Y siempre estuvimos seguros de que sería algo sensacional.

—¿Qué quieres decir con eso de «antes que el Museo Británico»? —oyeron que gritaba Antón Laub, por teléfono, desde el estudio de Falkenberg.

—Todo esto es muy interesante —intervino la presentadora—. Pero ¿cómo actuasteis?

—Tuvimos grandes dificultades para encauzar el asunto —declaró Jonás—. Pero, a pesar de nuestros modestos medios, seguimos adelante con ayuda de algunos recursos técnicos.

—¡Ah! ¿Y de qué instrumentos se trata?

—Aparte del magnetofón, parte esencial del equipo básico, usamos walkie-talkies para comunicarnos; además también utilizamos unos sistemas de alarma y control para protegernos.

—¿Para protegeros? ¿Os habéis sentido en algún momento amenazados?

En los aparatos de radio se oyó un murmullo. Era Annika, que susurraba algo a Jonás. Temía que Jonás se fuera de la lengua.

La presentadora sonrió nerviosa.

—¿Quieres añadir algo, Annika?

—¡No! —exclamó asustada—. No sé...

—¿Tal vez David?

—No, no tengo nada que añadir.

—Bien, entonces, ¿puedo continuar? —dijo Jonás con desenvoltura—. Como es natural, siempre fuimos conscientes del incalculable valor de una estatua egipcia como ésta. Teníamos que actuar con cautela y tomar precauciones.

El tiempo casi había terminado. La presentadora se dirigió otra vez a David; pero se mostró muy reservado, como había prometido, y no quiso añadir nada. En cambio, Antón Laub dijo que pensaba interrumpir sus vacaciones para ir a Ringaryd y estar en el «centro de los sucesos». Presentía que lo necesitaban. Después de todo..., ¡era el profesor de los muchachos!

—Buenos, os damos las gracias y os deseamos el mayor de los éxitos en la apertura de la tumba, que está a punto de realizarse. Y esperamos que volváis otra vez y podáis explicar a los oyentes cómo es la estatua funeraria egipcia. Os agradezco de nuevo que hayáis venido a nuestros estudios.

## 19. LA APERTURA DE LA TUMBA

Existía en Ringaryd, desde siempre, un local para celebrar las fiestas. Estaba junto al campo de tiro, y lo utilizaban para sus actos la Asociación de Cazadores de Ringaryd, el Club Deportivo y la Unión de Apuestas. Pero, a finales de los años sesenta, comenzaron a actuar allí cantantes de música moderna y se produjeron algunos desórdenes. A partir de entonces, nadie se atrevió a organizar fiestas allí, y el local se cerró.

Muchos echaban de menos las fiestas de Ringaryd. Por eso no era extraño que ahora quisieran comportarse correctamente. Naturalmente, esta vez no se trataba de una fiesta ordinaria. Se trataba de algo solemne. Los asistentes iban a presenciar un acontecimiento histórico. Tras la alegría y el regocijo existía un objetivo más serio. Pero eso no significaba que hubiera que tomarlo todo con una seriedad «sepulcral», como Harold Hjärpe decía, con cierto humor, en el diario de Smaland.

Naturalmente, no cabía pensar en un baile. No convenía armar demasiado alboroto. Por otra parte, la pista de baile había desaparecido, y era preciso reunirse alrededor de la iglesia, que constituía el centro de los sucesos, pues había que rodear al acontecimiento de una cierta dignidad. No obstante, había puestos de café en la explanada de la iglesia y en otros sitios, así como de perritos calientes, helados, pasteles de nata y de mermelada de fresa, etc.

Los niños podían comprar globos. En el último momento se había instalado un gigantesco puesto de globos coronado por una esfinge egipcia y con una pirámide como fondo.

Algún avisado negociante había impreso la imagen de Nefertiti en unas camisetas que podían adquirirse en la tienda de los Berglund. Jonás llevaba puesta una para celebrar el día.

Toda la comarca había tomado parte en los preparativos. Se ofrecían las más increíbles sorpresas, aunque todo se había organizado con gran celeridad. Lo único que preocupaba era el tiempo. Muchas fiestas en Ringaryd se solían estropear por la lluvia. Pero esta vez fueron propicias las fuerzas del cielo. El día de la apertura de la tumba brilló el sol sobre Ringaryd.

Llegaban autobuses repletos. Los coches formaban largas caravanas. La gente reía, y se saludaban unos a otros. Los globos ascendían y explotaban. Los niños gritaban. Los perros ladraban. Todo era vida y movimiento. Los globos y las camisetas se agotaron rápidamente.

También había música y canciones. De cuando en cuando, el altavoz daba algunas instrucciones que era preciso repetir a gritos para que se oyeran en todas partes.

Jonás Berglund se deslizó por entre el gentío con el magnetofón. Trató de pasar inadvertido. Había ensayado la voz para que sonara como las que comentaban los entierros reales. Era una voz que siempre había admirado y ahora dominaba.

—Aquí, Jonás Berglund. Me encuentro con mi equipo delante de la iglesia. Me rodean

representantes de la prensa, casi se puede decir que de la prensa mundial, que han acudido para informar sobre el acontecimiento del día. Hay gente de la radio y la televisión suecas, y también funcionarios de Patrimonio Nacional y del Museo Nacional de Historia. Aquí veo al profesor César Hald conversando con Harold Hjärpe, el principal reportero del diario de Smaland. Este zumbido que se oye procede de un equipo de aire. Es una especie de compresor, prestado por el Museo Vasa, de Estocolmo, para acondicionar inmediatamente el hallazgo. Ahora viene... ¡Un momento, por favor!

Una nube de fotógrafos había rodeado a Jonás. Por todas partes le disparaban flashes y le formulaban preguntas a gritos.

—Por favor, una foto para el *Dagens Nyheter*.

—¡Somos del Diario de la Noche! ¿Puedes atendernos un momento?

—Sí, creo que será posible —Jonás se aprestó a colaborar. Era un terreno en el que se movía bien. Sabía de qué se trataba.

—Cuéntanos en pocas palabras como sucedieron las cosas.

—Sí, ¿cómo lo descubriste?

—Dime, ¿eres un aficionado a la egiptología?

Las preguntas caían como un granizo. Jonás miró a su alrededor. Todos preguntaban lo mismo, y él siempre daba más o menos las mismas respuestas.

No estaba bien repetir constantemente las mismas cosas. Sintió la necesidad de decir algo nuevo. Quiso adornar un poco la tarta. Tenía que poner una nota de color.

—Ahí está el pastor Lindroth —se le ocurrió—. En realidad, resolvimos el enigma entre los dos.

Un par de fotógrafos se acercaron al pastor y comenzaron a asediarlo.

—¿Qué significa esto? —preguntó Lindroth, observándolos desconcertado.

—Es para el *Dagens Nyheter*. Quisiéramos hacerle una fotografía.

Lindroth opinó que era la estatua lo que debían fotografiar. Pero las cámaras estaban preparadas y dispararon. Los periodistas iban de un lado a otro; se dirigían alternativamente a Lindroth y a Jonás, y les hacían posar aquí y allá.

—Por favor, señor, tenga la amabilidad de acercarse un poco; así saldrá la iglesia como fondo.

Lindroth intentaba colaborar, pero no se encontraba a gusto.

—¿Te queda alguna pastilla de esas amargas, Jonás? —susurró.

Jonás sacó la caja de regaliz y se la pasó a Lindroth.

—Puede guardársela. Me queda otra —le contestó mientras las cámaras se movían por todas partes. Era una especie de bautismo de fuego, y Jonás se encontraba en su elemento. De pronto vio venir a Hjärpe en compañía de Antón Laub, que no paraba de hablar.

Al verlos llegar, Lindroth dijo que tenía prisa y se marchó de allí.

Hjärpe se abrió paso entre la gente y se detuvo ante Jonás.

—Jonás Berglund, si no me equivoco —comenzó.

Jonás asintió con la cabeza.

—Bien, quiero hacerte un par de preguntas. ¿Cuándo descubriste la estatua egipcia que vamos a ver enseguida, Jonás?

Jonás estaba emocionado. ¡El hombre que tenía delante no era un cualquiera, era Harold

Hjärpe!

—Es una buena pregunta —respondió—. Uno tiene un presentimiento durante algún tiempo, y de repente algo hace «clic» en la cabeza..., ¿no?

—¡Interesante! ¡Entiendo! —dijo Hjärpe—. Y ¿cuándo te hizo «clic»?

Jonás se lo iba a explicar, cuando el altavoz retumbó para dar una comunicación importante. Era la voz de un hombre que hablaba alto y despacio; mientras siguiera aquella voz era imposible seguir la conversación.

—Podemos por fin comunicarles que hemos establecido línea directa con la cripta de la iglesia. Así podremos seguir desde aquí lo que suceda. Rogamos al señor Lindroth, baje a la cripta. Está a punto de comenzar la ceremonia de apertura de la tumba. Y..., para que los profanos en la materia podamos seguir la marcha de los acontecimientos, el conservador del Museo Provincial de Jönköping, Herbert Olsson, nos asesorará con sus conocimientos profesionales. Él se encuentra en la cripta, junto al sarcófago, para informarnos de lo que allí suceda. Y ahora, ya es sólo cuestión de tiempo; únicamente faltan unos minutos para que comience. ¡Atención! ¿Está listo, señor Olsson? ¿Ha llegado ya el señor Lindroth?

Se oyó un fuerte pitido en los altavoces. Después sonó una voz desde la cripta:

—El pastor Lindroth llega en este preciso momento. Estamos preparados. ¿Se me oye ahí arriba? —era Herbert Olsson.

—Sí, sí, empiecen cuando quieran. El sonido llega muy bien.

En la explanada de la iglesia todos contenían la respiración. Esperaban intrigados.

—¡Un momento, por favor! ¡Esperad todavía un momento los de abajo!

El hombre del altavoz comunicó que tenía que dar dos avisos al público y pidió que esperaran un poco los que iban a abrir el sarcófago. En primer lugar, se trataba de los servicios. Había advertido que, al parecer, nadie sabía dónde se hallaban, y algunos habían «contaminado» ya un poco en entorno en diferentes lugares. El altavoz precisaba a donde debían dirigirse.

Luego, hubo otro comunicado, que hizo que Jonás agudizase el oído:

—Se ruega al propietario del Peugeot azul, un *caravan* con matrícula CSL-trescientos veintinueve, aparcado detrás de la iglesia, que haga el favor de retirarlo pues bloquea la subida hacia la iglesia. Detrás de la Capilla de Pentecostés hay todavía sitio libre para aparcar.

El comunicado puso nervioso a Jonás, pero entonces no tenía tiempo para ocuparse del asunto: Hjärpe seguía junto a él, en espera de una ocasión para terminar la entrevista. Pero el altavoz no cesaba de gritar. Además, la apertura de la tumba exigía la máxima atención. No, por el momento no era posible.

Jonás recordó la matrícula del coche. La otra vez se la había dictado a David y Annika, pero ellos se habían descuidado y no la habían anotado. Pero era el mismo número; César, Singri, Luis, 329. Estaba seguro. Pertenecía al coche que tenía la mala costumbre de aparecer siempre que andaba por medio la estatua egipcia. Jonás repitió en voz alta la matrícula para grabarla en el magnetofón. Luego, advirtió que Hjärpe lo observaba con ojos vigilantes.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—Nunca se sabe —contestó Jonás, evasivo—. Tengo la costumbre de grabar todo para recordarlo.

—Yo también —comentó Hjärpe—. Bueno, ¿seguimos nuestra conversación?

No fue posible. El altavoz chirrió de nuevo con fuerza, y Herbert Olsson tomó la palabra.

Jonás encendió el magnetofón. Había comenzado la apertura de la tumba y Herbert Olsson daba la bienvenida a todos.

—En un día como éste, constituye una gran alegría ser director de un museo —dijo—. Es una fecha memorable para cuantos nos dedicamos a los museos, y nos alegra muy especialmente el gran interés que mostráis por la historia todos vosotros, los que estáis fuera, sentados al sol y esperando ansiosamente. Si, los antiguos tesoros artísticos del pueblo egipcio siguen interesando a los hombres de hoy. Lo que esperamos descubrir es una estatua de madera. Puede estar hecho de tres tipos de madera: madera importado de cedro, de acacia o de higuera. Eso es algo que habrá que comprobar.

»La estatua procede del período de Amarna, de la dieciocho dinastía, es decir, del tiempo del faraón Eknatón. Dicho faraón es muy conocido, sobre todo por su matrimonio con la bella Nefertiti, de la que, seguramente, habréis visto alguna imagen. Además, al llegar aquí, he observado que algunos lleváis camisetas con retratos suyos.

»Creo que hemos llegado al momento cumbre. El personal del Museo Nacional de Historia y la Fundación Vasa han tomado pruebas del sarcófago en que se halla la estatua. El sarcófago es de madera de roble y habrá conservado en buen estado la valiosa estatua. Al menos, así lo esperamos. Por otra parte, los cimientos de la iglesia descansan sobre una capa de arena, por lo que la humedad no puede haber dañado a la estatua, como se temía. La cripta está relativamente seca...

»La cripta guarda numerosos ataúdes de los siglos diecisiete, dieciocho y diecinueve.

»¡Pero ha llegado el gran momento, señora y señores! Veo cómo transportan cuidadosamente el preciado ataúd a un espacio libre, situado bajo la bóveda central ¡Sólo faltan unos minutos! ¡Pronto abrirán el ataúd y contemplaremos la bella estatua, una de las obras maestras de la antigüedad, tal vez con los rasgos de la bella Nefertiti!

»El profesor de historia antigua, el señor César Hald, se ha puesto una bata verde, hecha expresamente para casos como éste, y trata de levantar la tapa del viejo ataúd. Sé que al profesor Hald le satisface muchísimo asistir a este acto y descubrir un tesoro artístico tan valioso como éste. Y todos compartimos sus sentimientos. Un acontecimiento de esta naturaleza no se produce todos los días. Ahora veo a mi lado al pastor de la comunidad de Ringaryd, quien tomó la iniciativa de abrir la tumba. Vamos a ver si puedo intercambiar con él algunas palabras... Un momento...

»No..., no hay tiempo. Los acontecimientos se precipitan. Tengo que buscar un rincón desde donde pueda ver algo. No es fácil, todos se apretujan hacia delante... Ahora están sacando los últimos clavos de la tapa del ataúd. ¡La tensión es inmensa! Del calor, mejor no hablar. Me gustaría poder transmitir el ambiente y la expectación que hay aquí. ¡Puedo imaginarme lo que experimentaron quienes asistieron a la apertura de la tumba de Tutankamón! ¡Sólo faltan segundos para que se levante la tapa! Voy a intentar acercarme un poquito más para ver mejor. Desde aquí no veo bien.

»¡Ahora! Uno de los hombres de la televisión pide al profesor Hald que le permita colocarse junto al ataúd cuando levanten la tapa, para que los telespectadores puedan presenciar este momento.

»Y ahora..., sí..., ahora veo cómo el profesor Hald y un ayudante suyo se inclinan, cogen la tapa del ataúd y la levantan con cuidado, con mucho cuidado. Tengo que acercarme más...

Perdone, ¿puedo pasar? No puedo ver bien. Ahora observo un gran desconcierto y una extraña agitación a mi alrededor... ¡No entiendo nada! Desgraciadamente no puedo ver todavía la estatua... Me la tapa una muralla de espaldas... Entre los que hay delante de mí se halla el señor Lindroth. Se mete en la boca algo que parece una pequeña pastilla negra... ¡Señores, el momento es realmente emocionante! Pero no entiendo... ¡No, no es posible...! Ahora veo algo..., algo... ¡Si, ahora veo...!

Herbert Olsson dejó de hablar. Se oyó un murmullo. Después empezaron a zumbar los altavoces. Por fin se cortó el contacto con la cripta. ¡Qué mala suerte! En la explanada de la iglesia nadie sabía qué era lo que Olsson había visto y considerado imposible. Todos estaban desconcertados y nerviosos. Al cabo de un rato volvieron a sonar los altavoces. Era la misma voz lenta que había hablado al principio. El locutor pedía a todos que se tranquilizaran. Dijo que se había cortado la comunicación y que algo pasaba en la cripta; él no sabía qué era, pero creía que no había motivos para preocuparse. Añadió que esas cosas pasaban a veces que volvería a informar en cuanto supieran algo. Entre tanto, puso un disco con una canción que se solía cantar antes, en las fiestas de Ringaryd: ¿Qué será, será...?

Jonás Berglund desconectó el magnetofón. ¡Qué desorden! ¿Qué habría sucedido? Estaba nerviosísimo. ¡Allí se encontraban presentes la radio y la televisión! ¿Cómo podía ocurrir una cosa semejante? ¡Un corte de línea en el momento psicológico más importante! ¡Cuándo la tensión había llegado al máximo! ¡Qué descuido más imperdonable!

Buscó con la mirada a Hjärpe, que hasta entonces había estado junto a él. Se encontraban a mitad de la entrevista cuando había comenzado el alboroto...

¡Pero Hjärpe había desaparecido!

Fotógrafos y periodistas corrían de un lado para otro como gallinas alborotadas. ¡Qué lástima! A Jonás le hubiese encantado intercambiar algunas palabras con Hjärpe. Pero, como queda dicho, el gran Hjärpe había desaparecido.

## 20. ¡JAQUE!

Pasó un rato antes de que se supiera algo en concreto sobre lo que había ocurrido en la cripta. Del altavoz seguían saliendo, una tras otra, canciones de moda. Cada cual procuraba serenarse como podía. Pero era difícil dejar de pensar en la estatua, y la falta de información aumentaba la curiosidad.

El único mensaje transmitido por el altavoz era que, de momento, no se podía comunicar nada y se esperaban ulteriores comunicaciones. Y que la fiesta debía continuar tranquilamente...

Todos estaban un poco decepcionados, e inmediatamente empezaron a circular numerosos rumores. La mayoría suponía que en el ataúd había aparecido el cadáver en vez de la estatua y que nadie se atrevía a decirlo. En el lugar de la fiesta reinaba cierto malestar, pero nadie sabía nada concreto.

David y Annika tampoco sabían nada cuando se encontraron con Jonás. Creyeron que podían irse tranquilamente a casa. En todo caso, les parecía que allí no había nada que hacer. Tomaron café con Natte, que se había presentado de improviso y parecía un poco perturbado. Les había inspirado compasión y le hicieron compañía. Cuando Natte vio que no ocurría nada especial, se marchó. Les dijo que, en cualquier caso, a él no le gustaba que anduvieran removiendo sepulturas antiguas.

—¡Mira quién fue a hablar! —exclamó Jonás—. ¡El que ha estado husmeando en la quinta Selanderschen!

—Sí, es posible. Pero tal vez tenga algo de razón —dijo Annika.

En ese momento los dejó Jonás. Corrió hacia la estación de servicio. David y Annika lo siguieron. No sabían por qué tenía tanta prisa, pero no querían perderlo de vista otra vez.

Jonás había visto que alguien entraba en la cabina telefónica. Sólo le veía las piernas, pero oía su voz:

—¿Linkan? Hjärpe al aparato. Vengo de la apertura de la tumba. Si llamo desde una cabina de teléfonos. Oye, Linkan...

Jonás se había colocado de manera que no pudieran verlo desde la cabina, e indicó por señas a David y Annika que se escondieran.

La conversación proseguía.

—Sí, escúchame ahora, Linkan. El título será: ¡ESCÁNDALO EN LA APERTURA DE LA TUMBA DE RINGARYD! ¡EL SARCÓFAGO CONTENÍA UNA PIEDRA! Y como subtítulo: Tres muchachos y un párroco engañan a un profesor.

¿Qué? David y Annika se miraron asustados.

—¡No! No puede ser cierto. Lindroth y yo movimos el ataúd y oímos que algo se movía pesadamente dentro.

Jonás intentó lanzarse a la cabina de teléfonos; pero entre David y Annika lo retuvieron. Se fueron a casa de David. Querían reflexionar tranquilamente sobre lo ocurrido.

Fueron unas horas sombrías. En realidad, ninguno de los tres tenían nada que decir. David dijo que siempre había dudado un poco; pero ya era tarde...

El tiempo pasaba lentamente. Jonás había agotado ya sus pastillas de regaliz. Decidió ir a la tienda por más. Además, quería cambiarse de ropa y quitarse la antipática camiseta de Nefertiti.

Fue por detrás e intentó penetrar en la tienda sin que lo vieran; pero en aquel momento llegaron sus padres, y se encontraron con él. Estaban de buen humor y dijeron que habían tenido un día espléndido. El negocio había ido como nunca. La tienda había estado toda la tarde llena de gentes que compraban cualquier cosa para llevársela como recuerdo.

—¿Cómo recuerdo de qué? —les preguntó Jonás escéptico.

—Ya sabes que la gente quiere tener algo como recuerdo de lo que sea —respondió su madre.

Pero Jonás no participaba de su alegría. Sus padres vieron que el chico estaba deprimido y le preguntaron si le pasaba algo.

—Creo que no han encontrado ninguna estatua —respondió.

—¡Ah, bueno! Sí, eso es un poco decepcionante —opinó su madre. Pero el padre dijo que no tenía importancia. Había sido una bonita fiesta y Jonás no debía estar triste ni sentirse culpable. No había sido él quien se había equivocado.

Jonás suspiró hondamente. No importaba quién era el culpable.

Pronto llegaría el escándalo. Faltaba poco para la hora del noticiario de radio Smaland, y ¡entonces estallaría todo!

Cogió sus pastillas de regaliz y tomó otras dos cajas más para Lindroth, que en este momento no debía sentirse muy bien. Después se cambió de camiseta y regresó a casa de David.

Acababan de empezar las noticias; David y Annika estaban sentados y parecían seriamente preocupados. Cuando Jonás abrió la puerta, la conocida voz de la presentadora le impresionó.

—La tensión era enorme, tanto entre los que se hallaban en la cripta como entre las casi trescientas personas que esperaban en la explanada de la iglesia. Cuando, por fin, fue levantada la tapa del ataúd, se comprobó que éste sólo contenía una piedra de unos cincuenta kilos de peso. Esa piedra era lo único que había en el ataúd.

»En una situación semejante, uno se pregunta cómo puede ocurrir una cosa así —continuó con vehemencia la voz—. Pero ni el profesor César Hald, ni el conservador del Museo Provincial, señor Olsson, se prestaron a darnos su opinión.

—Es comprensible. ¿Qué iban a decir? —comentó David.

—Sí, y el pobre Lindroth —opinó Annika—, ¿qué va a decir?

—¿Y yo? —dijo Jonás—. ¿Qué voy a decir yo?

En la radio se oía ahora la voz de alguien que, al parecer, si tenía algo que decir. Era el maestro Laub. Las cosas se ponían cada vez peor. Con voz desagradable, y dándose importancia, explicó:

—Como ya dije en otra ocasión, ya he dado clase a los tres muchachos; los tres son alumnos sobresalientes, cada uno a su manera, pero los tres tienen una cosa en común, una fantasía fuera de lo normal. De todas formas, jamás imaginé que esa fantasía pudiera terminar en una evasión de la

realidad como la hoy constatada; de lo contrario, hubiese tomado las medidas oportunas. Pero si contemplamos la sociedad actual, con su enorme oferta de medios de comunicación, los telefilmes, las novelas policíacas, las series de aventuras y tantas cosas llenas de falsos modelos de vida, de violencia y de actos criminales idealizados, no podemos extrañarnos de que la juventud ande desorientada, busque la popularidad y la fama, y se deje llevar por un afán de emociones fuertes que la sociedad actual parece incapaz de frenar. Lo único que cabe esperar es compadecerse de esos pobres muchachos que tuvieron la triste ocurrencia de...

—¿No podríamos apagar eso? —preguntó Jonás tapándose los oídos.

David se apresuró a desconectar la radio.

—¡El clásico parloteo de Laub! —comentó Annika, enfadada.

Pero aún les quedaba otro mal trago: el reportaje de la televisión sobre la apertura de la tumba.

—¿Es preciso que lo veamos? —preguntó Annika—. ¿No será un tormento innecesario?

David opinó que podrían ahorrárselo, pero Jonás insistió en que debían verlo.

Dijo que las palabras de Laub le traían sin cuidado, pero que tenía que saber encajar el golpe. Si quería llegar a ser un buen periodista, tenía que aprender a ser fuerte en los momentos de fracaso. Tenía que aprender de sus propios errores, como todos los que quieren llegar a ser algo.

Cuando llegó la hora de las noticias, encendieron el televisor. Por suerte, el reportaje no fue largo; no obstante, fue doloroso ver todo. Primero, el comienzo, la alegre espera, el puesto de globos con la esfinge, Lindroth saludando a Jonás, alegre, seguro de la victoria; el sol, los vendedores de helados, la música. Luego, el ambiente sombrío de la cripta, los rostros tensos. La expectación que se transformó en decepción. Bocas abiertas. Y al final, ¡la piedra! ¡En primer plano! ¡Una enorme piedra gris! Y nada más...

Finalmente, para colmo, la leve y burlona sonrisa del locutor, que no puedo evitar bromear un poco al comentar la decepción.

—Bien, esto es todo desde Smaland, donde, por cierto, también abundan las piedras.

Al acabar el programa, Jonás estaba pálido pero resignado.

—Ha sido un programa ágil —comentó—. Muy bueno. Aunque el final no ha tenido altura profesional, le ha faltado calidad.

Los otros estuvieron de acuerdo con él. A Annika le pareció estupendo que Jonás alabara el trabajo de otras personas, cuando él mismo había fracasado.

—Hay que ser objetivo —dijo Jonás.

No podía ser de otra forma. Tenía que aceptar que se había equivocado. Ahora tenía que ir a la quinta Selanderschen, desmontar los alambres, los disparadores automáticos y la instalación toda.

David y Annika quisieron acompañarlo. No querían que lo hiciera él solo. Así que se pusieron en camino y cruzaron el pueblo a toda velocidad en sus bicicletas. No había mucha gente en las calles. La fiesta había terminado, y casi todos estaban ya en sus casas y acababan de ver el reportaje de la televisión.

—¡Vaya fracaso! —dijo Jonás con amargura.

—¡Bah!, no tiene tanta importancia —lo animó Annika—. Cualquiera puede tener un pequeño contratiempo...

—¿Pequeño?

Cuando llegaron a la puerta de la quinta Selanderschen, estaba sonando el teléfono; Annika

comentó.

—Ahora empezarán a llamar los periódicos. Ya veréis.

—Si es para mí, no estoy para comentarios —dijo Jonás.

—Tal vez será mejor que no lo cojamos —propuso Annika.

Pero David pensó que podía ser Julia. Se dirigió al teléfono con paso vacilante y descolgó el auricular...

—Diga...

—Buenas noches, David.

Efectivamente, era Julia. Todos respiraron aliviados.

—¿Quieres saber que jugada voy a hacer ahora? ¿O la conoces de antemano?

—No..., no.

—Me da la impresión de que hoy estás un poco distraído, David.

—¿Usted cree?

—Sí. ¿Ha ocurrido algo?

Annika acababa de abrir la ventana para que saliera una mosca. Y entró zumbando un insecto. Era un escarabajo pelotero. David se lo comentó por teléfono a Julia.

—Sí, los escarabajos vuelan al atardecer —comentó Julia en voz baja—. David, ¿quieres conocer mi jugada?

—Sí, ¿cuál es?

—Muevo la dama, te como la torre y te doy jaque.

—Eso es grave. ¿Qué hago yo ahora?

—Ante todo, no precipitarte, David. ¿Por qué no esperas un poco y lo piensas?

—No sé... No, prefiero no esperar.

—Como quieras. Lo malo no es mover deprisa, sino mover sin reflexionar. En cambio nunca se debe aplazar una jugada por miedo a perder. Y un retroceso momentáneo puede transformarse en un avance si se hace bien, si se actúa con imaginación. ¿Entiendes lo que quiero decir, David?

—Creo que sí..., pero no sé...

—¿Prefieres pensarlo con tranquilidad?

—Sí, tal vez sea mejor.

—Bien, entonces adiós. ¡Que tengas éxito en la próxima jugada!

Cuando se disponía a colgar el auricular, el escarabajo pelotero fue volando directamente hacia David. Se posó sobre el tablero de ajedrez, dio una vuelta a una figura y se quedó parado en una casilla.

—¡No, espere! ¡Espere! —gritó David en el auricular—. ¡Voy a mover ahora mismo!

Julia todavía no había colgado.

—¿Ya?

—Muevo el caballo y lo coloco en F-ocho.

—El caballo en F-ocho... Es una jugada interesante, realmente muy interesante. ¿Cómo se te ha ocurrido?

David se rió. El escarabajo pelotero estaba todavía en la casilla F-8.

—He tenido una inspiración. Me he guiado por una pista.

En el otro lado hubo un instante de silencio.

—¿Una inspiración? ¿Una pista? ¿Ha sido el escarabajo pelotero, David?

—Si, ha sido el escarabajo.

—Me parece muy bien. Ya veremos cómo se desarrolla el juego a partir de ahora. Presta atención a la señal, David. Adiós.

David cogió el escarabajo del tablero de ajedrez, lo levantó con cuidado, fue hacia la ventana y le dejó levantar el vuelo y sumergirse en el atardecer.

## 21. EL MONTE DE LA HORCA

En Ringaryd reinaba cierto malestar. Había habido una fiesta y todos se habían divertido, pero las cosas no habían seguido el curso esperado. ¡No era agradable para el pueblo salir de esa forma en los periódicos...!

Estaba claro que los muchachos habían actuado de buena fe. Había que perdonarles. No obstante, muchos comentaban que los jóvenes de hoy día tenían demasiado afán de aventuras, y que era absurdo que todo el pueblo se viera en ridículo a causa de ellos.

Pero la peor parte le tocó al pastor Lindroth. ¿Cómo había podido dejarse engañar así? Nadie hubiera creído que tuviese tan poco juicio. Todos le apreciaban mucho. Ayudaba a cuantos le confiaban sus preocupaciones y atendía a las peticiones de todos.

Por eso era una pena que le hubiera pasado semejante cosa. Era mejor no hablar más de ello. Los habitantes de Ringaryd se miraban unos a otros y movían la cabeza. Preferían no decir nada de él, pues le tenían mucho cariño. Cada cual se reservaba sus pensamientos y guardaba silencio. Todos se limitaban a mover la cabeza con ademán compasivo.

Lindroth encajó todo con serenidad.

—Creo —le dijo a Jonás— que hemos actuado lo mejor que hemos podido. La estatua podía haber estado en el ataúd. Es una pena que no fuera así, pero ya no podemos remediarlo. Nos hemos equivocado y eso le puede pasar a cualquiera. Por otra parte, no debemos olvidar que jamás habría hallado la tumba de Andreas Wiik si no hubiéramos montado todo este tinglado de la estatua. No me importa que la gente se sonría cuando me ve por la calle. Hay cosas más importantes.

Efectivamente, había cosas más importantes...

Pero era difícil olvidar aquello. Jonás ya ni quería oír hablar de la estatua. Se sentía chasqueado. Tal vez, Petrus Wiik había querido decir otra cosa al escribir en su confesión: «Con la figura procedí de otra forma». Probablemente la llevó a su casa y la escondió allí en algún trastero, donde quedó olvidada y, finalmente, ardió con el viejo patio durante el gran incendio del bosque, a mediados del siglo pasado.

A Jonás sólo le interesaba ahora una cosa: ¿por qué estuvo el Peugeot azul, matrícula CSL-329, estacionado delante de la quinta Selanderschen? ¿Por qué aparcó el mismo Peugeot en la explanada de la iglesia durante la apertura de la tumba? ¿Quién era el propietario del coche? ¿Por qué apareció aquel hombre en el desván de la quinta Selanderschen? ¿Qué quería? ¿Qué buscaba? ¿Aparecería otra vez?

Jonás estaba convencido de que aquel hombre tenía algo que ver en el asunto. Incluso, llegó a

pensar que el hombre del Peugeot azul había robado la estatua del ataúd y había metido en su lugar la piedra, antes de la apertura de la tumba. Pero pronto comprendió que la teoría era insostenible: los periódicos decían que el ataúd no había sido abierto desde el siglo XVII.

No; había sido Petrus Wiik quien había metido la piedra. No había ninguna duda. Pero ¿por qué no lo dijo en vez de hablar de «un objeto pesado» e infundir sospechas a la gente? ¡Si hubiera sido sincero en su confesión no habría ocurrido lo que ocurrió!

Y si hubiera sido un poco listo, opinaba Jonás, Petrus Wiik habría colocado la estatua en el ataúd, dado que tenía que meter algo. Habría sido una ocasión única para resolver el problema. ¡Y en vez de eso, colocó una piedra! ¡Inconcebible! Realmente, en aquellos tiempos la gente no era muy ingeniosa.

Hjärpe, en cambio, lo era en extremo. Jonás no se había atrevido a contárselo a nadie, pero Hjärpe y él iban a seguir en contacto. La idea partió de Hjärpe. Un día telefoneó a Jonás, poco después de la apertura de la tumba. Casualmente fue Jonás quien cogió el teléfono. David y Annika estaban en el cuarto de al lado, esperando a Lindroth.

—Buenos días, Jonás; soy Hjärpe —oyó, y casi se desmayó. En realidad debería haber estado enfadado con él, después de lo que había dicho en su periódico. Pero Jonás se quedó tan desconcertado como si le hubieran dado un golpe en la cabeza.

—Bueno, Jonás, esto ha ido muy bien —le dijo.

—¿Qué? —preguntó Jonás asombrado. No entendía ¿Qué es lo que había ido muy bien?

—Hemos vendido más números extraordinarios que nunca, chico. Ahora hay que aprovechar la ocasión y seguir vendiendo como locos otro par de días más, si el tema da de sí.

Jonás no tenía dificultad para entender cualquier cosa con rapidez, pero ahora no comprendía nada.

—Por favor, ¿qué dice? —le preguntó—. ¿No ha sido un fracaso lo de la estatua?

Hjärpe se rió. Fue una carcajada franca y sonora.

—¿Fracaso? —vociferó—. ¡Por todos los diablos! Fue mucho más interesante que descubrir una vieja estatua. ¡Con todo Estocolmo movilizado! ¡Con expertos venidos de todas partes! ¡Y, como colofón, el ataúd vacío! ¡Para morirse! ¡Qué fotos! ¡Profesores, clérigos y curiosos contemplando boquiabiertos una piedra! ¿No lo comprendes? ¿Estás tonto, muchacho?

Hjärpe lanzó una carcajada jadeante, a la que Jonás correspondió lo mejor que pudo.

—Oye, muchacho, tienes que aprender que en esta profesión interesa cualquier novedad. Nos encanta encontrar cualquier cosa que se pueda vender. ¿Y qué mejor que esto podríamos haber deseado?

—Nada, lo comprendo —contestó Jonás. Pero se dio cuenta de que hablaba sin convicción. Poco a poco se estaba poniendo nervioso. Annika abrió de golpe la puerta y dijo que Lindroth había llegado y los esperaba en el coche.

Hjärpe continuó:

—Escúchame, Jonás... Esa maldición que asusta todavía a la gente, ¿de qué se trata? ¿Lo sabes?

—¿Se refiere usted a la estatua? —preguntó Jonás.

—Sí. Sabes que la gente cree en esas cosas. ¡Son tan supersticiosos! El teléfono de la redacción no deja de recibir llamadas de gente que teme que Tutankamón ande por Ringaryd dando vueltas como un fantasma... ¿Qué te parece?

Otra carcajada jadeante. Y un tortazo de Annika. Jonás, impaciente, le indicó con la mano que se marchara. Su hermana estaba en la puerta y miraban sin comprender; llevaba un pequeño ramo de flores.

—¡La gente sigue creyendo en fantasmas! —gritó Hjärpe.

—Sí, es una necedad, pero es así —respondió Jonás.

—Bueno, dejemos las bromas. Creo que hay algo de una maldición contra una casa o una familia de Ringaryd. ¿Sabes de qué se trata? Podríamos publicar algo sobre ello, ahora que la gente está todavía impresionada. ¿Qué te parece?

—Sí, efectivamente... —Jonás volvió a indicar a Annika que se retirara.

Pero esta vez ella no cedió.

—¡Jonás! ¡Lindroth está esperando! ¡Corta ya!

—¿Hay alguna otra cosa aprovechable? —bramó Hjärpe.

Jonás temía que Annika le oyera. Tenía que acabar.

—Perdone, no tengo tiempo —dijo—. He de ir a un entierro, es decir...

—¡Ah! Entonces no quiero molestarte. Espero no...

—¡Oh, no! —le interrumpió Jonás—. No es nada triste. Pero tengo que irme ahora.

—De acuerdo, Jonás. Muchas gracias otra vez. Creo que te va esta profesión.

—¿De verdad? —preguntó Jonás entusiasmado.

—Sí, creo que sí. Oye, si surge algo interesante, ponte inmediatamente en contacto conmigo. ¿De acuerdo? Bien, márchate ya. Saluda de mi parte al muerto... ¡Oh!, perdón quiero decir... Bueno, seguiremos en contacto.

—Hasta pronto.

—Adiós.

Jonás colgó el teléfono. Esta desconcertado y no precisamente satisfecho. No obstante, decidió dejar como estaban sus relaciones con Hjärpe y no decir nada a nadie. Ahora tenía que darse prisa. David y Annika habían salido ya. Cuando llegó, todos estaban sentados en el coche y le esperaban. Annika le dirigió una mirada cargada de reproches, pero Lindroth dijo que no tenía ninguna prisa.

Jonás se sentó junto a Lindroth.

—¿Has traído tu libro de canto, Jonás? —preguntó Annika.

¡Ay! ¡Lo había olvidado! ¿Debía ir a buscarlo? Lindroth no lo creyó necesario. Si fuera preciso, Jonás podría echar una mirada al libro de cualquier otro.

—¡Claro que será preciso! —comentó Annika mordaz. Estaba sentada y tenía en las manos su libro de canto y un ramo de margaritas.

Jonás se volvió y le hizo una mueca.

David llevaba una tabla con una inscripción. En el suelo del coche había una barra de hierro y un hacha.

Lindroth conducía un viejo coche, de motor de dos tiempos, que producía un ruido horrible. Le gustaba conducir. En el pueblo se decía que no lo hacía bien. No le gustaban las autopistas y evitaba las carreteras anchas. De ordinario iba por carreteras estrechas.

Era divertido viajar con él. Jonás tuvo que salir y abrir un portón. Lindroth torció por un camino de tierra. El coche traqueteaba tanto, que todos saltaban en los asientos y gritaban de risa.

—¡Cuidado! ¡Mis flores! —exclamó Annika riéndose—. ¡Se están quedando sin pétalos!

El camino descendía y luego ascendía muy pendiente.

—¿Conseguiremos subir? —preguntó David, con una sombra de duda.

—¡Claro que sí! Primero descenderemos despacio, y luego pisaré el acelerador a fondo —explicó Lindroth.

El coche se balanceaba. Con fuertes crujidos, Lindroth logró meter la primera y pisó con entusiasmo el acelerador. El coche dio un salto hacia adelante.

—En las cuestas soy fenomenal —se vanaglorió, satisfecho de su proeza.

Ramas grandes y pequeñas pasaban disparadas chocando contra las ventanillas y el techo del coche. Unas vacas los miraban con ojos inexpresivos. Lindroth paró el coche, bajó la ventanilla y les acarició los morros. Las vacas mugieron y siguieron al coche.

—¿Quiere usted llevar las vacas a nuestra reunión? —preguntó David con una sonrisa.

Lindroth subió de nuevo el cristal e hizo a las vacas un gesto de despedida. No, tal vez no sería oportuno tenerlas cerca cuando llegara el momento.

De repente, Lindroth tuvo que girar y terminó contra una mata de escaramujo. Entre las hierbas de la orilla del sendero había alguien escondido.

Era Natte. No parecía estar muy sobrio.

El coche quedó al ralentí. Lindroth se bajó y fue hacia Natte.

—¡Ay, Natte! ¡Esto podría haber terminado mal! —le dijo amistosamente.

Pero Natte estaba enfadado. Le dirigió una torva mirada y no contestó, ni siquiera saludó.

Lindroth, un poco confuso, tosió ligeramente.

—¿No sería mejor que se cambiase de sitio, Natte? Lo digo por si pasa otro —dijo con cierta cautela.

—¿Qué? —preguntó Natte mirándole fijamente.

—Bueno, lo digo porque...

—Ya le he oído, pero no tengo ganas de contestar —bufó—. ¡Me parece estúpido! ¡Sólo un loco como usted se atrevería a pasar con el coche por un camino como éste!

Lindroth miró a su alrededor. Estaba claro que aquél era un camino de animales.

—De todos modos, nunca se sabe, Natte —contestó.

Natte escupió lejos y con fuerza.

—¿No es verdad lo que he dicho?

—Puede venir una moto, una bicicleta... y ocurrirle una desgracia —intentó aclarar Lindroth.

Natte no contestó ni hizo ademán de levantarse.

—Es preciso tener los ojos abiertos y ser prudente —dijo Lindroth en tono de advertencia.

Natte le lanzó una mirada penetrante.

—No está bien meter las narices donde no le llaman a uno —dijo.

—¿Meter las narices? Aquí nadie mete las narices en nada.

—¿Y qué hizo usted en la cripta de la iglesia?

Lindroth se rascó la cabeza. ¿También a Natte tenía que darle explicaciones?

—¡Basta ya de tonterías! —gritó Natte con vez imperiosa, al tiempo que se levantaba—. ¡Llevar a todo el pueblo al ridículo! ¡Puede que algún día se arrepienta!

Estuvo un rato en pie y mirando fijamente a Lindroth por debajo de sus mechones de pelo. Luego, echó a andar con paso vacilante y se internó en el bosque saltando una zanja.

—Adiós, Natte —dijo Lindroth casi desconcertado.

—Tome una pastilla de regaliz. Coja dos —le ofreció Jonás.

—Si, son muy refrescantes. Gracias.

Lindroth se sentó al volante y arrancó. Tuvo que apretar con fuerza el acelerador para conseguir que el coche subiera la pendiente.

—Pobre Natte, parece que algo le atormente —comentó David.

De nuevo estaban en marcha. Cuando se tranquilizó un poco, Lindroth continuó conduciendo con tanta intrepidez como antes y recobró su buen humor.

Por fin llegaron al Monte de la Horca. Se apearon los cuatro. Lindroth abrió el maletero y examinó como había llegado la cesta de la merienda.

—Cuando se viaja en coche se producen muchas sacudidas; por eso hay que tener un poco de cuidado —comentó con evidente falta de lógica. Luego, advirtió lo que había dicho y se rió divertido—. Quiero decir que siempre tiene un miedo de que pueda pasar algo —añadió.

Pero no había sucedido nada. Todo estaba en orden. Abrió la cesta, levantó la servilleta colocada sobre la merienda y husmeó impaciente.

—No. Primero celebraremos la ceremonia religiosa —dijo, y colocó de nuevo la servilleta.

El Monte de la Horca era un sito precioso, con una vista magnífica.

—Así son todos los antiguos sitios de ejecución —explicó Lindroth—. A menudo tienen una vista espléndida; tal vez para que los ahorcados pudieran ser vistos desde los caminos transitados por los hombres, o para que los condenados a muerte pudieran contemplar algo agradable antes de morir.

Annika se estremeció.

—Es horrible imaginar —continuó Lindroth— que hay personas que se creen con derecho a decidir sobre la vida de los otros —hizo una pausa—. Pero hay que reconocer que el lugar es bello.

La pendiente estaba cubierta de hierba verde. En la cima crecían robles añosos. El viento susurraba entre la hierba y en las copas de los árboles. En la lejanía sonaba un cencerro. Los pájaros cantaban en el follaje.

—A pesar de todo, no es mal sitio para descansar —comentó David. Sacaron las cosas del coche y se dirigieron a la cima de la colina. Decidieron empezar con un canto.

—Himno quinientos setenta y nueve, verso primero —dijo Lindroth, y entonó. Los otros lo siguieron.

*Soy peregrino en la tierra,  
soy un pobre extranjero.  
Aquí no hay hogar para mí,  
mi morada está en el cielo.*

Luego llegó el momento de colocar la inscripción conmemorativa. Lindroth clavó el poste; David y Jonás lo sujetaban. Lo golpeó con el hacha hasta fijarlo bien en el suelo. Después clavaron en él la tabla con la inscripción.

Lindroth leyó el texto escrito en ella:

EN MEMORIA DEL DISCÍPULO DE LINNEO

ANDREAS WIIK  
NACIDO EN RINGARYD EL 23 DE MAYO DE 1738,  
MUERTO EN RINGARYD EL 9 DE SEPTIEMBRE DE 178.  
EL MISMO ELIGIÓ ESTE LUGAR  
PARA SU ÚLTIMO DESCANSO.

—Si —prosiguió Lindroth tras un minuto de silencio—. «Todo lo viviente está unido entre sí». Estas palabras son tuyas, Andreas Wiik. Ésa fue la idea que inspiró tu vida y todos tus actos. La muerte no fue para ti el fin, sino la continuación de la vida. Los muertos viven. Así pensabas tú.

Lindroth enmudeció. En la lejanía sonaba un cencerro. El viento susurraba entre la hierba y en las copas de los árboles. Los pájaros trinaban, las hojas de los libros de canto parecían aletear mientras Lindroth y los tres muchachos cantaban:

*El tiempo corre como un vendaval,  
y con él se van nuestras vidas.  
Pero, tras la incertidumbre,  
llega la inmortalidad del alma.*

—Bien, ya hemos cantado los himnos —añadió Lindroth en voz baja—. Coloca las flores, Annika.

Annika arregló un poco el ramo que tenía en las manos, se acercó y lo colocó junto a la inscripción. Luego, hizo una pequeña inclinación.

—¿Cree usted que los muertos viven? —preguntó Jonás.

Lindroth no contestó inmediatamente; se pasó la mano por las espesas cejas, como solía hacer buscando respuesta a determinadas preguntas.

—Naturalmente —dijo al cabo de un rato—. Creo que existe una vida eterna, como se afirma en la Biblia. No puedo imaginar que todo se acabe en la tierra, con el cuerpo y la muerte.

—Pero ¿qué pasa con los muertos? —preguntó Annika—. ¿Cree que pueden comunicarse con los vivos?

—¿A qué te refieres, Annika?

—Bueno, me pregunto si pueden ponerse de algún modo en contacto con nosotros.

—No sé... ¿Por qué iban a hacerlo? —Lindroth se frotó otra vez las cejas.

—Sólo era una pregunta —dijo Annika.

Lindroth respiró profundamente y contempló el cielo. Luego miró de nuevo a Annika y observó sus ojos.

—Si, Annika, yo también me lo pregunto. Si nos atenemos a lo que dicen Las Escrituras, no hay ninguna prueba directa. Pero cuando uno ha estado sentado, como yo, junto a tantos lechos de moribundos, ha visto y escuchado cosas muy extrañas; y eso da que pensar. Es todo lo que te puedo decir.

—¿Cuándo comemos?

Era Jonás. Estaba en pie y contemplaba la cesta de la merienda.

—Ahora mismo.

Lindroth se acercó a la cesta y quitó la servilleta.

—¡Qué comida!

—¡Qué excursión!

—¡Qué día tan maravilloso!

—¿Qué importa ahora que una determinada estatua no estuviera en un determinado ataúd? —suspiró Lindroth satisfecho.

—¡Nada en absoluto! —asintió Jonás. Miró hacia el horizonte con ojos soñadores—. Tal vez deberíamos haber traído a Hjärpe —dijo, pensando en voz alta algo que no iba dirigido a los demás. Se mordió la lengua.

David y Annika lo miraron sin comprender.

—Ha sido sólo una idea... Creo que no se entienda todos los días a un alumno de Linneo descubierto por nosotros.

## 22. «ESCUCHA, ESCUCHA, FLOR AZUL...»

Annika nunca se había interesado especialmente por la estatua egipcia. David, tampoco. Sólo Jonás.

Y ahora, cuando ya Jonás había dejado de pensar en la estatua, ahora era cuando Annika empezaba a pensar en ella. No porque se tratara de un tesoro perdido, de una pieza de museo, sino por lo mucho que había significado para Emilie Selander; tanto, que incluso en sus últimas horas se había ocupado de ella.

¡Qué destino! Emilie había tenido razón cuando pensaba que Andreas no había muerto sino que vivía todavía. Se acercaba con frecuencia a «su» planta, palpaba la presencia de Andreas, sentía sus pensamientos llenos de vida. Pidió a la planta que, si Andreas había muerto, le diera una señal. Dejando que se marchitara una determinada hoja. Y, en vez de eso, habían salido nuevos brotes junto a aquella hoja. Emilie creía descubrir constantemente signos de que él seguía vivo.

Pero estaba rodeada de personas que creían que había perdido el juicio. Se compadecían de ella y terminaron por convencerla de que se casara con otro. Por supuesto, lo hicieron de buena fe, pues Andreas no daba señales de vida. ¿Por qué obró así él? ¿Sabía el daño que ocasionaba? Las cartas revelaban que estaba muy pagado de sí mismo. ¿Nunca había pensado Emilie en eso?

Probablemente no. Vivía sólo para Andreas. Estuvo siempre consagrada a él, del mismo modo que luego se consagró a su padre mientras vivió.

¡Pobre Emilie..., nunca vivió su propia vida! Cuando su padre confesó que había matado a Andreas, ella llegó a creer que Andreas estaba muerto. Entonces se apagó su esperanza y desapareció su alegría de vivir.

En aquel momento, sus pensamientos empezaron a girar en torno a la estatua. Comenzó a creer que pesaba sobre ella una maldición y que era la estatua la causa de la desgracia. Ésa era la única posibilidad de explicar por qué su padre había matado a Andreas; no pudo evitarlo, fue víctima de la maldición. La estatua fue el chivo expiatorio, y Emilie no pudo culpar a su padre.

Evidentemente, la estatua egipcia tenía más importancia de lo que Annika había creído al principio. De repente, tuvo la sensación de que la estatua se encontraba aún en algún sitio. Había ocupado los pensamientos de tanta gente, había influido tanto tiempo en tantas vidas humanas, que no podía haber terminado miserablemente, ardiendo en el patio del campanero, como creían todos.

Aunque no se lo dijo a nadie, Annika cambió de opinión. David seguía pensando como siempre, ella lo sabía.

«Al hombre —decía David— se le había otorgado la fantasía y los sentimientos para poder ponerse en el lugar de los otros seres vivos, y compartir sus pensamientos y sentimientos; tal vez,

incluso, más allá del tiempo en que vive».

Como Andreas Wiik, David opinaba que la capacidad de comprensión era común a todos los seres vivos, cualquiera que fuese su forma de existencia. El hombre no era la única criatura que poseía inteligencia y sentimientos. Todos los seres vivos estaban dotados de disposiciones parecidas. Por eso tenía que ser posible comunicarse con animales, pájaros y plantas.

«Si —pensaba David—, tenemos algo importante en común con todo lo que vive, e incluso algo importante con todo lo que ha vivido antes. La muerte no es el fin de la vida, sino la entrada a una nueva forma de existencia».

Annika no quería llegar tan lejos. Opinaba que el hombre era el único ser dotado de fantasía y sentimientos, y que por eso mismo tenía una grave responsabilidad sobre la naturaleza y sobre todo lo que vivía.

No era difícil ponerse en lugar de Emilie y compartir su vida. Doscientos años no significan nada. Las cartas de Magdalena, sobre todo, permitían reconstruir la imagen de Emilie. A través de ellas se podía conocer mejor a Emilie que a la propia Magdalena. Si Emilie vivió la vida de Andreas, Magdalena vivió la vida de Emilie.

¿Vivían los hombres, en aquella época, la vida de otros en vez de la suya propia? ¿Qué pasaba ahora?

Absorbida por estos pensamientos, Annika cogió en secreto el magnetofón de Jonás y escuchó de nuevo todas las cartas. También la primera cinta, aquella que Jonás grabó el día de su cumpleaños, cuando estuvieron a oscuras delante de la quinta Selanderschen. La cinta en que David y Jonás creyeron oír que una voz susurraba: «en el cuarto de verano... yo... Emilie».

En aquella ocasión, Annika no pudo oír la voz. Ni siquiera tomó en serio lo que le dijeron los otros dos. Ahora, en cambio, la oía claramente.

Pero hubo algo más; descubrió en otra cinta algo que se les había pasado a los otros dos. Esta última cinta había sido grabada en la iglesia el día anterior a la apertura de la tumba. En aquel momento, los muchachos estaban esperando a Lindroth. El padre de David, sentado en el coro, tocaba el órgano. Jonás había estado ensayando su voz para el reportaje de apertura. Se esforzaba por conseguir un tono discreto, serio, adecuado para un entierro real, y la atmósfera le parecía sugerente. Describió el púlpito, el altar y cosas por el estilo. David iba junto a él. Annika, un poco detrás.

De repente, David había dicho que hacía frío en la iglesia y que quería salir.

También Annika había notado algo así como un soplo frío. «Salgamos a la calle», había propuesto.

En aquel instante se había parado el órgano, ¡y una voz había quedado grabada en la cinta! ¡La misma voz que entonces! Annika lo notó inmediatamente. Retrocedió la cinta y volvió a escucharlo muchas veces más. La voz resultaba cada vez más clara.

¿La voz de Emilie...?

Como la primera vez, al principio resultó difícil entender qué decía. El mensaje era breve. Se componía de un par de palabras entrecortadas, lo mismo que la vez anterior.

Finalmente, Annika creyó escuchar la palabra «avispa».

Cuando la voz dijo: «en el cuarto de verano», ellos descubrieron el cuarto de verano. Pero ¿qué podría significar la palabra «avispa»?

¡En todo caso era un descubrimiento que abría la esperanza! Annika telefoneó a David y le

pidió que fuera a verla.

David oyó enseguida la voz, pero interpretó el mensaje de otra manera. Le pareció que decía «obispo». Eso era aún menos comprensible. ¿Qué obispo? ¿Uno que viviese ahora o uno de la época de Emilie? ¡Debía haber dado su nombre!

Cuando volvían de la excursión con Lindroth al Monte de la Horca, el pastor había hablado del texto para la música que el padre de David había compuesto. Es decir, para la melodía que David había escuchado en sueños. Lindroth les contó que había tenido una inspiración mientras estaban junto al epitafio de Andreas. Estando allí de pie, le vino de repente el texto. Lo escuchó, lo vio. O, al menos, él había tenido esa impresión. Pero luego, se le habían esfumado las palabras...

Insistió en que eran las palabras adecuadas. Había tenido una sensación extraña: que sólo podía haber un texto para aquella melodía. Era preciso encontrar ese texto, las palabras, el contenido. Esas palabras habían surgido en su interior en el Monte de la Horca; después habían desaparecido, esfumadas como en un sueño.

Sin duda ocurría algo raro, pues también David pensaba que ya existía un texto para aquella melodía. Lo había oído cantar en sueños, palabra por palabra, pero lo había olvidado al despertarse.

Su padre, Svante, estaba convencido de ser el autor de la melodía. Cuando David le había dicho que creía conocer la melodía, él le había respondido que eso era imposible, a no ser que todas las melodías existieran y estuvieran almacenadas en algún sitio y el arte de componer consistiera en redescubrirlas y sacarlas del olvido.

Al anochecer, David fue a la quinta Selanderschen; quería echar una mirada a la selandria. La planta había echado capullos y él deseaba ver cuánto habían crecido. Eran grandes y pronto se abrirían. Sólo estuvo allí un momento.

Al volver a casa, pasó junto a la iglesia. Sabía que su padre estaba allí, trabajando como de costumbre.

Al entrar, además del sonido del órgano, oyó el tecleo de una máquina de escribir. Sentado en un banco del centro de la iglesia. Lindroth escribía. Era evidente que estaba inspirado. Golpeaba las teclas con fuerza y no advirtió la presencia de David.

David se colocó sigilosamente detrás de él y miró por encima de su hombro.

Lindroth levantó la mirada y lo vio.

—¿Llevas pastilla de ésas? —preguntó con cautela.

—¿Se refiere a las de regaliz? Lo siento, pero no.

—No importa. Creí que... Son tan estimulantes esas pildoritas... —Lindroth fijó de nuevo los ojos en el papel, en lo que acababa de escribir—. Sí, David, estoy trabajando en el texto para la melodía que está tocando tu padre. Me vienen las palabras mientras la escucho.

—Entonces, no quiero molestarle —dijo David.

—No molestas. Ya he encontrado el texto —Lindroth hablaba con seguridad y parecía feliz.

—¿Puedo leerlo?

Lindroth asintió con la cabeza, y David leyó:

*Escucha, escucha, flor azul,  
tienes que hablar y darme una respuesta,*

*el cielo y la tierra están en silencio.  
Hay silencio en el mundo entero...*

David se sentó lentamente en el banco junto a Lindroth. Las palabras le eran conocidas. Las reconocía de nuevo. De repente advirtió que conocía todo el texto, incluso la parte de Lindroth no había escrito todavía.

Y empezó a recitar los restantes versos. Lindroth le echó una mirada..., pero no pareció sorprendido. Comenzó a escribir mientras David hablaba.

*Flor azul, tú debes saberlo,  
tú lo sabes, y te acuerdas.  
Háblame, susurra, respira,  
dame tan sólo una señal...*

David enmudeció y Lindroth dejó de teclear. Sonrió satisfecho y leyó lo que había escrito.

—Si, así está bien —dijo—. ¡Somos geniales, David!

David le devolvió la sonrisa. También él se sintió de repente tan extrañamente alegre, tranquilo y satisfecho como Lindroth.

Éste miró de nuevo el texto y se enfrascó en él. Se frotó las cejas y comentó:

—Me gustaría saber si hemos captado todo. ¿Lo repaso otra vez? ¿Qué opinas, David?

Pero no recibió ninguna respuesta. Se volvió y buscó a David con la mirada. Lo llamó...

David había desaparecido.

¿Dónde podría estar el chico? ¿Por qué tenía tanta prisa? Lindroth siguió sentado y trabajó durante un rato en su obra. Se le había dado muy bien, y era emocionante esperar a ver si se le ocurría algo más.

David cogió la bicicleta y se sumergió en la noche. Siguiendo una vieja costumbre, pedaleó hacia la quinta Selanderschen. Se apeó y dio una vuelta. Los rosales florecían por todas partes; rosas amarillas y blancas perfumaban la noche.

Un sapo salió de su agujero. Los sapos tienen los ojos muy bonitos... David se inclinó, el sapo se detuvo, y los dos se miraron largo tiempo a los ojos. ¡A David le hubiera gustado compartir los pensamientos del sapo! Y se preguntó sonriendo si el sapo tendría el mismo interés en conocer los suyos.

Entonces oyó el teléfono de la casa. Dejó el sapo, abrió la puerta de la cocina y entró de prisa. Todavía seguía sonando. Fue hacia el aparato y cogió el auricular.

Era Julia:

—Buenas noche, David.

—Buenas noches.

—Parece que te falta la respiración.

—Estaba en el jardín y he oído el teléfono ¿Qué hora es? ¿No es ya muy tarde?

—¿Si? No me he dado cuenta. Yo no me guío mucho por el tiempo... —Julia sonrió quedamente.

—No importa —dijo David.

—¿Cómo van las cosas, David? ¿Ha florecido ya la selandria?

—No. Tiene capullos grandes, pero creo que no ha florecido ninguno todavía; al menos hace un par de horas no había ninguna flor.

—¡Ah ya! Pero, cuando empiezan a salir, se desarrollan deprisa; los capullos de la selandria se abren siempre por la noche.

—Entonces miraré otra vez antes de irme.

—Hazlo, David. ¡Y cuídala bien!

—Se lo prometo.

—Bien, David. Otra cosa: el movimiento del caballo que hiciste la última vez...

—¿El que me sugirió el escarabajo?

—Sí. Le ha dado la vuelta a la partida.

—¿De verdad? ¿Cómo ha sido?

—Ahora estoy obligada a cambiar tu dama por la mía y darte otra vez jaque. ¿Estás en peligro?

—No, en realidad no; pero..., ¿no es una jugada extraña?

—Depende de lo que uno se proponga con ella. La jugada siguiente sí que va a ser muy importante. De ella puede depender toda la partida.

—¿Sí?

—Sí. Piénsala bien. Buenas noches, David.

—Buenas noches.

David colgó el auricular y movió la cabeza. Julia era un caso curioso. De pronto, el muchacho cayó en la cuenta de que nunca habían convenido la hora en que ella iba a llamar, para que él estuviera allí. No obstante, Julia llamaba siempre casi en el momento mismo en que él entraba por la puerta. O estaba colgada continuamente al teléfono, o tenía un sexto sentido. Jamás parecía sorprendida cuando él lo cogía. A David tampoco le causaba sorpresa que fuera ella. Su partida de ajedrez se había convertido en la cosa más natural. Aquella sensación resultaba agradable.

Julia había dicho que la jugada siguiente iba a ser muy importante. Tendría que esforzarse. No quería que lo tuviera por un mal jugador. Julia había conseguido dos veces darle jaque. Sí, David tendría que esforzarse.

Fue hacia la puerta; y entonces recordó lo que había dicho a Julia sobre la selandria. Tenía que comprobar otra vez el estado de los capullos.

En cuanto abrió la puerta, vio que la selandria había florecido. Tenía flores azules, grandes flores azules. Temblaban y se balanceaban delicadamente en sus tallos, mientras él cruzaba el cuarto. Cuando se paró delante de ella, las flores se quedaron quietas, dejaron de moverse. Parecían escuchar atentamente y sin respirar cuando David se inclinó sobre ellas y tarareó la melodía que había escuchado en sueños.

## 23. LA FOTOGRAFÍA

Jonás daba vueltas pensativo. Tenía que encontrar algo interesante para Hjärpe. Los dos querían mantenerse en contacto. Hjärpe había dicho que a Jonás le iba la profesión de periodista, y el muchacho no podía defraudar a Hjärpe.

¿Podrían servirle las voces de las cintas?

Tal vez no. Era difícil oírlas. Se necesitaba tiempo para llegar a entenderlas, y Hjärpe parecía siempre muy agitado y con prisas, nunca tenía tiempo para nada.

Jonás había perdido la esperanza de encontrar la vieja estatua. Ahora iba siempre de mala gana a la quinta Selanderschen, donde tantas expectativas habían quedado enterradas. En cuanto allí llegaba, se sentía deprimido.

Pero ahora florecía la selandria y, naturalmente, deseaba observarla. ¿Podría interesarle a Hjärpe? En todo caso, provenía de un discípulo de Linneo y tenía su historia. Pero ¿a Hjärpe con una planta? No. Un tema así era demasiado vulgar, poco llamativo. Sin duda, iría a parar a la papelera. ¡Tenía que encontrar algo más emocionante!

De todas formas, fue con los otros a la quinta Selanderschen y contempló la planta. Era fantástica y no tenía ningún parecido con otras plantas que él había visto.

Los tres pasaron un largo rato junto a ella. Hablaron de Emilie y de que ella había estado muchas veces allí y le había pedido una señal. David silbó la melodía y recitó el texto. ¡Aquella tenía que ser la canción de Emilie!

Annika olió la planta. Exhalaba un suave olor balsámico.

—De noche emite un aroma más fuerte todavía —explicó David.

Annika había llevado consigo zumos y bocadillos. Decidieron tomarlos en el cuarto de verano. Cuando iban a subir, sonó el timbre de la puerta.

—Es mamá —dijo Annika—. La señora Göransson le ha dado permiso para coger rosas del jardín. Subid vosotros, yo voy a abrir la puerta.

Volvió a sonar el timbre y Annika bajó corriendo. Cuando llegó a la puerta, oyó que alguien tosía fuera. Se quedó petrificada. ¡No era mamá! Dio un paso atrás. Luego oyó como metían una llave en la cerradura. ¡Mamá no tenía llave!

Annika dio medio vuelta y corrió escaleras arriba, presa del pánico. Los otros dos estaban delante de la puerta del desván. No habían entrado todavía.

—¡No es mamá! —susurró ella—. ¡Es alguien que tiene llave!

Jonás se acercó sigilosamente a la ventana. ¡Exacto! Allí estaba el Peugeot azul, delante del portón del jardín. Y alguien esperaba sentado en el coche.

Abajo se oían pasos. Había entrado alguien, alguien que creía encontrarse solo.

¿Qué debían hacer? David y Annika se miraron fijamente, parecían sobresaltados. Jonás pensó que había llegado su gran ocasión. Susurró a los otros que no hicieran nada. Luego, conectó el magnetofón. Aquello había que grabarlo con todo detalle. Sería interesantísimo llevar esto a Hjärpe.

—Aquí, Jonás Berglund desde la quinta Selanderschen. Estoy en el piso superior y voy a intentar ver, a través de la barandilla de la escalera, lo que sucede abajo. Las condiciones para grabar son difíciles, pero intentaré hacerlo lo mejor posible —dijo lo más bajo que pudo y pegando la boca al micrófono—. Ha penetrado en la casa un extraño. Ha utilizado una llave, probablemente robada. Ahora está en el piso inferior; parece inseguro, indeciso. Quizá porque todavía dude de si se encuentra solo. Mis colaboradores y yo queremos hacerle creer que está solo. Así podremos averiguar qué pretende... Es preciso esperar hasta que se sienta seguro. Entonces lo sorprenderemos y desenmascaramos. Ahora veo cómo se mueven sus pantalones de color canela. Las toses que se oyen de vez en cuando son las de una persona que fuma. Se dirige hacia la librería y empieza a revolver entre los libros. Registra por todas partes, sus movimientos son nerviosos, tiene prisa. Es claro que busca algo. Tiene que ser algo determinado. Saca filas enteras de libros, busca detrás del estante, deja caer los libros, maldice, los levanta de nuevo y sigue buscando. ¿Qué espera encontrar en la estantería? ¡Es un misterio!

David y Annika se habían colocado detrás de una cortina.

—¿Qué está haciendo? —siseó Annika, y sacó la cabeza.

Jonás le ordenó con un gesto que se ocultara. ¡Qué imprudencia! Ya escucharía más tarde Annika el reportaje. Ahora no podía andar curioseando sin más, y exponerse a ser descubierta.

En ese momento, un claxon dio cuatro señales cortas. Jonás informó:

—Estas señales proceden del Peugeot azul aparcado fuera. El hombre que está en el piso bajo ha reaccionado inmediatamente; se mueve deprisa de un lado a otro; seguramente está nervioso. La señal tiene que significar algo. Quizá una advertencia. Ahora se dirige hacia una ventana. La abre y salta al jardín. Oigo sus pasos, que desaparecen corriendo. Voy a intentar vigilarlo. Un momento...

Jonás desconectó el magnetofón. David y Annika miraron hacia fuera.

En aquel momento oyeron a mamá llamar desde el jardín:

—¡Jonás! ¡Annika! ¿Estáis ahí?

¡Era mamá! ¡Se le había ocurrido llegar precisamente en aquel momento! ¡Por eso había tocado el claxon aquel tipo! Era la señal de alarma.

Mamá llamó de nuevo:

—¡Jonás! ¡Annika!

Entonces, intervino Annika:

—¡No debemos contestar! —dijo en voz baja—. Si lo hacemos, él notará que ha sido descubierto. Hemos de procurar que regrese otra vez. Tenemos que averiguar qué se propone.

Jonás le dirigió una mirada de aprobación. Annika tenía toda la razón. No debían desaprovechar aquella oportunidad. El Peugeot azul seguía allí, sólo se había movido unos metros para ocultarse tras un arbusto. Espera. Por tanto, el hombre pensaba volver.

Las mejillas de Annika estaban muy rojas de entusiasmo. Sintonzaba plenamente con Jonás. ¡Ahora había que actuar! ¡Actuar deprisa!

Examinó la situación desde la ventana y comunicó:

—Mamá ha empezado a cortar rosas. Cree que no estamos aquí. El sospechoso se ha escondido, sin duda, en alguna parte y espera a que se vaya.

—Exacto. Cuando se vaya mamá podremos sorprenderlo. Ésta es la ocasión, hay que aprovecharla.

Annika tomó el mando del grupo. Ni ella misma supo qué la impulsó a hacerlo; pero, de repente, se sintió llena de energía.

—Tenemos que averiguar qué busca, antes de que regrese —explicó—. ¡Vamos a la estantería!

Jonás quiso bajar inmediatamente, pero Annika dijo que uno debía quedarse vigilando. Jonás era el más indicado para esa tarea. David y ella podrían mirar la estantería.

—Jonás, tú vigilarás a mamá, al Peugeot azul y al sospechoso. En cuanto se vaya mamá, nos haces una señal. ¿Entendido?

—Entendido. Ojalá coja muchas flores.

Jonás ocupó su puesto en la ventana. Este trabajo era mejor para él. Así podría estar informado todo el tiempo, y reunir un material magnífico para Hjärpe; ¡un auténtico reportaje!

—Vamos, David, tenemos los minutos contados —dijo Annika.

David estaba ya junto a la librería y buscaba.

—Empieza por el otro lado —dijo la muchacha—. Así nos encontraremos en el centro.

Buscaron afanosamente, sin hacer ruido. Procedieron tan metódicamente como cabía. Pero no les resultó fácil, sobre todo porque no sabía qué buscaban: ignoraban si se trataba de un libro o de otra cosa.

Jonás vigilaba desde la ventana. Escondido tras las plantas, tenía una visión perfecta del jardín. Vio como mamá cortaba rosas, como brillaba el Peugeot azul detrás del arbusto. En cambio, no veía al sospechoso; pero sabía que estaba fuera, agazapado en alguna parte, observando a mamá, esperando... Jonás continuó el reportaje:

—... lo cual significa, queridos oyentes, que la señora Berglund, sin sospechar nada, está cortando rosas inocentemente, mientras cuatro ojos se dirigen atentamente hacia ella: por una parte, los míos, la mirada cariñosa de su hijo, que desea tarde mucho tiempo en hacer el ramo; por otra, los ojos maliciosos e impacientes del desconocido, que desea que se vaya de una vez al diablo, para conseguir él su tenebrosa labor en la casa.

Jonás enmudeció. Vio que el ramo de su madre era ya muy grande. El tiempo se acababa.

—¡Daos prisa! —siseó a David y Annika—. ¡Está a punto de terminar!

—No creo que se trate de un libro —opinó David nervioso—. Tiene que ser otra cosa.

Annika empezó a sentir un cosquilleo de nervios en el estómago. Buscaba a toda prisa pero sin resultado. Había muchos libros apilados en el suelo. Y tenían que colocarlos de nuevo en la librería.

—¡Si al menos supiera de qué se trata...!

De repente, la mirada de David tropezó con un sobre marrón que se había deslizado y había quedado sobre unos libros. En su parte superior había una escueta nota a lápiz: «altura: 1,37 metros». Después, un par de cifras, probablemente un número de teléfono.

—¡Annika, ven!

—¿Qué pasa?

Examinaron juntos el sobre.

Contenía algo extraño. Algunos anuncios recortados, sin duda, de varios periódicos. Además, un pliego de papel cuadriculado, sobre el que alguien habría escrito una lista de números de teléfonos. Parte de ellos tenían el prefijo 08, es decir, el de Estocolmo. Los anuncios se referían a anticuarios.

—¿Crees que podría ser esto?

—No lo sé...

David ojeó nervioso los recortes. De repente apareció entre ellos una fotografía:

—¡Mira, Annika!

Era una foto pequeña, pero clara. Mostraba la parte baja de la escalera, vista desde el vestíbulo, y estaba centrada en la columna de la escalera. Pero no era la columna lisa de ahora; al menos no tenía el mismo aspecto. Adosada a la columna había una extraña y estilizada figura de mujer. Aparecía de perfil y miraba fijamente hacia delante. Y llevaba una flor en la mano.

¡Era la estatua egipcia, no había duda!

Pero se les había acabado el tiempo. En ese momento, Jonás silbó. Mamá había terminado de coger su ramo de rosas.

David volvió a meter la foto en el sobre. Tenían que darse prisa y colocar todo de forma que no se notara nada. Había montones de libros en el suelo. Trabajaron febrilmente.

Jonás silbó de nuevo. Mamá se dirigía ya a la puerta del jardín. El sospechoso podía aparecer en cualquier momento. David colocó los últimos libros en la estantería.

—¡La mitad están al revés! ¡Dales la vuelta! —dijo Annika.

—¡No hay tiempo! —David la agarró y tiró de ella.

Por el camino empedrado se oían unos pasos. David y Annika acababan de ocultarse junto a Jonás cuando oyeron cómo se abría la puerta y entraba alguien. Los tres se abrazaron aliviados.

—¡Lo hemos encontrado, Jonás! —susurró Annika.

—Es una foto de la estatua —murmuró David—. ¡Ha estado colocada en la columna de la escalera!

Ahora, abajo se oían pisadas enérgicas. El sospechoso estaba convencido de que se encontraba solo en la casa. Jonás se deslizó con el magnetofón escaleras abajo. El hombre entró en una habitación. Jonás ya estaba por la mitad de las escaleras.

—¡Es un imprudente! —susurró Annika con admiración.

Oyeron cómo el hombre cogía el auricular y marcaba un número. Esperó a que contestaran. El silencio era tan profundo que Jonás pudo oír la señal del otro lado. Estaba preparado para grabar la conversación. Pero nadie contestó. El desconocido colgó el auricular, y Jonás empezó a subir, sin ruido, escaleras arriba.

Annika y David respiraron.

—¡Déjame ver la foto! —susurró Jonás.

—Más tarde —contestó Annika.

Oyeron pasos abajo.

—Enséñasela, Annika —susurró David.

Pero Annika lo miró sin entender. ¡Ella no tenía el sobre!

—Creía que lo tenías tú...

Se miraron horrorizados. Con la prisa, cada uno había creído que el otro había cogido el sobre, y ¡ahora no lo tenía ninguno!

—¿No te lo di a ti? —preguntó David.

—Sí, pero yo lo dejé en la cómoda... Tenía que colocar los libros... Yo creí...

—¡Cabezas de chorlito! —bramó Jonás. ¡Aquello era el colmo de la negligencia! Estaba furioso por no haber previsto lo que iba a pasar. Debería haber dejado a uno de los dos vigilando, en vez de quedarse él. Se llevó a la boca una pastilla de regaliz y preguntó, conteniéndose a duras penas:

—¿Dónde está ahora el sobre?

—En la cómoda, junto a la librería —suspiró Annika.

Jonás se adelantó otra vez, arrastrándose, y vio abajo los pantalones del sospechoso. Estaba delante de la librería. La única esperanza era que no viera el sobre. Cada vez que se acercaba a la cómoda, a Jonás casi se le paraba el corazón. Tenía que limitarse a contemplar la escena y no podía hacer nada. ¡Ojalá regresase mamá o cualquier otra persona!

Pero no entraba nadie, todo estaba tranquilo. El Peugeot azul aguardaba; el sospechoso podía buscar con calma.

Ahora estaba parado. ¿Qué hacía? Se encontraba peligrosamente cerca de la cómoda. Llevaba un rato sin moverse. ¿Qué estaría haciendo?

Jonás quiso acercarse más, pero vio cómo el hombre giraba sobre sus talones y salía deprisa. ¿Habría desistido o...?

Jonás se precipitó escaleras abajo, seguido de los otros. ¡El sobre había desaparecido, la cómoda estaba vacía!

David y Annika estaban abrumados. ¡Entre los dos habían ayudado al sospechoso a encontrar la fotografía! Tan disgustado estaba, que, al final, Jonás los compadeció. Sacó su caja de regaliz y les ofreció. Fue la única vez que no la rechazaron con un gesto de agradecimiento; ni siquiera Annika. Tomaron una pastilla. La muchacha, incluso, tomó dos.

Finalmente, Jonás hizo la reflexión de que, a pesar de todo, tenían otra vez en sus manos la situación. Normalmente, hubiese pasado horas enteras deprimido tras lo sucedido, pero esta vez le sirvió de estímulo el mismo fracaso.

—¡Está bien! —exclamó—. ¡Por lo menos ya sabemos que la estatua existe! ¡No se quemó!

—Pero ¿cómo podemos convencer de ello a los demás? —preguntó David—. Hemos perdido la única prueba de su existencia.

Jonás no contestó enseguida. Pero tenía una expresión ladina. No lo dijo, pero pensó que, en realidad, no era un contratiempo el hecho de no poseer la fotografía. Su posesión podría haber sido perjudicial para ellos: Jonás se conocía lo bastante como para saber que no habría podido evitar ir corriendo en busca de Hjärpe para mostrarle el hallazgo. Y entonces, ¡todos los suecos se habrían puesto a buscar la estatua egipcia! Ahora, en cambio, sólo ellos conocían el secreto. El sospechoso no lo revelaría. Por eso dijo Jonás, pensativo:

—Tal vez sea mejor así. Si jugamos bien nuestras cartas, podemos ganar la partida.

—¿Ganar la partida? ¿A qué te refieres?

Bueno, en primer lugar, sabían que existía una fotografía y que era eso lo que alguien había estado buscando en la quinta.

David y Annika consideraban poco probable que alguien corriera tantos riesgos por una pequeña fotografía. Pero Jonás no opinaba lo mismo. Si alguien quería que nadie supiese que en Ringaryd se conservaba una milenaria estatua egipcia, tenía que correr ciertos riesgos, concluyó

agudamente. Ahora entendía la situación y se sentía satisfecho. David y Annika eran, sin duda, inteligentes a su modo, pero no sabían qué hacer en situaciones como ésta.

Jonás se acercó a la columna de la escalera.

—¡Así que ha estado aquí la estatua funeraria egipcia de hace tres mil años! ¡Exactamente aquí!

—Pero... —dijo David, asediado de repente por un pensamiento—. Sólo ha podido estar la mitad de la estatua. No sobresalía y parecía un relieve.

—Es verdad, tienes razón —reconocía Annika—. No ha podido estar la estatua entera. No habría cabido.

—Pero si sólo ha estado aquí la mitad..., ¿dónde se encuentra el resto?

Jonás paseaba su mirada de uno a otro. Pensaba en lo que habían dicho David y Annika. No le resultaba fácil porque él no había visto la fotografía. David y Annika no cesaban de intercambiar palabras como: «la verdad», «el resto». ¡Santo cielo! Pero ¿de qué hablaban? ¡No tenían ninguna de las dos partes! ¡Ni siquiera la fotografía!

—¡Escuchad —exclamó—, ahora es cuando tenemos que apresurarnos!

Los dos parecían la encarnación de una pregunta:

—¿Por qué... «apresurarnos»?

—¿No lo entendéis? El sospechoso se siente seguro. ¡Ha eliminado todas las pruebas, ya que tiene la fotografía! Ahora piensa que tiene las manos libres.

—¿Crees que él tiene la estatua?

Jonás se encogió de hombros.

—Él u otro cualquiera, ¿qué sé yo? —hizo una pausa y los miró decidido—. ¡Pero lo averiguaré!

## 24. LAS ROTATIVAS GIRAN DE NUEVO

Ahora, Jonás sabía cómo había que colocar las piezas del rompecabezas. Era increíble: había descubierto una fotografía, le habían echado una mirada y la habían perdido. Jonás ni siquiera la había visto; pero podía imaginársela. ¡Sabía atar cabos! Se encontraban en el punto crítico. Él lo presentía. Pronto llegaría el momento de ponerse en contacto con Hjärpe.

—¿Qué haces, Jonás? ¿Qué buscas?

Era Annika. Cuando David y ella entraron en la habitación de Jonás, no vieron más que las suelas de sus zapatos. Estaba tumbado sobre el vientre y se arrastraba por debajo de su cama. Por fin apareció, empolvado y despeinado. Sostenía en la mano una bolsa de plástico llena de desperdicios y exclamó con gesto triunfal:

—¡Aquí tenemos la prueba!

—¿La prueba? —lo miraron sin comprender—. ¿En esa bolsa vieja y sucia?

—¿No la reconocéis? Es la bolsa de la basura.

¿La bolsa de la basura? Ah, sí, claro, la misma que él había encontrado en la cocina, cuando registró la casa, la primera vez que estuvieron en la quinta Selanderschen.

—¡No digas! ¿La tenías guardada?

—¡Claro!

Jonás volcó la bolsa, y su contenido se desparramó por el suelo de la habitación. ¡Esta vez sabía lo que buscaba! Hizo un pequeño montón con papel de lija, astillas de madera, aserrín, un bote de pintura verde, una botella de licor con visibles huellas dactilares, un tiesto roto con una planta mal puesta. Luego, colocó aparte un escarabajo muerto.

Para mayor seguridad, examinó otra vez los desperdicios y los fue clasificando. ¡Valía la pena! Descubrió algo importante. Un recibo doblado de su propia tienda, del bazar de los Berglund, fechado el 27 de junio, es decir, el mismo día en que él había recibido su magnetofón y hecho su primera grabación en el jardín de la casa Selanderschen.

El recibo estaba escrito a mano, era la letra de mamá. Normalmente, en la tienda no daban facturas detalladas, él lo sabía. Por tanto, tenía que haberla pedido alguien. Jonás leyó en voz alta las partidas registradas:

—Pintura, veinticuatro con treinta; diez pliegos de papel de lija, tres con noventa y dos; rapé dos con treinta y cinco. Total treinta con cincuenta y siete.

Miró a los otros.

—¿Qué sacáis de aquí? ¿Qué dices tú, David?

David revolvió los desperdicios pensativo. Olió las astillas de madera.

—Si, todo esto es muy significativo, Jonás —dijo lentamente.

Jonás asintió entusiasmado. Quería exponer su teoría:

—Vi cómo la señora Göransson cogía un paquete alargado, envuelto en papel de periódico. Tendría, aproximadamente, metro y medio de largo. Así lo grabé en la cinta. ¿Y sabéis qué pienso?

Jonás hizo una pausa y los miró. Nadie dijo nada. Luego, prosiguió:

—Creo que en aquel paquete se encontraba la estatua. Y allí había alguien que debía recogerla. La ventana estaba abierta, y oímos toses dentro. Y yo vi cómo se movía por la pared una sombra. Ya habíamos oído antes la misma tos, la del tipo del bote de remos. La vais a oír de nuevo enseguida. Era él quien debía recoger la estatua con el mayor sigilo. Por eso llegó por el río, no por la carretera. No quería ser visto. Pero lo hemos descubierto. Le delató la tos. Y ahora, escuchad esto.

Jonás puso de nuevo la cinta del jardín. La habían oído innumerables veces, pero nunca lo hicieron con tanta atención como ahora.

Todo lo que se oía adquiría de repente un significado distinto: las toses que llegaban de cuando en cuando desde la habitación, la respuesta de la señora Göransson cuando fue a telefonar. «Por lo que pueda ocurrir, voy a comprobar si todo está en orden». Y luego, la conversación telefónica: «Está claro que no corro semejante riesgo... No, no se ve; nadie pensará en eso... Fue un viejo de aquí. Como es natural, no cogí a uno cualquiera. En caso de que el tipo se fuera de la lengua, nadie creería lo que dijera. ¡Nadie le toma en serio...! Sí, gracias, ya he recibido la mitad del dinero».

Jonás desconectó el magnetofón:

—Bien, ¿qué opináis?

Le brillaban los ojos. Casi no podía callar, pero se contuvo. Quería observar las reacciones de los otros dos.

—Para mí está totalmente claro —dijo David—. ¿Qué va a ser eso que no se ve y en lo que nadie pensará? Sólo puede tratarse de la columna de la escalera.

—¡Claro! —asintió Jonás—. Recordáis que la pintura no estaba seca cuando entramos aquel día. Quien compró las cosas anotadas en el recibo, entre otras la pintura y el papel de lija, desmontó la estatua de la columna. Estoy seguro.

—¿Crees que fue el mismo tipo que la recogió por la noche? —preguntó Annika.

David y Jonás opinaban que no. Sin duda, había sido otro. Annika parecía pensativa.

—Un viejo de aquí, un hombre al que nadie toma en serio —repitió en voz baja—. Al que nadie creería lo que dijera...

—¡Un hombre que bebe licor y toma rapé! —añadió Jonás.

—¡Humm...! —murmuró David.

Jonás lo miró impaciente.

—¡Deja de pensar y di algo! ¿Quién crees que es? ¿O es que no tienes ni idea?

—Si, creo que los tres estamos pensando en la misma persona —le respondió muy serio David—. ¿No recordáis que la selandria sólo se inquietó ante un hombre? ¡Ante la persona que, probablemente, rompió el tiesto que hay en la bolsa de basura! ¡Por eso reaccionó así! Voy a hablar con ese hombre.

—Y yo voy a comprobar el recibo con mamá —dijo Annika.

Jonás no dijo qué se proponía hacer, pero nadie creyó que fuese a quedarse sin hacer nada. Tomó una pastilla de regaliz y meditó un rato sobre el asunto. Luego, llamó a Harold Hjärpe, al periódico de Smaland.

No había mencionado a Hjärpe delante de los otros, pero había prometido llamarle si surgía algo nuevo. ¡Y vaya si tenía novedades! ¡Y lo que se promete se cumple! Pero no debía despertar demasiadas esperanzas. La conversación con Hjärpe tenía que limitarse a comunicarle que estaban ocurriendo cosas... y que era preciso esperar y estar atentos. Esperar a ver en qué quedaba todo.

¡Pero Hjärpe era incapaz de esperar! Jonás tendría que haberlo supuesto. Intentó exponerle por encima la situación, subrayando las dificultades que existían. Pero Hjärpe no sabía esperar.

—¡Muy bien, Jonás! ¡La vieja estatua reaparece y vuelve a ser noticia! ¡Magnífico! Voy a poner otra vez el asunto en marcha.

—Sí, pero... —intentó frenarlo Jonás—. Se trataba sólo de la mitad de la estatua.

Hjärpe soltó una carcajada.

—Sabes perfectamente que la mitad nos sirve lo mismo que la estatua entera.

—Además, es sólo una sospecha... De verdad, de verdad, yo no estoy totalmente seguro de que exista —explicó Jonás un poco afligido.

Pero Hjärpe no se dejó impresionar.

—¿No dices que hace tres semanas estaba todavía allí? ¡Tú mismo la viste envuelta en papeles de periódico! ¿No?

—Sí, pero...

—Eso es suficiente, Jonás, más que suficiente...

—Pero recuerde usted que..., quiero decir que no estoy totalmente... —Jonás lo intentó de nuevo, pero Hjärpe lo interrumpió:

—Déjalo, muchacho, déjalo. ¿Quién, demonios, está seguro en esta profesión? ¡Buscamos novedades, no verdades eternas! ¡Jonás, eres fabuloso! ¡Tenemos lo mejor del mundo para una edición especial! ¿Dónde puedo encontrar la estatua o, mejor, como puedo dar con ese tipo siniestro? ¿Cómo lo localizo?

Al terminar la conversación, Jonás se quedó sentado con el auricular en la mano. Parecía hipnotizado. Había prometido a Hjärpe que antes de una hora volvería a llamar y le daría un número de teléfono, que él debía localizar entretanto... Jonás tenía una cierta idea y quería comprobarla antes, en secreto; pero Hjärpe había conseguido que la soltara. Jonás había hablado demasiado, no sabía con qué iba a salir ahora Hjärpe.

Pero Hjärpe no haría nada antes de que él supiera dónde se encontraba, o dónde podía encontrarse, la estatua. Lo primero que había que hacer, por tanto, era parar un poco al periodista y ganar algo de tiempo. Eso pensaba Jonás...

Pero se equivocaba. Hjärpe no se quedó parado en espera del número de teléfono. Al contrario. Creyó que tenía que tener todo preparado para cuando le llegara el número de teléfono. En cuanto dejó de hablar con Jonás, telefoneó a Emilsson, comisario de la policía de Eksjö, y excelente como contacto.

Le pidió que estuviera preparado. En el plazo de una hora le iba a comunicar dónde podría encontrar la vieja estatua funeraria de Egipto. Aquella estatua de 3000 años de antigüedad que había sido robada. Muchos creían que la estatua era una invención, Pero Hjärpe sabía que existía. Estaba esperando un número de teléfono que le iba a dar un chaval. Y le daba esa pista a

Emilsson, como amigo suyo que era, para que tuviera la oportunidad de un buen trabajo.

Pero debía saber una cosa: si no le garantizaba al periódico de Smaland los derechos exclusivos del caso, no habría número de teléfono ni volverían a darle más pistas en el futuro.

Eso era lógico. Emilsson lo comprendió y se lo prometió. Hjärpe comentó sonriente que, cuando la policía y la prensa se ponen a colaborar, todo va bien.

—De acuerdo. El periódico entrará en máquinas a las diez de la noche. Dejaré media página libre y te llamaré en cuanto reciba el número de teléfono. ¡Estate preparado! En ese momento intervendrás tú y te ocuparás del resto. Luego, echarán a andar las rotativas.

Estaban de acuerdo y Hjärpe colgó el auricular.

Entretanto, Jonás había hecho algunas averiguaciones. Ya sabía a quien pertenecía el Peugeot azul CSL-329. Resultó fácil. Pertenecía a un antiguo vecino de Tranas que ahora no tenía domicilio fijo. Tras fracasar en varios negocios, ahora se dedicaba a viajar de un lado para otro vendiendo antigüedades.

Jonás consiguió esa información a través de su padre. Como hombre de negocios resolvió el problema sin dificultades. Además, tenía habilidad para esas cosas.

El paso siguiente fue el número de teléfono. Para conseguirlo, Jonás no necesitó ayuda de nadie. Tenía en la cinta dos grabaciones de alguien marcando números. La primera era durante la conversación de la señora Göransson. La segunda, el fallido intento de telefonar por parte del sospechoso. En la cinta se oía con claridad como marcaba. La primera grabación tenía peor calidad: el ruido del tren al pasar impedía oír bien las tres últimas cifras.

Jonás puso la cinta en el magnetofón. Primero con gran rapidez, después, muy despacio. Escuchó... Parecía que...

¿Podría tratarse, las dos veces, del mismo número? Sí, ¿por qué no? Si se referían al mismo asunto, era muy probable.

Pero no debía hacerse ilusiones. Primero había que averiguar el número. Luego, a quién pertenecía.

Jonás se sentó de nuevo ante el magnetofón y grabó mientras marcaba todos los números desde el cero hasta nueve. Tenía que calcular cuanto tiempo tardaba el disco en volver a cero, después de marcar cada número. No fue difícil.

Al cabo de un rato había averiguado el número del teléfono: era el prefijo 031; por tanto, Goteborg. El prefijo y las demás cifras del número coincidían. Así pues, los dos habían marcado el mismo número. Era un punto de partida seguro.

¡La cosa estaba clara! Jonás llamó a información. El número pertenecía a un anticuario de Goteborg. ¡Eso aclaraba todo! No necesitaba saber más. No dudó ni un segundo. La rapidez era esencial.

Jonás telefoneó a Hjärpe.

Hjärpe telefoneó a Emilsson.

Emilsson conocía a aquellos dos tipos: al anticuario y al hombre de Tranas sin domicilio fijo. Ninguno de los dos tenía buena reputación.

A los pocos minutos, Emilsson viajaba en coche con dos hombres por la carretera de Goteborg.

## 25. LA MUÑECA DE MADERA

Siempre es difícil conversar con un hombre asustado. Sobre todo cuando no sabe de qué tiene miedo. Niega todo porque teme que cualquier cosa pueda representar un peligro para él.

David encontró a Natte junto al río. Caminaba sin rumbo dijo y removía las piedras; probablemente estaba buscando cangrejos.

En cualquier caso, no le agradó que llegara David y empezara a hablar con él. Quería que lo dejaran en paz, como dijo.

David pensó que sería mejor ir directamente al grano:

—Natte —comenzó—, hace como un mes nos encontramos una tarde en el Monte de la Horca. ¿Te acuerdas?

Natte le volvió la espalda. No se acordaba, no quería hablar.

—Natte, ¿puedes escucharme un momento, en vez de limitarte a decir «no»? Necesito que me ayudes a resolver un problema. Ten la bondad de escucharme.

Natte no contestó. Parecía receloso.

David continuó:

—Tú me has contado que, siendo niño, estuviste una vez con tu padre en la quinta Selanderschen...

—¡No! ¡No es verdad! ¡Nunca he estado allí! —Natte lo negó categóricamente.

David no le hizo caso.

—Y me has dicho que tu padre serró en dos una muñeca grande de madera. Tú estabas allí y viste como lo hacía.

—¡No! ¡Eso es mentira! ¡Yo jamás he presenciado eso!

—Al menos, eso es lo que me contaste —afirmó David sin inmutarse—. Bien, la muñeca de madera era en realidad una estatua. Y no fue serrada por medio, como yo lo había imaginado, sino a lo largo, es decir, de arriba a abajo, de suerte que quedó dividida en dos partes iguales.

¡Tonterías! No, Natte no quería oír más.

Se puso en marcha, pero David lo siguió y continuó:

—¡Claro que fue así, Natte! Y una parte de la estatua estuvo más tarde metida en una columna de la escalera de la casa Selanderschen. Pero hace cosa de un mes estuviste tú allí, y te la llevaste por encargo de la señora Göransson. Luego, tuviste que reparar la columna y pintarla de verde.

—¡Eres tonto! —gritó Natte—. Mientes tanto que tú mismo te lo crees. ¡Yo no hablo con gente como tú!

—Y cuando estuviste allí —prosiguió David sin desanimarse—, rompiste por descuido un

tiesto. Y como sabes la importancia que tiene las plantas en esa casa, te entró miedo, fuiste a la cocina y escondiste el tiesto roto en el fondo de la bolsa de la basura.

—¿Cómo te has enterado de eso?

Natte parecía muy asustado, y se asustó más cuando advirtió que se había ido de la lengua.

—Sí, lo sé —contestó David tranquilo—. Lo sé todo.

—Prometí no decir nada. Pero sabía que alguien trataría de sonsacarme. Lo he sabido siempre.

Natte estaba fuera de sí, pero David intentó tranquilizarlo.

Aunque nadie los oía, Natte seguía mirando con recelo. De nada sirvió que David procurara calmarlo. Se notaba que no sabía qué pensar.

—¡Es un ídolo maligno! —exclamó—. Jamás debí tocarlo. Sólo trae miserias y desgracias... ¡No se puede confiar en ningún hombre!

Natte no se tranquilizaba. Aun sintiéndolo, David no podía seguir más con él. Le repitió que no se preocupase, que él no tenía nada que temer. Pensó que sería mejor dejarlo en paz: ya había averiguado lo que quería saber.

Annika también.

Al principio, su madre no podía recordar quién había estado en la tienda comprando pintura verde, papel de lija y rapé. ¡Había pasado tanto tiempo! En el pueblo había muchos que usaban rapé; por tanto, ese dato no servía de nada. Pero Annika nombró a Natte, y su madre se acordó enseguida. ¡Si, claro! Natte había estado en la tienda unas semanas antes. Le pidió una factura después de comprar aquellas cosas. La madre de Annika lo recordaba porque le había llamado la atención la forma en que temblaba Natte al pedir la pintura.

—¡Como si fuera una deshonra comprar una lata de pintura! —explicó.

David asintió con un gesto al escuchar el relato de Annika.

Atardecía. Dieron un pequeño paseo. David tenía que volver pronto a casa. Aquella noche estaba su padre en casa, y querían cenar juntos. La melodía para el coro estaba casi concluida y sonaba bien. Por eso, pensaban celebrarlo los dos juntos. Solían hacerlo siempre que al padre le salían bien las cosas.

David sacó del bolsillo una astilla de madera. La olió y se la pasó a Annika. Ella la olió también.

—¿Te imaginas que este trocito de madera puede tener tres mil años de antigüedad? —dijo Annika con aire soñador.

—Me pregunto qué madera puede ser —pensó David en voz alta—. Probablemente de higuera, acacia o cedro, como dijo el conservador.

—Me gustaría que fuera acacia, suena mejor. ¿Qué opinas tú?

—No lo sé. Lo veré esta noche con papá. Es un experto en maderas.

Un par de horas más tarde, cuando David y su padre tomaban café después de cenar, David sacó la astilla de madera y se la mostró. No le dijo de dónde procedía ni que era una astilla de una estatua de hacía 3000 años. Sólo le preguntó por la clase de la madera.

A papá le bastó echar una mirada:

—Es roble —señaló.

—¡No, no puede ser! —exclamó David—. ¡No es posible!

—Déjame ver —su padre examinó más de cerca la astilla—. ¡Claro que es roble! —dijo—.

¿Qué pasa? ¿Por qué me miras tan extrañado?

—¿Estás seguro?

—¡Naturalmente! ¿Crees que no distingo el roble?

David saltó de la silla. Si la estatua era de roble, eso significaba que... Si, no podía ser otra cosa...

¡Tenía que telefonar inmediatamente a Annika!

Annika estaba en el baño, por eso tuvo que contentarse con Jonás. Le habló de la astilla y le dijo que el tipo de madera no coincidía con lo que Olsson había dicho. No era higuera, ni acacia, ni cedro. ¡Era roble!

Esta vez, Jonás se quedó literalmente mudo al otro lado del teléfono.

—¿Oye? ¿Adónde has ido? —le gritó David.

Jonás seguía al teléfono, pero su voz era débil. Aquello era horrible. Ahora que él... ¿Qué debía hacer?

—Así es —prosiguió David—. Y esto significa que...

—¿Qué? —susurró Jonás.

—Pues que, probablemente, la estatua no es auténtica —contestó David.

No había más que hablar del asunto. Colgaron los auriculares.

Jonás se quedó sentado... Comprendió que sólo podía hacer una cosa. Era cuestión de honor, pero no resultaba fácil. Necesitaba valor. ¿No habría realmente ninguna otra solución?

Tomó una pastilla de regaliz y examinó otra vez la situación. No, no había otra elección. Tenía que telefonar inmediatamente a Hjärpe. Eran casi las diez. Estaba a punto de imprimirse el periódico. Emilsson había trabajado perfectamente. Durante toda la tarde, a intervalos regulares, había estado informando a Hjärpe.

Hjärpe había podido seguir los sucesos paso a paso. Así había logrado un material excelente y ya tenía el artículo terminado.

Emilsson había seguido la pista del anticuario de Goteborg y lo había sorprendido *in fraganti*. Por increíble que parezca, había localizado las dos partes de la estatua. El anticuario las tenía allí. Una de ellas había sido comprada aquel año por una pequeña cantidad de dinero. Procedía de la herencia de un viejo oficial de Goteborg.

El anticuario comprendió enseguida que se trataba de una pieza única, y empezó inmediatamente a buscar la pista de la otra mitad. No cejó en su empeño y, al fin, la encontró. Su hombre de confianza, el antiguo vecino de Tranas que conocía a la señora Göransson, le habló de la extraña columna de la escalera de la quinta Selanderschen, en Ringaryd. El anticuario vio una fotografía y pudo comprobar que era lo que él buscaba. No resultó difícil convencer a la señora Göransson de que la vendiera. Necesitaba dinero, la pensión estaba a punto de quebrar, y ella había empezado ya a vender algunos enseres de la quinta. Había muchos objetos interesantes para un anticuario, pero tenía que ser algo que pasara inadvertido. A la señora Göransson le pareció una excelente idea sacar de la columna el viejo relieve.

Excepto Natte, ninguno de los implicados en el asunto pensó nunca que pudieran descubrirlos.

Bien se le notó al anticuario de Goteborg. Se quedó estupefacto cuando llegó Emilsson. La estatua estaba en la trastienda, en un pequeño local donde restauraba muebles viejos. Ya había unido las dos mitades. Emilsson fue directamente al grano y el anticuario no tuvo ninguna escapatoria.

Todo marchó sobre ruedas. Emilsson llevó la estatua al Museo de Arte de Goteborg, para que la examinaran los expertos.

Si, todo había salido mejor de lo que se esperaba. Emilsson estaba satisfecho; aquél era un gran éxito para la policía de Eksjö.

Hjärpe estaba radiante: era un material excelente para su periódico.

Hjärpe acababa de entregar toda la información, y las rotativas del periódico estaban en marcha. En la sala de redacción había un silencio impresionante. Sentado perezosamente. Hjärpe fumaba una pipa y escuchaba complacido el ruido de las máquinas. De pronto se oyó el teléfono. Era Jonás.

—Perdone que le llame tan tarde. Soy Jonás —Hjärpe se recostó en su silla.

—Hola, Jonás, llamas en el momento oportuno. ¡Las rotativas acaban de ponerse en movimiento!

—¿Sí?

—¡Claro! ¡Y mañana seréis héroes otra vez! ¡Titulares a toda página! ¡Venta sensacional!

Hjärpe se rió satisfecho. Jonás escuchaba afligido. Tenía una tarea poco grata. Y los informes de Hjärpe sobre el fantástico hallazgo, sobre la captura de Göterborg, no contribuyeron precisamente a facilitársela.

—Bien, Jonás ¿Qué dices ahora? ¿Cómo te sientes?

Jonás tragó saliva.

—Bueno, el padre de David acaba de analizar una astilla... Es un especialista...

—Sí, sí, entiendo.

Hjärpe no daba la sensación de entender y tampoco parecía muy interesado.

Jonás empezó a tartamudear.

—Bueno..., lo peor es que... que, de hecho, parece que, que... se trata de roble sueco.

—¿Sí?

—Sí... y ahora estamos... preocupados porque...

—¿Por qué?

—Bueno, porque la... la estatua encontrada por Emilsson puede ser falsa..., es decir, una co... copia —tartamudeó Jonás.

Desde el otro lado de la línea llegaron unas fuertes carcajadas.

—¡Eres genial, Jonás! ¡Eres un tío grande!

—Bueno, desgraciadamente...

—¡Imagínate! ¡Eso sería una maravilla! Así podríamos seguir vendiendo números extra toda la semana. ¡Muchas gracias por la noticia, Jonás!

## 26. ¿FALSA O AUTÉNTICA?

Jonás apenas había dormido en toda la noche. Tenía los ojos enrojecidos y parecía sentirse culpable de algo. Estaba deprimido.

Annika se inclinó sobre él.

—¿Puedes explicármelo, Jonás? ¿Cómo ha podido filtrarse esto? —le dirigió una mirada severa y agitó el periódico de Smaland.

Jonás levantó lentamente la cabeza de la almohada y palpó con la mano por la mesilla.

—¿Te apetece una pastilla de regaliz? —le preguntó. Pero Annika no estaba para pastillas.

Tampoco él pudo tomar ninguna. ¡Vaya un despertar! ¿Qué se podía esperar de un día como aquél? Ni siquiera se atrevió a imaginárselo.

Echó una mirada temerosa al periódico. Debajo de los negros titulares pudo reconocer borrosamente una estúpida foto suya enmarcada por las fotografías de dos estatuas: la del Museo Británico y la que ahora estaba examinando los expertos del Museo de Goteborg. Aún no se había emitido ningún dictamen, pero el informe podía llegar en cualquier momento: ¿falsa o auténtica?

Jonás suspiró. Para Hjärpe podía ser magnífico que se demostrara la falsedad de la estatua, pero él deseaba ardientemente que fuera auténtica. Desde el punto de vista puramente periodístico no era muy profesional pensar así, y eso le producía inquietud; pero no podía remediarlo.

¡Hjärpe sí que tenía talento para su profesión! Él podía permitirse el lujo de ver las cosas en su conjunto. Pero Ringaryd era un pueblo pequeño, y sería triste que sus habitantes sufrieran una nueva decepción. ¡La segunda en pocos días!

El pueblo había leído el diario de la mañana, y el ambiente estaba cargado de expectación. La gente se había levantado pronto. El día era soleado, los jardines estaban cuajados de rosas, en el césped relucía espesa la hierba. Aquí y allá había hombres alegres que discutían las novedades.

Ringaryd era de nuevo el centro de la atención. El pueblo estaba lleno de coches. Al leer las noticias sobre aquellos famosos muchachos que habían dado la pista a la policía, muchos turistas que se encontraban en las cercanías habían decidido hacer una excursión al pueblo.

En el comercio de los Berglund reinaba una actividad intensa. Todos los turistas querían llevarse algo de la famosa tienda. Las postales se estaban acabando. La vista aérea de Ringaryd con la quinta Selanderschen fue la primera en agotarse. Sólo quedaban postales con el cuartelillo de bomberos, e incluso éstas se terminaron. Papá y mamá apenas daban abasto.

Le gente sacaba sus cámaras y todos querían fotografiar a los jóvenes; sobre todo a Jonás. Pero éste no se había levantado aún. Era explicable, después de todo lo que había hecho. En cambio, podían fotografiar a los padres. El teléfono sonaba ininterrumpidamente. Llamaban los

periódicos, la radio y la televisión. Jonás había dicho que no estaba para nadie; Annika, igual. Su madre tenía que disimular y decir que no estaban en casa.

Poco a poco empezó a cansarse. ¡No podía más con las piernas! Naturalmente, le alegraba que el negocio fuese tan bien, pero resultaba muy fatigoso. Y no podía contar con la ayuda de Annika. Cuando más la necesitaba, desapareció de la tienda y se escondió. Jonás seguía en la cama con gesto huraño, mientras sus padres no paraban de trabajar. Mamá suspiraba. Empezaba a enfurecerse. ¡Le dolían tanto los pies...!

No podía soportarlo más. Tenía que acabar con aquella situación. Sus hijos se habían hecho famosos, pero no querían dejarse ver. ¡Pero todo tenía un límite! En un día como aquél, Annika tenía que ayudar. Y Jonás debía ocuparse de los turistas, que, al fin y al cabo, acudían por él.

Decidida, subió escaleras arriba. Pero se detuvo a mitad de camino. En el piso de arriba estaba puesta la radio. En aquel momento se emitían las noticias y hablaban de sus hijos. La madre escuchó: «Indican los expertos que la estatua ahora descubierta es una copia esculpida por un artista desconocido. Es decir, una falsificación realizada en roble sueco, probablemente a principios del siglo diecinueve. Representa a una mujer de pie. En algún momento dado fue aserrada en dos partes, que luego fueron unidas para formar una sola figura. De la estatua auténtica no hay ninguna pista. Los técnicos dicen que debe ser considerada como desaparecida hace ya tiempo. La pista de los muchachos de Ringaryd, tan famosos hoy en todo el país, ha resultado...».

¡Mamá no deseaba oír más! Se lanzó escaleras arriba y apagó la radio.

—¡Ya está bien! ¡Esto tiene que terminar de una vez! ¡Papá y yo estamos hartos!

—¿De qué?

—¡Una piedra en vez de la estatua! ¡Una estatua falsa! ¿No es bastante todavía? ¿Creéis que nos resulta agradable a papá y a mi salir diariamente en el periódico?

Miró a los niños, gesticulando excitada con los brazos.

Los niños no sabían que decir. Jonás quiso dirigirse hacia la puerta, pero su madre lo sujetó. Estaba enfadada de verdad.

—No te vayas, ¿me oyes? ¡Me vas a oír de una vez por todas! ¡Y tú también, Annika! ¡Estoy harta de estos chismes!

—Pero, mamá, ¿qué hemos hecho? —preguntó Annika.

Mamá se dejó caer en la cama deshecha de Jonás.

—¡Habéis perdido el tiempo en cosas inútiles! ¡Dejad de buscar esa vieja estatua que, probablemente, nunca existió!

Entretanto, Jonás había conectado secretamente el magnetofón para grabar en la cinta el arrebato de su madre. Pero ella lo descubrió.

—¡Corta eso, Jonás, o te arreglaré las cuentas!

Su voz sonó amenazadora, y Jonás desconectó el aparato; mamá parecía tener ganas de discutir...

—¿No pensabas estudiar matemáticas este verano? ¡Olvida ya esta tontería! ¡Se acabaron vuestras idas y venidas por el pueblo! ¡Tenedlo en cuenta! ¡Esta noche os quedaréis en casa! ¿Entendido?

En ese momento sonó el teléfono. Jonás fue a cogerlo, pero su madre se levantó rápidamente y le quitó el auricular.

—¡Desde ahora decidiré yo cómo deben marchar las cosas en esta casa! —bufó; pero

enseguida cambió de voz—. Aquí el establecimiento de los Berglund —dijo en todo profesional.

Al otro lado de la línea estaba Lindroth. La señora Berglund cambió otra vez de voz y adoptó un tono muy efusivo. La conversación fue una comedia. Ninguno de los dos esperaba encontrar al otro en el teléfono. Lindroth quería hablar con Jonás o Annika, y la madre esperaba que fuera alguien al que pudiera chillar, pues sentía necesidad de descargar en alguien toda su agresividad.

—La cosa parece que va bien, señora Berglund, ¿no? —preguntó Lindroth.

—¡Oh, sí, verdaderamente! —contestó la señora, sin saber de que se trataba.

—Sí, por fin comenzamos a ordenar un poco las piezas de la historia —prosiguió Lindroth.

—¡Sí, eso digo yo, por fin! —dijo mamá, tratando de averiguar a qué se referiría Lindroth. ¿No habría oído las noticias?

—Bien, en realidad quería hablar con alguno de los jóvenes, si es que están en casa.

—Sí, claro, los dos están aquí —dijo la señora Berglund. Consiguió hablar con cordialidad, pero no tenía el menor deseo de pasar el aparato a Jonás ni a Annika. Sólo serviría para echar por tierra cuanto ella acababa de decirles. Por eso titubeó un momento.

Pero Lindroth fue muy perspicaz y lo captó inmediatamente. Por eso se limitó a preguntar:

—¿Podría saludarlos de mi parte?

—Por supuesto.

Mamá parecía aliviada. Lindroth le pidió, entonces, que preguntara a Jonás y Annika si podían ir aquella noche a su casa.

—¿Esta noche? —mamá tosió nerviosa; aquello ya no le gustaba.

—Sí. ¿Hay algún inconveniente? Yo estaré ocupado todo el día —dijo Lindroth amistosamente. La madre tuvo que ceder—. Así que esta noche, a las siete y media.

La madre prometió que se lo diría. Lindroth continuó:

—Este verano han aprovechado muy bien el tiempo, se lo puedo asegurar. En cuando a esa copia de la estatua, es muy interesante...

—¿Sí?

—Sí, es una prueba evidente de que en el siglo diecinueve aún se conserva aquí una estatua egipcia.

—¡Ah! ¿Sí?

—¡Claro! Tenía que haber una estatua auténtica, de lo contrario no habría una estatua falsa. ¿No es verdad, señora Berglund?

—¡Pues claro!

Mamá tuvo que toser de nuevo y Lindroth puso fin a la conversación:

—Por favor, dígales que David ya está informado. E indíqueles que estoy madurando algo. Tengo en la mente un plan sensacional que les causará mucha alegría.

Mamá colgó el teléfono y tosió ligeramente. ¡Era terrible la tos que tenía! Jonás y Annika esperaban pacientemente.

—¡Sí! Eran Lindroth, ya lo habéis oído.

Pero no, ellos no habían oído nada. Jonás negaba con la cabeza. Pero su madre no les creía.

—¡No disimules, Jonás! —mamá sonrió un poco—. Era Lindroth; dice que os tiene preparada una sorpresa.

Jonás dio un salto de alegría. Pensó que debía complacer a su madre de alguna manera. La miró con afecto.

—¡Te ayudaré en la tienda! —exclamó.

—¡Yo también! —afirmó Annika.

## 27. UNA NUEVA PISTA

Lindroth salió a su encuentro con dos setas enormes. David lo seguía con un cesto lleno de niscalos. Habían llegado muy pronto; por eso habían tenido tiempo de coger setas, mientras esperaban a Jonás y Annika.

Fueron al despacho del párroco. Lindroth dejó con cuidado las setas y acercó las sillas.

—Siéntate, Annika. Y tú también, Jonás. Vamos a ver... Ya veo que David ha encontrado una silla.

Él se sentó en el escritorio. Hubo un silencio. Sentado en su mesa, el pastor sonreía satisfecho. Estaba tan radiante como Papá Noel la víspera de Navidad. David tenía la misma expresión que si acabara de recibir un regalo y estuviera esperando más.

—Eh, David, ¿qué te parece?, ¿les contamos todo ahora o esperamos un poco?

Lindroth dirigió a David una mirada alegre y misteriosa.

—No sé —dijo David.

—¿Qué? —Jonás parecía desconectado—. ¿Ya le ha contado todo a David?

—No, todo no —dijo Lindroth misteriosamente—. Hay muchas cosas más...

Cogió una fuente de ciruelas y les ofreció. Eran unas suculentas ciruelas amarillas. Estaba claro que actuaba deliberadamente con tanta calma para aumentar la tensión. Sonreía disimuladamente y hablaba mientras miraba con cariño a Jonás y Annika, que estaban sentados en actitud expectante y todavía no sabían nada.

—¿Te quedan pastillas, Jonás? —preguntó—. Me gustaría tomar una antes de empezar.

Naturalmente, Jonás llevaba pastillas y ofreció a todo la concurrencia; pero sólo Lindroth cogió.

—¡Coja dos!

—Muchas gracias, Jonás. Son tan estimulantes...

Lindroth se sentó. Jonás y Annika respiraron hondamente por la emoción. Comprendían que Lindroth les iba a decir algo muy importante. Pero éste se levantó otra vez. En la ventana zumbaban unas avispas, y quiso echarlas antes de empezar.

—¡Fuera de aquí! —dijo a los insectos—. ¡Cuántas avispas hay este verano!

Luego se sentó tranquilamente en el escritorio y paseó de uno a otro sus grandes y brillantes ojos.

—¡Eso es! Y ahora, escuchad atentamente. Os vais a enterar de algo importante. Es sorprendente la forma en que, en esta vida, unas cosas se derivan de otras.

Jonás intentó espolearlo con exclamaciones entusiastas, pero no tuvo éxito. Lindroth estaba en

su elemento.

—Sí, era de esperar que la apertura de la tumba, transmitida por televisión, excitara un poco la imaginación de la gente. Muchas personas han hecho averiguaciones y han ofrecido pistas. Y han aparecido estatuas por aquí y por allá, en los sitios más diversos. Pero todo eso no ha servido de mucho hasta ahora.

Lindroth hizo una pausa. Miró a los otros y repitió el «hasta ahora» con un gesto muy expresivo. Luego, prosiguió y contó que aquella misma mañana le había telefoneado alguien: un viejo profesor suyo, antiguo pastor de Mariefred. Le había contado que, al ver en la tele el reportaje, se había acordado de algo: siendo niño había leído un diario que se conservaba en su familia. En él se narraba una historia sumamente extraña, de la que el autor del diario afirmaba haber sido testigo. El autor era un viejo pariente del pastor de Mariefred.

—Y ahora viene lo bueno: en su diario cuenta que él presenció el entierro clandestino de una estatua, efectuando en plena noche, en algún lugar de Smaland. Eso debió de ocurrir a comienzos del siglo diecinueve.

—¡No! —gritó Jonás.

—¡Sí! —afirmó Lindroth.

—¡Eso no puede ser verdad! Si fue a comienzos del siglo diecinueve, Petrus Wiik había muerto hacía ya tiempo.

—Eso sólo significa que fue otro el que enterró la estatua —sugirió Annika.

Jonás la miró impaciente.

—Seguro que se ha confundido de siglo —conjeturó.

Pero Lindroth se había informado bien. El diario empezaba exactamente en el año 1800; sin duda, su autor lo había iniciado porque comenzaba un nuevo siglo. El episodio de la estatua ocurrió un par de años más tarde. El viejo pastor situaba el acontecimiento hacía el año 1804.

—Pero esperad, todavía no he terminado —dijo Lindroth. Cogió una ciruela y la mordió con agrado. Después continuó—: El autor del diario era un hombre culto. Tenía relaciones con poetas y artistas, y llegó a escribir algunos versos. Parece que era amigo del desdichado artista dueño de la estatua. Describe a su amigo como un joven alegre y juerguista que, al paso de los años, fue sucumbiendo a las preocupaciones y la melancolía. El autor del diario repite sobre todo la palabra «melancolía».

—¿Era una estatua egipcia? —le preguntó Jonás, excitado.

—No me lo dijo, y se me olvidó preguntárselo. ¡Es una pena! ¡Debí pensar en ello!

En todo caso, al antiguo pastor de Mariefred le había dicho que en el diario se hablaba de una maldición que pesaba sobre la estatua y que perseguía a su propietario causándole desgracias. El pobre artista no pudo conservarla, aunque la apreciaba mucho. Le ocurrieron una serie de desgracias. Finalmente se le murieron en poco tiempo dos hijos, dos gemelos. Entonces decidió dejar de nuevo la estatua donde él la había cogido. No quería hacerlo solo.

—¡Donde él la había cogido! —repitió Lindroth, acentuando bien las palabras—. Esto me parece muy interesante, pues significa que la persona que le devolvió la estatua a su sitio fue la misma que la había cogido de allí. Le he preguntado al profesor si estaba seguro de que ponía exactamente eso, y me ha contestado que sí, y que lo recordaba porque le había llamado la atención eso de una estatua enterrada, desenterrada y vuelta a enterrar.

—¿Desenterrada y vuelta a enterrar? ¿Ha dicho enterrada? ¿Se ha expresado así? —esta vez

era David quien quería informarse.

Lindroth se frotó las cejas y lo miró pensativo. No, no estaba totalmente seguro. A lo mejor dijo «sacada»... No, Lindroth no lo recordaba. Aunque, a fin de cuentas, se trataba de un enterramiento.

—¿Y dónde fue enterrada? —preguntó David—. ¿No lo ha dicho?

—No, no lo ha dicho. Se lo he preguntado, pero el viejo pastor tiene mala memoria para los nombres. Además leyó el diario hace mucho tiempo.

—¿Por qué no lo averigua? Para nosotros es muy importante saberlo —replicó Jonás.

Pero el diario se había perdido. Había desaparecido hacia muchos años.

—Por eso tenemos que contentarnos con lo que pueda recordar, y estarle agradecidos —contestó Lindroth.

—Desde luego que sí —aprobó Annika—. En todo caso, yo creo que sólo puede tratarse de la verdadera estatua egipcia. Pero ¿a qué viene la copia, es decir, la estatua falsa...? ¿Qué puede significar...?

—He pensado mucho sobre ello, Annika —respondió Lindroth, y cogió la pastilla de regaliz que Jonás le ofrecía—. A mi juicio, sólo hay una explicación razonable. Los del Museo de Goteborg han dicho que la copia procede de principios del siglo diecinueve, y es obra de un artista desconocido... ¿No cabe que el desconocido sea, precisamente, aquel pobre artista que tanto cariño tenía a su estatua y tanto sentía separarse de ella? Por eso decidió hacer una copia, una copia inofensiva, antes de enterrar de nuevo el original.

—Sí, eso parece verosímil —opinó David pensativo—. Pero...

Lindroth suspiró.

—Estoy de acuerdo contigo, David, aquí hay muchos «peros»...

—¡Vaya que sí! —exclamó David—. En primer lugar, ¿dónde estaba la estatua cuando él la cogió? ¿Cómo lo averiguó? ¿Por qué la sacó de allí? Y finalmente, ¿quién era él?

Lindroth movió la cabeza: ¡muchas preguntas juntas!

—Mira, David, no sé nada de eso. Lo único que puedo decir es que el viejo pastor de Mariefred posee un cuadro antiguo que, al parecer, es obra de aquel desdichado artista. Lo recibió en herencia. Es un paisaje de Smaland y lleva como firma unas siglas: C-A.N. o G-A.N. No es fácil precisarlo.

—Así pues, el apellido empieza con N —intervino Annika—. Tenemos que buscar una paisajista de Smaland cuyo apellido empiece por N.

—Si, quizá deberíamos hacerlo —admitió Lindroth, y se levantó. Fue hacia la ventana—. ¡Cuántas avispas hay este verano! ¡He echado fuera centenares de ellas! ¡Uff! ¡Fuera! ¡Fuera!

—Este verano también hay muchos escarabajos —añadió David.

—¿Tú crees? No lo había advertido.

—Yo sí. Los encuentro en todas partes, la mayoría de las veces en los sitios más inesperados...

## 28. EL OBISPO

El exprés nocturno acababa de pasar hacia el norte. Los cristales de las ventanas y los primas de la araña cesaron de tintinear. Volvió la tranquilidad a la habitación de la quinta Selanderschen en que estaban las plantas. Se hizo el silencio...

—El cielo y la tierra estaban en silencio. Hay silencio en el mundo entero —susurró David. Estaba pensando en la canción de Emilie.

La selandria continuaba floreciendo, abría un capullo tras otro y expandía su belleza y su agradable aroma por el cuarto.

El viejo reloj seguía con su lento tictac.

—¿Un paisajista de Smaland cuyo apellido empiece con N? —preguntó Jonás—. Me gustaría saber si Hjärpe...

—¡No! ¡No intentes llamar a Hjärpe! —lo interrumpió Annika con una mirada amenazadora.

Jonás no pensaba llamarlo. Simplemente, reflexionaba en voz alta. Aunque, la verdad, a Hjärpe se le ocurrían siempre muchas ideas.

—¡Demasiadas! —dijo Annika mordazmente—. No lo llames, ¿eh? En eso no hay que ceder.

—De acuerdo, no lo llamaré... Pero tenemos que hacer algo —suspiró Jonás—. ¡No podemos continuar así!

—Yo creo que no debemos precipitarnos —dijo David—. Me parece que nos estamos acercando a la verdad, despacio, pero seguros. Creo que todo se aclarará por sí mismo.

—¿Tú crees? —Annika parecía dudar—. No comparto tu opinión. Ese artista que ha aparecido ahora me parece que nos complica más las cosas.

—Esta mañana interpretó mi parte de la canción de Emilie —dijo David—. Y yo he tenido la sensación de que oía la voz de niña en mi sueño... «Flor azul, tú debes saberlo... ¡Dame tan sólo una señal...!».

—¿Cantó ella eso?

—Sí, lo cantó.

—Pobre Emilie... —dijo Annika—. Quería comunicarse con Andreas. Quería que él le diera a través de la planta una señal de que vivía. Pero Andreas no lo hizo.

—¡Tú que sabes! —respondió David.

—Debería haberle escrito —le contestó Annika—. Debería haberle enviado una carta tras otra. Debería haber escrito a todos sus amigos y haberles pedido que dijeran a Emilie que él vivía y la quería. Era lo menos que podía hacer después de cometer la estupidez de emprender precipitadamente el viaje. Andreas vio, sin duda, que Emilie lloraba. ¿Cómo pudo dejarla sin

averiguar la causa de sus lágrimas?

A David no le parecía lógico el razonamiento de Annika. Atacaba directamente a Andreas. No era imparcial. Debía tener presente cómo funcionaba el correo en aquellos tiempos. En el siglo XVIII, esperar carta de América era algo así como esperar hoy carta de un astronauta en la Luna. Era posible que Andreas hubiese escrito miles de cartas y que no hubiera llegado ninguna. Era lo mismo que enviar una carta en una botella: cuestión de suerte. Si uno no vivía en la costa, y encontraba un barco que saliera para Suecia, al que poder confiar una carta, apenas había esperanzas. Además, muchos barcos se hundían. No, Annika era injusta con Andreas, pensó David.

—Si era tan difícil mantener correspondencia, creo que no debería haberse marchado —replicó Annika.

—No debes olvidar —le dijo David— que también Emilie se comportó de forma anormal. Estaba embarazada de Andreas y no quiso decírselo. Andreas pudo notar que ella le ocultaba algo, que no era sincera. Sabía que estaba muy apegada a su padre. Pudo creer que, a pesar de todo, ella quería casarse con Malkolm Braxe, por complacer a su padre.

Annika replicó que Andreas debería conocer mejor a Emilie. ¡Después de tantos años! ¡Bastaba recordar la fidelidad que siempre le había mostrado! Y si notó que ella le ocultaba algo, fue aún más irresponsable al marcharse sin preocuparse de lo que le ocurría.

Annika estaba convencida de que, para Andreas, el viaje había sido más importante que la misma Emilie.

—¿Por qué idealizar a Andreas? —preguntó.

—Quien cree en algo que considera importante, muy importante, puede estar dispuesto a sacrificar por ello su propia felicidad. No sé... —dijo David tranquilamente.

—¿Qué no lo sabes? —preguntó Annika observándolo muy seria—. ¿Estás seguro de que no lo sabes?

—Tengo la sensación de que, aunque lo entiendo, no puedo hacer mío este problema —respondió David—. Por eso digo que no sé...

Annika asintió con la cabeza y reflexionó al cabo de un rato.

—Tienes razón. Yo tampoco lo sé.

—Quizá tampoco Emilie pudo —sugirió David.

—¡O tal vez sí! —replicó Annika—. Pero estaba tan acostumbrada a plegarse a todas las ideas y a todas las personas que era una víctima sumisa para cualquiera.

—¿Por qué idealizar a Emilie? —preguntó David sonriendo.

—¿Te parece que esto es idealizarla? Yo no lo creo así. Pienso que fue una gran equivocación suya. Pero la pobre no puedo hacer nada. Así eran los tiempos entonces.

—También para Andreas eran así los tiempos. Su vida tampoco fue muy feliz.

Era verdad, y Annika lo reconoció. No obstante, Andreas fue un poco culpable. Estaba demasiado preocupado de sí mismo y de sus problemas. Por eso, en cierto sentido traicionó a Emilie. Pero ella no lo advirtió. Confiaba plenamente en Andreas.

—Siempre ocurre así —prosiguió Annika—. Es muy raro que uno dude de una persona en la que ha puesto toda su confianza. En esta situación se encuentra uno del todo indefenso.

—¿Sí? —preguntó David en voz baja.

—¿No te parece así?

Permaneció un rato callado. En el silencio sonó de pronto la voz de Jonás. Se estremecieron,

como si hubieran olvidado por completo que Jonás seguía allí.

—Toda esta discusión es superflua, no tiene ningún interés —dijo en tono de reproche—. Primero, os irrita que yo nombre a Hjärpe. Y después os estáis ahí sentados, diciendo bobadas...

David y Annika se miraron perplejos.

Sonó el teléfono.

—Será Julia —dijo Annika.

—Escucha, escucha, flor... Tienes que hablar y dar la respuesta... —recitó David mientras se dirigía hacia el teléfono.

Pero no era Julia, sino Lindroth.

—Estaba seguro de que habías ido ahí —dijo satisfecho. Parecía excitado. ¡Había descubierto algo!—. ¿Te acuerdas de los gemelos, de los dos hijos que se le murieron al pobre artista...? De repente me he acordado de que aquí, en nuestro cementerio, hay una tumba de gemelos.

—¿Qué está diciendo?

—Lo que oyes. Mira, muchas veces me he parado a observar la lápida, pues tiene esta curiosa inscripción «Se buscaban el uno al otro, buscaban la luz ¡Dios bendiga al que separe a los gemelos!». ¿No es un epitafio extraño?

—Sí..., pero ¿adónde quiere ir a parar?

—Quiero ir a..., escúchame, ¡no me explico cómo no he caído antes! Los gemelos se llamaban Jacob-Andreas Ullstadius y Emilie-Magdalena Ullstadius, ¿entiendes ahora?

—¿Ullstadius? Entonces es...

—¡Pues claro que sí! Ahora sabemos quienes son.

Son nietos de Emilie; es decir, son los hijos de su hijo Carl Andreas, el que fue criado por Magdalena, la hermana de Andreas, casada con el pastor Jesper Ullstadius. Carl Andreas llevó el apellido de los que lo recogieron y lo criaron. Muy interesante, ¿no?

—¡Sí, fantástico!

—Como podrás imaginar, he consultado los libros parroquiales. ¿Y qué crees que he encontrado?

Lindroth hizo una pausa y tomó aliento.

—Pues que Carl Andreas Ullstadius fue artista de profesión. Pintaba, esculpía, grababa en cobre y decoraba interiores. Fue conocido por sus paisajes de atardeceres de Smaland, en los que destacaban sus cielos claros. Por eso pienso que ya sabemos ante quién nos encontramos.

—Así que usted opina... Pero eso no concuerda con la firma de los cuadros. ¡El apellido empieza por N!

Lindroth sonrió orgulloso al otro lado de la línea.

—Ahí está exactamente el meollo de la cuestión. El pastor de Mariefred se confundió al leer la rima del cuadro. Su N es una U. Es fácil confundirse, sobre todo con la escritura de aquella época.

—¡Eso es fantástico, maravilloso!

—Sí, y otra vez tenemos algo sobre lo que reflexionar, ¿no?

—¡Ya lo creo!

Jonás y Annika siguieron toda la conversación, pues estaban detrás de David y escuchaban atentamente.

—Así pues, Carl Andreas fue el desdichado artista que enterró la estatua —dijo Annika,

cuando David colgó.

—Y la sacó de nuevo —completó David—. ¿Dónde pudo estar tanto tiempo? Pero esto explica...

Volvió a sonar el teléfono. Probablemente era Lindroth que había olvidado algo, pensó David, y descolgó sonriente el auricular.

Pero no era Lindroth, sino Julia.

—Buenas tardes, David.

—Buenas tardes.

—¿Tiene muchas flores la selandria?

—Sí, está cuajada de flores.

—Cuidala bien, David. Bueno, qué, ¿te has decidido? ¿Qué jugada haces hoy?

—Por lo que veo, sólo tengo una posibilidad.

—Entonces, adelante, David.

—Tengo que comerme su reina con mi alfil.

El auricular estuvo un rato en silencio, David cogió el alfil del tablero y lo dejó junto al teléfono. Después lo colocó en el lugar de la reina.

—Si... Es decir, que... el alfil está ahora en el lugar de la reina —dijo Julia despacio, acentuando cada palabra.

—¡Exacto!

—El alfil en el lugar de la reina —repitió Julia con una voz que de repente parecía llegar de la lejanía—. En ese caso, muchas gracias, David. Ha sido una partida muy interesante.

—¡Pero si todavía no está terminada!

—Ya está acabada, David, ya está acabada.

—No entiendo... ¿Quiere decir que interrumpimos el juego?

—No es eso... Es que continuar sólo serviría para crear confusión. Gracias, David, la partida ha valido la pena.

David oyó cómo colgaban el teléfono en el otro extremo. Se apoderó de él un extraño sentimiento... Una mezcla de compasión y desconcierto. «¡Oiga! ¡Oiga!», gritó en el auricular. Intentó restablecer contacto, pero no recibió respuesta. Y colgó.

Los otros dos lo contemplaban asombrados.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué pasa?

—¡Ha abandonado en mitad de la partida! Mirad cómo va el juego —señaló el tablero de ajedrez y explicó la situación—. ¿Es realmente tan inteligente como para poder decir ya que la partida está perdida?

—Volverá a llamar —intentó tranquilizarlo Annika.

—No, no me ha dado esa impresión. La última vez, ella me comió mi reina y me dio jaque. Hoy le he comido la suya. ¡Lo he hecho con el alfil!

Un poco desconcertado, David les mostró cómo se había desarrollado la jugada, moviendo sucesivamente las figuras. Jonás miró interesado. No entendía nada de ajedrez.

—¿Este obispo es un alfil? —preguntó.

—Bueno, me refería a ese alfil... ¿Por qué lo llamas «obispo»?

Annika cogió la figura y la observó.

—¡Sí, mirad! Es un pequeño obispo —confirmó—. Se ve por el sombrero. Es una mitra.

David la contempló con una expresión extraña.

—Es verdad —dijo él—. Es verdad... Nunca había reparado en eso. Pero tiene que ser así...

Los miraba fijamente sin verlos y hablaba más consigo mismo que con los otros. ¡Si, por supuesto! Los ingleses llaman «obispo» al alfil. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? ¡Pero mejor tarde que nunca!, pensó, y de repente comprendió todo. Entusiasmado gritó:

—¿Recordáis la voz de la cinta? ¿En la iglesia? ¿Cuando estuvimos allí el día de la apertura de la tumba! ¡La voz de Emilie!

—¡Si, es verdad! Yo pensé que decía «avispa», pero tú opinabas que decía «obispo» —respondió Annika totalmente pálida.

Jonás miró a los dos con los ojos muy abiertos.

—¡Entonces es correcto lo que escucho David! —afirmó.

—El obispo en el lugar de la reina —repitió Annika—. El obispo...

David asintió con la cabeza. Estaba claro. Lo mejor sería ir enseguida a la iglesia y examinar si había algo que tuviera relación con este suceso. Comprobar si era una casualidad o una señal.

Apagaron la luz y abandonaron la quinta Selanderschen.

Fuera estaba oscuro, no había estrellas en el cielo. Pero no hacía frío, los grillos cantaban en el camino y por todas partes brillaban las luciérnagas.

## 29. LOS GEMELOS SE BUSCAN MUTUAMENTE

Al entrar en la iglesia, oyeron suave la música del órgano. El padre de David estaba tocando. También Lindroth se encontraba en el coro. Habían tenido un ensayo con toda la escolanía y la única que quedaba era la niña que debía cantar el solo. El padre de David estaba tocando el «largo».

David, Jonás y Annika penetraron sigilosamente en la iglesia. Querían pasar inadvertidos para no tener que explicar qué hacían allí.

—¿Recuerdas dónde estábamos aquel día, Jonás? —susurró David—. Me refiero al día en que se gravó la voz de la cinta.

—No, exactamente no..., pero fue en alguna parte del coro.

—¿Tú crees? —preguntó Annika con gesto de duda—. No tengo ni idea. Recuerdo que iba detrás de vosotros dos y me encontraba...

—¡Silencio! —siseó David. Se detuvo y se quedó parado.

Los otros se detuvieron también y guardaron silencio. Había comenzado a cantar la niña que se encontraba en el coro. Los tres escucharon atentamente. Era la canción de Emilie. La niña cantaba con ternura y verdadero sentimiento.

—Es como si Emilie le hubiese prestado su voz —susurró David muy impresionado. Creía reconocer de nuevo la voz que oía en sueños.

—¿Quién es? ¿La conoces? —preguntó Annika.

—Se llama Ann Britt Gustavsson. Normalmente no canta así.

—¿No?

—No; papá estaba un poco preocupado. Dudaba si encomendarle a ella el solo, o no. Pero lo está haciendo maravillosamente.

Terminó la canción y el órgano siguió sonando.

—¡No tenemos tiempo para entretenernos ni para emocionarnos con la música! —exclamó Annika, y se puso en movimiento.

Pero David no se movió. Estaba en pie y tenía los ojos clavados en el suelo.

—¡Mirad dónde estoy! ¡Observad lo que hay a mis pies!

Se inclinó. Estaba sobre una vieja lápida funeraria.

Jonás se agachó casi hasta el suelo.

—¡Una mitra! —estaba tan emocionado que casi se le quebró la voz—. ¡David, estás encima de un obispo!

—¡Encima del obispo, querrás decir! —contestó muy serio—. Ha sido Emilie la que me ha

detenido aquí cuando ha empezado a cantar.

La lápida del obispo estaba desgastada por las pisadas a lo largo de los siglos. Pero todavía se podía reconocer el perfil de un hombre, cincelado en piedra muchos años antes.

Era un obispo, como se deducía de la borrosa mitra.

—La última pieza del rompecabezas —susurró David—. Ahora entiendo...

Los otros le dirigieron una mirada cargada de interrogantes. Si, por fin comprendía por qué había terminado la partida de ajedrez con Julia. ¡El obispo en el lugar de la reina! Cuando David hizo esta jugada, ella abandonó. Ahora estaba donde ella quería. ¡La escultura egipcia era un retrato femenino, una reina!

—¿Lo entendéis? —preguntó.

—¿Quieres decir...? —respondieron Annika y Jonás casi simultáneamente.

—¡Sí, abajo, en la cripta, debajo del obispo, está la antigua estatua egipcia de hace tres mil años! ¡Eso es lo que quiero decir! —respondió solemnemente David.

En la iglesia reinaba ahora el más completo silencio. El órgano había enmudecido. Los tres estaban en pie y contemplaban la lápida en el suelo. Se hallaba tan desgastada que, si David no se hubiera detenido sobre ella, difícilmente la habrían descubierto.

Lindroth y el padre de David discutían algo con la niña. Hablaban bajo y sólo se oía un murmullo.

—Tenemos que hacer algo —susurró Jonás. Caminó entre las columnas, tomando medidas y contando los pasos.

¿Qué se proponía? Los otros dos se miraron perplejos.

—Sé dónde se encuentran las llaves de la cripta. Están colgadas en la sacristía —susurró—. ¿Por qué no bajamos ahora mismo y echamos una mirada?

—Tendríamos que pedirle permiso a Lindroth —afirmó Annika.

—Si, le gustará estar presente —opinó David—. Tenemos que esperar hasta que se vayan mi padre y la niña.

—¡Pueden tardar mucho tiempo! —Jonás estaba de mal humor. Y tenía razón. Conociendo a Lindroth, había que hacerse a la idea de que aquello iría para rato. Y en cuanto al padre de David, era un perfeccionista en lo concerniente a su trabajo. David lo sabía de sobra. Podía seguir trabajando toda la noche. Tal vez sería mejor comenzar sin esperar a Lindroth.

—De acuerdo. ¿Cómo vamos a actuar? —preguntó David a Jonás.

La cara de éste resplandeció. Estaba claro que David le estaba pidiendo que tomara la iniciativa. Y Jonás lo hizo con gusto.

—Tengo que procurarme una linterna, una palanca, unas tenazas y algunas otras cosas —les dijo—. Mientras tanto, quedaos aquí y vigilad atentamente. Vuelvo enseguida.

Rápidamente, desapareció de la iglesia. David y Annika se sentaron en un rincón, detrás de una columna. En el coro se reanudaron los ensayos, como habían previsto.

David y Annika se sentaron en silencio y escucharon atentamente.

—Ahora ya no canta tan bien —susurró Annika.

—No, ahora está cantando como siempre —confirmó David.

¡Qué extraño! La voz ya no tenía ningún parecido con la voz de Emilie.

—Fue la voz de Emilie lo que me hizo detenerme —dijo David—. Empezó a cantar en el momento en que puse el pie sobre la lápida. Me imagino las dificultades que papá tendrá ahora

con ella. Jonás tiene razón, esto puede durar mucho.

En cambio, Jonás tardó poco en conseguir lo que necesitaba. Volvió a los diez minutos y comprobó satisfecho que el ensayo continuaba. Había cogido también la llave de la sacristía. En cambio, no se había atrevido a coger el farol que tenía Lindroth para los días de tormenta. Tenían que contentarse con unas linternas pequeñas. Había conseguido una para cada uno.

—Ahora sólo nos queda abrir la puerta y bajar al mundo subterráneo —comentó.

La pesada puerta de hierro chirrió al abrirse, pero no tan fuerte como para que pudieran oírla en el coro. La entornaron para no ser descubiertos.

—No dejes que se cierre de golpe —advirtió Annika asustada.

Pero Jonás aseguró que no había ningún peligro. Él iba en cabeza; los otros dos tanteaban detrás de él, escaleras abajo, en dirección a los ataúdes.

Jonás había olvidado el magnetofón, pero no pudo resistir la tentación de informar:

—Acabamos de superar el último obstáculo y nos dirigimos hacia el reino de los muertos. El aire es sofocante, las paredes rezumaban humedad. ¡Por fin estamos cerca de la meta! La vieja estatua de tres mil años aguarda su resurrección.

—¡Deja de hacer el tonto, Jonás! —susurró Annika—. ¡Ya lo has hecho bastante!

Jonás la alumbró con la linterna y abandonó su papel de reportero.

—Sí, mamaíta... Y prepárate, ahora vas a ver algo que vale la pena —comentó.

—Eso espero —respondió Annika.

David se detuvo y alumbró a su alrededor.

—Ahora hay que situar el lugar exacto.

Pero como Jonás había medido en la iglesia la distancia entre la lápida del obispo y las paredes, empezó a orientarse y a medir en pasos.

A su alrededor se oían ligeros crujidos. Annika creyó oír pisadas y vio brillar unos ojos entre los arcos de una tumba.

—Son ratas —dijo Jonás—. ¡Toma regaliz!

Pero eso no mejoró las cosas. Annika estuvo a punto de dar macha atrás.

David la cogió de la mano.

—Estoy aquí —la tranquilizó.

—¿Eres tú? ¿Eres tú quien me coge la mano?

—Eso parece —dijo David, y la apretó con más fuerza.

Annika notó cómo desaparecía el miedo.

—¡Cuántos ataúdes! —exclamó, y pensó que tal vez debía apretar un poco la mano de David.

—Ahora sólo tenemos que averiguar cuál es el que nos interesa —explicó David. Notó la presión de la mano de Annika y le correspondió al instante.

—Tiene que ser debajo de esta bóveda —opinó Jonás—. Doce pasos desde la escalera... Uno, dos, tres... —y contó los pasos mientras los otros esperaban cogidos de la mano. Annika parecía feliz, pensaba que nada en el mundo podría darle miedo.

—Tiene que ser uno de éstos —determinó Jonás señalando hacia delante—. Encima de éste está, allá arriba, la lápida del obispo. ¡Creo que es éste!

Se acercó a un ataúd.

—¡No, espera un momento, no pruebes! —le advirtió David.

—¡Imagínate que abrimos un ataúd falso! —Annika se estremeció.

David le apretó la mano y después la soltó.

—Tenemos que proceder metódicamente —dijo pensativo.

Debajo de aquella bóveda había tres ataúdes. David se acercó y los examinó detenidamente. Estaba en pie y tenía un semblante extraño. De pronto apuntó hacia el ataúd que estaba junto a él.

—Éste es —dijo con voz resulta.

Se inclinó y cogió algo de encima de la tapa. Sin decir palabra, les mostró lo que tenía en la mano.

—¡Un escarabajo pelotero! —exclamó Jonás.

—¡Otra vez el escarabajo! —susurró Annika.

Estaba boca arriba. David le quitó el polvo que lo cubría.

—Ha sido una suerte para él que hayamos venido. Solo, no habría conseguido darse la vuelta. Hubiese muerto.

Lo dejó salir por el respiradero del sótano, y el escarabajo escapó con un zumbido.

David se volvió hacia los otros y dirigió hacia el ataúd la luz de su linterna.

—Ha sido una señal clara —dijo—. El escarabajo nos ha indicado el camino. Tiene que ser este ataúd.

—¡Traed la palanca! —Jonás no podía dominarse. Estaba a punto de reventar de emoción—. No será difícil abrirlo.

David se aprestó a ayudarlo, mientras Annika sostenía las tres linternas.

En ese momento oyeron chirriar la puerta de hierro.

—¡Viene alguien! —se sobresaltó Annika.

—¡Apaga la luz! —siseó Jonás.

Annika intentó apagar las tres linternas que tenían en las manos, pero se le cayó una al suelo con gran estrépito. Luego siguió un silencio profundo.

Se oyeron pasos en la escalera. A su alrededor la oscuridad era total.

Ninguno se atrevía a respirar. Annika buscó con su mano la de David, quien, sin duda, buscaba también la de ella, pues se encontraron las dos.

Los pasos se acercaban. Eran pasos enérgicos, pasos que sabían a dónde se dirigían. Se oían claramente.

—¿Hay alguien aquí?

La voz que resonó bajo las bóvedas era la de Lindroth.

—¡Sí! —gritaron los tres, aliviados—. ¡Es una suerte que haya venido!

Encendieron de nuevo las linternas.

—He notado que la puerta de arriba no estaba bien cerrada —dijo Lindroth, y miró a su alrededor con ojos brillantes. Había traído la linterna de las tormentas—. ¿Qué sucede?

—Discúlpenos, tendríamos que habérselo dicho —explicó Annika.

—Queríamos darle una sorpresa —añadió Jonás, todavía con la palanca en la mano. Señaló el ataúd. Parecía pensativo.

—Esta vez estoy totalmente seguro de que hemos encontrado la verdadera —dijo David. Lindroth estaba perplejo. No es que dudara de lo que ellos decían, pero...

—Por favor, tome una pastilla de regaliz —dijo Jonás, y le ofreció una. Lindroth la cogió distraído y se la metió a la boca.

—Es una auténtica sorpresa —dijo—. Tengo que reconocerlo.

—Todas las señales apuntan de repente hacia aquí, ¿entiende? Súbitamente, han encajado todas las piezas del rompecabezas.

—Así es —asintió Jonás—. Y será fácil abrirla. Basta levantar la tapa.

Lindroth luchaba consigo mismo. Su conciencia le preguntaba: «¿Está bien lo que vas a hacer? ¿Es lícito?». En busca de una respuesta a sus dudas, miró a Jonás y le preguntó:

—¿Te parece que esta vez no hay dudas? ¿Está todo claro?

—¡Seguro! —asintió Jonás—. Ahora sólo falta levantar la tapa y constatar los hechos.

—Sí... —los ojos de Lindroth empezaron a brillar. Se inclinó hacia adelante y golpeó cuidadosamente la tapa con la mano. ¡Se movía!—. En estos viejos ataúdes no puede haber más que... quiero decir que no puedo imaginarme otra cosa...

Dejó la linterna y golpeó otra vez, pero ahora con las dos manos. Notó que la tapa estaba suelta.

—¡Es emocionante! —admitió—. ¡Realmente emocionante! Si yo la levanto por aquí, vosotros podéis hacerlo por el otro lado.

Lindroth tiró con fuerza de una extremo. David y Jonás asieron el otro. La tapa no era muy pesada. Tiraron con más fuerza de la necesaria y se encontraron de pronto con la tapa en las manos. ¡El ataúd estaba abierto!

—¡Alumbra, Annika, alumbra! —gritó David.

Annika alumbró. Levantó en alto la linterna de Lindroth e iluminó el interior.

¡El ataúd estaba vacío!

Bajo las bóvedas se hizo un silencio mortal. Luego resonó un sollozo y Lindroth dijo en tono de consolación:

—Está bien, Annika, está bien...

—Tal vez sea otro ataúd —sugirió Jonás. Pero David negó moviendo con fuerza la cabeza. No era posible ¡O aquél o ninguno!

—Me siento ridícula —sollozó Annika.

—No te lo tomes trágicamente —la tranquilizó Lindroth—. Tiene que haber algún error. Ya lo encontraremos. Ten paciencia.

David cogió la linterna e iluminó el ataúd.

—¡No, no! —gritó—: ¡Esperad! ¡Esperad un momento!

Se inclinó precipitadamente y sacó algo del ataúd. Brilló un objeto en su mano y mostró a los otros la palma.

—¡Mirad! ¡Un escarabajo de oro! —susurró Jonás.

—¡El escarabajo sagrado! —dijo David solemnemente—. Esto prueba que la estatua ha estado aquí.

Lindroth observó el escarabajo con curiosidad. Lo cogió cuidadosamente y lo examinó a la luz de la linterna.

—Sí, ahora podemos estar totalmente seguros —dijo—. Y este pequeño escarabajo se desprendió de la estatua cuando la sacaron y se la llevaron. Es una suerte haberlo encontrado. Ya ves, Annika, no andábamos descaminados.

—Sí... —contestó Annika un poco avergonzada—. No sé qué me ha pasado.

—Pero ¿qué ha sido de la estatua? ¿Dónde la habrán llevado? —preguntó Jonás.

—Lo averiguaremos poco a poco —respondió Lindroth convencido. Se inclinó y observó el

interior del ataúd como si esperara descubrir más escarabajos.

—¡Mirad! —dijo de repente—. ¡Es fantástico!

—¿Qué ha descubierto?

Lo rodearon. Levantaron las linternas para alumbrar y examinaron el fondo del ataúd.

—Mirad vosotros mismos. Ahí pone algo.

Lindroth se puso las gafas. Efectivamente allí había algo escrito. El texto era difícil de ver, pero plenamente legible.

—¿Puedes leer algo, David?

—Parece que es latín —respondió el muchacho—. ¡Pero el latín no es, precisamente, mi fuerte!

—Quizá pueda leerlo yo —dijo Annika. Se inclinó hacia adelante y leyó con voz insegura:

—Gemini geminos quaerunt... ¿Qué significa eso?

Lindroth estaba callado, con las gafas en una mano y el escarabajo sagrado en la otra.

—Es latín, efectivamente, y significa: «dos gemelos se buscan mutuamente».

—¿Qué extraño! —dijo David.

—Sí, es un mensaje extraño, sobre el que será preciso reflexionar —afirmó Lindroth.

## 30. REFLEXIONES NOCTURNAS

—Pasaré mucho tiempo antes de que vuelva a poner los pies entre los muertos —aseguró Lindroth, encendiendo la lámpara de encima de la mesa de la cocina.

—Lo mismo digo yo —añadió Annika. Estaba junto al fogón y preparaba un cazo de cacao, mientras Jonás abría una lata de mermelada de albaricoque y David ponía las tazas en la mesa de la cocina de Lindroth.

En el viejo fogón chisporroteaba el fuego.

—Yo me encuentro muy a gusto entre los vivos —bromeó Lindroth—. Creo que aquí arriba hay algo más de variedad —abrió la nevera y sacó algunos dulces—. Realmente nos hemos ganado un poco de cacao y pan con mantequilla —comentó—. Eso sienta bien a estas horas. Lo tomaremos mientras resumimos y comentamos los hechos...

—¿Puede estar la estatua en algún otro lugar de la cripta? —preguntó Annika, y quitó del fuego el humeante cacao. Lo sirvió en las tazas, y se sentaron todos alrededor de la mesa.

—No, imposible —dijo David.

—¿Lo dices porque encima de la tapa estaba el escarabajo?

—Sí, también por eso. Todas las pistas apuntan hacia ese ataúd, y, desde luego, tenemos la prueba de que ha estado allí.

—Tal vez el escarabajo pelotero sólo quería indicarnos dónde estaba el escarabajo sagrado —dijo Annika—. Es posible que no haya nada más.

Pero Jonás no estaba de acuerdo. El escarabajo sagrado indicaba que la estatua estuvo allí. Tenían que continuar en esa dirección.

Lindroth se dirigió sobre la mesa una mirada satisfecha.

—Es auténtico queso noruego, muy suave; tenéis que probar también este embutido. Está ahumado con ramas de enebro. Te gustará, Jonás. Lo compré en Liared el sábado pasado.

—¡Tiene un olor delicioso! Creo que voy a empezar por el embutido —dijo Jonás cortándose un trozo.

—No comprendo por qué no dejaron a la estatua descansar en paz allí —exclamó Annika.

—¿Está claro! Si alguien hubiera descubierto la pista de un objeto tan valioso... —respondió Jonás, y se llevó a la boca otro trozo de embutido.

Lindroth estaba sentado y se tomaba el cacao con expresión ausente.

—¡Está delicioso, Annika! ¿Qué le has puesto?

—Dos cucharadas de cacao; pero colmadas. Y sólo una de azúcar. De otro modo estaría demasiado dulce.

—Está en su punto; ¡menuda cocinera...! ¿Puedes pasarme el embutido, Jonás? Gracias, gracias —Lindroth cortó dos grandes rodajas de embutido y se las llevó a la boca. Después se lo pasó otra vez a Jonás, que hizo lo mismo.

—Las cosas están así —dijo Lindroth pensativo—. Por lo que se refiere al pasado lejano, sólo podemos basarnos en suposiciones. Pero tenemos que intentar ponernos en el lugar de las personas que vivieron entonces, procurar averiguar qué pensaban y qué sentían. Es la única manera y, además, resulta interesante.

—¡Oh, sí! —confirmó Annika entusiasmada—. Yo creo que en lo específicamente humano, las personas han cambiado muy poco a lo largo de los siglos. Si no nos apegamos demasiado a lo externo, a cosas episódicas como la moda, podremos entendernos mutuamente en lo esencial, en lo más íntimo, sin que importe el siglo en que vivamos.

—Soy de la misma opinión —dijo David—. Yo, por ejemplo, no tengo ninguna dificultad para comprender a Andreas, entiendo perfectamente su forma de razonar.

—¡Lo sé, no hace falta que lo digas! —comentó Annika un poco agresiva.

—¡No empecéis otra vez con vuestras aburridas discusiones sobre esa vieja historia de amor! —Jonás dirigió a los dos una mirada cargada de reproches—. Quiero escuchar la opinión de Lindroth y no vuestra charla insípida. ¿Cómo demonios se atrevió Carl Andreas a tocar la estatua, cuando todos hablaban de una maldición? ¿Y cómo averiguó dónde estaba?

Lindroth bebió un gran sorbo de cacao. Luego, dejó de comer, se recostó en la silla y razonó así:

—Hombre, se me ocurren varias cosas. En primer lugar, siempre circulan rumores, ya se sabe. Por precavido que se quiera ser, siempre se escapa algo. Es muy difícil mantener algo en secreto. En este caso de la estatua, la gente de pueblo estaba asustada por el ídolo que, pensaban, iba a acarrear desgracias. Sin duda, muchos se preguntarían por su paradero, y ya en vida de Petrus Wiik circularían rumores y suposiciones sobre el lugar donde se encontraba. Aunque seguramente, él no diría ni una palabra.

»Ahora bien, nosotros sabemos lo que ocurrió después; Andreas, el hijo perdido que todos daban por muerto, regresó a Ringaryd. Un buen día se presentó sano y salvo en casa de su padre y preguntó... Cuando supo lo que le había pasado a Emilie y dónde estaba enterrada, Petrus Wiik pensó, creo yo, que ya no habría inconveniente en decirle qué había hecho con la estatua. Sí, podemos suponer que Andreas supo dónde se encontraba la estatua. Y cuando su hijo Carl Andreas fue mayor y se dedicó a la pintura, al arte, Andreas le hablaría de la maravillosa obra de arte que había traído de Egipto, y le indicaría el lugar de la iglesia en que estaba enterrada.

Lindroth hizo una pausa y observó a los otros. ¿Estaban de acuerdo? ¿O tenían otros puntos de vista? No, parecía que no. Los tres estaban sentados y seguían merendando. Asintieron interesados y le pidieron que prosiguiera. Lo hizo al cabo de un rato; antes metió la cuchara en el tarro de miel y la chupó. Luego, se recostó otra vez en la silla.

—Carl Andreas, que, por otra parte, debió de ser un calavera durante su juventud, sintió, sin duda, curiosidad. Probablemente no tomó en serio los rumores sobre la maldición, lo mismo que Andreas. De todos modos, yo supongo que a Carl Andreas no se le ocurrió coger la estatua en vida de Petrus Wiik. Pero pasó el tiempo, y murieron Andreas y Petrus Wiik. ¿Qué ocurrió después?

Lindroth hizo una pausa y cogió una galleta. Los otros esperaron.

—¿Qué cree usted que pasó? —le preguntó Annika.

—Bueno, yo pienso en una cosa que debió de tener su importancia. Es posible que, a pesar de todo, la estatua hubiera seguido en su sitio si no se hubiera restaurado la iglesia. En mil ochocientos uno se hizo en la iglesia de Ringaryd una restauración a fondo. Creo que fue entonces cuando se descubrieron los frescos medievales de la bóveda. ¿O fue más tarde? Bueno, eso no interesa a nuestro asunto... En todo caso, aquel año restauraron la iglesia, levantaron el suelo y dejaron al descubierto las bóvedas de la cripta. Como sabéis, esas restauraciones siempre duran mucho. Se hablaría mucho de ellas, y con motivo de eso Carl Andreas volvería a pensar en la estatua. ¡No podía dejarla donde estaba! No olvidemos que se trataba de una obra de arte muy valiosa. Tal vez únicamente pensó en echarle una mirada. ¿Quién sabe? Pero quedó subyugado al verla. Es comprensible. ¡Resplandecería como una maravilla entre los trastos y enseres viejos! Ante una visión así hay que tener mucha fuerza de voluntad para controlar los deseos de poseerla. No es preciso ser un calavera para flaquear en un caso así. Además, había sido su propio padre quién había traído la estatua. Sin duda creyó que era una lástima que permaneciera oculta y que nadie pudiera vela. Yo me lo imagino, reflexionando una y otra vez sobre lo que debía hacer.

—¡Yo también! —exclamó Jonás con convicción. Miró a Lindroth con admiración—: ¡Con qué agudeza razona! ¡Es usted muy inteligente!

—Es cierto —corroboró Annika.

—¿Lo creéis así? —Lindroth se sentía adulado, pero también un poco confuso—. Vosotros decís eso, pero yo no sé... El queso está en su punto —cortó Lindroth, y se sirvió una rebanada—. Probadlo con algo de mermelada inglesa. Es una mezcla rara, pero muy sabrosa.

—Tuvo que suceder más o menos como usted dice —opinó David pensativo—. Pero luego comenzaron las desgracias para Carl Andreas. Y empezó a sentir miedo. Cuando murieron sus hijos, los gemelos, escribió a un amigo y, entre los dos, enterraron la estatua.

—¿Y la copia? —añadió Annika—. ¿La esculpió como vosotros creéis, para conservar la estatua de alguna manera? De una copia no tenía por qué tener miedo.

—Exacto —dijo David.

—Pero ¿qué ocurrió después? ¿Por qué no está en el sepulcro la estatua si Carl Andreas la llevó de nuevo? ¡Ha desaparecido! ¿Qué ha podido pasar? ¿Qué debemos hacer? ¿Debemos abandonar la búsqueda? —preguntó Jonás.

Lindroth cortó lonchas de queso para todos, se llevó una a la boca y masticó lentamente mientras pensaba.

—No, no podemos abandonar la búsqueda —dijo al cabo de un rato—. Hemos encontrado un escarabajo de oro que estuvo engarzado en la estatua, y también un extraño mensaje: gemini geminos quaerunt. Esto puede ser una pista, ¿quién sabe? Creo que debemos seguir indagando.

De pronto, por los ojos del pastor cruzó una sombra de preocupación.

—¿Qué le ocurre?

Lindroth suspiró; parecía sentirse culpable, como un colegial cuando hace novillos o va a clase sin hacer los deberes.

—Mañana tengo que predicar —dijo—. Es domingo.

—¿No se le ocurre nada para el sermón? —preguntó Jonás compadecido.

—No siempre resulta fácil —contestó Lindroth.

—Ya lo sé —Jonás reflexionó y momento; luego, se le ocurrió una idea genial—. ¿Qué le

parece el tema «Buscad y hallaréis»? ¿No sería interesante?

Lindroth resplandeció.

—¡Seguro que si, Jonás! ¡Gracias por la sugerencia!

## 31. UN ENIGMA POR RESOLVER

—¡Qué barbaridad! ¡Qué cantidad de trabajo! Aquí hay material para una tesis doctoral —dijo Annika agobiada.

David y ella se hallaban sentados en el cuarto de Annika, con todo el material que habían recopilado: las cintas magnetofónicas repletas de las cartas leídas, las fotocopias de la confesión de Petrus Wiik, las partidas de difuntos del registro de Vådstena, los recortes de prensa... Annika se había propuesto clasificar todo cuidadosamente y archivar el material.

—¿Una tesis? ¿Sobre qué? —David sonrió—. ¿Sobre las ideas de un discípulo de Linneo relativas al origen y significado de la vida?

—Por ejemplo, eso —contestó Annika—. Pero la colección de cartas podría servir también de base para una investigación sociológica relativa a la imagen de la mujer en el siglo dieciocho.

David, hasta entonces un poco adormilado, se despabiló. ¡Ahora podían iniciar una discusión, y eso le gustaba!

—¿A qué te refieres?

—Bueno, tanto las cartas de Andreas como las de su hermana Magdalena a Emilie reflejan claramente la poca importancia de la mujer en aquella época, y su inmensa responsabilidad. ¡Y nadie veía eso absurdo! Una persona con tanta carga y responsabilidad debería, al menos, poder decir su opinión al respecto. Cuando pienso en esa situación, me pongo frenética.

—¿Responsabilidad? ¿Poca importancia de la mujer? —comentó David pensativo—. Yo creo, más bien, que las cartas de Andreas tratan fundamentalmente de sus profundas ideas sobre la vida.

—¡Exacto! ¡Así es! —dijo Annika, molesta—. Andreas se sentaba, escribía y filosofaba; pero, al parecer, no sabía a quién comunicar su sabiduría. Por eso se la enviaba a Emilie y le pedía que cargase ella con la responsabilidad de transmitirla íntegramente a la posteridad. «Los tiempos no están maduros todavía», y toda esa palabrería...

—¿Palabrería? ¡Realmente, aquella época no estaba madura para entender el pensamiento de Andreas, Annika!

—¿Y por qué no intentó Andreas influir en sus contemporáneos? Es poco realista apostar por un futuro del que no se sabe nada. ¡Me gustaría saber cuándo estarán los tiempos maduros para tanta sabiduría! Y luego, se viene a casa con una estatua que todos consideran muy peligrosa y de la que nadie quiere ocuparse. Nadie quiere saber nada de ella, ¡y otra vez asume Emilie la responsabilidad! ¡Cosa inaudita en unos tiempos con tantas supersticiones! Y, luego, está lo del hijo... Un hijo del que tiene que responsabilizarse ella sola, pues él no debe ser molestado —dijo con ironía—. Él tiene que viajar por el ancho mundo. Para colmo, Emilie ha de ocuparse de su

viejo padre, abrumado por sus remordimientos, e intentar hacerle menos amargos los últimos años de su vida.

Annika no pudo seguir sentada. El triste destino de Emilie la conmovía cada vez más. Era algo injusto, pero, por desgracia, bastante común. A la misma Annika, si hubiera nacido en el siglo XVIII, le habría pasado lo mismo. Podría haber caído en la situación de Emilie. Estaba convencida de ello, ya que advertía en sí misma esa predisposición a ofrecer su vida si alguien la necesitaba. ¡Probablemente, alentaba todavía en su interior los fantasmas de las viejas generaciones de mujeres! ¡A pesar de todo, a pesar de que los tiempos habían cambiado!

Estaba tan excitada que recorría la habitación cambiando de lugar las cosas sin ningún motivo. David la miró sonriente.

—Es cierto —dijo en tono provocador—. Si se leen así las cartas, se podría hacer una tesis sobre el típico papel de la mujer.

Annika explotó:

—¿El típico papel de la mujer? ¡Lo dices así para molestarme!

—¡No! No debes interpretarlo así.

—¡Lo has dicho con esa intención! Es una expresión odiosa. Además, a menudo se utiliza erróneamente, creo yo. No siempre se trata de papeles específicos de la mujer. Y no fue un papel específico de su sexo el que Emilie asumió cuando cargó con tanta responsabilidad. Lo hizo porque tenía generosidad para hacerlo y porque era una persona con gran capacidad de amar. Su error no fue aceptar la responsabilidad, sino no reclamar un derecho equivalente. No hay que limitarse a dar; también es preciso exigir y aprender a hacerlo. Quiero decir que cuando el uno permite al otro satisfacer determinadas exigencias, se ennoblecen los dos. De lo contrario, sólo se consigue mantener tiranos y mártires.

David miró a Annika con semblante serio.

—Quizás tengas razón —dijo—. El mundo daría un gran paso adelante si todos pensarán así.

Annika se sentó. Parecía muy excitada.

—Si, seguro —dijo—. Una puede dar todo lo que le permita su capacidad de entrega; en esto no hay límites: Pero debe saber que su compañero está dispuesto a dar en la misma medida.

Esbozó una sonrisa. David le correspondió.

—Lo sorprendente es que, en mi opinión, Andreas Wiik pensó y deseó eso —dijo David.

—Tal vez lo pensó y deseó —admitió Annika—, pero no lo hizo.

David movió la cabeza sonriendo.

—Eso no podemos saberlo, Annika —dijo él con cautela.

—Es verdad, no podemos saberlo —aprobó Annika.

Se sonrieron el uno al otro.

—¡Ya está bien! —sonó la voz de Jonás. Había entrado en la habitación, pero estaban tan absortos que no lo habían notado—. En cuanto os quedáis solos, os enfrascáis en esa vieja historia. Pero tenemos que pensar en otras muchas cosas. Es preciso encontrar alguna salida.

—No sé si es tan importante encontrar la estatua, Jonás —dijo David—. Tal vez, simplemente, nos hemos sugestionado y creído que lo es.

Jonás se enfadó tanto que empezó a tartamudear:

—¿En-entonces, cre-crees que to-todo esto no ha valido para nada?

David se rió. Parecía animado y satisfecho.

—Quizá ha valido para que Annika y yo tuviésemos esas conversaciones que a ti no te interesan, y pensáramos cómo se puede contribuir a mejorar la vida humana:

—¡Mejorar la vida humana! —bufó Jonás—. ¿No podéis ser un poco más serios?

—¡Eso es lo que somos! —contestó Annika.

Jonás suspiró y renunció a seguir con ese tema.

—Lo que os estoy diciendo es si no podríamos continuar con la estatua. Pensad un momento en la cantidad de escarabajos que han estado volando por aquí. El escarabajo sagrado y todos los demás. ¿No comprendéis que es preciso encontrar la estatua? ¡Ella es lo principal! El escarabajo de oro, en medio de todo, importa menos, vale poco.

Pero David opinó que el hallazgo del escarabajo sagrado, él solo, era suficiente para justificar todos sus desvelos.

—¡No menosprecies el escarabajo, Jonás! En Egipto era un animal sagrado. Simbolizaba la búsqueda de la luz, el camino del hombre hacia el sol, hacia el cielo. Se creía que procedía de la materia primigenia, y que estaba relacionado con el origen de la vida. ¡Era sumamente importante!

—¿El escarabajo pelotero? —preguntó Jonás con gesto de incredulidad.

—Sí, el escarabajo sagrado, emparentado con nuestro escarabajo pelotero.

Pero Jonás insistió.

—Por eso es todavía más importante que vuelva a la estatua. ¡No puede pasarse toda la eternidad metido en una caja de cerillas en el despacho del pastor! Allí empezaría a causar problemas, a dar vueltas como un fantasma. Además, si es tan sagrado, ¿no cabe que sea él, el escarabajo, y no la estatua, el que venga y acarree desgracias?

—No digas estupideces, Jonás —Annika parecía molestar—. ¿También tú eres supersticioso?

—¡No más que tú! —suspiró Jonás resignado—. Llamaré a Lindroth. Es el único con el que se puede hablar y que realmente me entiende.

Jonás quiso ir al teléfono, pero Annika lo detuvo.

—No lo hagas. No debemos molestarlo. Ha dicho que nos llamará si se le ocurre algo.

Era lunes. Lindroth había estado todo el domingo ocupado con el servicio religioso, con reuniones parroquiales y con bodas. Hoy estaba en la ciudad, y probablemente no volvería a casa hasta después de comer. Aunque estuviese ya en casa, no habría tenido tiempo para pensar.

Jonás lo comprendió.

—Pues se va a llevar una enorme decepción —dijo amargamente— cuando se entere de que no hemos hecho nada mientras él estaba predicando y trabajando.

David hojeó distraído el periódico de Smaland mientras Jonás y Annika dialogaban entre sí. Era el número aquel de la foto de Jonás entre las dos estatuas, la inglesa del Museo Británico y la copia sueca.

De repente, Annika miró el periódico.

—Parecen exactamente iguales —comentó—. Yo no veo ninguna diferencia.

—Porque es una copia perfecta —contestó David—. Me gustaría saber dónde estaba el escarabajo sagrado.

Jonás se acercó y comenzó a buscar.

—Si, se tendría que ver —dijo entusiasmado—. Veamos si en la estatua inglesa hay también un escarabajo. Pero ¿dónde suelen llevarlo?

—Quizá en alguna parte de la cabeza —sugirió Annika.

—O en los adornos del cuello —dijo David—. De todas formas es difícil distinguirlo. La impresión es poco clara.

—Esperad un momento —Jonás fue a su habitación y volvió con una lupa. Pero no sirvió de mucho. Era imposible descubrir un escarabajo en las fotografías.

—Deberías telefonar a Hjärpe —dijo de repente David a Jonás.

Éste acogió la idea con entusiasmo, pero Annika protestó enérgicamente.

—¿Qué dices, David? Haz el favor de dejar a Hjärpe en paz.

—¡No te metas en esto! —la interrumpió Jonás.

David afirmó que necesitaban las fotografías originales para captar todos los detalles. ¿Por qué no podía Jonás telefonar a Hjärpe y pedirle que se las enviara? ¡Eso no encerraba ningún peligro!

—¿No podemos arreglarnos sin él? —preguntó Annika irritada—. Querrá saber qué nos proponemos y publicará otra vez un montón de tonterías.

Pero David no compartía su opinión. Jonás no tenía por qué explicarle para qué quería las fotos. Y, por supuesto, no debía decirle nada del hallazgo del escarabajo; simplemente, que quería estudiar las fotografías detenidamente.

Annika suspiró.

—¡Se irá otra vez de la lengua!

Jonás se enfadó, pero David lo apaciguó.

Jonás fue al teléfono e hizo la llamada.

—¡Buenos días, Jonás! —oyó la alegre y siempre despierta voz al otro lado de la línea, y se animó enseguida.

—¿Tienes alguna novedad?

—Desgraciadamente, todavía no —dijo Jonás, Y expuso sus deseos.

Hjärpe aguzó el oído y le preguntó si había algo a la vista, si Jonás creía haber descubierto algo.

Jonás respondió que no, pero indicó que tal vez podría encontrar algo.

—¿Y necesitas las fotos para eso? —preguntó interesado Hjärpe—. ¿Son urgentes?

—¡Eso es lo normal en este trabajo! —contestó Jonás, usando la misma jerga que Hjärpe.

Hjärpe soltó una estrepitosa carcajada. Annika dirigió a Jonás una mueca de disgusto. Le parecía que ya había hablado demasiado. ¡No comprendía aquella forma de actuar! Había que interesar a Hjärpe pero no demasiado.

Por fin, Hjärpe prometió enviarle las fotografías en el autobús de las cuatro, que salía veinte minutos más tarde.

—Bien, Jonás, confío en ti. Ahora mismo mando a alguien. El autobús llegará a Ringaryd a las diecisiete horas doce minutos. Estate en la parada y recoge las fotos.

—De acuerdo, allí estaré.

—¡Y no dejes de llamarme en cuanto sepas algo!

—¡Por supuesto! Discúlpeme por la molestia —Jonás colgó el teléfono y dirigió a los otros una mirada de triunfo—. Las fotos estarán aquí dentro de hora y media.

—Estupendo —dijo Annika más tranquila.

David seguía sentado y examinaba el periódico.

—¿Podrías encontrar la cinta en que está la carta que Andreas escribió a Emilie desde Egipto?

—preguntó a Annika—. Creo recordar que contiene una descripción exacta de la estatua.

Annika buscó la cinta y la puso. De hecho, no sólo describía la estatua de Andreas, sino también la de Ramsfield. El texto decía:

*Son dos figuras de mujer de pie. Se les da el nombre de estatuas gemelas, además de porque eran idénticas, porque estaban colocadas en los dos extremos del sarcófago de la momia. Según los habitantes del país, quien las separe podría sufrir la venganza de los muertos. Pero mi compañero Patrick y yo somos cristianos y no hacemos caso de semejantes supersticiones. Nuestras estatuas son exactamente iguales. Cada una parece un retrato de la otra; pero hay una diferencia: la figura de Patrick tiene una flor de loto en la mano derecha, mientras que la mía la tiene en la izquierda. Las dos son de exquisita belleza en lo que respecta a la pintura.*

—¡No necesitamos oír más, es suficiente! —dijo David. Annika desconectó el aparato—. La única diferencia reside en la colocación de la flor.

Examinaron las fotografías y comprobaron que era cierto: la estatua inglesa tenía la flor en la mano derecha y la copia de la sueca la llevaba en la izquierda.

Pero ¿qué debían hacer cuando encontraran la estatua? Lo lógico era que estuviesen las dos juntas; no podían seguir teniéndolas separadas.

—¿Nos darán permiso para enviar la nuestra al Museo Británico? —preguntó Annika.

—¡Eso no, nunca! —afirmó Jonás—. ¡Son ellos quienes tienen que regalarnos la suya!

—Pues yo no lo veo tan claro —dijo David con una sonrisa.

—¡Con el trabajo que nos ha costado! —dijo Jonás, y se levantó—. Ahora tengo que irme, quiero llegar a tiempo a la parada del autobús.

Cuando regresó, traía las fotos. Las dejó orgullosamente sobre la mesa de David.

David cogió la lupa y examinó las fotografías. Eran muy claras. Se podía ver que el escarabajo había estado adornando el cuello. También lo estaba en la copia. Carl Andreas lo había esculpido en madera. Se hallaba engarzado en un collar. Era significativo que también estuviera en la copia, pues eso significaba que se había desprendido más tarde, después de hacer la copia de la estatua y de haber sido depositada ésta, otra vez, en el ataúd; probablemente, al sacarla por última vez. Debió de estar mal engarzado, pues también faltaba en la estatua inglesa.

Jonás ardía de entusiasmo. ¡Ahora comprenderían los otros lo importante que era encontrar la estatua sueca, tras haber descubierto el escarabajo de oro! Con ello, la estatua sueca sería mucho más perfecta que la inglesa. Y sería natural que el Museo Británico se desprendiera de la suya y la enviara para que volvieran a estar juntas las dos.

Jonás examinó la estatua inglesa con la lupa. En conjunto, no parecía tan delicada como la sueca.

—Recuerda que están comparando una copia con un original —le dijo Annika.

—Sí, ya —asintió Jonás—, pero de todas formas es más delicada. ¿Qué significa TIXE?

—¿Cómo? —le preguntó David sin comprender.

—Aquí, encima de la puerta, dice TIXE, con letras mayúsculas y la E invertida. ¡Qué barbaridad!, han cometido un error en la escritura.

David cogió la fotografía. Pareció muy sorprendido, como si hubiera visto una visión.

—Jonás, es una suerte que tengas ojos en la cara —exclamó.

Jonás pareció apreciar la lisonja, pero no entendió nada.

—¡Cielos! ¡Es para volverse loco! ¡Esto cambia por completo las cosas! —gritó David, y contempló la foto con rostro radiante.

—¿Qué? —gritaron al mismo tiempo Jonás y Annika impacientes y excitados. En la expresión de David advirtieron que había pasado algo.

En ese momento sonó el teléfono. Era Lindroth. Hablaba con voz misteriosa, como si hubiera descubierto algo especial.

Annika lo saludó, pero David se precipitó sobre el aparato y le arrancó de la mano el auricular.

—¡Hola! —dijo—, soy David.

—Hola, David —contestó Lindroth—. Yo...

Los dos parecían muy excitados. Los dos estaban fuera de sí. Tras un breve silencio, los dos dijeron a la vez:

—¡Creo que ya tengo resuelto el problema!

Hubo un nuevo silencio.

—¿Sí? —preguntó Lindroth.

—¿Sí? —preguntó David.

—¿También tú has caído en la cuenta, David?

—Sí, ahora mismo... No hace ni un minuto.

—Es muy extraño. Ha tenido que ser telepatía. También yo acabo de caer en la cuenta.

—¿Sí? ¡Qué extraño!

—Creo que sería mejor vernos —dijo Lindroth.

—Eso creo yo también —asintió David.

## 32. UN DESCUBRIMIENTO

Se encontraron delante de la iglesia, bajo los rayos del sol de mediodía.

Lindroth salió a su encuentro con los ojos relucientes. Parecía como si las novedades fueran a hacerle estallar y procurara guardar el secreto el mayor tiempo posible.

—¿Quién comienza? ¿Quieres, David..., o lo hago yo...?

—Me gustaría oír qué ha descubierto usted —contestó David.

—Entonces, acompañadme.

Lindroth cruzó el cementerio con paso rápido. Había caído un chaparrón, y las hojas de los arbustos brillaban. Las ramas seguían goteando. Sobre el césped, los gorriones correteaban entre las sombras y buscaban algo que picar.

Lindroth se detuvo junto al muro posterior, que daba al bosque. Se hallaba delante de la tumba de los gemelos. Los rayos del sol caían directamente sobre la lápida y la luz solar era casi deslumbradora.

—Carl Andreas escogió un bonito lugar —comentó Lindroth—. Aquí luce el sol durante todo el día.

Mostró con un gesto la imagen que Carl Andreas había esculpido para sus hijos sobre la piedra. Representaba un disco solar enviando sus rayos. Y cada rayo terminaba en una mano abierta que buscaba algo. Era un símbolo que Carl Andreas había tomado de Eknatón, dios egipcio. ¡También la estatua que ellos buscaban procedía de la época de Eknatón!

—Eknatón fue un hombre notable —afirmó Lindroth—. Puso fin a la hegemonía de los sacerdotes y rompió con todo lo antiguo. Fundó una religión nueva, con unas creencias que acercaban a los hombres a la naturaleza y pretendía liberarlos de las viejas y rígidas enseñanzas sacerdotales; y adoró al Sol, condición indispensable para la vida. A su modo, fue un revolucionario. Yo lo comprendo perfectamente —dijo Lindroth, y contempló el relieve con semblante pensativo.

Dentro del disco solar se hallaban dos niños pequeños sentados, que se daban la mano.

—Es un cuadro conmovedor —añadió—. Cuando uno piensa lo triste que fue la vida de Carl Andreas, se imagina cuánta angustia y preocupación hay detrás de esto.

—Es triste, desde luego —intervino Annika—. Ni Emilie ni Andreas fueron felices un par de años siquiera. Las desgracias se sucedieron para ellos una tras otra. ¿Había pensado usted en eso?

Lindroth asintió con la cabeza. Claro que había pensado. Y recordó aquellas palabras de Linneo que Andreas citaba en una carta a Emilie: «Al desgraciado todo se le vuelve adverso. Todos empujan el carro de la desgracia. Ni el cielo ni la tierra pueden remediarlo».

—Son palabras terribles —comentó David.

—Si, pero, por desgracia, ciertas —contestó Lindroth—. Annika, ¿puedes leernos las palabras de la lápida?

Ella leyó:

*Se buscaban mutuamente,  
buscaban la luz.  
¡Dios se apiade de quien se atreva a separar a los gemelos!*

Algo más abajo había en la lápida esta inscripción latina:

*Gemini geminos quaerunt.*

—Los gemelos se buscan mutuamente —tradujo Lindroth—. Ahora comprenderéis lo que yo pienso... y lo que, probablemente, piensa también David.

Pero David movió la cabeza.

—No, no estoy muy seguro —dijo.

—¿Tienes una pastilla de ésas?

—¡Claro! —Jonás sacó la caja de regaliz y ofreció a Lindroth—. ¿Qué piensa usted?

—Bueno, yo he procurado seguir el razonamiento de Carl Andreas... Me lo he imaginado delante de esta tumba, enterrando a sus pequeños... Luego, esculpió esta lápida, a la que dedicó muchas horas de trabajo, como se ve a simple vista... También se advierte que pensaba en Eknatón y en su tiempo. Y, naturalmente, en la estatua que él y su amigo habían vuelto a depositar en la oscuridad de la cripta. ¿Qué pensó entonces Carl Andreas? ¿Qué sintió?

Lindroth hizo una pausa y miró a David, Jonás y Annika con ojos inspirados.

—Pensó que había obrado mal. Que se había dejado llevar por el pánico y había actuado irreflexivamente. Creo que volvió a sentir miedo. Temió por los hijos que seguían con vida. Temió que la deidad desconocida se vengara otra vez quitándole también esos hijos. Reflexionó sobre todo ello y decidió sacar la estatua del sarcófago envuelto en la oscuridad y trasladarla a donde estuviera más cerca de la luz, más cerca del sol.

Lindroth hizo otra pausa. Los muchachos tenían los ojos clavados en él.

Continuó:

—Después de muchas reflexiones, he llegado a la conclusión de que la estatua egipcia se halla debajo de esa vieja lápida. ¡Eso es lo que yo creo!

—¡Es usted fabuloso! ¡De verdad! ¡Muy inteligente! —gritó Jonás, entusiasmado—. ¡Tome otra pastilla de regaliz! ¿Cuándo abrimos la tumba?

Lindroth sonrió orgulloso, y Annika le preguntó:

—¿Así que usted opina que fue el propio Carl Andreas quien sacó de nuevo la estatua?

—Sí, eso creo. Recordad el texto de la lápida: *geminus geminos quaerunt*; es el mismo que está escrito en el fondo del ataúd. Probablemente se trata de una pequeña pista para la posteridad, por si... ¿Qué opinas tú, David?

—También yo creo que fue él quien lo hizo. No pudo ser nadie más que Carl Andreas.

—Entonces has llegado, poco más o menos, a la misma conclusión que yo. ¿Me equivoco? — Lindroth parecía orgulloso y satisfecho.

David se volvió un poco.

—No del todo... Hemos partido del mismo punto, pero...

Lindroth lo miró con los ojos muy abiertos. ¿Por qué titubeaba?

Lindroth pensó que, quizá, David no quería exponer su punto de vista, para no contradecirle. Él, en cambio, encontraba interesante que hubiera opiniones diferentes. Eso no le preocupaba lo más mínimo.

—¡Qué interesante! —dijo—. Así que tú opinas que hemos llegado a resultados diferentes, partiendo de los mismos hechos. ¿Quieres explicarte?

David suspiró aliviado. Sabía que Lindroth no iba a hacer de su punto de vista una cuestión de prestigio. Sonrió y empezó a exponer su teoría:

—Yo también he pensado mucho sobre el mensaje ése de que «los gemelos se buscaban mutuamente» y me he preguntado qué puede significar. Quizá hubiera llegado a la misma conclusión que usted si hubiese visto antes esta tumba de los gemelos. Pero he encontrado una teoría en un lugar muy distinto...

David calló y empezó a rebuscar en su bolsa.

Jonás lo observaba con ojos críticos y mascaba regaliz. Daba la impresión de que no podía dominarse por más tiempo.

—¡Oh, no! —dijo por fin, malhumorado—. Yo creo más en Lindroth que en tu teoría.

—Pues yo estoy bastante seguro de ella —respondió David tranquilamente.

—¡Pues yo no! —Jonás estaba decepcionado de David. Y preocupado. ¿Sería posible que David echara todo a perder y se opusiese a la apertura de la tumba? ¡Lindroth tenía más fantasía que David, más imaginación...!

—Antes de tomar una decisión, tenemos que escuchar a David —opinó Lindroth sonriente.

—Desde luego —asintió Annika.

David seguía de pie, y tenía en la mano el sobre con las fotografías que Hjärpe les había enviado.

—En realidad, ha sido Jonás quien lo ha advertido —dijo.

—¿Yo? —Jonás lo miró con desconfianza. ¿Intentaba David ganárselo para que se pusiera de su parte? ¿Qué pretendía? No, no sería tan fácil convencerle...

—De todos modos, yo voto por la teoría de Lindroth —protestó con energía.

Lindroth le dio las gracias, pero añadió que, de todos modos, tenía interés en conocer la teoría de David; sobre todo ahora que sabía que también había intervenido Jonás.

—Es verdad, Jonás tiene una gran capacidad de observación —dijo David—. Él fue quien descubrió lo del alfil en la partida de ajedrez, y quien nos condujo a descubrir el escarabajo de oro.

Jonás se fue mostrando más accesible. Todavía parecía dudar, pero...

—¡De acuerdo! —concedió magnánimamente—. Continúa, David.

—En primer lugar, Jonás ha conseguido las fotos. Gracias a ellas hemos tenido la posibilidad de examinar las dos estatuas con todo detalle. Queríamos comprobar dónde estuvo colocado el escarabajo.

David entregó a Lindroth las fotografías.

—¡Muy interesantes...! Vamos al despacho, allí podremos sentarnos y discutir con más tranquilidad.

Caminaron deprisa; Lindroth iba a la cabeza. Una vez dentro se quitó la chaqueta y los zapatos; se puso las zapatillas, encendió una potente lámpara de trabajo y buscó una lupa. También él distinguía claramente el escarabajo en la copia, pero no veía claro si se encontraba en el original.

—Como puede usted ver —dijo Jonás a Lindroth—, nuestra estatua es mucho más bella y está mejor conservada que la inglesa.

—Espera un momento, Jonás —replicó David—, todavía no he terminado.

Luego, habló de las flores de loto que llevaban las estatuas. La carta de Andreas decía claramente que la única diferencia entre la estatua inglesa y la sueca residía en la diferente colocación de las flores de loto. La inglesa le llevaba en la mano derecha; la sueca, en la izquierda.

—Eso se ve también, claramente, en las fotografías, ¿no es verdad? —David mostró a Lindroth las dos fotos.

—Así es —dijo Lindroth—. Aquí se puede ver...

—Eso mismo creía yo —contestó David—; pero sólo hasta que intervino Jonás con sus maravillosas dotes de observación. «¿Qué significa TIXE?», preguntó de repente. ¡Y entonces caí en la cuenta!

—¿TIXE? —repitió Jonás en tono de pregunta.

—Sí. ¿Quieres examinar un momento la foto del Museo Británico? Encima de la puerta hay un letrero. Pone TIXE, con la E invertida, hacia la izquierda. ¿Lo ves?

—Sí, lo veo... —Lindroth se frotó las cejas—. Eso tiene que...

—Exacto, eso tiene que significar EXIT —afirmó David.

—¿EXIT? ¡Ahí pone TIXE! —replicó Jonás con acento de reproche. Aquello le parecía perder el tiempo en bagatelas.

—¡Increíble! —dijo Lindroth—. EXIT significa en inglés «salida». ¿No lo sabías, Jonás?

—Sí, claro —contestó Jonás—. ¿Y qué...?

—Pues que eso quiere decir que...

—¡Que la foto está al revés! Así, EXIT se convierte en TIXE, como has advertido tú, Jonás. Y eso quiere decir que la estatua no tiene la flor en la mano derecha, como aparece en la foto, sino en la izquierda. Según la carta, la estatua de Patrick debe llevar la flor en la mano derecha. Por tanto, la estatua que hay en el Museo Británico no puede ser la de Patrick, sino que tiene que ser...

—¡Oh! —exclamó Lindroth. Había comprendido a donde llevaba aquello.

—¡La que se conserva en Londres es la de Andreas Wiik! —concluyó David.

Lindroth se reclinó en la silla.

—Estoy de acuerdo contigo —admitió—. ¡Es una teoría sorprendente! Tengo que darme por vencido, no me queda otro remedio.

—¡No se rinda! —suplicó Jonás. La historia de David le parecía poco emocionante. Hjärpe usaba frecuentemente en sus artículos la expresión «carecer de perspectivas». Esa expresión definía perfectamente la teoría de David.

—¡Pero tú mismo has contribuido a esta fantástica solución, Jonás! —dijo Lindroth.

—A pesar de todo, creo que más en la suya —contestó Jonás—. Además, ¿cómo llegó la

estatua a Inglaterra? ¿Nos puedes contestar, David? Me gustaría saberlo.

—Probablemente la llevó el mismo Carl Andreas —respondió David—. Era lo único razonable que podía hacer cuando llegó a la conclusión de que las estatuas acarrearían felicidad cuando «¡Dios se apiade de quien se atreva a separar a los gemelos!». Y sabía lo que decía.

Lindroth asintió:

—Creo que es la solución más sencilla y más probable —admitió—. Creo que David ha encontrado la verdadera respuesta y eso significa que el pequeña escarabajo de oro que tenemos aquí y que hallamos en el ataúd pertenece a la estatua del Museo Británico, es decir, a la estatua de Andreas Wiik.

Lindroth sonreía.

—Ha sido un descubrimiento inesperado —comentó con un rayo de clarividencia en los ojos—. Bueno, ¿qué hacemos ahora?

—Deberíamos ponernos en contacto con el Museo Británico —propuso David.

Jonás estaba callado y miraba sombríamente. Por desgracia David tenía razón. No había más remedio que admitirlo. Sin embargo, la solución «carecía de perspectivas». Aquello significaba que se había terminado la emoción.

¿Qué diría Hjärpe? ¿Podría sacar partido de la solución? Estaba claro que para un buen periodista nada es imposible. No obstante, la teoría de Lindroth resultaba mucho más atractiva. Jonás suspiró. No había nada que hacer. Lindroth ya se había dado por vencido.

No, Jonás no estaba satisfecho. De pronto, se le ocurrió una idea:

—¿Y la otra estatua? —preguntó con vehemencia—. La de Patrick Ramsfield. ¿Dónde está ahora? Si Carl Andreas llevó su estatua a Inglaterra, para unir de nuevo a los gemelos, ¿por qué no están ahora juntas? —dijo, y miró a los demás con ojos de triunfo. Evidentemente, era un problema que no podía soslayar.

—¡Jonás! —dijo Annika cansada—. ¡Por favor, Jonás...!

Lindroth abandonó sus reflexiones. Miró a Jonás y agarró con las manos los brazos de su butaca.

—Sí, nos pondremos en comunicación con el Museo Británico. Lo antes posible —afirmó.

—¿Por qué no llamamos ahora mismo? —propuso Jonás.

—¿Qué opináis? —Lindroth miró al reloj—. No, ahora estará cerrado. Tenemos que esperar hasta mañana. Y entonces aclararemos el asunto... y será interesante oír lo que digan cuando se enteren de que...

### 33. LA CONVERSACIÓN TELEFÓNICA

Al día siguiente, Annika se levantó muy temprano. Quería lavarse la cabeza y deseaba estar tranquila en el cuarto de baño. Para ello era necesario entrar antes de que se despertaran los demás. Entró sin hacer ruido en el cuarto de baño y abrió los grifos con el mayor cuidado que pudo.

No obstante, Jonás oyó que alguien se movía en la casa y le levantó. De ordinario se tiraba mucho tiempo en la cama desperezándose, pero aquel día estaba inquieto. Saltó de la cama y fue directamente al cuarto de baño. ¡Cerrado!

—¡Espera! ¡Termino enseguida! —gritó Annika desde dentro. Ya estaba liada con su pelo.

—¡Eres tonta! ¿Crees que te va a ver alguien del Museo Británico? —respondió su hermano.

—¡Qué bobo eres, Jonás! Quería lavarme la cabeza. ¿Qué tiene eso de malo?

—¡Tonterías! ¡Siempre que hay prisa tienes que lavarte la cabeza!

—¡Qué te calles!

Eran poco más de las seis. Por tanto, aún faltaban varias horas hasta el momento de ir a casa de Lindroth. Jonás hizo una excursión por la cocina y examinó la nevera. Pero no encontró nada especialmente apetitoso.

Cogió el periódico y comprobó que Hjärpe había puesto un suelto donde se afirmaba que en el asunto de las estatuas no se había dicho aún la última palabra. «Prosiguen las investigaciones», decía. El humor de Jonás mejoró inmediatamente. Como es obvio, el suelto hablaba de Jonás. El artículo se le había ocurrido a Hjärpe cuando Jonás lo llamó para pedirle las fotografías. Hjärpe era inteligente: sabía mantener el interés de los lectores con notas breves de cuando en cuando, como si surgiera algo nuevo. ¿Debía comunicar a Hjärpe la última noticia? No; era mejor esperar hasta que se aclarara todo. Al menos hasta que constara con certeza que la estatua que se conservaba en el Museo Británico era realmente la de Ringaryd. Si aquélla tenía engarzado el escarabajo sagrado, tal hipótesis sería insostenible. En ese caso habría que emprender nuevas investigaciones.

De cualquier forma, habría que averiguar dónde se encontraba la segunda estatua; si era la de Andreas la que se exponía en el Museo Británico, entonces habría que centrar la atención en la de Patrick Ramsfield. ¡Porque los gemelos tenían que volver a estar juntos! Jonás esperaba que en esto estuvieran todos de acuerdo.

Por fin Annika terminó de lavarse la cabeza. Entró en la cocina y puso agua para el té.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás de repente tan radiante? —preguntó a Jonás.

—Nada —decidió no comentar con los otros la noticia del periódico. David y Annika

entendían poco de periodismo.

La mañana transcurrió con paz y tranquilidad. Mamá y papá subieron, y los cuatro desayunaron juntos en la cocina. Hacia las ocho menos veinte sonó el teléfono. Era Lindroth y quería hablar con Jonás o Annika.

Jonás dio un salto y cogió el auricular.

—¡Buenos días!

—¿No venís? —preguntó Lindroth, nervioso.

—Vamos enseguida —contestó Jonás—. Pero todavía no son las ocho, y el Museo Británico no se abrirá hasta las nueve.

—Naturalmente, pero es que hay una diferencia horaria entre Ringaryd e Inglaterra. Cuando son las ocho en Suecia allí son ya las nueve.

—¡Qué maravilla! Vamos enseguida. ¿Se lo digo a David?

—No, ya me encargo yo. Hasta luego, Jonás.

Jonás colgó y gritó:

—¡Tenemos que irnos ahora mismo, Annika! ¡Lindroth nos está esperando!

—¿Y mi pelo? —Annika se palpo los cabellos—. ¡Todavía no está seco!

—¡Ya se secará por el camino! —respondió Jonás—. ¡Deprisa! ¡Vámonos!

A Annika no le agradaba eso de salir con la cabeza a medio secar, pero no había más remedio. Jonás le dijo que eso le pasaba por meter la cabezota en el lavabo en una mañana tan importante como aquélla.

Discutieron acaloradamente durante todo el camino. Aún no se habían apaciguado los ánimos cuando llegaron. El mismo Lindroth les abrió la puerta.

Jonás iba a decir algo mordaz sobre el lavado de cabeza, cuando Lindroth se adelantó.

—Todavía no tengo seca la cabeza, me he lavado el pelo mientras os esperaba.

Annika lanzó a Jonás una mirada de triunfo.

—Lo mismo me ha pasado a mí —dijo—. Por eso no estoy aún totalmente seca.

David llegó enseguida con la bicicleta. Se había retrasado un poco porque, cuando sonó la llamada de Lindroth, se estaba lavando la cabeza. Annika miró otra vez a Jonás. Parecía derrotado y, durante mucho rato, apenas abrió la boca.

Se sentaron en el despacho del pastor. Allí se sentían como en su casa, y cada uno tenía su sitio.

—Esta noche he estado tan nervioso que no he podido dormir —dijo Lindroth—. Vamos a ver, son las ocho y unos minutos. Podemos probar a ver...

—A mí me parece —objetó David— que les llevamos nosotros una hora de adelanto. Ahora en Inglaterra son las siete.

Lindroth lo miró asustado y sacó su agenda.

—No pude ser. No he podido equivocarme. Me fijé bien. Aquí, mira, aquí pone..., ¡claro!, nosotros tenemos una hora más. Y ellos una hora menos... ¡Yo no entiendo esto!

Irritado, Lindroth arrojó el calendario sobre el escritorio. ¿Por qué harían tan complicadas estas tablas? ¡Ninguna persona corriente era capaz de entenderlas! Mejor no hacer caso, y llamar ahora mismo.

—Si, hagamos eso —asintió Jonás.

David parecía disgustado.

—¿Y tenemos que esperar dos horas todavía? —preguntó decepcionado.

—Pues sí, realmente tenemos que...

—¿Y qué hacemos mientras tanto? —Lindroth dirigió la mirada en el suelo con semblante preocupado; pero empezaron a brillarle de nuevo los ojillos—. Las fresas están maduras, rojas, gordas, riquísimas. Podemos hartarnos mientras esperamos.

—¡Buena idea! —asintió Jonás.

Salieron al jardín. Realmente estaban deliciosas. El tiempo transcurrió rápidamente. Tenían mucho que hablar. Lo bueno de Lindroth era que sabía hablar y escuchar. Pronto llegó la hora de entrar y prepararse para la importante conversación.

Entraron en la casa. Lindroth se sentó en el escritorio y empezó a revolver en sus cajones.

—Les informaremos de cómo están las cosas. Será para ellos una información excelente, que jamás hubieran imaginado... Vamos a ver... ¿Dónde estará? —abrió varios cajones y buscó dentro—. Mi mujer y yo estuvimos en Inglaterra el año pasado y usamos una magnífica Guía que trae todo. ¿Dónde la habré metido? Seguro que ahí encontramos el teléfono del Museo Británico... Así no necesitamos llamar a información y perder tiempo... ¡Aquí la tengo!

—¿Puedo ayudarle?

—Gracias, Annika, pero ya lo tengo... Efectivamente..., si, aquí lo pone: British Museum, Great Russel Street... ¿Llamamos ya?

Los tres asintieron con un movimiento de cabeza.

Lindroth descolgó el teléfono, pero lo colgó de nuevo.

—Lo siento, Jonás, pero nunca me acuerdo de comprar una caja. ¿No tendrás una pastilla de éstas?

Jonás sacó una caja de regaliz.

—¡Muchas gracias! Entonces... ya sólo nos falta llamar... Marco primero cero cero nueve cuatro... —Se equivocó y tuvo que empezar de nuevo—. Cero... cero... nueve... cuatro. Después...

Se detuvo y miró a David.

—¿No hablas inglés un poco mejor que yo? —le preguntó.

—No creo —contestó David inseguro.

—Entonces lo intentaré yo.

Lindroth reunió todo su valor y consiguió marcar bien. Oyeron cómo se establecía la conexión con el otro lado, cómo sonaba la señal y alguien cogía la llamada.

Lindroth se inclinó sobre el escritorio. Se apretó el auricular contra la oreja y gritó en inglés.

—Llamo desde Suecia. ¿Me oyen? Habla Lindroth, el vicario de Ringaryd. Lindroth, sí, sí... No, eso no... ¡Qué soy yo...! ¡Espere un momento!

Lindroth dejó de gritar y miró a David en busca de ayuda.

—¿Quieres intentarlo tú, David? ¿No entienden lo que les digo!

David cogió el auricular. Ahora ya no se sentía inseguro. Cualquier cosa tenía que sonar mejor que el inglés de Lindroth.

—Por favor, ¿puedo hablar con alguien del departamento egipcio del Museo? Sí, por favor. Muchas gracias —dijo en un inglés fluido.

Luego, tuvo que esperar.

Lindroth lo miró con curiosidad.

—¿Te han entendido? —preguntó.

—Sí, claro. Pero ¿qué debo decir ahora? Me van a poner directamente con la sección de Egipto.

—¡Di lo que sabemos! Que hemos descubierto que la estatua por la que habían preguntado ellos es la que tienen allí, pero que nosotros hemos encontrado el escarabajo de oro y lo tenemos aquí, en la parroquia, en Ringaryd... Después les dices que queremos saber exactamente cómo llegó allí la estatua, y les preguntas los datos que tienen sobre ese punto.

Lindroth respiró, y entonces intervino Jonás:

—Diles también que no podemos darles el escarabajo así por las buenas..., es casi lo más valioso..., que sería mucho mejor que ellos nos entregaran la estatua. Pregúntales dónde se encuentra la estatua, la de Patrick Ramsfield. ¡Es lo más importante para nosotros! Di que las estatuas tienen que estar juntas, diles que..., quiero decir que nosotros tenemos...

Hablaba con tanto calor que perdió el hilo. Lindroth volvió a tomar la palabra.

—Aunque quizá sería mejor plantear este problema más tarde, no dejes de decirles que nos gustaría tener aquí, en Ringaryd, todo el material que puedan reunir sobre la estatua.

Mientras Lindroth y Jonás explicaban alternativamente a David lo que debía decir, David concluyó la conversación y colgó el teléfono.

—¿Está ya aclarado todo? —preguntó Lindroth sorprendido.

—¿Qué han dicho? —quiso saber Jonás—. ¿Quién se quedará con la estatua? ¿Dónde está la otra? ¡No les habrás prometido el escarabajo!

David los miró sonriente. Volvió a su sitio y se sentó.

—¿Te ha resultado muy difícil? —preguntó Annika.

—No mucho —contestó David.

—¿Qué han dicho?

Bueno, David había preguntado si la estatua conservaba el escarabajo en el collar. Creían que faltaba, pero lo comprobarían.

—Entonces, ¿no has podido averiguar nada?

—No. Han dicho que echarán una mirada y llamarán más tarde.

—¿Aquí? ¿A la parroquia?

Las preguntas llovían sobre David desde todas partes. Al muchacho le resultaba muy difícil responder a todos a la vez. Sí, llamarían al despacho parroquial.

—¿Les has dado el número?

—Sí.

—Entonces pueden llamar. ¿No es así?

—¡Pues claro!

—¿Cuándo?

—En cuanto sepan algo.

—No les llevará mucho tiempo comprobar si el escarabajo está o no.

—No, pero también quieren averiguar otra cosa.

—¿Qué cosa?

—¿Les has preguntado por la estatua? ¿Dónde la guardan?

—Sí, claro.

—¿Qué han contestado?

—Querían comprobar todo. Llamarán de nuevo.

David contestaba lo mejor que podía: «sí, claro, ¡no!, claro que sí, claro que no...».

—Tendremos que esperar —afirmó Lindroth cuando ya no se les ocurrieron más preguntas.

—Sí, pero llamarán enseguida —dijo David. Parecía cansado.

De repente, Lindroth tuvo una inspiración: quizá fuese mejor que David estuviera solo cuando llamaran. Necesitaba tranquilidad para pensar y para hablar con sosiego.

Sí, David asintió. Lindroth volvió a salir al jardín con Jonás y Annika. También había peras y empezaban a madurar...

David se quedó solo. La llamada tardó menos de una hora. Cuando finalizó, salió al jardín en busca de los otros. Los tres le dirigieron una mirada cargada de expectación. Esta vez ninguno dijo nada, nadie abrió la boca.

—Sí —dijo David satisfecho—. Es lo que pensábamos. La estatua del Museo Británico es la de Andreas Wiik. El escarabajo formaba parte de ella.

Annika lanzó un grito de triunfo y abrazó a Lindroth.

Cuando se tranquilizaron, David informó que el Museo había iniciado inmediatamente las averiguaciones. La estatua había sido donada al Museo, el año 1823, por el muy honorable *Sir* Lesley Ramsfield, nieto del compañero de viaje de Andreas.

El Museo se había puesto en contacto con los descendientes de Patrick y Lesley Ramsfield. Estos poseían en su archivo familiar ciertas notas de las que se deducía que la estatua llegó a Inglaterra, a la casa de los Ramsfield, en Cornwall, el año 1807. La había llevado un hijo de Andreas Wiik, llamado Carl Andreas Ullstadius.

Todo había ocurrido como habían supuesto David y Lindroth. Carl Andreas no vivió en paz mientras las dos estatuas estuvieron separadas: gemini geminos quaerunt...

Había sacado, de nuevo, la estatua. Sin duda, la segunda vez le resultaría mucho más difícil, pues ya había concluido la restauración de la iglesia. Lo haría con el mayor secreto. Probablemente, de noche. Con las prisas, no advirtió que el escarabajo se había desprendido. Debió contrariarle el descubrirlo, pero ¿qué podía hacer? Quizá, ni siquiera se dio cuenta de que el escarabajo se había quedado en el ataúd.

Empaquetó la estatua y viajó con ella a Inglaterra para unirla de nuevo con la de Ramsfield y tranquilizar su conciencia. Éste era su deseo, pero las estatuas gemelas jamás se reunieron, no estuvieron juntas.

—¿Por qué? —Jonás acosaba a David—. ¿Has averiguado qué han hecho con ella?

Sí, David lo había averiguado. Y era algo muy extraño.

La familia Ramsfield de Londres informó al Museo Británico que la estatua de Patrick, la de Cornwall, había tenido un destino muy parecido a la de Andreas, en Suecia. Había dejado a su alrededor una estela de muerte y desgracia. Patrick Ramsfield se había visto obligado a trasladarse de un lugar a otro. En todas partes ocurría lo mismo. Todos lo detestaban y rechazaban.

Cuando Carl Andreas Ullstadius llegó a casa de los Ramsfield, la estatua inglesa había desaparecido hacía tiempo. Se habían deshecho de ella, pero nadie supo, o no quiso, decir cómo, Patrick Ramsfield y su hijo habían muerto; sólo vivía un nieto, el joven Lesley Ramsfield. Éste recibió a Carl Andreas y se hizo cargo de la estatua. Más tarde, en el año 1823, la donó al Museo Británico, donde ahora se encuentra. La donación coincidió con el comienzo de las obras del actual museo. Nadie sabía si la estatua sueca había llevado la desgracia a la familia Ramsfield

durante los dieciséis años que estuvo en poder de Lesley. Eso no lo había averiguado David. En todo caso, habían vuelto a encontrar la estatua.

—Pero ¿quién se va a quedar con ella? ¿No han dicho nada sobre esto? —preguntó Jonás.

No. De ese problema no se había tratado. Aunque, en opinión de David, la estatua era de los ingleses.

—¡Tenemos que recuperarla! ¡Es sueca!

—¡No, señor, es egipcia! —dijo David sonriendo—. Y no creo que nos la devuelvan.

—¿Y la estatua de Patrick?

—Ha desaparecido —comentó David.

Jonás no se lo creía; tenía que estar escondida en alguna parte, como había estado antes la sueca. No podían darse por vencidos.

—¿Y el escarabajo? ¿Qué pasa con él?

—Volverán a hablar del tema —respondió David—. Telefonarán otra vez.

Lindroth estuvo un rato callado. Era una historia interesante, fantástica. Comprendía a Jonás. También él se sentía decepcionado. Como si la fiesta hubiera acabado. Le habría gustado que continuara...

Annika mencionó entonces la colección de cartas, los grandes pensamientos de Andreas, que Emilie había confiado a la posteridad, a quienes encontraran las cartas...

¿Qué debían hacer con ellas?

Lindroth volvió a animarse.

—Es verdad, hay que pensar en ello —contestó—. Tenemos que hacer, organizar algo...

—Pero ¿estarán ya los tiempos maduros para asimilar los pensamientos de Andreas? —quiso saber David—. ¿Qué opina usted?

—En realidad, no lo sé —Lindroth se frotó las cejas—. No puedo responder.

—En todo caso —intervino Jonás sacudiendo con fuerza la cabeza—, personalmente, yo no me considero aún maduro para ello. Yo no soy tan profundo como estos dos —y señaló a David y Annika—. ¿Y usted? ¿Es usted muy profundo? —preguntó luego, riéndose, al señor Lindroth.

Lindroth sonrió. Luego, se quedó un poco desconcertado, casi avergonzado. Tenía la sensación de que no siempre estaba a la altura de las circunstancias.

—Tengo un carácter algo infantil, debo admitirlo.

—Yo también —dijo Jonás—. Por eso, ahora voy a telefonear a Hjärpe.

—¡No, Jonás! —replicó Annika—. ¡De esto no va a saber nada!

Pero Lindroth la miró sin comprender.

—¿Por qué no, Annika?

Annika estaba fuera de sí. ¿Otra vez iba a caer sobre ellos un chaparrón de noticias sensacionalistas? ¡Ni hablar! ¡Ella, desde luego, se oponía!

—Yo creo que eso no es tan grave —contestó Lindroth sin inmutarse—. Hjärpe trata de conseguir noticias emocionantes, poco corrientes. Quiere suscitar el interés de la gente, y creo que hace un buen trabajo. No ha venido mal un poco de sensacionalismo en la época muerta del verano. Y debo decirles que prefiero que la gente se interese por una vieja estatua, que no que comente un asesinato o las atrocidades que narra a diario la prensa sensacionalista.

Jonás escuchó con atención las palabras de Lindroth.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo—. Llamaré a Hjärpe.

## 34. JULIA JASON ANDELIUS

Aquella tarde, Lindroth los acompañó a la quinta de los Selander. No había estado nunca allí, y pensaba que sería interesante recorrerla y contemplar todo: la columna de la escalera que había sido la que había dado la primera pista. Quería también familiarizarse con la atmósfera que había rodeado a Emilie, y en la que David, Jonás y Annika habían pasado el verano y compartido tantas emociones.

Sí, quería conocer el entorno de la colección de cartas. Sabía que nunca comprenderían del todo a Andreas, Emilie y Magdalena, pero quería acercarse a ellos todo lo posible, antes de tomar una decisión sobre las cartas.

—¡Qué emoción! —exclamó cuando se halló frente a la selandria y aspiró el aroma de sus numerosísimas flores azules—. ¡La selandria egypctica! La planta azul de la canción que estamos ensayando en la iglesia. David... ¿Recuerdas como nos vinieron a los labios las palabras: «Escucha, escucha flor azul...»?

Lindroth quería verlo y vivirlo todo. Se detuvo y escuchó el viejo reloj de pie. Oyó su tictac y observó que funcionaba rítmicamente.

Subió al cuarto de Emilie y contempló el banco en que había estado la estatua. Jonás levantó la tabla del suelo y le mostró el escondrijo donde habían descubierto las cartas.

—Lo relativo a las cartas constituye para nosotros una responsabilidad enorme —dijo Annika muy seria—. Me sé de memoria lo que dice Emilie en su última carta: «En el caso de que las cartas sean descubiertas en un tiempo tan irreflexivo y despreocupado con respecto a la vida como el mío, ruego a quien encuentre el estuche que deje las cartas y las esconda otra vez».

Fuera, anochecía. A través de la ventana de Emilie se veía un cielo brillante con un azul diáfano. La luna estaba en cuarto creciente. Lindroth se acercó a la ventana y miró fuera.

—... Un tiempo irreflexivo y despreocupado como el mío —repitió, y suspiró—. Esas palabras se podrían haber escrito hoy, Annika.

—Eso mismo pienso yo —contestó Annika.

—Yo también, por desgracia —añadió David.

Lindroth se frotó las cejas.

—Entonces, quizá deberíamos dejar las cartas donde estaban —dijo sin inmutarse.

Se quedaron callados un rato. Luego, Annika dijo entre dientes:

—Es posible que nunca estén los tiempos maduros para los pensamientos de Andreas... Quizá no se acomoden a ninguna época...

Lindroth la miró.

—Claro que sí, Annika —exclamó—. Contiene algunas ideas válidas para cualquier época. Por lo demás, nadie debe atreverse a condenar a su tiempo. Creo que eso sería arrogancia. Andreas debió confiar sus pensamientos a sus contemporáneos. Todos tenemos que confiar en nuestro propio tiempo, aunque a veces resulte difícil. De lo contrario, traicionamos...

Jonás miró desconcertado a Lindroth.

—Ésos son pensamientos demasiado profundos —le dijo.

Lindroth se rió.

—¿Tú crees?

—Sí, pero no importa, son bonitos.

Annika, de pie, se miraba en el pequeño espejo que estaba colgado junto al texto enmarcado.

Lindroth se acercó y leyó el texto.

—¿Lo escribió Emilie? —preguntó.

—Sí; son palabras de Linneo. Sin duda creyó que eran adecuadas para el espejo.

—«¿Qué tiene de extraño que yo no vea a Dios, si no puedo ver siquiera al Yo que vive en mí mismo?» —leyó Lindroth, y sonrió. Le pareció divertido que tales frases estuvieran colocadas junto al espejo—. Eso revelaba un cierto sentido del humor. Emilie debió de ser una muchacha alegre —dijo—. Es una pena que su vida fuera tan breve y estuviera tan llena de sufrimientos.

Annika asintió con semblante serio.

—Este cuarto es pequeño y solitario. Ya lo dije la primera vez que entré en él: una habitación para solitarios.

—¿Qué poco sabemos de la soledad de otros! —suspiró Lindroth.

—¿Se siente usted solo? —preguntó Jonás.

—No, yo no —contestó Lindroth sonriente—. He tenido mucho suerte. Yo nunca vivo en soledad... Cuando no hay nadie a mi lado, me tengo a mí, para conversar conmigo mismo.

—Sí, y a mí —dijo Jonás—. Si alguna vez se encuentra solo, llámame. Acudiré inmediatamente.

Jonás y Lindroth se cruzaron una mirada de simpatía.

—Gracias, Jonás. Lo tendré presente. A propósito, ¿quieres una pastilla? —Lindroth sacó del bolsillo una caja de regaliz y se la pasó orgulloso a Jonás.

—Es una suerte, pues yo he olvidado la mía —dijo Jonás—. Venga, vamos ahora a la cocina. Tengo que enseñarte dónde encontré la basura; es decir, la bolsa de la basura con las pruebas.

Al cruzar el desván, Jonás habló del sospechoso que había entrado sigilosamente y se había visto sorprendido por ellos en la puerta. ¿Qué buscaba allí?

—Sin duda, debió de oír ruidos mientras estaba abajo, revolviendo en las estanterías. Como había pensado que estaba solo en la casa, quiso averiguar quiénes erais y qué os proponíais. Quiso asustaros, y fue él quien se asustó —comentó Lindroth.

Jonás sonrió satisfecho. Había partido de él la iniciativa de lanzarse los tres contra la puerta.

—Fue una idea inteligente —reconoció Lindroth.

Contempló el lugar en que había estado la bolsa de la basura. También vio los otros objetos de la cocina que Jonás había inspeccionado, pero que no tenían relación ninguna con la historia.

Después fueron a la habitación donde estaba el teléfono y examinaron el ajedrez. Las figuras estaban igual que cuando se interrumpió la partida. Jonás señaló el alfil. Lindroth lo cogió y lo observó detenidamente.

—Debe seguir en el lugar de la reina —dijo David—. Tengo intención de no dejar la partida; espero que vuelva a llamar Julia.

—¿Crees que llamará? —preguntó Annika.

Lindroth la miró pensativo.

—¿Por qué no llamáis vosotros? Ella ha mostrado mucho interés por saber cómo iban las cosas por acá, y os ha ayudado a su manera con la partida de ajedrez. Creo que ahora deberíais llamarla vosotros.

Jonás abrió una vieja guía telefónica de Estocolmo. Annika buscó juntamente con él.

—Aquí, aquí está: Andelius, Julia Jasón...

Lindroth reflexionó un momento.

—¿Andelius? —preguntó. Ese apellido me suena de algo...

—Es la propietaria de la quinta Selanderschen. ¿No lo sabía?

Lindroth lo sabía. Pero lo había olvidado, pues la señora Göransson llevaba muchos años viviendo allí, de alquiler. El apellido le sonaba de otra cosa. Se frotó las cejas y reflexionó. ¿De qué le sonaba...? No lograba recordarlo.

—Cuando me pasa una cosa así, me pongo nervioso —dijo—. Lo tengo aquí, en la cabeza, pero soy incapaz de dar con ello.

Buscó en los bolsillos; quería otra pastilla de regaliz. ¿Dónde diablos las tenía? ¡Ah!, aquí estaba la cajita.

—¿Quieres una, Jonás?

—Sí, gracias.

—Voy a llamarla —dijo David, y marcó el número. Correspondía a una dirección de la calle de las Sibilas.

David esperó. A la tercera llamada respondió una voz de hombre.

—Aquí... —y la voz dijo el número.

—Desearía hablar con Julia Andelius —dijo David.

Al otro lado de la línea hubo un momento de silencio extraño.

—¿Oiga? ¿Me oye? —preguntó David.

—Sí —dijo el hombre—. Pero... No puede ser.

—¿Por qué?

—¿Con quién hablo?

—Con David.

—¿David Stenfäldt?

—Sí, soy yo.

De nuevo se produjo un silencio.

—Es curioso —dijo luego la voz de hombre.

—¿Curioso? —preguntó David—. ¿Por qué?

—Hemos encontrado entre los papeles de Julia una nota que habla de usted.

—Pero ¿no podría hablar personalmente con Julia Andelius? ¿Cuándo se la puede llamar?

Un nuevo silencio.

—¿Qué hora sería mejor llamarla?

—Es que... no, en realidad, ya no está aquí.

—¿Dónde, entonces?

—¿No sabe usted...?

—No. ¿Cómo voy a saber dónde está?

—Bueno, mire: la nota de Julia habla de un escarabajo de oro que se encuentra en el ataúd situado bajo la lápida del obispo Matías, en la iglesia de Ringaryd. Julia quiere que David Stenfäldt se ocupe de arreglar todo. Y dice que regala a David Stenfäldt un tablero de ajedrez, con figuras talladas a mano, que se encuentra en la quinta de Selanderschen, de Ringaryd. Allí debe de haber también una colección de cartas; según la nota, están arriba, en una habitación del desván, en el «cuarto de verano». Ella quiere que las guarde usted y cuide de que no caigan en malas manos. La nota dice textualmente: «David Stenfäldt sabe de qué cartas se trata». ¿Es así?

—Sí, así es, pero no entiendo... ¿Qué nota...?

—Es un apéndice a su testamento; acabamos de abrirlo.

—¿Testamento?

—Sí, Julia ha muerto. ¿No lo sabía usted?

—No..., yo... Habrá sido de repente, ¿no? Yo hablé con ella el viernes, creo. Hace un par de días.

—Imposible, Julia murió el 27 de junio.

David se quedó pálido como un cadáver. Sus fuerzas lo abandonaron por completo. Apenas podía sostener el teléfono. Todo se tambaleaba ante él.

—¿Tiene la bondad de darme su dirección, para que podamos enviarle copia de esta nota y disponer de todo para que reciba usted el ajedrez? —preguntó el hombre al otro lado de la línea. David le dio sus señas y colgó el teléfono despacio.

—Julia ha muerto —musitó con voz casi imperceptible—. Murió el 27 de junio... —al decirlo, sintió una emoción tan fuerte que no pudo seguir hablando.

Tampoco era necesario. Los otros recordaron enseguida que ése era el día en que fueron por primera vez a la quinta Selanderschen. La noche anterior, David había soñado con la selandria. Se miraron unos a otros, los ojos muy abiertos, pálidas las caras.

Pero Lindroth, que había estado sumido en sus pensamientos, recordó de repente lo que en vano había antes pretendido averiguar.

—¡Ya lo tengo! —dijo—. Hace unos días llegó a la parroquia una urna con cenizas. Debía ser enterrada en el cementerio de Ringaryd. Era la urna de Julia Andelius. ¡Ahora lo recuerdo!

David se acercó a la selandria. La planta irradiaba aroma y estaba en flor. Así olería y florecería cada verano, quizá durante cien años más. ¿Había conocido bien a Julia? ¿Sabía que Julia había muerto?

La selandria pareció ignorar las preguntas de David.

El reloj de pie hacía tictac. Todo respiraba paz y tranquilidad.

De pronto empezaron a temblar los cristales de la ventana. La araña tintineó. Las puertas de la estufa de cerámica tabletearon. Un extraño movimiento recorrió toda la habitación; los cristalitos de la lámpara sonaron como campanillas, el movimiento se propagó de un objeto a otro. Y, al final, era como si todo estuviera animado por el aleteo de la vida.

Era el expés de la noche, que se dirigía de Malmoe hacia el Norte.

A las veintiuna treinta y seis, exactamente.



MARIA GRIPE (Vaxholm, 25 de julio de 1923 – 5 de abril de 2007) fue una escritora sueca de literatura infantil y juvenil, galardonada con el Premio Andersen.

Tras licenciarse en Filosofía e Historia de las religiones en la Universidad de Estocolmo se dedicó a la enseñanza.

Tomó el apellido de su marido, el ilustrador Harold Gripe, con quien se casó en 1946 y que ilustraría muchos de sus libros.

Sus obras se caracterizan por mezclar el realismo con elementos mágicos o surrealistas y por destacar la profundidad y complejidad del mundo infantil.

En 1974 le fue concedida la medalla Hans Christian Andersen.

Falleció el 5 de abril de 2007.

## **Notas**

[1] Carlos de Linneo (1707-1778). Célebre naturalista sueco, famoso por sus trabajos en el campo de la botánica. A él se debe el moderno sistema de clasificación de las plantas. <<

[2] Emilie Selander, «Selandria egyptica». <<